# Prólogo

La palabra "psicografía" tiene en la boca del artista B. Solari Parravicini el valor de una verdadera profesión de fe. Es el reconocimiento decidido, valiente, audaz a la par que sereno, de la existencia, más allá de las pequeñas personalidades y capacidades humanas, de inteligencias conscientes, vivas, organizadas y que prescinden de hecho, en su plano de existencia, de este cuerpo somático que nos caracteriza en nuestra dimensión de relaciones.

Evitaremos toda discusión filosófica o religiosa o toda especulación abstracta. Nos inclinaremos simplemente ante la calidad objetiva, documentada en grafismos —algunos con más de treinta años de antigüedad—, de la existencia de voluntades integradas que se proponen transmitirnos, mediante la sensibilidad de un artista excepcional, un mensaje trascendente y dirigido en alguna medida a cada uno de nosotros.

Mensaje cuya continuidad e idea directriz a través de decenios demuestra sin lugar a dudas que nos encontramos frente a una actividad planeada por manifestaciones de vida provistas de cualidades mentales, capacidad de síntesis y, sobre todo, voluntad decidida. Manifestaciones empeñadas firmemente en hacerse oír en un mundo carente de visión, orientación y virtudes, tanto en el plano individual como colectivo. Pues, a pesar de presuntos progresos, verificados esencialmente en el campo de las realizaciones mecánicas y técnicas, nos hallamos en un estado de completa orfandad espiritual. El relato directo de hechos primitivos, delitos, violencia y desprecio por la vida del semejante en constante aumento, como así el empleo de la agresión e imposición por la fuerza en los asuntos colectivos en forma cada vez más incontenible, muestra que la humanidad ha perdido el rumbo, urgiendo a volver a encontrarse con las fuentes de la vida moral. Precisamente esta idea rectora se plasma con incansable pertinencia en cada uno de los dibujos aquí reproducidos y los centenares de otros que no cupieron en estas páginas, pero igualmente contundentes.

La palabra "psicografía" constituye toda una demostración de humildad por parte de Benjamín Solari Parravicini, situándolo mo-

ralmente kilómetros encima de tantos artistas y también no artistas, inflados de su propio yo insignificante. Reconoce como virtud máxima el ser dócil y dispuesto instrumento de instancias espirituales que sólo buscan el bien de la humanidad, con clara conciencia de la propia posición.

Pero si la palabra "psicografía" ya tiene este sentido excepcional, aún más notable es el significado de "premonitorias". No se trata sólo de un mensaje bien intencionado, sino de vaticinios que son advertencia e instrucción a la par. Los autores ignotos que han guiado la mano del artista demuestran tener una visión que excede desde todo punto de vista las posibilidades normales de la previsión humana. Gran número de vaticinios, hechos hace muchos años, se han cumplido desde entonces. Otros están en vías de realización y otros aún se hallan en un futuro no demasiado lejano ya.

Los 581 dibujos y textos proféticos ya publicados en su oportunidad en la revista "Conocimiento de la Nueva Era" y los aquí presentados tienen apasionantes implicaciones. Quien lea atentamente su contenido verá de inmediato el hilo conductor y la fuerza de convicción que encierran. La validez de las profecías se afianza con las ya cumplidas y el conjunto constituye una pieza única de poderosa firmeza. Desde los destinos humanos, documentados en numerosos aciertos y anticipos, tanto en lo individual como en lo referente al destino de las naciones, hasta las consecuencias finales signadas por la locura en masa, los invisibles pero sapientes Mentores que plasman en esta forma su grito de angustia ante la inconducta humana, nos quieren dar la voz de alerta ante un sino que ya aparece ineludible en el orden colectivo, pero donde el individuo puede aún hallar su salvación mediante una conducta más plena de amor y virtudes.

Así, el mensaje cuyo magnífico portador es Benjamín Solari Parravicini, se dirige a cada uno de nosotros, con obligación de contribuir a su mayor difusión. Aún existen responsabilidades personales que hemos de asumir, so pena de sufrir las consecuencias de nuestra desidia. Es pues un llamado directo que no debemos desoír, para nuestro propio bien.

Un aspecto no menos original de las psicografías y profecías es el papel, recalcado con insistente firmeza por sus autores, correspondiente a los habitantes de otros mundos en las decisivas secuencias que nos tocará vivir.

Dícese que ciertos seres, que algunos científicos modernos llaman dotados, tienen especial facilidad para ponerse en contacto con los visitantes extraterrenos. Benjamín Solari Parravicini es uno de ellos, manifestándolo sin temor.

He aquí pues una realidad verdaderamente excepcional: la de un hombre que plasma con trazos que reflejan el don del artista, las indicaciones de seres que pertenecen a otro plano de vida cuya presencia se ha vuelto familiar a la intimidad del dotado, atestiguando que más allá de las mezquindades humanas existen voluntades resi-

dentes tanto en otros mundos físicos como en niveles de existencia más sutiles. Impulsados por la mayor evolución, tratan con ejemplar serenidad y equilibrio de orientarnos, ayudarnos, sostenernos y recordarnos una y otra vez que sólo el camino de las más estrictas virtudes, de un corazón cálido, tan bien ejemplificado hasta el sacrificio por el Maestro de los Maestros, el humilde rabí de Galilea, puede llevarnos a buen puerto.

Miremos pues estos grafismos con detenimiento y reconocimiento; tratemos de sorber su esencia con toda nuestra sensibilidad. Leamos sus profecías con la mente amplia y el corazón abierto. Tal vez se abra ante nosotros un panorama nuevo y una vida nueva, más significativa y más plena.

**NORBERTO PAKULA**

# Introducción

No es ésta la primera vez que se publican psicografías o dibujos proféticos de Benjamín Solari Parravicini, como ya dijo Norberto Pakula en el prólogo. La revista "Conocimiento de la Nueva Era" publicó en sus ediciones de Abril, Mayo y Junio de 1967 y de Julio de 1969 cientos de estos mensajes, uno más convincente que el otro en sus aciertos, en su llamado a la conciencia del hombre.

El estudio de estos mensajes y el contacto mantenido con Solari Parravicini, ya sea por cartas o en nuestras charlas personales, hacía brotar en nosotros la idea de unir parte de éste y otro material no publicado aún en un libro que no sea solamente leído en nuestro país, sino también en otros países que hablan nuestro idioma.

Conmovido por nuestra idea, ya que él sí pensaba en un libro sobre su trabajo y su vida, pero "post mortem", nuestro amigo nos facilitó una carpeta con psicografías, que son las que en la presente obra publicamos.

Pero no queremos saltar del año 1932, año en que Solari Parravicini recibió sus primeros dibujos premonitorios, a la fecha actual, sin mencionar por lo menos algunos de los textos que recibió junto con las psicografías, que por esta razón también se llaman dibujos explicados.

Los años indicados a continuación son aquellos en los que Benjamín Solari Parravicini recibió los mensajes:

1936: "La mujer pasará su cabello al hombre y el hombre pasará su ropa a la mujer. Ambos mandarán en igualdad de mando, pero el tiempo los hundirá".

1937: "El hombre volará los espacios siderales, vencerá el sonido, conocerá los astros y sabrá que el mundo es inferior planeta y de castigo".

1938: "¡Hombres meditad! El mundo se apresta a experimentar una nueva fuerza que hará el mal y el bien. Que llevará al hombre a otros planetas, o desintegrará el mundo; en este caso el caos salvará la total destrucción".

1938: "Caerá el corazón del mundo, año 40. Caerá y será hasta el 44". (Esta premonición de la caída de París, 1940, y su poste-

rior liberación, 1944, es acompañada de un expresivo dibujo en el cual está señalada París, como el corazón del mundo, por medio de la bandera tricolor y la torre Eiffel).

1938: "Hitler-Mussolini. Con el mismo fin; el mismo fin".

1938: "El Papado tendrá menos normas. Lo malo de ayer dejará de serlo. La misa será protestante, sin serla. Los protestantes serán católicos sin serlo. El Papa se alejará del Vaticano en viajes y llegará a América, en tanto la humanidad caerá". (A pesar de que esta premonición tampoco necesita explicación, quisiéramos recordar que muchos años después fueron implantadas las reformas propiciadas por el Concilio Ecuménico y la celebración de la misa en idiomas vernáculos, tal como hacen los protestantes. El Papa no sólo viaja por el mundo, sino por primera vez en la historia visita nuestro continente americano. No obstante estos esfuerzos tardíos, "la humanidad caerá").

1938: "Naviero de Ganímedes observa la Tierra ya". (En 1952 apareció el libro de los hermanos Duclout "Origen, Estructura y Destino de los Platos Voladores", en el cual rèlatan su contacto con seres del planeta Ganímedes durante experimentaciones psíquicas. Concertaron de esta manera una cita con el comandante de un plato volador, la cual fue cumplida en fecha preestablecida, hecho éste confirmado por 33 testigos.)

1938: "Bolsa al suelo. El gran millonario yanqui dejará de ser. América. Visión sin norte".

1938: "Dominador llegará a España. Destruirá y edificará. Luego un Borbón será en su lugar y el mandón partirá, si su salud no se ha debilitado, a la Argentina".

1938: "Argentina creará el comunismo cristiano. Meditad, argentinos: llega ya la era de las cosas. Meditad, observad y veréis".

1938: "Nuevo sol. Nueva luz. El árbol seco de la Argentina sabrá de nueva lluvia. Llegará hacia su suelo la bendición luego de luchas serias, de encuentros y desencuentros. Llegarán tres jefes y dirán. No serán, mas después serán en fuerza y verdad. Ellos llamarán al hombre a ser; éste será. Él será el hombre gris".

1938: "El mundo llegará a ser desnaturalizado por el poder de la pantalla doméstica. Toda mala influencia será desparramada groseramente sobre todo hogar y será impuesto por el comer-

cio avisador que busca la masa. La masa embrutecerá dominada por las órdenes disfrazadas de paraísos fáciles y superiores, contemplará la estupidez y la inmoralidad".

1939: "Guerras serán guerras de guerrillas. Hombres serán ajusticiados por sus mismos hombres. Dictadores vencidos por sus propios partidarios. Entre ellos se asesinarán. Los mundos cercanos enviarán sus naves y harán llegar sus mensajes. Serán escuchados mas no comprendidos".

1948: "La Iglesia Católica pasará por la prueba de la rebeldía sacerdotal".

1961: "Científicos: Ahondad en esta importante hora de transformación y reencuentro el estudio del poder cerebral adormecido y aún no investigado. Por lo tanto id hacia la clarividencia, la psicokinesia, la mediumnidad, la ectoplasmasia. Id a la acción telérgica del Volpot, a la hiperfísica del electrocervical del neurón en un total poder aún desconocido. Buscad a través de estos tópicos y algunos otros en derivación, la cuarta dimensión. Llegad a la Parapsicología. ¡Es el instante!"

1967: "Ciencia, despierta y madura tu conocimiento joven. Los viejos siglos exigen profundizar, no polemizar; exigen ver y no negar. El profesor viejo es terquedad, el profesor joven timoratidad y ceguera por falta de dedicación paciente y fe en sí mismo. El joven que se acerca es promesa y será".

El texto de esta psicografía me hace recordar las palabras del Prof. Dr. Ing. Hermann Oberth, padre de la técnica de la cohetería moderna y maestro de Wernher von Braun, en ocasión de su participación en el 79 Congreso de Ufología, que se realizó entre los días 3 y 6 de noviembre del año 1967 en Mainz, Alemania:

"Antes de que yo viniera aquí al Congreso sobre UFOS, mis colegas y amigos me pidieron encarecidamente no concurrir. No veo por qué; según mi opinión, la ciencia debería creer en la posibilidad de todo, hasta que no haya sido comprobado con hechos lo contrario. ¿Por qué se oponen algunos, para no decir la mayoría de los científicos, a estudiar con dedicación los fenómenos nuevos, no entendidos y aceptados aún por el ser humano? Para decirlo con pocas palabras, ellos están sobrecargados de trabajo. Si un profesor con una cátedra quiere cumplir con su trabajo, en primer término debe poder leer increíblemente mucho. También debe poder leer y escribir

muy rápido. Porque de cada uno se espera que publique, por lo menos, algo cada año y que este algo también lo lean sus colegas. Les puedo confesar que de lo que me envían a mi casa realmente leo solamente la décima parte. Me volvería loco si tuviera que leer todo. Además, un científico, si tiene una cátedra en una especialidad moderna, tiene que ser manager, y a veces un genio, para costear los gastos y mantener su cátedra a la altura de la ciencia actual. Tercero: debe tener condiciones de escribir y hablar en forma clara y fácil de entender, ya que también debe dar clases a los estudiantes. Cuarto: debe tener talento de investigador, ya que la mayoría de las cátedras están relacionadas con algún tema de investigación. Tal como están hoy en día las cosas, el científico se encuentra en la misma situación que un ganso cebado, hacia la comida; por favor, no más. Entonces él está contento cuando puede contestar a una nueva idea, en la cual la mayoría está interesada, que para él no es algo que valga la pena de investigar".

Hasta aquí las palabras de uno de los científicos más destacados de nuestros tiempos, Prof. Dr. Ing. Hermann Oberth.

Volveremos a B. Solari Parravicini y veremos a continuación algunos de sus dibujos premonitorios.

**S. VON WURMB**

*Primera Parte*

# Los dibujos proféticos de Benjamín Solari Parravicini

*"Caminante que vas; déjate llevar*
*por la mano de Dios, y serás en Él."*

*Nota:* En los siguientes dibujos proféticos se ha transcripto la forma de escritura original utilizada por Benjamín Solari Parravicini, respetando su singular estilo.

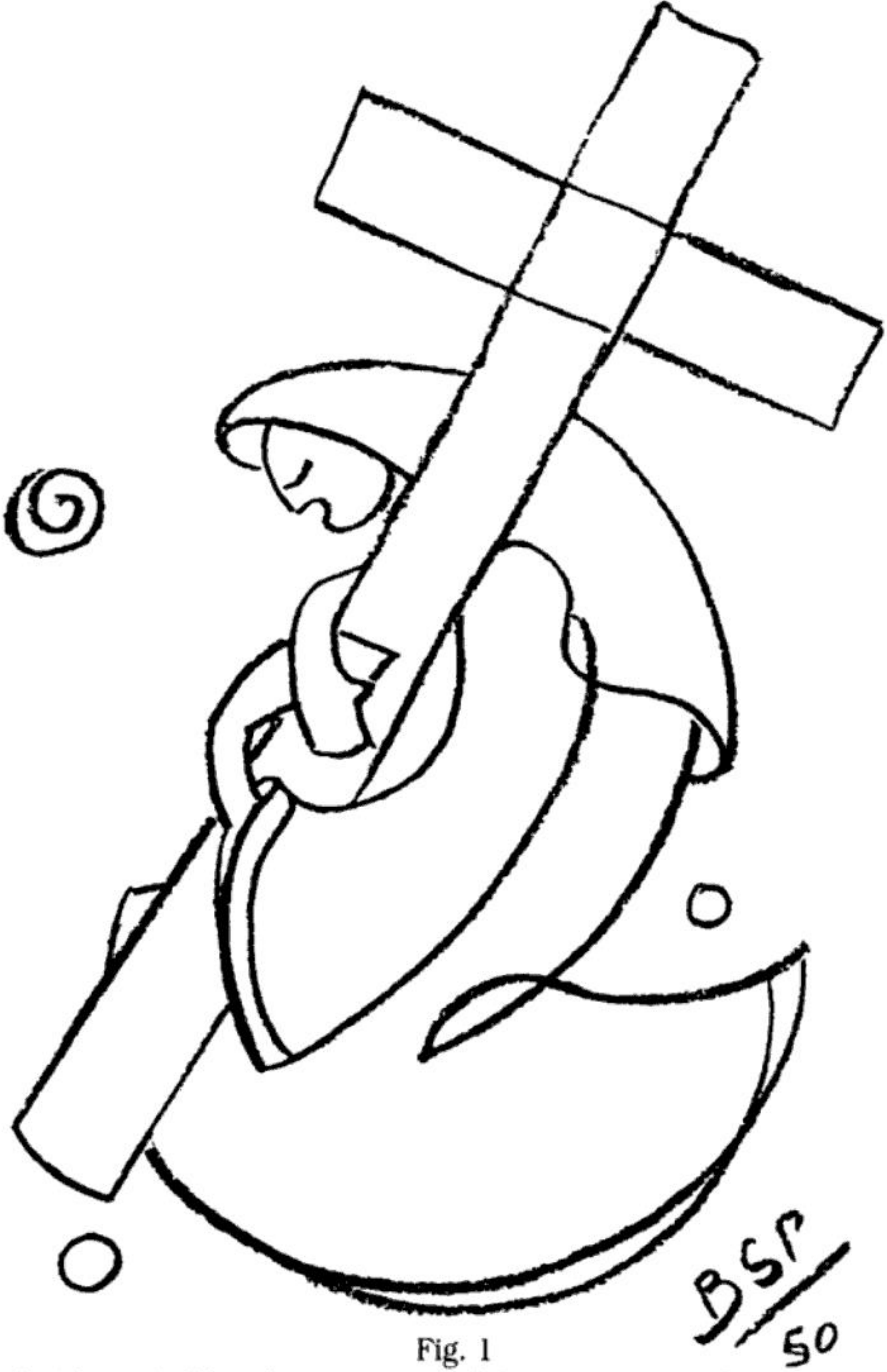



Fig. 1

Bendecido será el hombre que aprendió a soportar con íntimo gozo — la cruz que recibiera al nacer.

 Bendecido será porque llegará al Padre.

Fig. 2

Hombre que caminas el mundo: Tú que según tú, todo lo sabes — que vives satisfaciendo con egoismo ególatra tus más fútiles deseos.
Tú que inquieres de la vida ajena y condenas suelto sin soslayar la tuya.
Tú que vituperas y ríes por donde pasas — Tú hombre vanidoso y vacío — que eres según tú — dueño y único exponente de belleza física natural — saber profundo — destreza inigualable, decir galano con personal exquisitez e infatigable en el amor no igualado.
Tú jamás — dios de sucio barro — se os ha ocurrido, tan siquiera por minutos interrogar el porqué tú tienes entre las manos tanto y tanto favor.
— No os ha ocurrido preguntaros:
¿A quién lo debes?

Fig. 3

Hombre ciego —

El confusionismo llega al hogar — a la sociedad — a las instituciones — ¡al Papado! —

Apresuráos — el Ángel del castigo baja.

Es ya la hora y aún tiempo resta.

Dad de beber al que sed tiene — restaña la herida del que sufre — alivia necesidades y penas — comprende y consuela al angustiado — apoya al anciano — proteje al niño desamparado — guía al arrepentido — y no olvides tu ligero andar, que aún, un tiempo queda.

Ten presente hombre ciego: La infinita bondad del Padre, permitirá ver al que lloró —

¡El Ángel del castigo baja!

Fig. 4

En el final del Tiempo Tiempo — el ateísmo se impondrá sobre el hombre en su triunfo material.

El bien será alejado — la holganza correrá con el hambre — el hambre correrá con el crimen — el crimen correrá con la mentira y la mentira portará la guerra de naciones.

El humo ateo entonces será sumido en el humo de la oscuridad, y rodará al confín del... ¡sin final!

Fig. 5

Ante el Caos — la Iglesia y el hombre tratarán de hallarse en amor.
El amor al prójimo será voz de orden y ruego.
Mas... no será —
— Será en el 2002 —

Fig. 6

Caminante — Tú que vas escucha: llegando es a la Tierra el desborde del cataclismo — Los mares ya iracundos treparán paises — Los rios inundarán regiones — Cráteres tronarán soberbios — Caerán lluvias de gigantes aguas — Nieves cubrirán lo no esperado — Calores de fuego incendiarán ámbitos — Resquebrajarán los suelos en terribles roncares — ascenderán los humos en columnas quemantes — Las carnes de los fatigados hombres se desprenderán — sus huesos vivientes buscarán la muerte que no será — porque la hora del espanto lo habrá ordenado y será:

¡La hora diez!

Fig. 7

Hombre de la hora — Terreno ser — Es ya la hora de la hora en la hora — Medita.

¡Llega la desconsolación! — Llegará la consolación — No olvides es la hora del mandato — es ya el 2000 y el 2002 será con el comenzar la luz en la perenne paz de amor en amor.

¡Es la hora diez!

Fig. 8

Católicos — Vuestra Iglesia sufrirá grande conmoción — El Papado se verá preso en desagradables temas jamás esperados.
Se dividirán en opiniones opuestas sus Ministros de diferentes edades.
El Comunismo golpeará el portalón Magno de Roma
— exigiendo humildad.
Llegará una tarde la Santa sandalia de Pedro el pescador —
Sucederá en el pisar del año 2000.

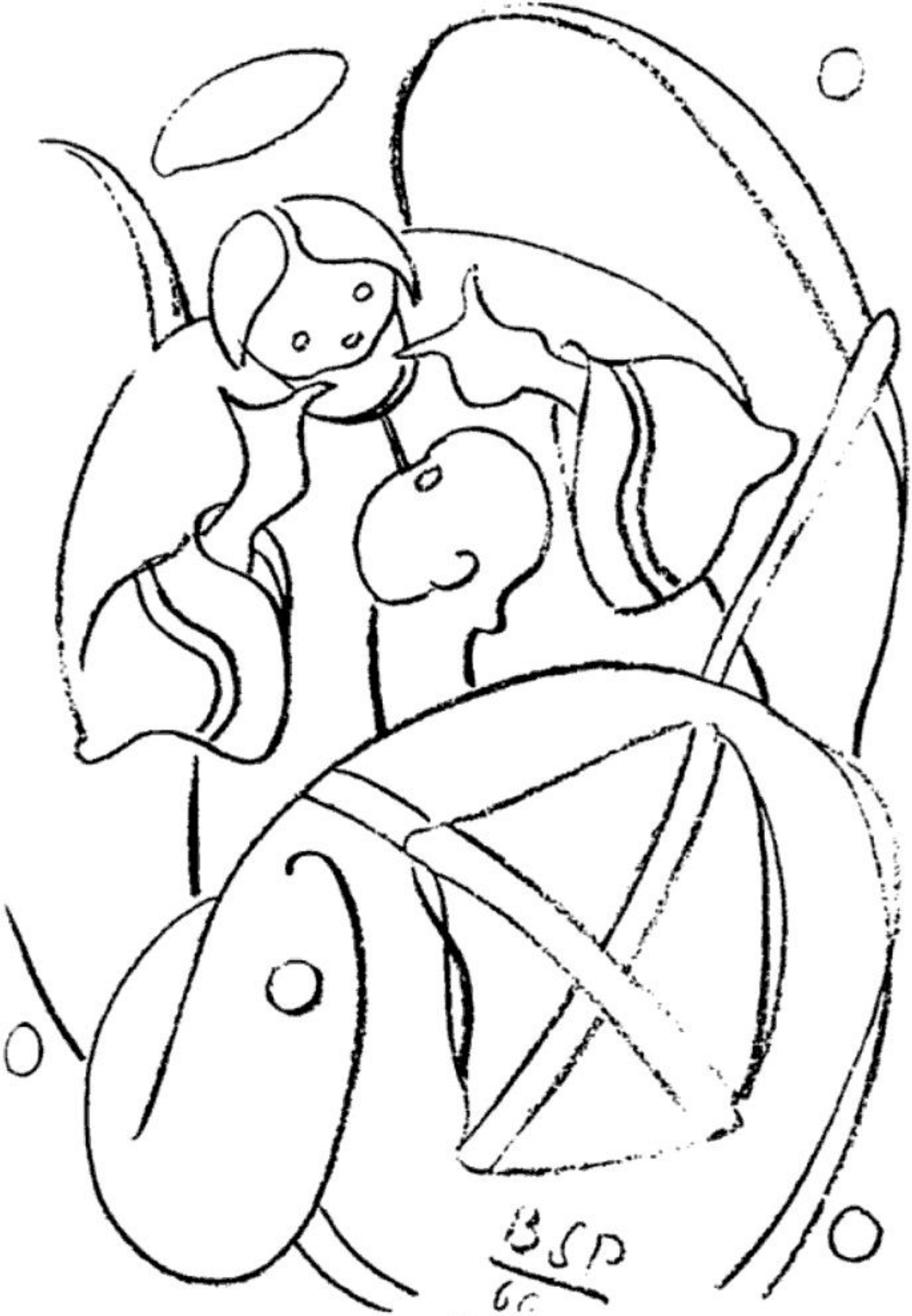


Fig. 9

El Sacerdote civil de la séptima década será un hecho de consolación.
La escasez de vocación espiritual de estudio seminarial y de obediencia a la suprema castidad será la causa.
El hombre civil vivirá en Cristo y para Cristo.
El hombre corriente en Él,
¡salvará al que no vio!

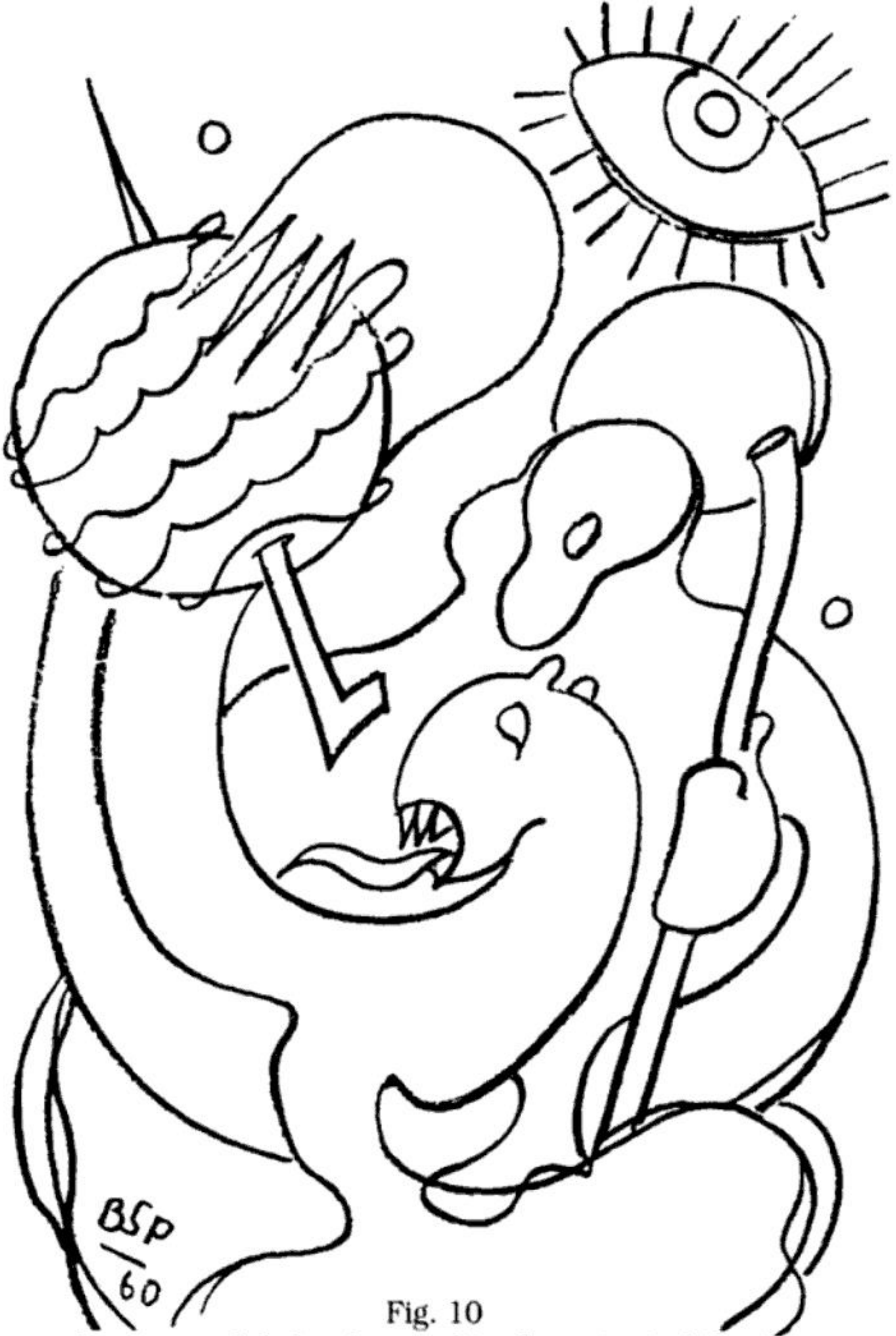



Fig. 10

La juventud de la séptima década imitará al Cristo.
Dejará crecer sus barbas y cabellos — Vestirá túnica blanca — hablará del regreso de Jesús y llagará sus plantas en andanzas de fatiga.
Ellos no serán escuchados — mas lo serán luego del caer del materialismo rudo, luego del gran humo.

*... Y entonces Dios*
*enjugará sus lágrimas*
*y no habrá más muertes...*

*(Apoc.)*

Fig. 11

El Último Día

Caminante tú que llegas — atended y entended — ¡El tiempo está cerca!
El que daña — dañe aún — El que sucio está prosiga en lo sucio —
El justo justifiquese más y más
— y el Santo doblemente lo haga.
El dia del Señor llega — Él vendrá como un ladrón por la noche —
Él sorprenderá a cada uno en su vital estado.
Dichoso aquél que en esta hora última guarda bien sus vestidos para no andar desnudo mostrando sus vergüenzas.

Fig. 12

"El último día" — (relato apocalíptico) —
"Anarima"

Cuando el tiempo tiempo, no era tiempo — Cuando las mareas subían y bajaban sobre las costas extendidas — una hermosa mujer de rizos de soles, de ojos de ausencia — de boca de mundos con tez de tormentas y manos de aire — adivinando tierras desconocidas en las suyas, ocultas tras las olas, que llegaban a fallecer en sus playas, quiso animosa marchar en busca de ellas... y partió.

Se alejó nadando sueños — bajo las estrellas.

Fig. 13

Nadie en el lugar se opuso a que saliera.

Muchos eran los que sabian y predecian que detrás de la infinita línea que separaba las aguas de los cielos — existia una raza casi blanca — viviendo regiones cálidas y que allí un Dios piadoso aguardaba... Y cuenta la leyenda de la Nube Nube — que aquella hermosa mujer, pereció en los mares, y que, aletargada quedó por siglos dentro del profundo Océano —



Mundo verde, de celajes azules y espumas blancas.

Fig. 14

Ha de llegar un día — un Ángel de Plata trayendo entre sus manos la red de los cabellos de nácar de la diosa Amor — exclamó el anciano de las tardes tardes — y entonces la hermosa mujer que fuera dueña de los cabellos de soles — de los ojos de malvas — de la boca de mundos, y de las manos de aire — será enredada y aprisionada en la trama de los nudos de encajes — y será así arrancada del reino verde — de los celajes azules y de las espumas blancas — regresando en triunfo, a la dorada playa — al amor perenne — en el infinito amor.

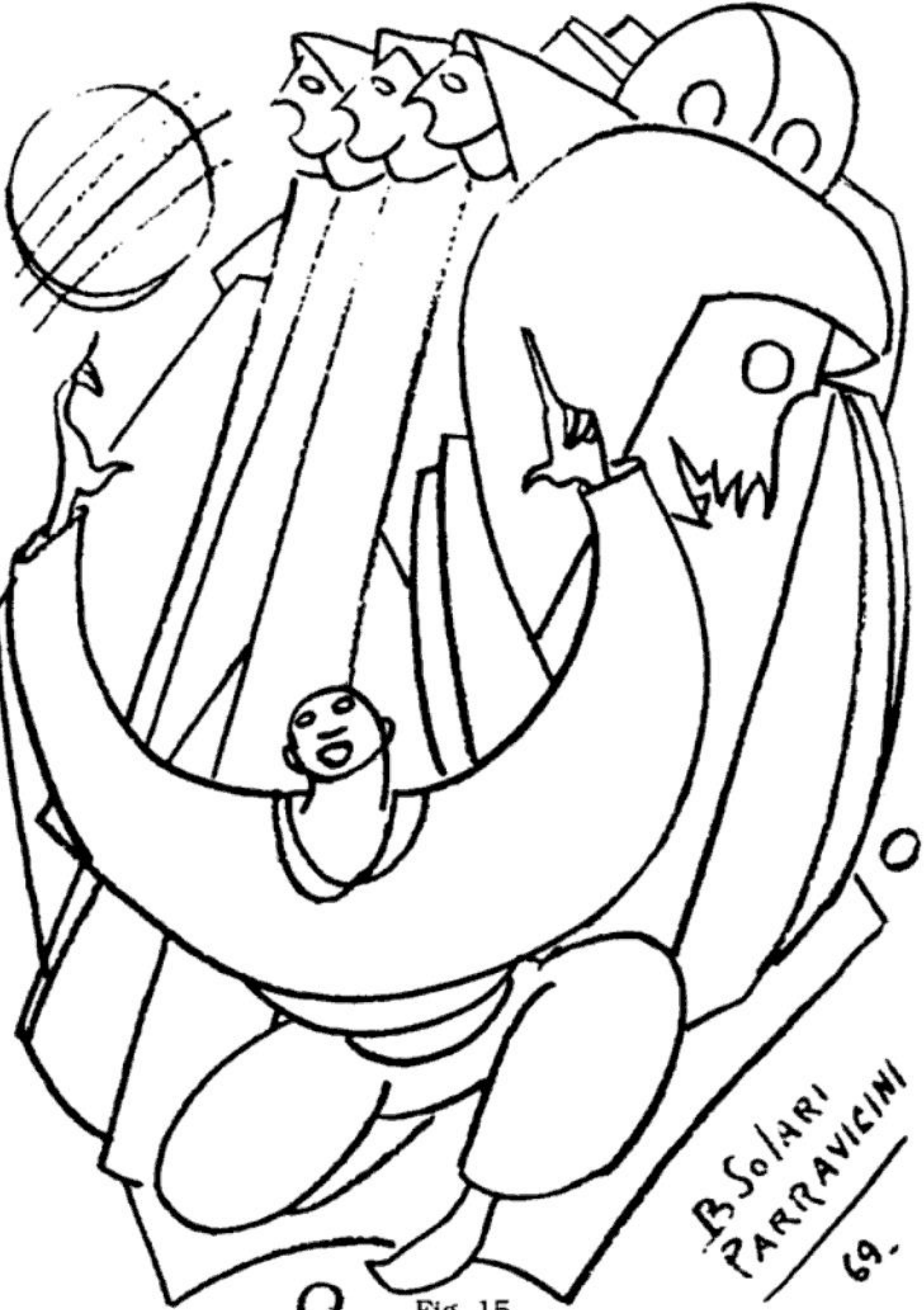



Fig. 15

¡Señor!... el hombre anunció, el hambre en hambre — la miseria en miseria, la traición en traiciones — la muerte en muerte — ¡Acude Señor a mí — Ya va la avasallante angustia! — Nada escucho — Nada veo — viajo los caminos rotos en esta noche última del Siglo de los desencuentros... en este segundo último del desamor —

¡Señor, otórgame la paz!

Fig. 16

La Noche es ya en la Noche — Noche.
Ella cerró su resplandor postrero, con el silencio del callar de esperas.
¡Tiembla la tierra! — Roncan los cráteres — Derrúmbanse las montañas.
¡Los Mares avanzan...! Los bosques son llamas — Las sierras pedruzcos —
Los vientos ciclones — sobre la partida tierra — y el grito es grito, en el eco
de ecos — el hielo es hielo... las aguas — aguas. ¡Caos!

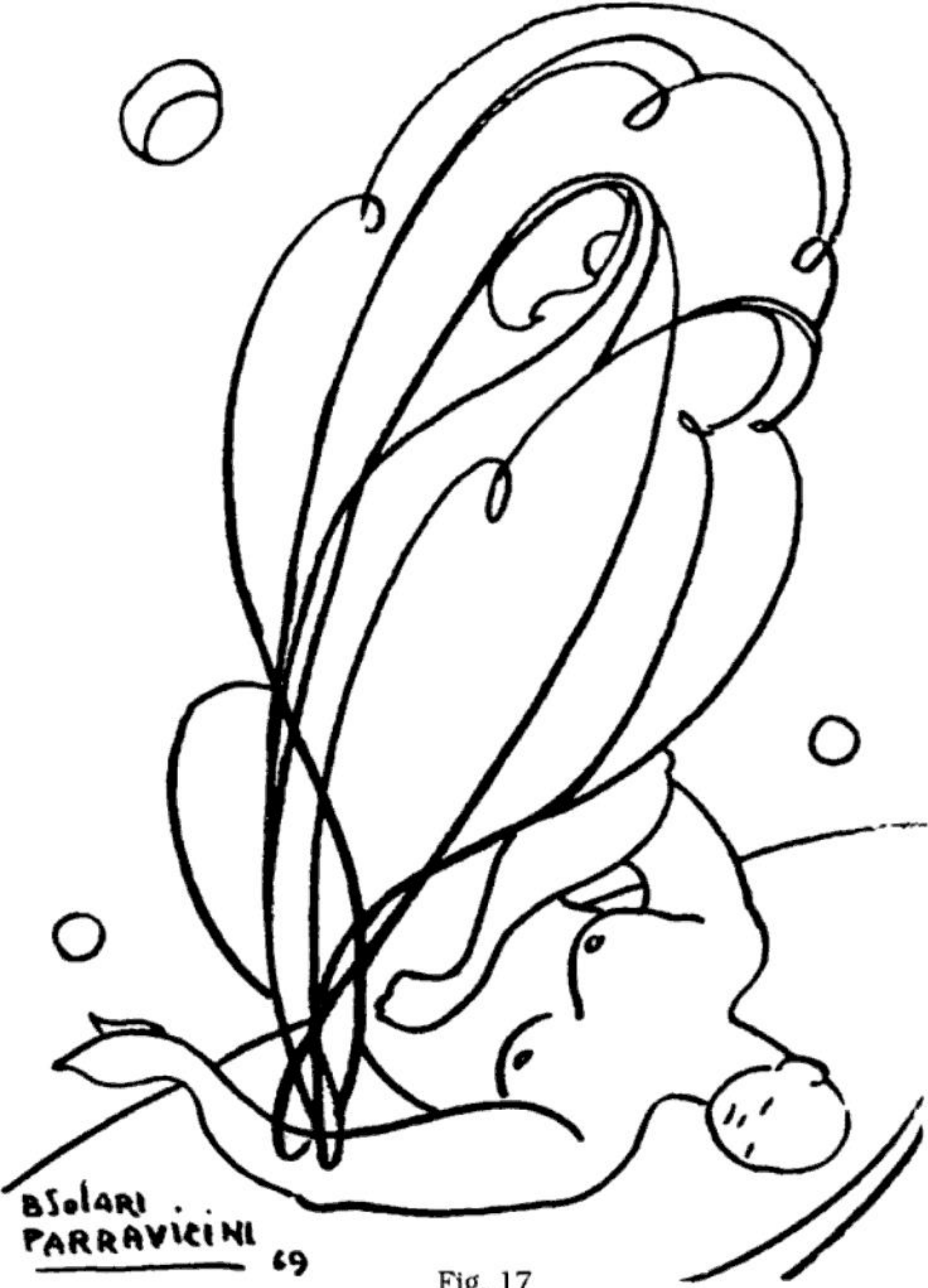



Fig. 17

El Caos trepa humaredas, sobre el ámbito en cenizas...
Fenecen las Aves...
Desfallecen las costas...
La nada es en la nada...
¡El hombre muere!

Fig. 18

La rugiente llama avanza — Va hacia el final de finales — Marcha segura con la altivez de culebra sobre las malezas congeladas — La nada hácese mundos en la nada. —

El hombre gime — el hombre llora...

¡Se desgaja!

Fig. 19
Fuego en el fuego rojo —
Rojo en el rojo rojo —
Fuego en el instante fuego —
Fuego rojo...
¡Rojo fuego!

Fig. 20

El sol en carbones rueda —
Los valles apagan —
Los cuervos graznan —
La maraña invade —
El meridiano escapa...
¡Soledad!

Fig. 21

¡Frío!... ¡Frío de frios!... repiten en temblor las antípodas blanqueadas —
La niebla es niebla de ausencias en la bruma de noches...
Noches de espacios...
¡Caos!

Fig. 22

Entonces:

Soberbia la raida parca, calzó su corona de vértebras quebradas, y su cetro de tibias amarillas — Ufana marchó sobre el hombre en muerte — ¡Engendro fantasmal semeja su carcomida estampa.

¡La lombriz le besa!

Fig. 23

¡Señor!... Vaga mi temperamento por las corrientes heladas
Mi débil defensa termina — La duda me traba —
¿Seré en la derrota?...
¿Seré acaso humana piltrafa que aún late?...
¿Soy vida? — ¿Soy hombre? — ¿Soy muerte?...
¿Soy acaso nada? —

Fig. 24

¡Hombre banal! — Ayer corriste tras el fatuo reflejo — Cubriste la carne con el oropel de la idiotez perenne — Ahora, di, ¿qué buscas? — ¡Agusánate!... derrúmbate como materia podrida — Al fin, materia podrida eres.

¡Hombre sacrílego que os creíste Dios...

¡Húndete!

Fig. 25

Hombre pecador = el mundo ha caído a mis pies.
Tú eres aún en la humana vida... ¡Mas eres muerto! —
Yo — en cambio — soy muerte y soy...
¡Vida! —

Fig. 26

...Y

Hoy — yo como muerte en muerte — grito: El hombre no regresará — No lo hará — y él no lo hará porque a mi vera afanoso aprendió a matar — Jactancioso arrancó de mis manos el arma — ¡Mi arma! y marchó a su crimen. ¡Petulante y envanecido creyó ser la muerte — Hoy luce mi cetro! ¡No regresará!

Fig. 27

Atiende y comprende: Si la ráfaga candente del pozo incendiado por nucleares luchas — llevó y elevó tu poderio pestilente, hasta los umbrales mismos de la Sagrada Cúspide — saber debes — que desde sus alturas de severas colinas — su respetado sitial persiste —
Su voz habla y condena — por lo tanto — nada eres tú — en esta noche final — ¡Temed al Señor! — Temed y honradle, porque venida es ya la hora de su juicio — Aún resta un tiempo!
¡Comprende! —

Fig. 28

Hombre mediocre. ¡Déjame andar con mi bagaje en triunfo —
Escapa tú, con el que mal llevas — ¡Ambos pesan!
¡Los siglos juzgarán! —
— ¡Soy libre! —

Fig. 29

¡Arrogante señora! — La del fino hilo infinito — La de la hebra de vida en trabajón con el áspero cordel de oscuro lino. Dueña eres del andar sin conciencia y del alejado sino. ¡Dueña eres!... Mas abre la mente y atiende. "Ya los mares en desmelenados ciclones, estrangularon cordilleras y arrasaron países" — Por ello — el Árbol de Cáramos gritó: Detén muerte la muerte — Cayó el desamor. ¡Es ya el instante — instante!

Medita: Amor es amor.

¡Comprende!

Fig. 30

¡Búscate!... Porque en la muerte moras.
Observa el cordón que hilas y babeas = Él pierde fulgor... opalece...
¿No palpas el frío que llega? — ¿No alcanzas su hielo sin ropas el que fraterno abraza a los alzados témpanos que llegan?
¿No tienes su halo? — Parca — el segundo del último minuto es ya —
— ¡Entiéndelo! —

Fig. 31

¡Espanto!... Siendo yo la muerte — Aterida tiemblo — ¡He muerto! —
He muerto; porque ahora el frío de mi frío es grato calor.
¡Sálvame humano ser! Observando estoy tu presencia — ¡Eres la vida! —
Observando voy mi presencia — ¡Soy la Muerte!
— Sálvame —

Fig. 32

Parca vencida —
Nada el humano ser podrá hacer en destino alguno —
Ve tu sendero y llora —
Es ya la hora —
¡Camina!

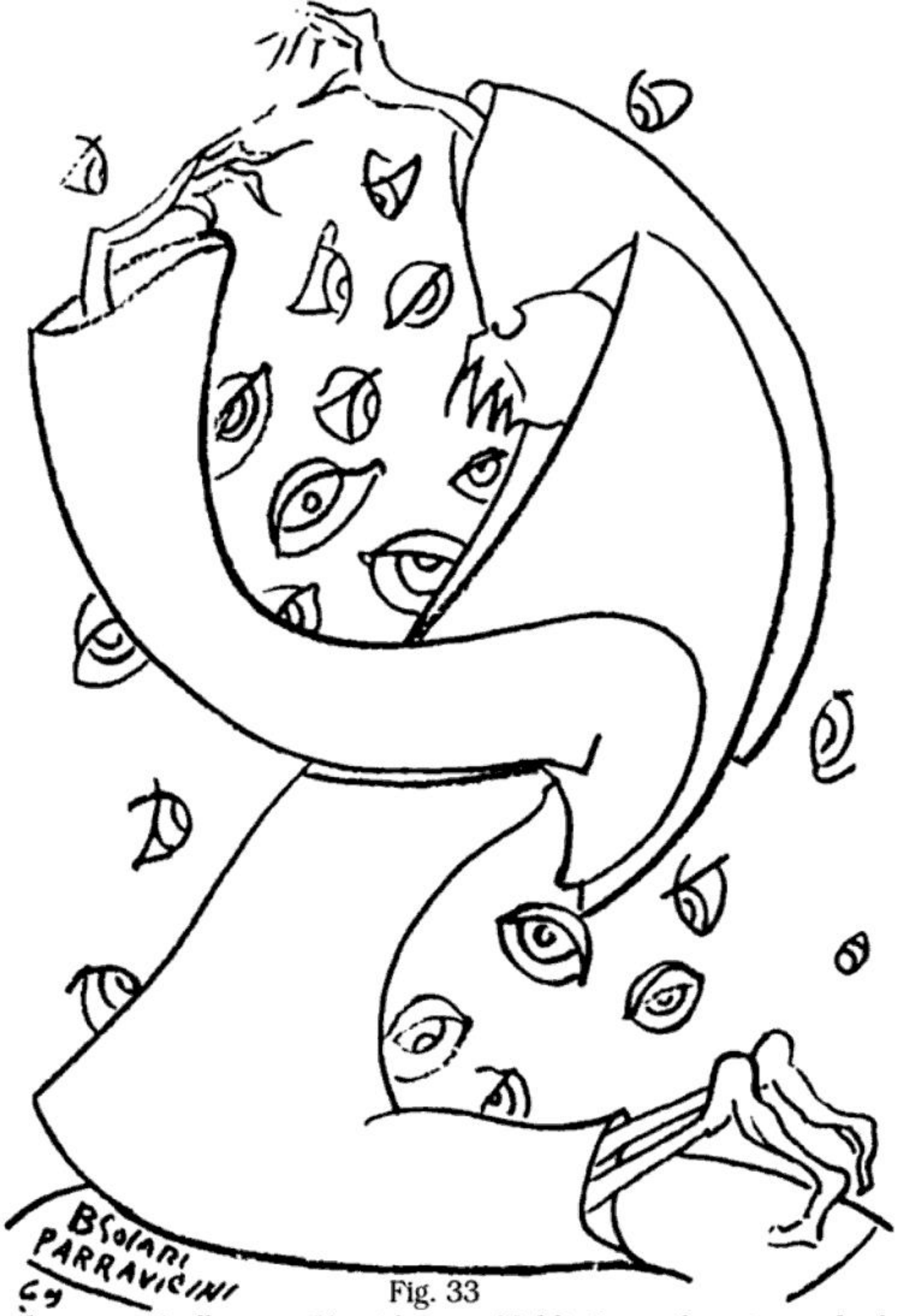



Fig. 33

Hombre — razón llevas — Vencida soy. ¡Maldición reciba mi encorbada espalda. Lleguen a mí — los errantes ojos desprendidos de los que partieron. Lleguen y azorados observen mi quebrado andar. Derrotada he caído — ¡Sarcasmo de Mundo! — La muerte... ¡Muerta! — Resignada penetro ya, el portal del instante instante — ¡Soy nada en la nada! — ¡Nada! —

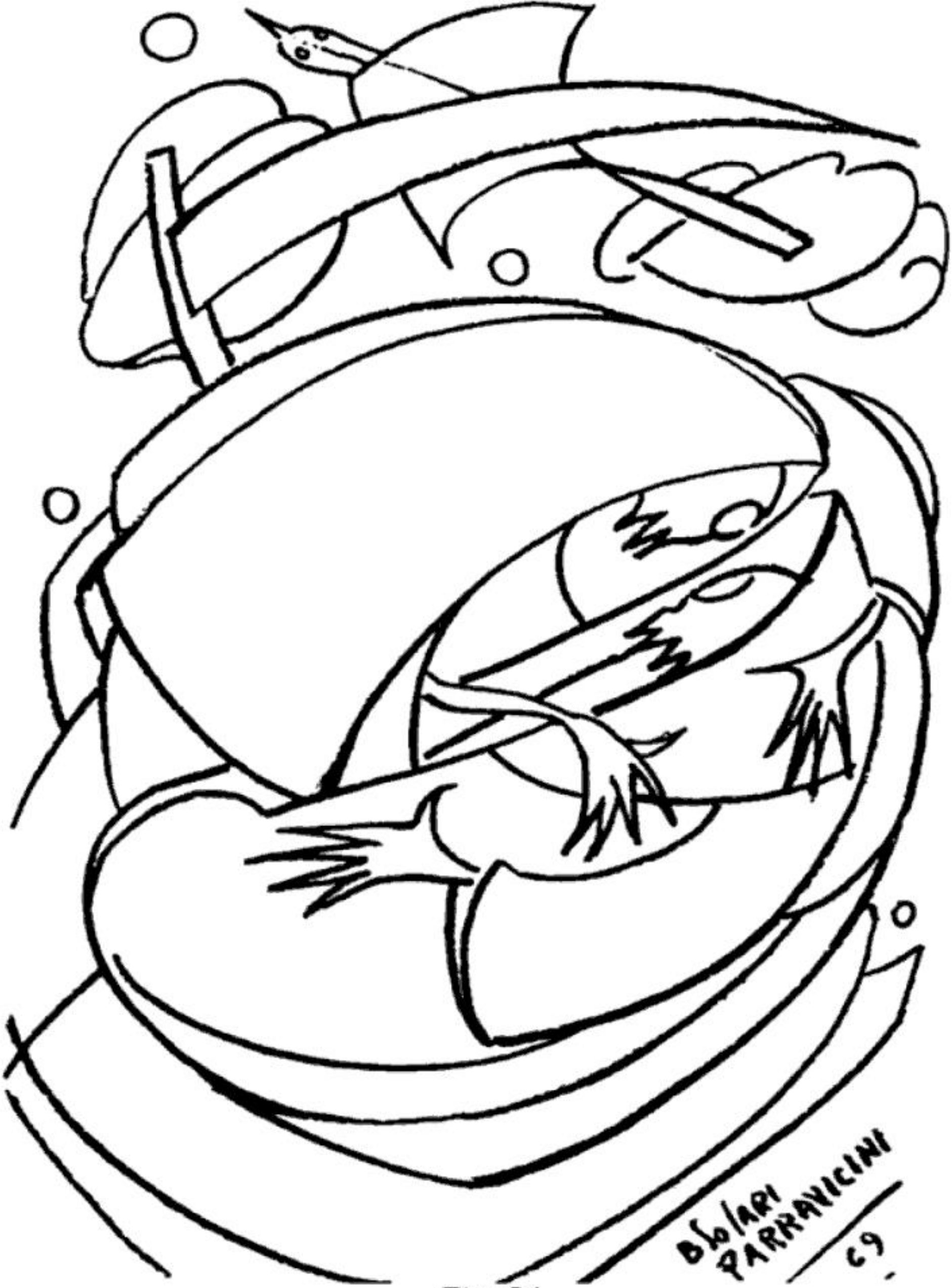



Fig. 34

Hermana tierra, mi fea hermana — Desde la bruma tu cabello observo. ¿Eres tú la que veo? — ¿Eres tú? — ¡Sí yo soy! con humildad contestas y agregas. Yo soy esta cosa ingrata que aquí descubres... y que tú eres. Lo ha dicho la nube — Lo dicen los pájaros — Lo dicen las olas, lo repite el aire. Si tú eres hermana buena — esta tierra seca — la que ayer tú, orgullosa fueras — Aquella altiva parca pendenciera, ágil y agresiva, que corriera como cervatillo presumido y ponderado — la senda abrupta, estrecha y encendida — de la incendiada playa. ¡Si, tú eres hermana cana, esta cosa fea y torpe que aquí observas...

¡Tú eres!

Fig. 35

Camino la interminable vía de las aguas en hielo — Camino y nada comprendo. Quiero albores de suelos — quiero brisas de mares — quiero despeinadas olas verdes, que hablen de las tierras cálidas, y de las costas suaves — Que hablen de los blancos mundos y de las negras aves — que bravías salpiquen mi rostro ido, y mis manos sin modos; las que, desgajadas y adormidas, nada pueden ya, porque lo dieron todo.
Tú les tienes!... Les tienes... Tú has muerto en las olas —
Gritó el sol en alarde —
¡Es verdad!... ¡Es verdad!... He muerto en su tarde — ¡Y eso fue todo! Salí de la niebla herida, y callé — Escapé de la senda mía y marché...
¡Y eso fue todo! —

Fig. 36

Extraviada bajo el techo del cristal de estrellas — Busqué el fulgor del buen Dios que me llevara — El ojo manso del Tritón mendigo — Cubrióme con escuálida mirada... y humilló mi muerte — ¡Noche larga se hizo!... Noche de espera — de brujería — de metal en bruto — Joyas opacadas oprimieron mis brazos fallecidos... — ¡Y rodé el espacio! —

Fig. 37

¡Tú fuiste pájaro! Me dice la nube nube. ¿Por qué no remontas en alas? — ¿Por qué no alzas la mente y elevas sus galas hacia esos mundos que saben de la vida plena y del sencillo hablar? — ¡Tú fuiste pájaro un día... ¡Vuela! —

Fig. 38

Hermana tierra — Alza tu cabeza bronce —
Alza tu cuerpo de hiedras... y llagas.
Llega; porque ya — el pez de la almeja bermeja — brincó sobre su cola de cuarzos — e hirió la luna a las lapas, en el momento del tiempo — Porque ya el pez, de la almeja almeja — lloró el llanto de los llantos diciendo: Yo quiero dormir durmiendo — la hora de los tres tiempos — ¡Alza tu cabeza hermana! Alza tu cuerpo de lianas y canta...
¡Canta!

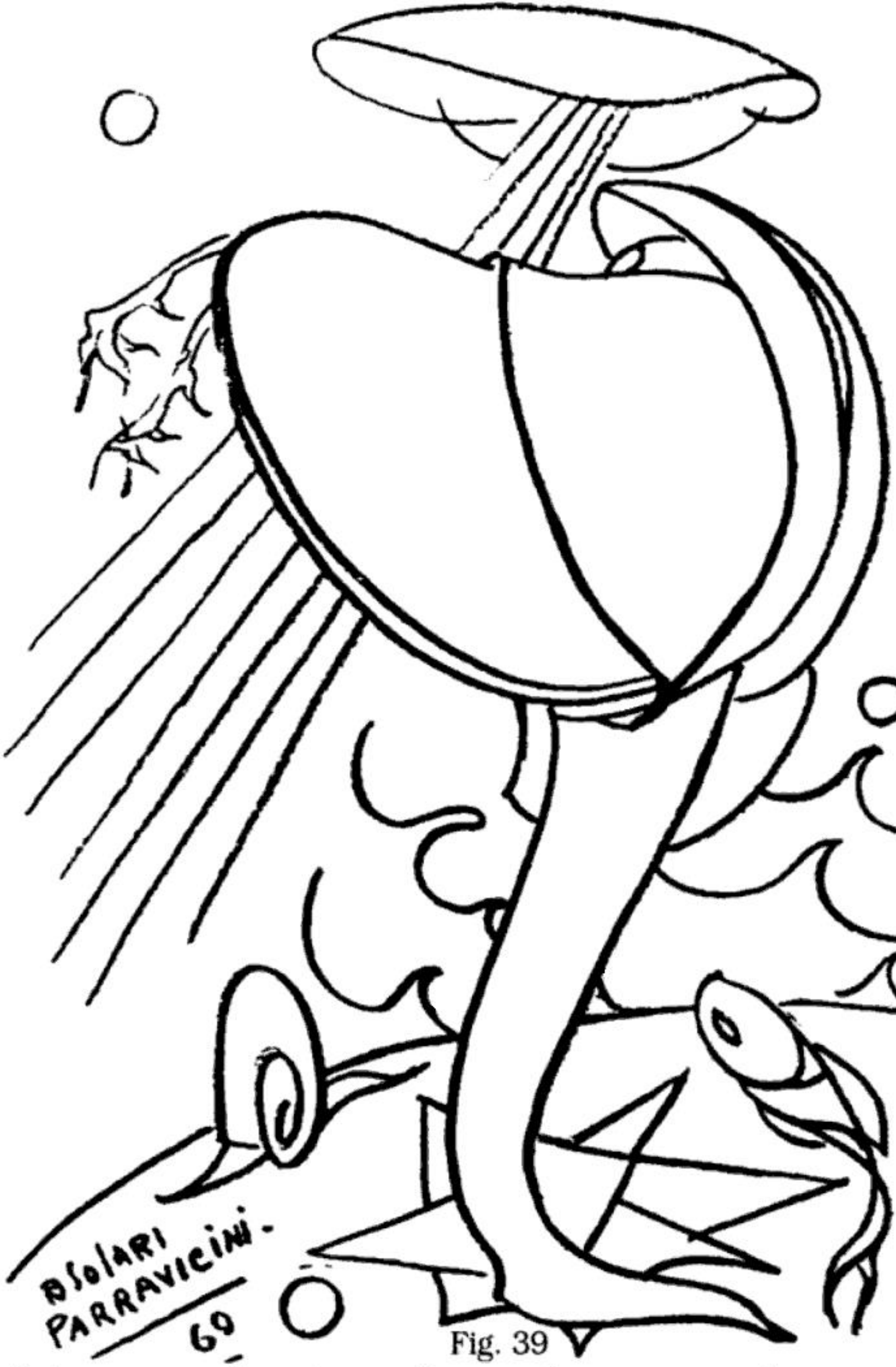



Fig. 39

Es la hora en que las aguas — llaman a los peces muertos — que vivieron otras playas, otras lamas, otras lajas — Es la hora, en que plañen las estrellas tempraneras, ellas cayeron... Es la hora en que lloran las caracolas galanas — ellas no creyeron en el amor de la hermana marinera — ¡Llueve... llueve... y las aguas en las aguas — sin las olas en las olas, callan... Se aduermen... Y la playa en silencio queda sola...

Olas... Olas... Aguas... Aguas...

Olas... Olas...

Fig. 40

Ha llegado el cause de emprender el viaje — Ha llegado el mando de tornar el traje por el sayal blanco — No es ya el plenilunio de los años años — No es aún grabado el nombre sin nombre — sobre el banco liso del desierto magro. ¡Del isleño estanco! — Si bien soy la muerte — Nada sé del regreso — Nada sé de mi fe en el esfuerzo de llegar al castigo sin velos — Desconozco mi sombra fluida — No existo en la ojiva del astral en llamas — No escucho — No presiento — No siento la congelada región de los hielos perennes — Y líquenes rosas — Ya no soy — siendo viento — Ya no soy — siendo nada...

¡Nada!... ¡Nada!...

Fig. 41

Fina vestimenta de aguas — llevo sobre mi cuerpo alado — En la cabeza, cascadas de lluvias presas y enredadas — Sobre mis sienes el siglo sollozando se detiene, y en él — el astro abate su trajinar cansado — Debo quedar sobre el rebozo ajado — comprendo el clamor del ronco ruido — es el bramido del sufrir en calmo — Del espacio yerto — y del halo herido — Mañada partiré, hacia el astro frío — Cruzaré temblando los planetas regios — Les rozaré con los cabellos lacios y en desconfíos — Me detendré en la cansada Luna — Abriré de mi mente sus dos puertas — Para que vuelen las leopardas brumas... Y estaré muerta —
Proseguiré la ruta de la calma — Buscaré obediencia a los deberes — Tomaré el camino de los seres.
¡Y seré Alma!

Fig. 42

¡En el castigo de los castigos fuimos! exclamaron las almas en Fe, en aquel día. Fuimos en el martirio — agregaron los hombres nuevos.

¡Serán en el premio! — promete el Ángel del agua clara y el pez.

¡Serán en la Paz! — agrega la Nube Nube... porque la muerte, viaja...

— ¡Su Hora es! —

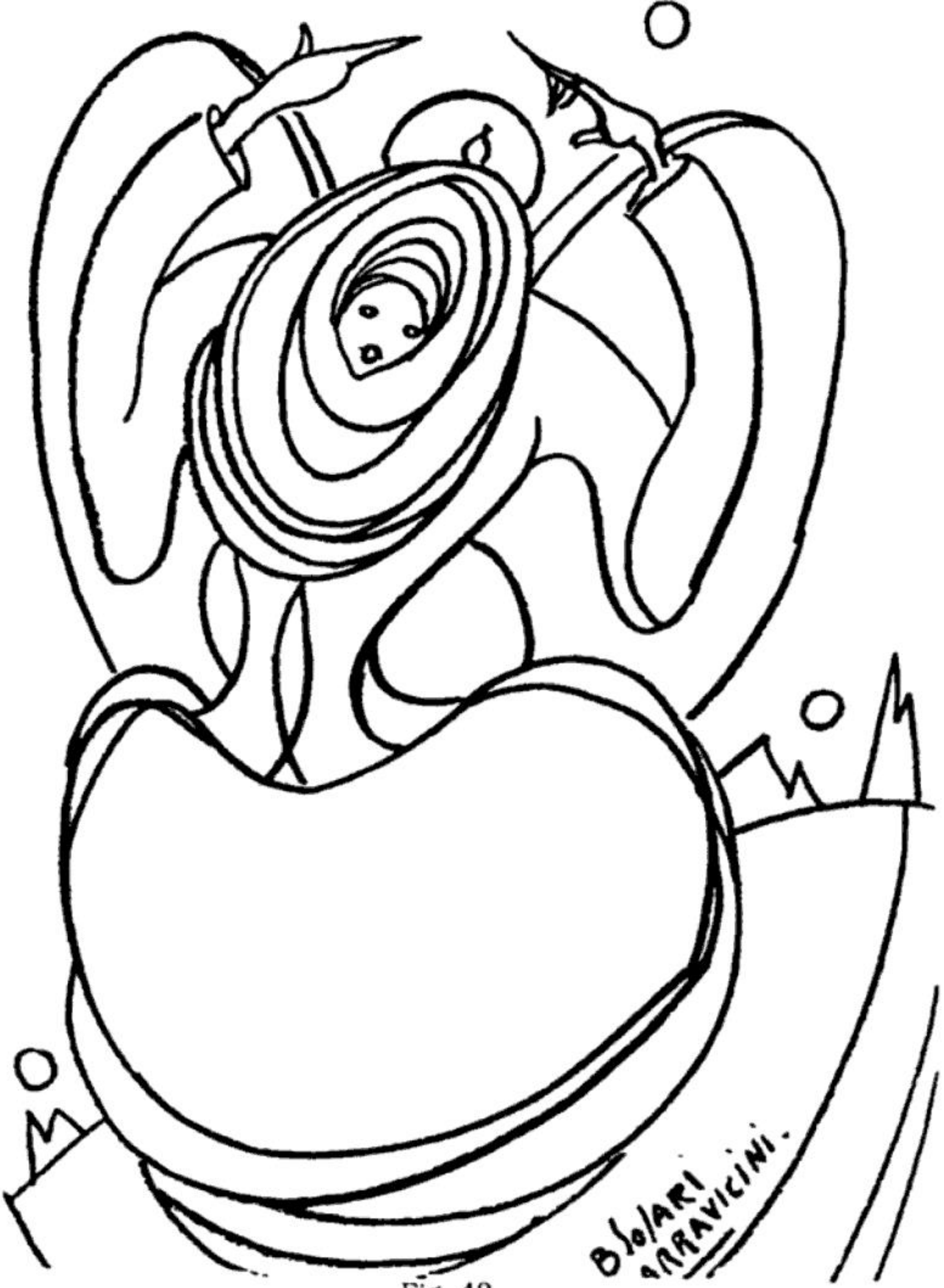



Fig. 43

Parca:

Atended y entended tú que viajas — El Nuevo Siglo se acerca en triunfos, exclamó el Ángel — Lo dice el incendiado halo del planeta cobre — Él negó ya su luz al hombre sin orbe y dotó justiciero al justo del Divino claror del pájaro blanco. ¡Atended y entended, tú que pasas!...

Fig. 44

¡Ángel del Universo! — enviado supremo de Dios — dime: ¿Acaso — tal vez — esas descarnadas manos abiertas y altaneras que atacaron mi paso — quieran ellas — calzar mi corona y empuñar mi cetro?

¡Jamás! — Eres tú la muerte — y lo serás luego del día a día — por los siglos — Nadie podrá arrebatar de ti — lo que dispuso el Señor. Hoy castigo llevas, sin él quedarás — mas regresarás en la hora hora — a tu misión, y será Santa. ¡Calza pues ya tu sandalia, de arrepentido penitente — y en oración camina! ¡Recuerda — Dios resiste al soberbio, pero entrega su gracia al que se humilla! ¡Tú en el tiempo serás!...

...Y el Ángel del Universo se alejó en bondad.

Fig. 45

Hombre nuevo — Tú que pasas — no me llames —
No me llames hasta el designio... ¡Llueve!... llueve!
Deposito mis crispadas manos en las divinas del Señor...
Y camino...
Llueve... llueve... llueve...

Fig. 46

Señor, Señor — Quisiera jugar con el limo — y soñar con la vida.
Quisiera Señor — acostarme junto a las flores sin polen, y cantar dormida!
Deja que me guarde en mi rincón de sombras. Deja que abrace a las hojas —
que acaricie a los frutos — que bese a las ramas y me arrope con ellas —
Tú que llegas hombre nuevo — contémplame...
¡Soy la muerte!... mas prosigue tu camino hombre fuerte —
Es ya el final del instante.
¡Voy a dormir!

Fig. 47

La Nueva Fe dirá: ha nacido una cruz y ella es la de Bizancio, mas no lo será siendo, porque ella tendrá el Círculo, Dios y el corazón; Amor. Llega la unificación de ideas, de procederes, de razas; unificación de la Babel mundana en la Cruz Orlada.

(Dios es Universo y como el Universo es Circulo, Dios es Universal! Esta Cruz colocada dentro del círculo que puede ser liso u orlado con llamas, símbolo Sol, igualmente Dios, será Dios, Cristo. Si lleva el corazón en la unión de los brazos, es decir en el cruce de los leños, será Amor - Fe - Luz.)

Fig. 48

¡Paz es Amor! ¡Amor es Paz! — 2002 —

¡Llega ya el Reino! — ¡Clarinadas estrepitosas correrán el ámbito sideral — El Ángel del perenne bien bajará del cenit sobre la tierra de la nueva florescencia y ordenará: ¡Desciendan los mares — Cesen los vientos — Terminen los fuegos — Acabe la muerte — y con el brillar del "Sol en soles" — el mar descenderá. El viento cesará — el fuego apagará, y la muerte callará. Brotarán entonces los campos. El pájaro regresará a la rama. El hombre feliz tornará al canto — y la muerte, en la muerte será en su santo deber — ¡Es el Reino en vosotros!, agregará el Ángel...

y en la breña de Tierra Santa — un labio puro exclamará: ¡Amor!

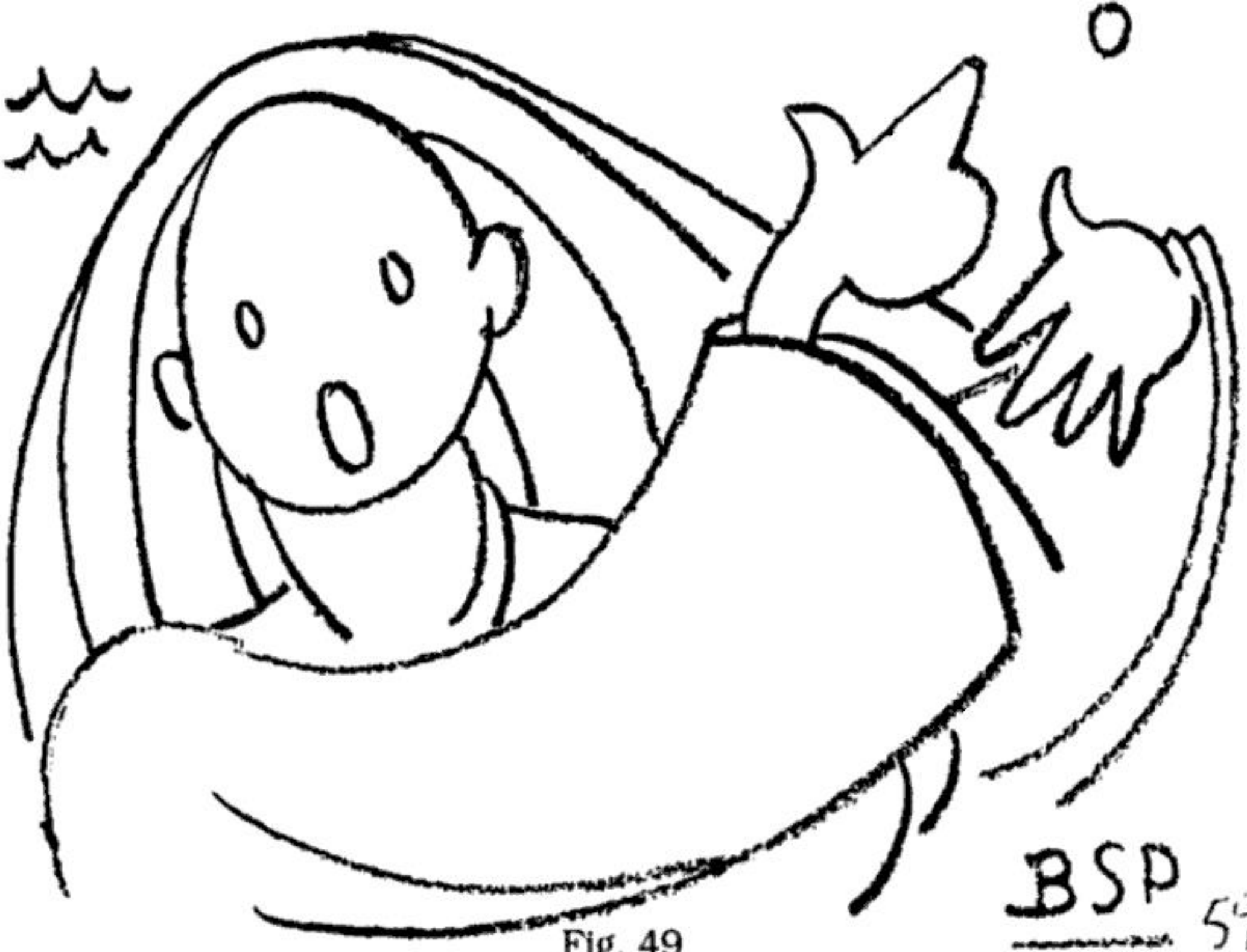



Fig. 49

— 2002 —

Hombre ciego: la hora de la hora ya fue dada —
y su retumbe ensordecerá en el día, del día día —
Llega presto la marejada lunar —
Llega el encrespado de la grande ola.
Llega el fuego fuego, de los fuegos en el fin —
Llega el desborde del aluvión de aluviones.
Las Naves Astrales se acercan y bajan —
El Pastor de Pastores, hablará desde el Alto diciendo:
"Van a vosotros Ángeles de consuelo, portando el consuelo de los consuelos
— la palabra de la grande palabra — El sentido del grande sentido —
El Amor en el amor de amores".
¡Oh! — De nuevo ya el sol regresa — exclamará con temores la lombriz de la tierra tierra. Ya es el Sol sin la Nube de la Nube Nube — sin el humo del humo humo — es ya el sol en el brillar del brillo — Ya es el sol en Dios —
Dios es el Cristo en retorno — ¡Él es la Paz!
¡Llega el 2002!

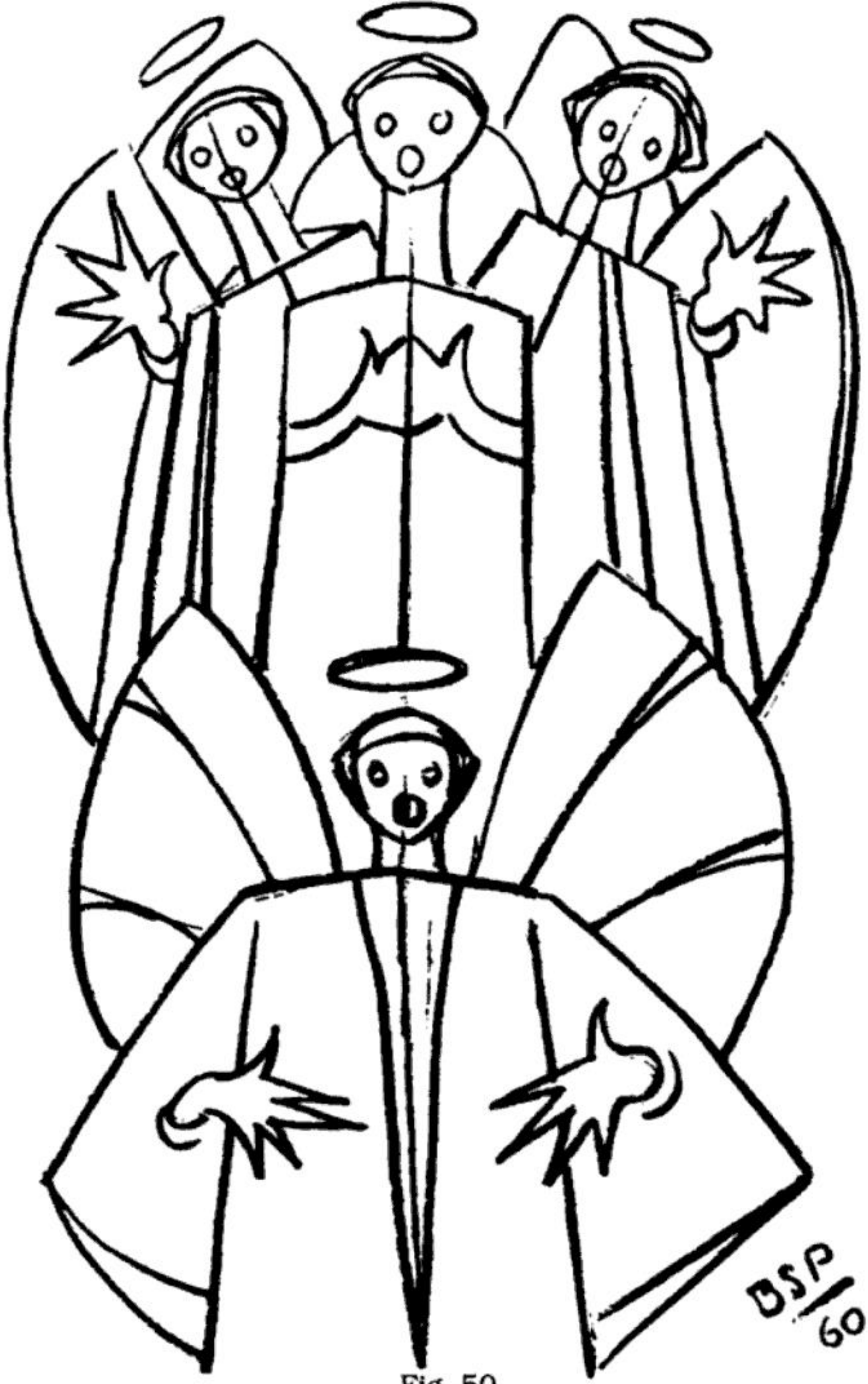



Fig. 50

En el 2002 — Cuatro Ángeles azules, con aspectos de aceros vivientes — bajarán a la Tierra anunciando el júbilo en el amor verdad. Traerán: el nuevo decir — el nuevo construir, el nuevo conocimiento y el nuevo querer — Será el comenzar de la Nueva Era — y la Nueva Era será — ¡Paz y Amor! — El 2000, será en el 2002 —

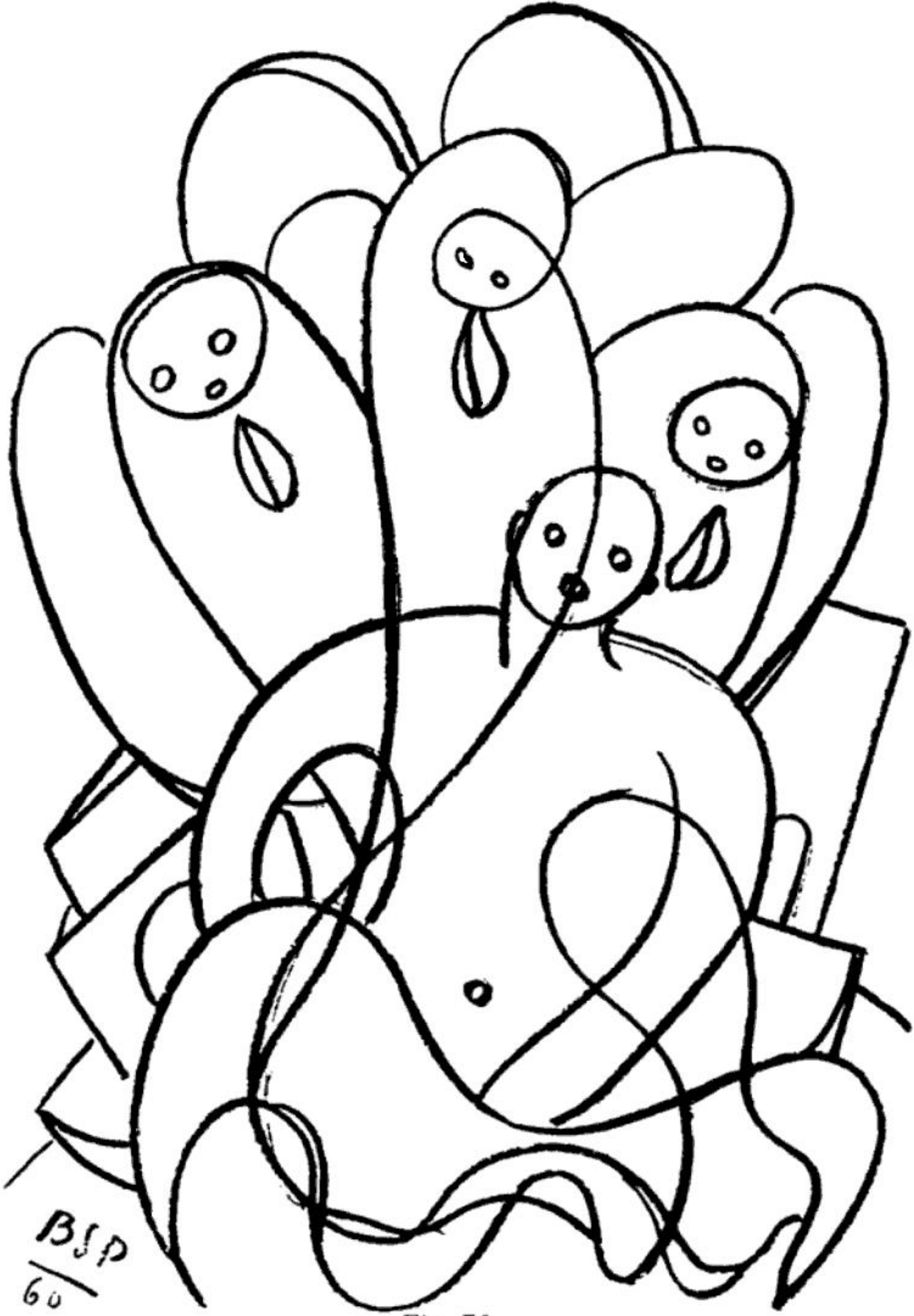



Fig. 51

El hombre redimido — y de propia luz superior, en el final de los tiempos, verá al ser del invisible astral, el ser que rodeó y cohabitó su casa protegiendo su destino — al Ángel que con él habló telepáticamente revelándole los misterios al llegar.



¡Será así, el comenzar del Amor!

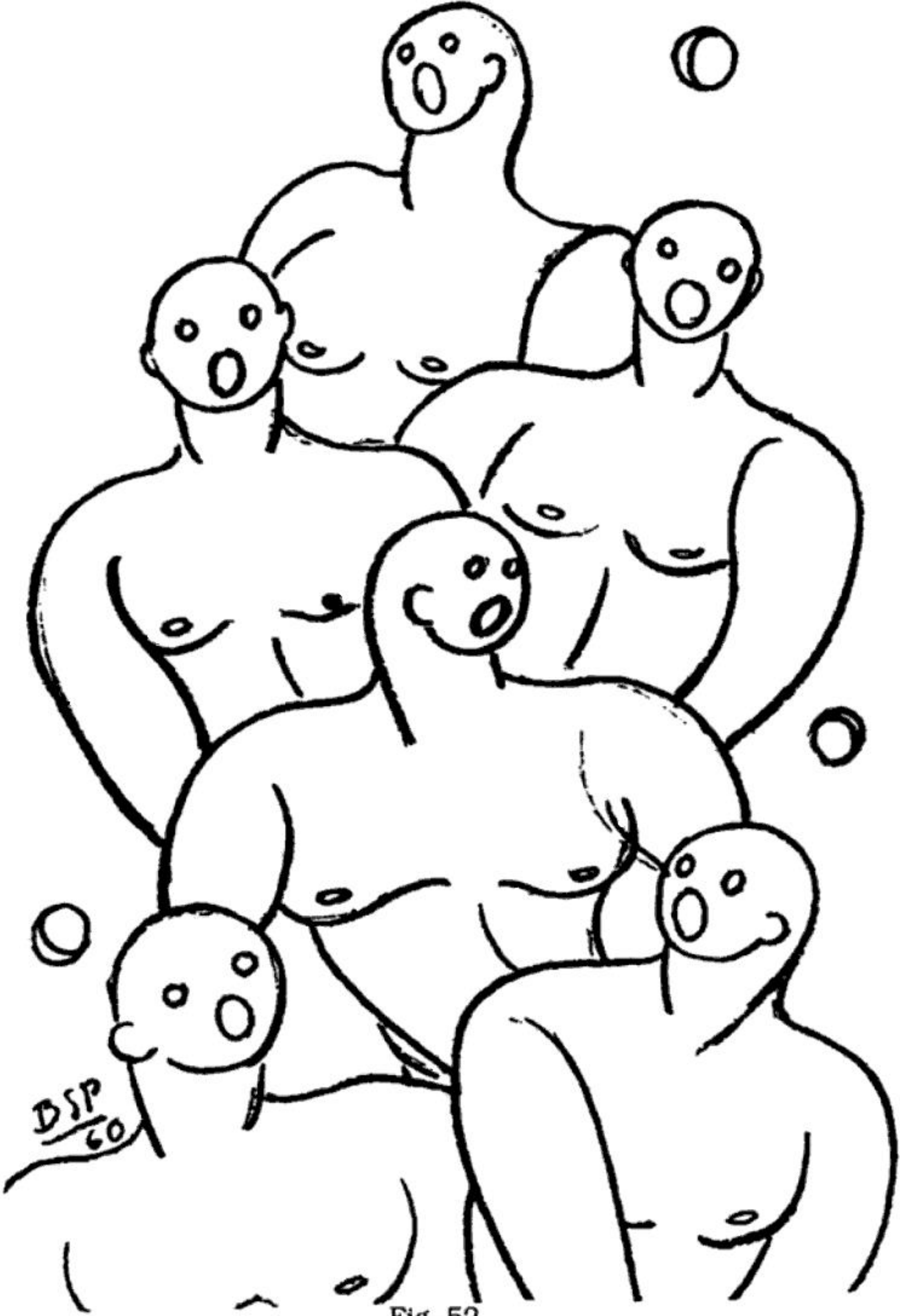



Fig. 52

Los hombres de la argentada tierra, la que casi no padeció — en el retumbe, cantarán extendiendo alegremente sus brazos en amor al hermano que deberá llegar de las calcinadas regiones.

La argentada tierra será en el mandato mayor —

¡En el 2002!

Fig. 53

Con el andar del 2000 — la nueva Tierra sabrá del prolongado existir del hombre nuevo. Éste hablará sin gutural expresión — verá sin vista — pensará sin mente — sustentará sin boca. Será de superior aspecto y hermosa faz. Conocerá el traslado sin cuerpo y será dueño del único mirar — ¡Tercer ojo — cuarta dimensión!

Fig. 54

El hombre nuevo — el del único mirar — mostrará contextura sin males.
El microbio enfermante desaparecerá por ineficaz.
El hombre nuevo será de cobriza tez — resultante ello del fundido de razas. Será dueño de fuerza física de tres hombres del ayer.
Enseñará: Vehemencia en vehemencia — Ponderación en ponderación — Belleza en belleza — Oración en oración — Será en el libre albedrío y la libre acción — El hombre del único mirar — desconocerá el apetito carne — porque él será en nuevo amor —
¡El nuevo amor será Paz!

Fig. 55

Cristo en el Amor de Paz — Rey triunfante será en el 2002. Entonces todo habrá regresado al mundo en reconocido bien. La mujer será mujer. El hombre-hombre. El planeta Tierra será en verdores y la fatigada humanidad del pasado siglo, reaccionará y observará feliz porque la confirmación de Israel en Canáan habrá sido.

¡El Sol será en el Sol!

Fig. 56

Terminada la grande prueba del Caos en el Caos —
el mundo conocerá el amor en caridad de amor —
Cristo será en él — y la paz será —
¡Será en el 2002!

# *Suplemento de psicografías para la 2ª edición del Tomo I*

La fuente Ventisca de la Verborragia inculta,
de la deformación idiomática del mundo con los
epítetos mujeres que evalúan a los "nuevos" en
sus cambios - penetra hasta el íntimo del ser que
les domina, y destrojan así el buen decir del que
dice - y del que dijo - Reprochan al maestro que
fue ejemplo - Dicen Valores - que fueron admira-
dos, bien de la lengua en toda lengua, y fabrican estupi-
damente moles que creen perdurarán, y les perdu-
ran - en sus "sublimes creaciones aplaudidas! —
La mediocridad que calzó su cétro en el comienzo
de la hora 10 - reinará hasta el humo mayor y
el polvo - luego será la confusión y el derrumbe. Y Fig. 57
72 ¡luego OM -!

- Castigo en fuegos caerá sobre el suicidante
ser "asesinado" - Sobre el "pelilargo" revoltoso
que ouega a Dios - Castigo en fuegos caerá
y les exterminará - El lento suicidio es premiado
con la muerte sin muerte - en la oscuridad
en oscuridad - en el ruido de los ruidos - en el
frio de los frios y en el eterno "hambre materna"
ellos jamás verán a Dios por que ellos asi se
dijeron - y serán por siempre dioses en
ese su mundo eterno —

Fig. 58

Fig. 57

La fuerte ventisca de la verborragia inculta,
de la deformación idiomática del mundo con los epítetos vulgares
que solazan a los "nuevos" en sus cambios,
penetra hasta el íntimo del ser que les domina
y destrozan así el buen decir del que dice y del que dijo.
Reprochan al maestro que fue ejemplo, niegan valores
que fueron admirados, ríen de la lengua en toda lengua
y fabrican estúpidamente motes que creen perdurarán,
y les perdurarán, en sus "sublimes creaciones aplaudidas".
La mediocridad que calzó su cetro en el comenzar de la hora 10,
reinará hasta el humo magno y el grito, luego será la confusión y el derrumbe y
¡luego OM!

Fig. 58

Castigo en fuegos caerá sobre el suicidante ser "asexuado"
y sobre el "pelilargo" revoltoso que niega a Dios.
Castigo en fuegos caerá y les exterminará.
El lento suicidio es premiado con la muerte sin muerte,
con la oscuridad sin oscuridad, con el ruido de los ruidos,
con el frío de los fríos y con el eterno "hambre material".
Mas jamás verán a Dios porque ellos así se dijeron,
y serán por siempre dioses en ése su mundo eterno.

Fig. 59
Llega la oración
Llegará el perdón
—al que ore—

¡Oración! ¡Oración! ¡Oración!
OM ¡Llega la oración!
¡Llega el perdón! es la hora de la plegaria sentida,
no de la plegaria dicha con masticar de confites,
no con la dicha en distracción y apuro.
Llegó la hora de la oración sencilla, de la oración surgida
desde el profundo pecho en meditación; llegó el instante de hablar
con Dios, de hablar con Él, no como con un poderoso Señor
que lo es en verdad, pero que tratarle debemos como a un amigo viejo,
como a un amigo de infancia.
Él lo quiere así, Él nos encarece cariño, amor de hermano.
Él nos pide confidencias íntimas, nos ruega que nos entreguemos a Él.
Es llegada la hora de la oración sencilla.
Llegada es la hora de hablar con Dios.
¡Es el Perdón!

Fig. 60
¡Cambio del cambio!

¿Qué de nuevo se lee? ¿Qué de nuevo se comenta y se advierte?
¡Ya el diapasón ha entregado la verdad del buen sonido
y el sonido en su sonar que fue siempre armonioso mas fue aplastado
por la armonía eufórica de los "nuevos" en sus genialidades
creadas al correr por la nueva avenida de la droga,
ya el sonido en su sonar, hoy comenzó el regreso
a su verdad de buen sonido, comenzó el cambio del cambio.
Entended, comprended, aprended y seréis.

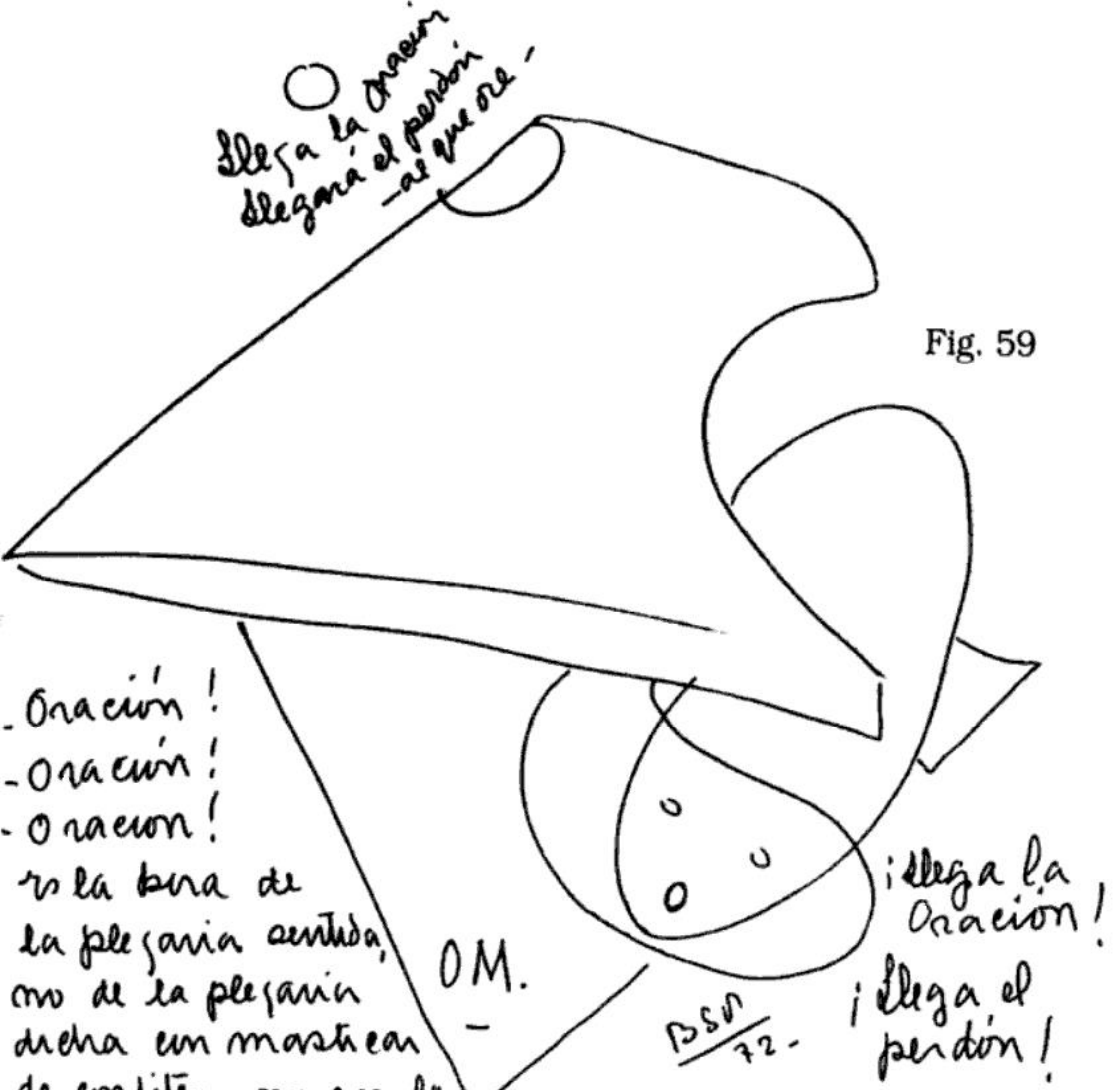



Fig. 59

-Oración!
-Oración!
-Oración!
es la hora de la plegaria sentida, no de la plegaria dicha en murmullos - no en la dicha en distracción zapuno - llegó la hora de la oración sencilla, de la oración surgida desde el profundo pecho en meditación - llegó el instante de hablar con Dios - de hablar con Él, no como con un poderoso señor que lo es en verdad - pero que, ¡tratarle debemos como a un amigo viejo - como a un amigo de infancia - Él lo quiere así - Él nos encarece cariño - amor de hermano Él nos pide confidencias íntimas - nos ruega que nos entreguemos a Él = es llegada la hora de la oración sencilla - llegada es la hora de hablar con Dios - ¡es el perdón!

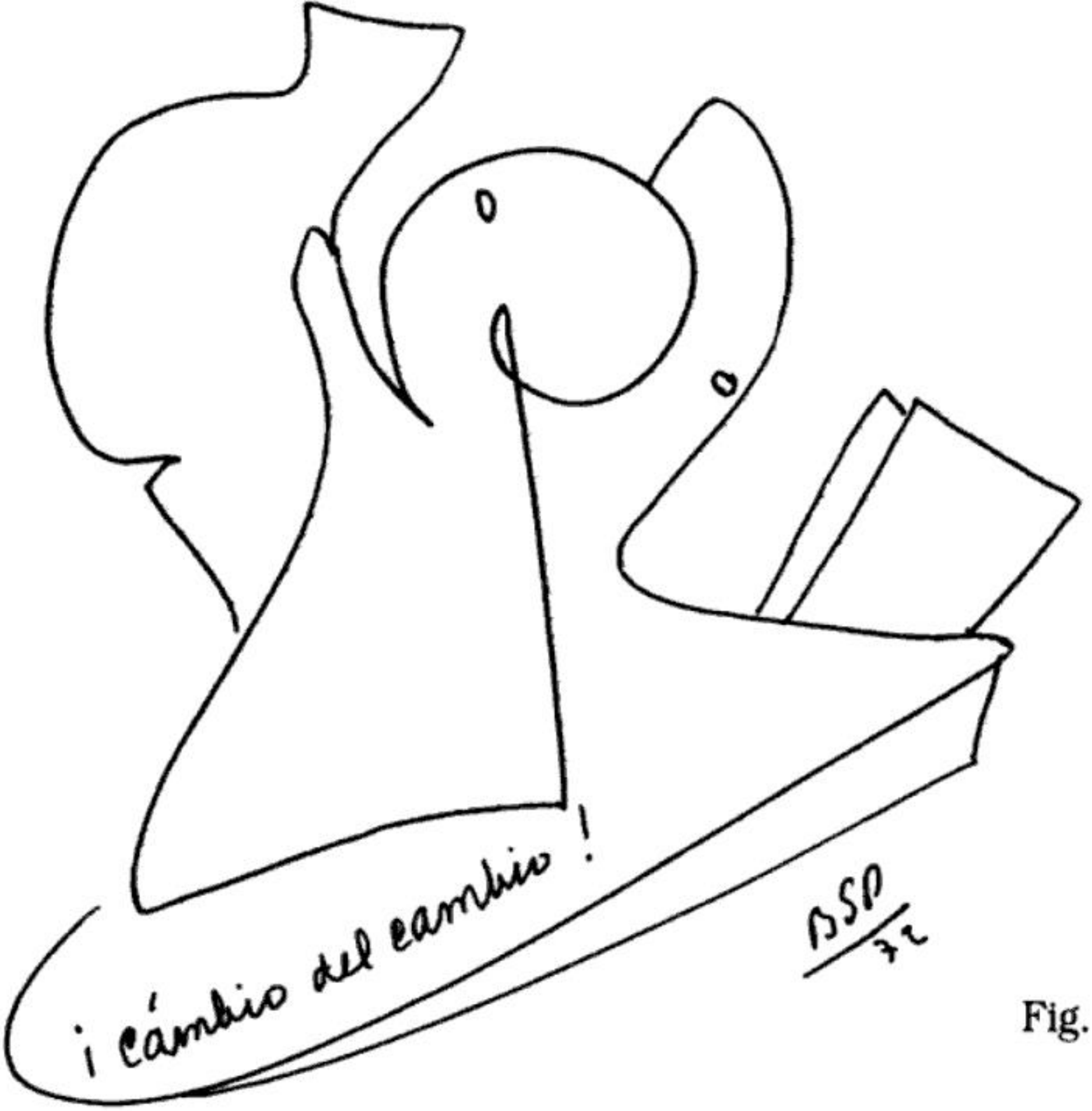



Fig. 60

- ¿Que de nuevo se lée? - ¿Que de nuevo se comenta ¿se advierte? - ¡Ya el diapasón ha entregado la verdad del buen sonido, ¿el sonido en su sonar que fué siempre armonioso más fué aplatado por la armonía enfónica de los cambios en su genialidades creadas al correr por la nueva avenida de la dróga - del sonido en su sonar, hoy comenzó el regreso a su verdad de buen sonido = comenzó el cámbio del cámbio intended - comended - aprended. ¿Sereis.

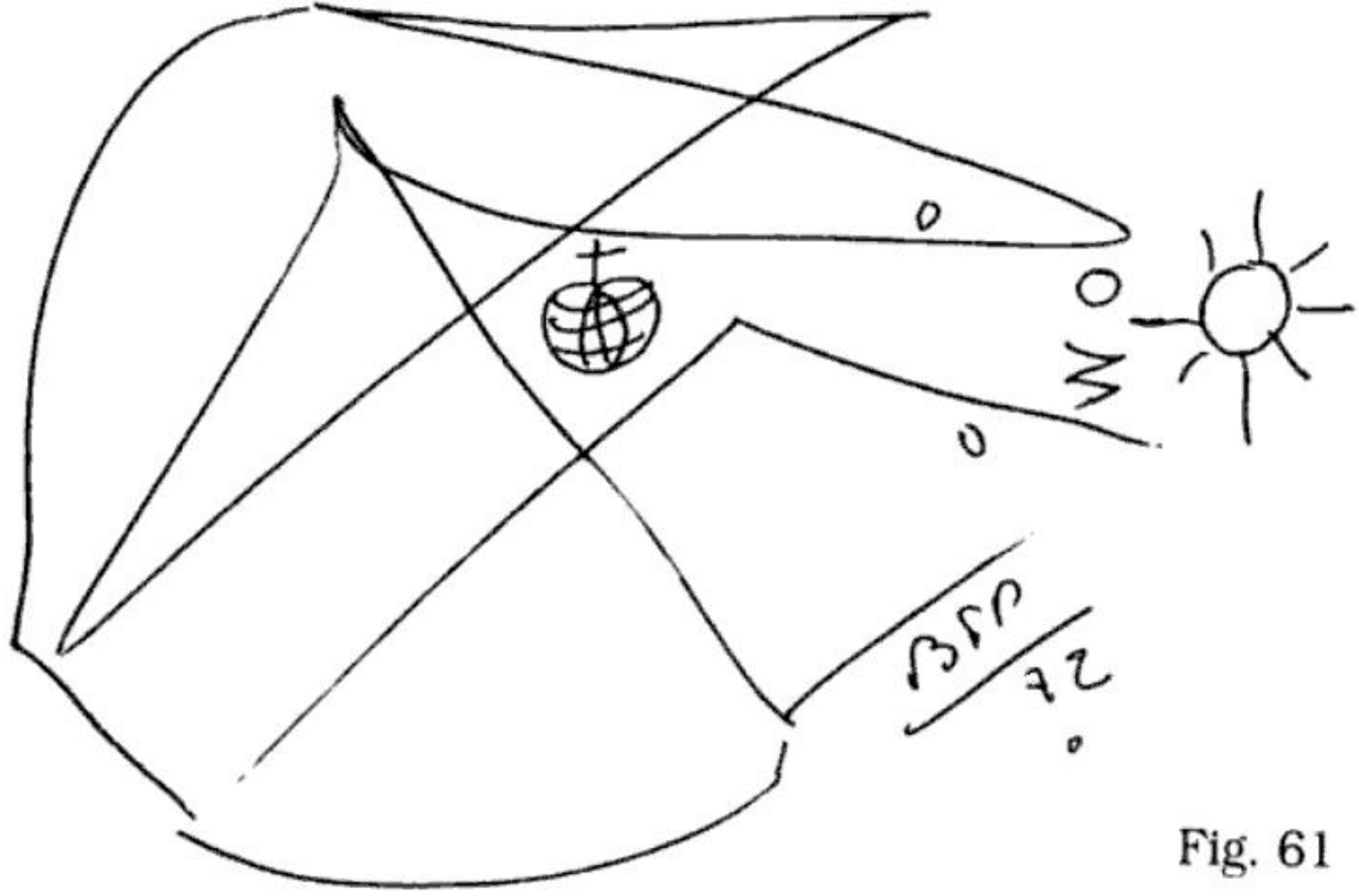


Fig. 61

¡Mundo! - habéis penetrado el callejón sin salida - habéis penetrado al ignoto del oscuro caos - alcanzáis á estallante en la roca viva del precipicio - en la aridez del castillo en la oscuridad como doble de tu creada y nueva manera de vida - de tu transformación de existencia con Dios - de tu imperio imperídico - de tu físico fastocado, de tu dorado imperioso - de tu hipocresía enarbolada y por sobre todo de tu inmensa cúmbre - ¡Mundo! ¡reflexiona! - aún un tiempo retrocede el camino que hicisteis sin Dios, retrocede y le hallarás. El aguarda el día OM

Fig. 62

= Verdades ocultas más la careta de la hora -
= Verdades en luen se hallan aguardando en OM -
ellas las Verdades ocultas saben del mal en el mal
que se alleja - saben de la perfidia envidiosa
que domina á la humanidad en dañya la suya
de salvajes - El Negro sabe que en dañya invocadas
atrae á sus dioses - más ignora que también
llegan los inferiores espíritus del mal, los que
traen de ellos fanáticos, ciegos - enseguicentes con
preño = alcoholicos enfederni dos, los que así destrop
dos - danyan y danyan hasta en final en condena
ción -
= Verdades ocultas aguardan el final de la "era negra"
del blanco en su dañya maléfica - en su hora
de cámbio - ellos como los negros caerán más
¡llega OM!

Fig. 61

¡Mundo! Habéis penetrado el callejón sin salida,
habéis penetrado al ignoto del oscuro caos, llegarás a estrellarte en la roca viva del fracaso, en la rigidez del castigo, en la oscuridad como dije de tu creada y nueva manera de vida, de tu transformación de existencia sin Dios, de tu imperio impúdico, de tu físico trastocado, de tu decir imperioso, de tu hipocresía enarbolada y por sobre todo de tu insensatez cumbre. ¡Mundo!, ¡reflexiona!, aún un tiempo tienes.
¡Pues retrocede el camino que hicisteis sin Dios, retrocede y le hallarás!
Él aguarda el día OM.

Fig. 62

Virtudes ocultas tras la careta de la hora.
Virtudes en bien se hallan aguardando en OM.
Ellas las verdades ocultas saben del mal en el mal que se allega
y saben de la perfidia envidiosa que domina a la humanidad en danza lasciva de salvajes. El negro sabe que su danza "invocadora" atrae
a sus dioses, mas ignora que también llegan los inferiores espíritus
del mal, los que hacen de ellos fanáticos ciegos,
concupiscentes sin freno, y alcohólicos empedernidos,
los que así destrozados, danzan y danzan hasta su final en condenación.
Virtudes ocultas aguardan el final de la "era negra"
del blanco en su danza maléfica, en su hora
de cambio, ellos como los negros caerán más.



¡Llega OM!

Fig. 63
GUERRAS
OM

¡Llega la 1$^{era}$ muerte!

La humanidad encierra odio en su interior la que por tal odio
y por ambición, declarará guerras y más guerras llegando
a totalizarse en una sola "guerra mundial".
La humanidad será partida en dos partes
y esas partes se destrozarán sin escuchar la Voz del Alto,
y sin escucharse. ¡Razas! frente a razas,
ideas frente a ideas políticas.
Religiones frente a religiones,
clases frente a clases.
Llega la explosión.
Llega la desolación.
Llega la primera muerte que asustará y no frenará.
¡Llega OM!

Fig. 64
Cuarta corona de muerte

Caminante: viaja la maldad en su cuarta corona de destrucción,
marcha munida del bastón del poder infinito,
que ella llama "pacificación", mas que será represión,
a toda norma fatigada y ahogada en sangre.
¡Pacificación! gritará el mundo, pero serán los hombres en la causa
que creerán justa, muertos por el dueño o dueños de la cuarta corona.
Toda la crueldad vivida hasta ese instante será "bienestar" desaparecido.
La maldad general del ayer, será historia que se anhelará.
La espontaneidad del crimen que fue, será de crímenes en masa.
¡El final de finales! gritará la voz de la Iglesia que equivocó, mas no será
hasta los humos, porque llega el agua.
Orad.

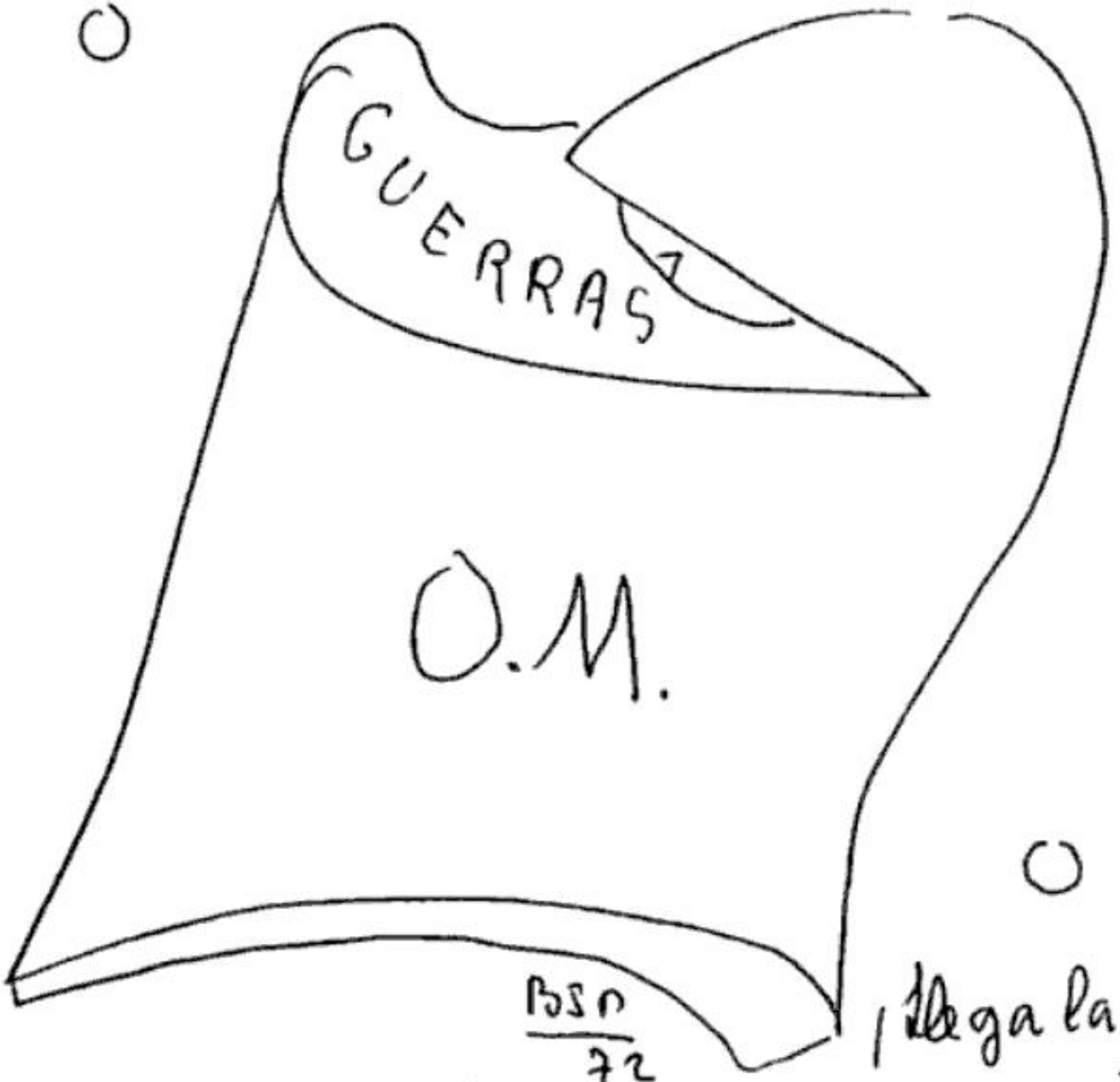
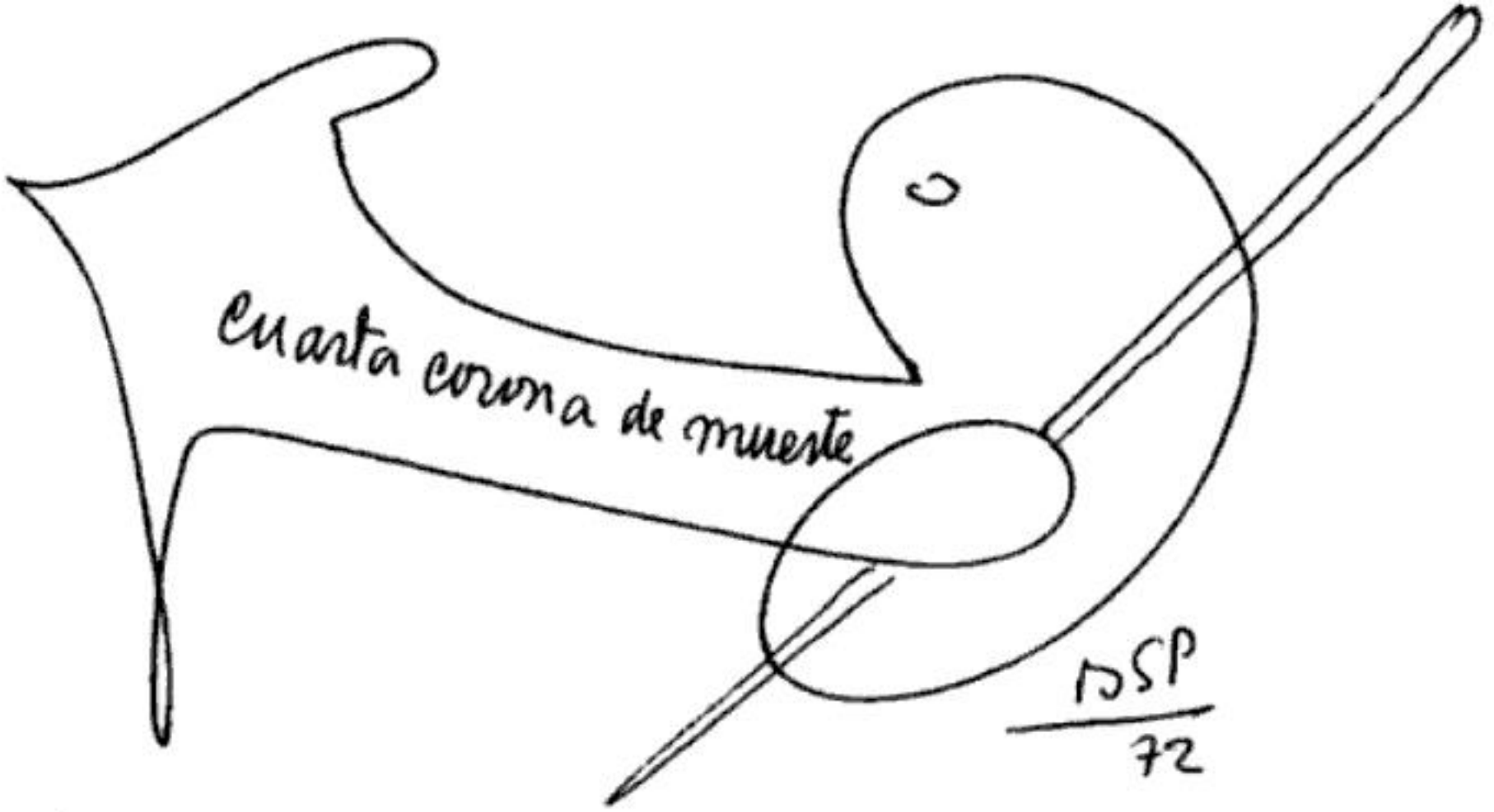


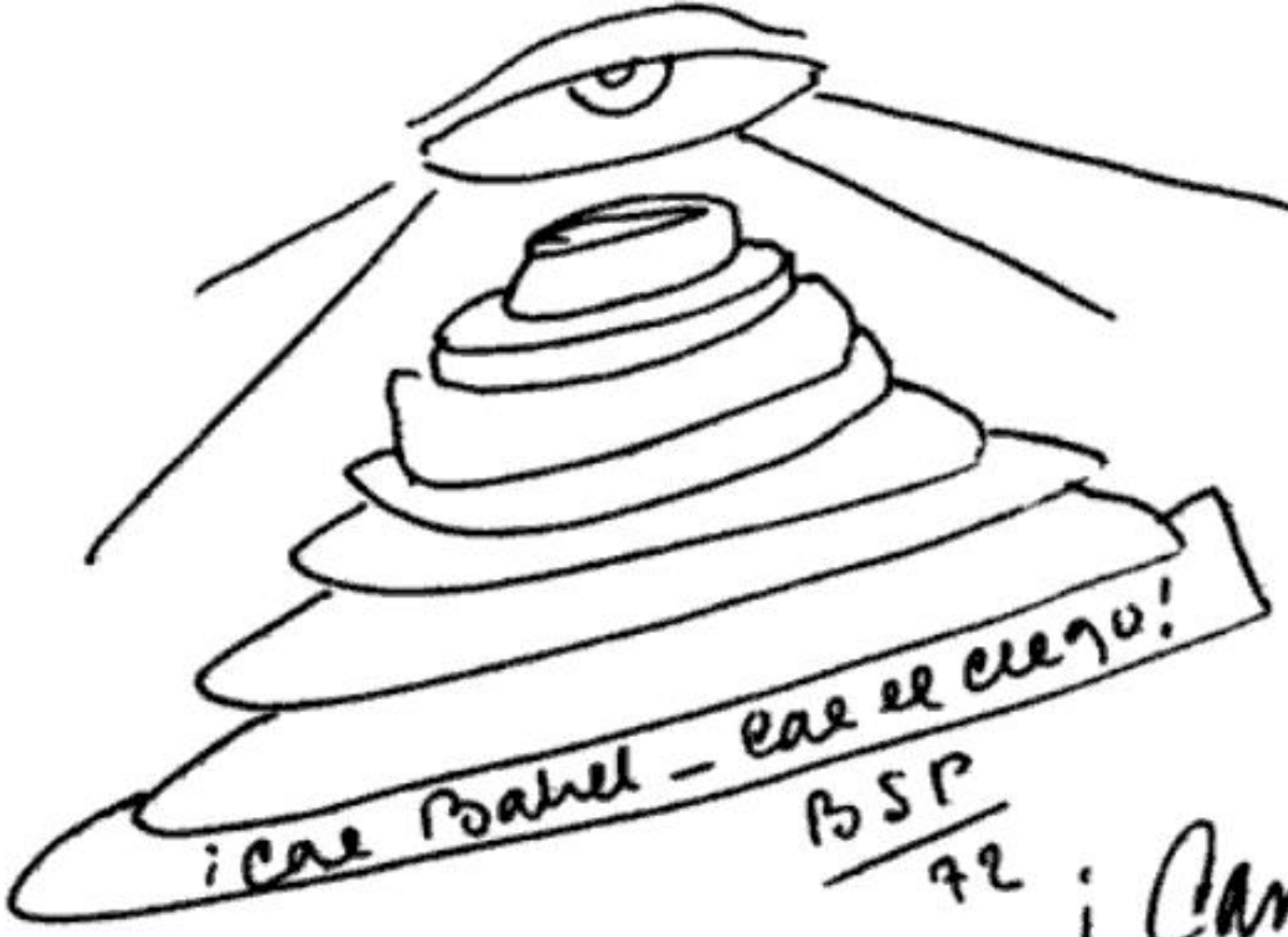

Fig. 63

¡Llega la 1ª muerte!

La humanidad encierra Odio en su interior la que por tal odio y por ambición, declarará guerras y más guerras llegando a totalizarse en una sola "guerra mundial". La humanidad será partida en dos partes y esas partes se destrozarán sin escuchar la Voz del alto - y sin escucharse - ¡Razas! frente á Razas - ideas frente á ideas políticas - Religiones frente á religiones clases frente á clases - llega la explosión - llega la desolación - llega la primera muerte que asustará y no frenará - llega OM -




Caminante: haya la maldad en su cuarta corona de destrucción - marcha munida del bastón de poder infinito - que ella llama "pacificación" - más que será represión - á toda máquina fatigada y ahogada en sángre - ¡Pacificación! gritará el mundo, pero serán los hombres en la cárcel que creerán justa, muertos por el dueño o dueños de la cuarta corona - Toda la crueldad vivida hasta ese instante, será "bien estar" desaparecido. La maldad general del agua, será historia que se anhelará - La espontaneidad del crimen que fué, será de crimenes en masa - ¡el final de finales! gritará la Voz de la Iglesia que equivocó - más no será hasta los dumos - en que llega el Agua - Oad -

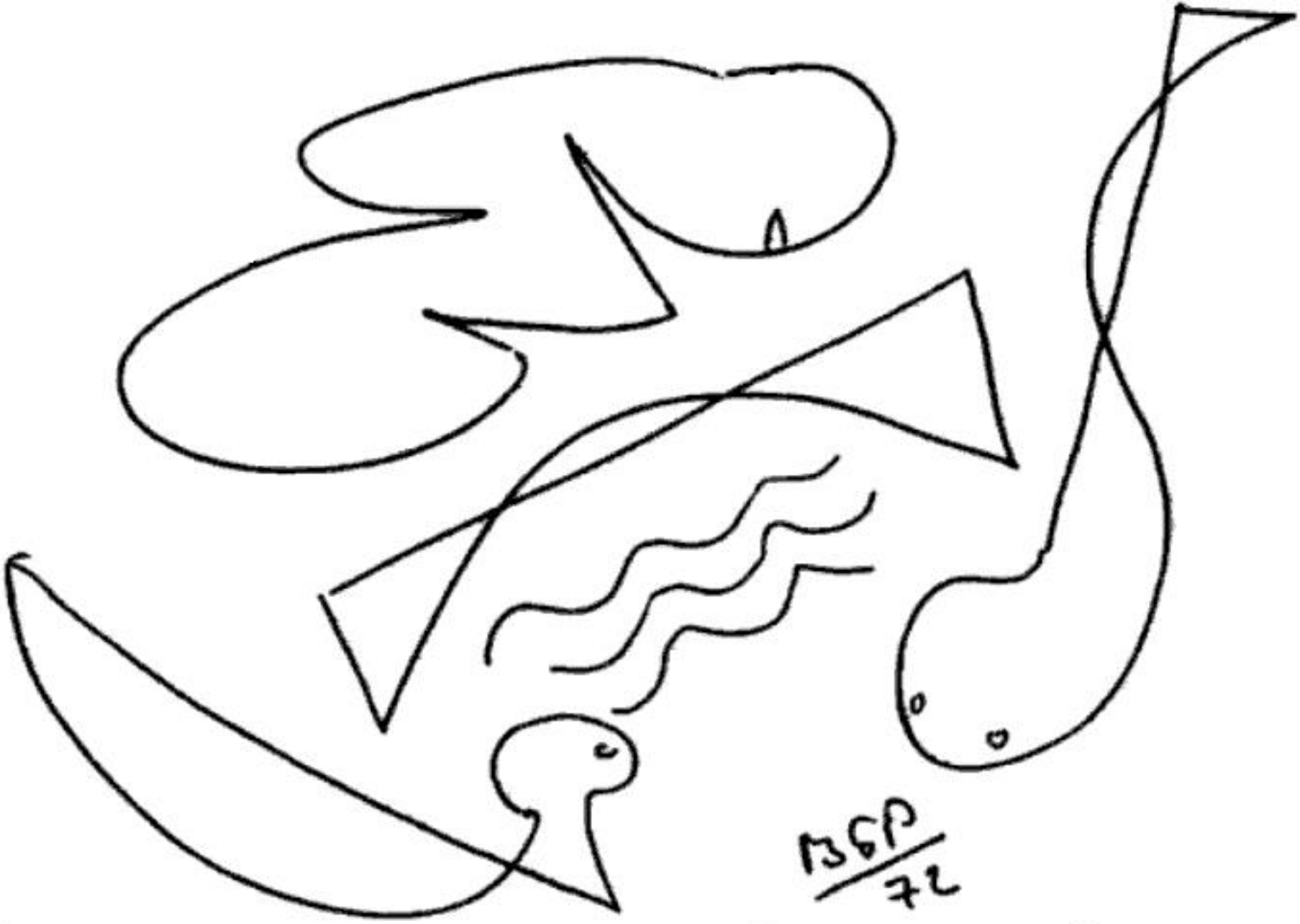



¡Caminante!

¡Llega la transformación del mundo ordenada por Dios!
Parará el grito de los rebeldes y el protestar de los
jóvenes imberbes - el decir ambulatorio de la mujer
liberada y de los religiosos con sus teorías inconclusas.
Llega la hora del Trueno en el Trueno, la hora de
la orden magna en la nueva Orden ¡Alma
civilización destrozada no debe proseguir! ha dicho
el Alto - Una civilización decadente debe terminar...
¡Llega el cambio! es el grito de triunfo del mundo
en Babel - llega la transformación del mundo
es la voz ordenánte de Dios, es la voz convincénte
de los que vienen, es la voz del tiempo que
dice del tiempo en el Tiempo á llegar - es la
Voz que prevalecerá á la explosión -
¡Es la voz que derrumbara á
Babél!
- llega OM —



Fig. 65



13 6P / 72

Cámbio de Cámbios - oyeron millones de oídos en el mundo - es que acaso harán á los peces para habitar la tierra, y á los hombres les llevarán á las aguas - ¡Caminánte! Qi los que oyeron de cámbios é intentaron é intentan cámbiar los séres, nada logra// ron ni lograrán - Qi hablaron y hablan de pobréza y miseria para sus humildes hermanos del prójimo al que vituperan y explotan, embaucando niños, y con ello engrosan sus faltriqueras, mal podrán cambiar el ritmo de la tierra ordenado y guiado por Dios - El Cámbio será ni, en ellos, y será cámbio definitivo, serán en el castigo, los que no vieron la cercanía de la explosión - y serán en la nueva civilización los que vieron - ¡Alleja OM! —

Fig. 65
¡Cae Babel, cae el ciego!
¡Caminante!

¡Llega la transformación del mundo ordenada por Dios!
Vano será el gritar de los rebeldes y el protestar de los jóvenes imberbes,
el decir ambulatorio de la mujer liberada y de los religiosos
con sus teorías inconclusas.
Llega la hora del Trueno en el Trueno, la hora de la orden magna
en la Nueva Orden. ¡Una civilización destrozada no debe proseguir!
ha dicho el Alto. Una civilización decadente debe terminar...
¡Llega el cambio! es el grito de triunfo del mundo en Babel.
Llega la transformación del mundo es la voz ordenante de Dios,
es la voz convincente de los que vieron, es la voz del tiempo que dice
del tiempo en el tiempo a llegar, es la voz que prevalecerá
a la explosión.
¡Es la voz que derrumbará a Babel!
Llega OM.

Fig. 66
Cambio de cambios, gritan millones de voces en el mundo,
es que acaso traerán a los peces para habitar la Tierra y a los hombres
les llevarán a las aguas.
¡Caminante! si los que gritan de cambios e intentaron e intentan
cambiar los sexos, nada lograron ni lograrán, si hablaron y hablan de
pobreza y miseria para ser humildes hermanos del prójimo
al que vituperan y explotan, embaucando niños y con ello engrosan
sus faltriqueras, mal podrán cambiar el ritmo de la tierra
ordenado y guiado por Dios.
El cambio será si, en ellos, y será cambio definitivo,
serán en el castigo, los que no vieron la cercanía de la explosión y serán en
la nueva civilización los que vieron.
¡Llega OM!

Fig. 67
Hora 10

Las aguas treparán montañas, dije ayer.
Las aguas atraparán las mentes, digo hoy, porque si bien el ojo del alto poder observa y calla — el ojo del que ve en Él su amargura, tratará de socorrer al que se hunde. Las aguas llegan bravías día a día,
en más y en más, las aguas ya entorpecieron cuerpos humanos
y nublaron sus mentes, las que al parecer son claras,
ellas se confunden ya, y de la confusión aparecerá la luz!
la que confortará al Alto. ¡Llega OM!

Fig. 68
CASTIGO

¡Protesta!
y
¡Protesta!

Ridícula masa humana se presenta hoy en el mundo.
Ellas y ellos en entrevero gritan, protestan, exigen, exhiben,
entregan, roban y matan.
¿Qué busca esta promiscuada gente sin control ni reparos,
sin educación ni noción de ser? ¡Busca oro!, el ansiado oro,
que les elevará a ser lo que según ella es el "sumun" de vida feliz,
lo que según el todo, es el todo en el Todo.
¿Y Dios no es el Todo en el Todo? pregúntales la conciencia aturdida
muy de tarde en tarde, mas pregunta; y la masa envanecida y vacía
contesta: "Dios no existe. Él fue una mentira"
(pero bien saben ellos que no lo es) y por temor se aturden y niegan.
Llega el castigo.

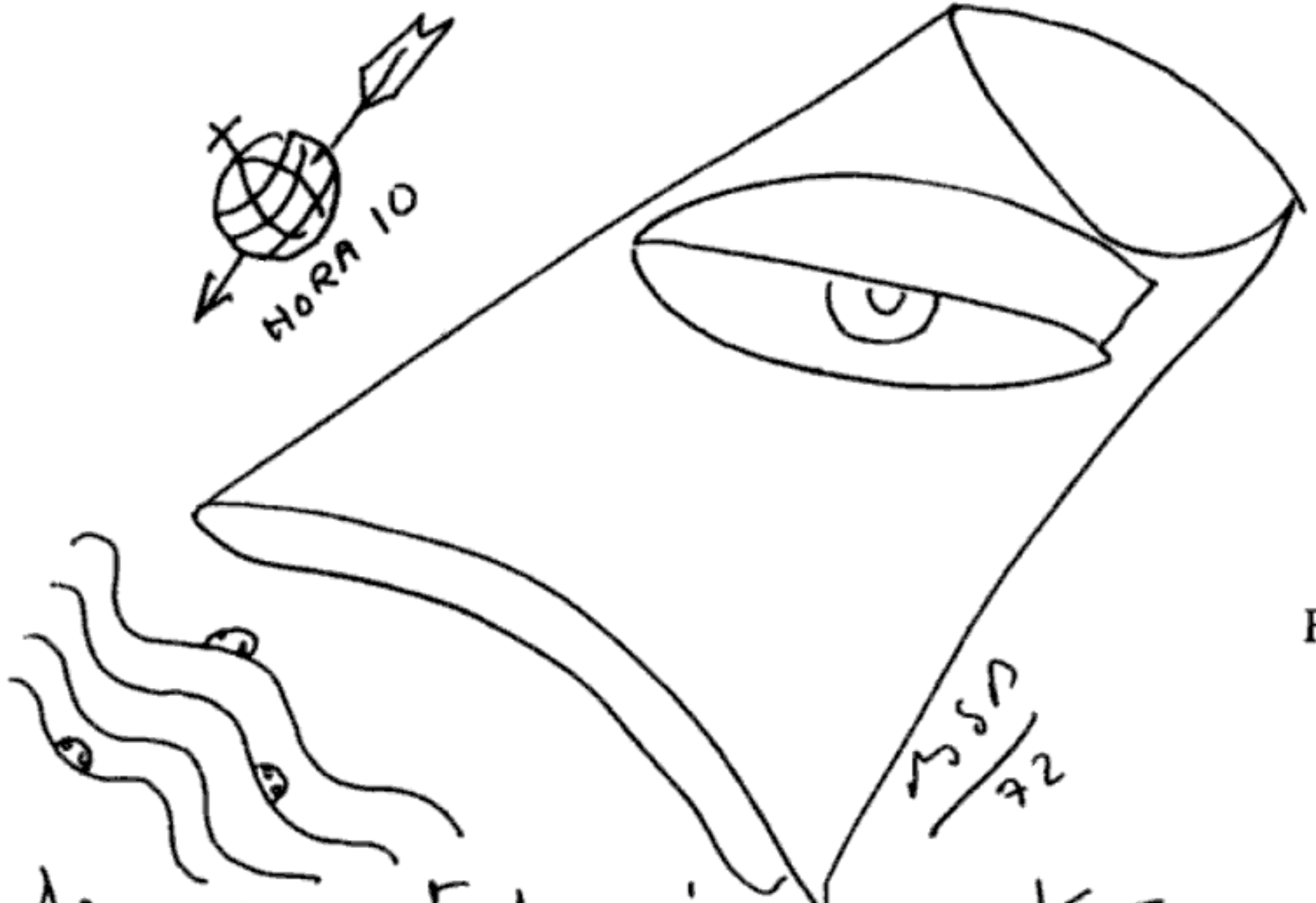



Fig. 67

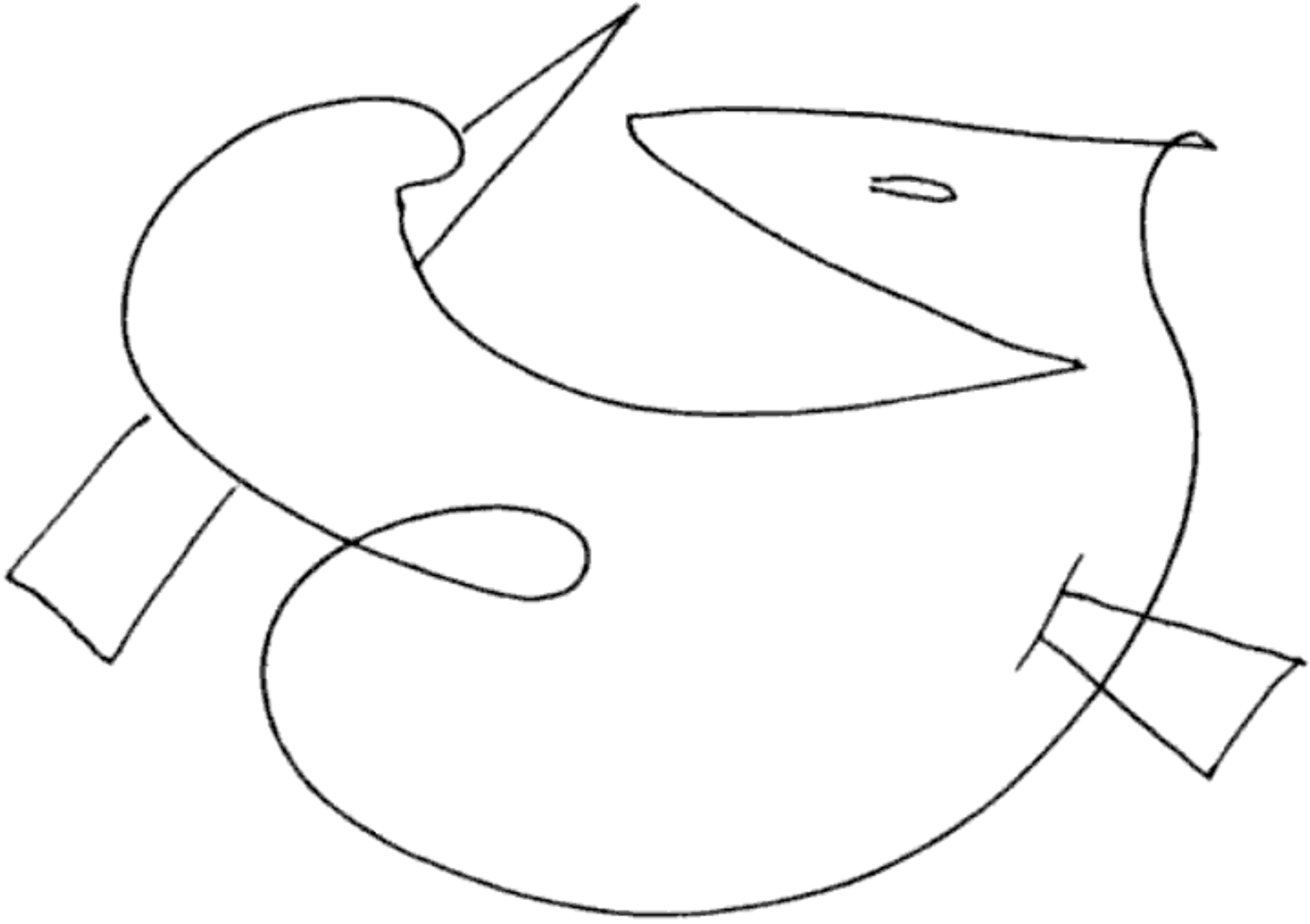
Las aguas trepasarán montañas dise
anger = las aguas atrapsaran las
mentes dice hoy - por que ai luen el ojo
del alto poder observa, calla - el ojo
del que ve en el en amargura, tratará
de socorrer al que se hunde - las aguas
llegan bravias dia a dia, en más y en
más - las aguas ya entorpecieron enérgias
humanas y nublaron sus méntes las
que al parecer son claras ellas se enjuen den
ra, y de la confusión aparecerá la luz ! la
que consolará al alto - ¡ Alleja O.M.! 88

Fig. 68

BSC 72

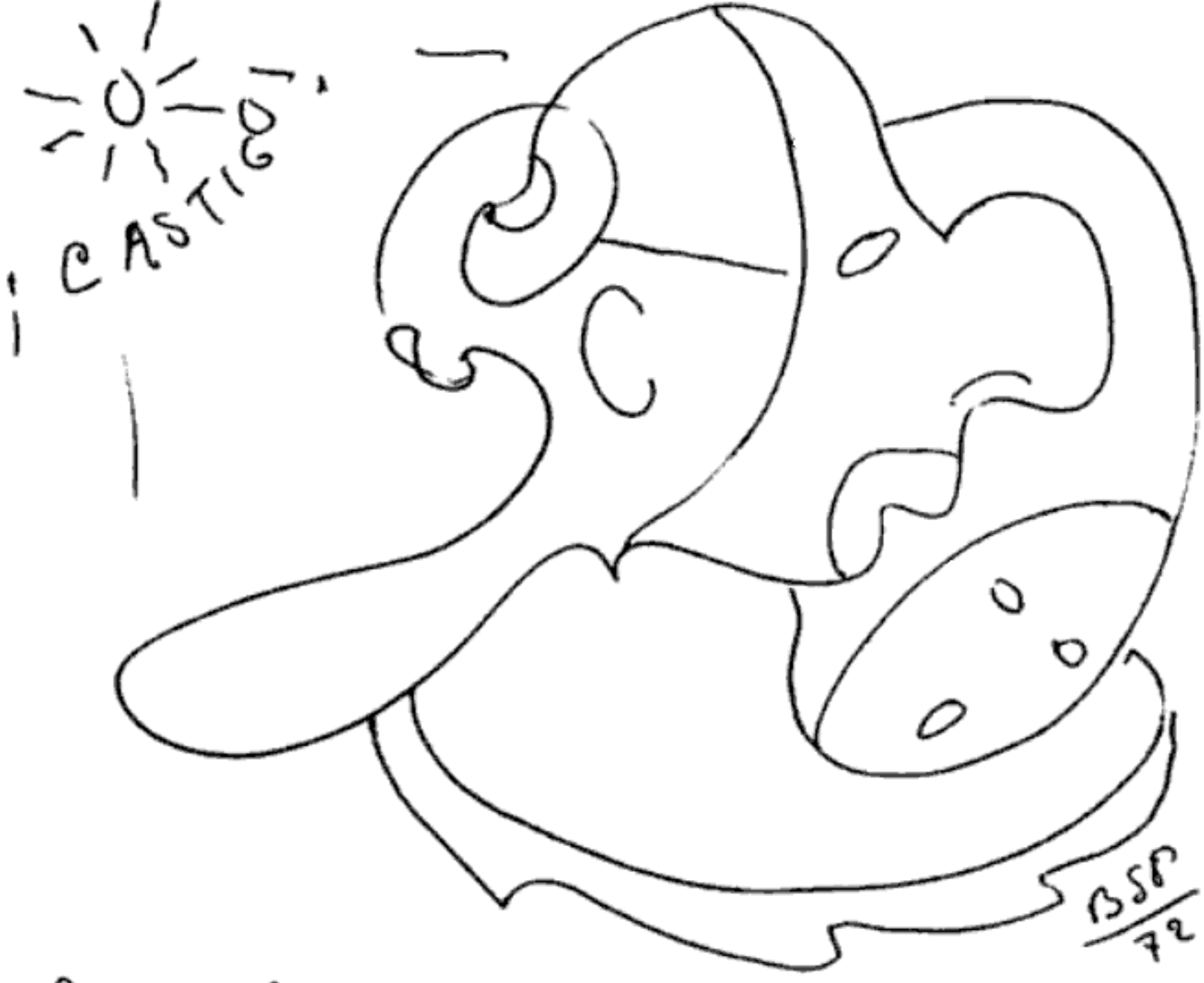
¡Protesta!
y
¡Protesta!

Ridícula masa humana se presenta hoy en el mundo - ellas y ellos en entrevero gritan protestan - eligen - eligen - entregan - roban y matan - ¿qué busca ésta promiscuada gente sin control, ni reparos - sin educación ni noción de ser - ? - ¡Busca oro! - el anhelado oro - que les elevará á ser lo que según ella es el "quinton" de vida feliz - lo que según el todo; es el todo - en el Todo - ¿y Dios no es el Todo en el Todo? pregúntales la inteligencia atendida - muy de tarde en tarde - otra pregunta; y la masa ensoñadora y vacía contesta: "Dios no existe El fué una mentira" = (pero bien saben ellos que Dios no lo es) - y sus temores se atienden y crecen - llega el Castigo.



Caminante - el "Monstruo" herido, de la corrupción Humana, avanza hiriendo - ignorando que sucumbirá junto á los que mate -
El poder de los ciegos es ya en el mundo - los continentes se trabarán y se trabarán en lucha -
el brote enfermizo del ayer se desvanecerá hasta el exterminio - Camina la Tierra una nueva ideolo-
gía martirizante, que aún no se la distingue
ni hallarse entremezclada, y sin definiciones
en los extremos emocidos y el centro buscado -
Será el 4º poder - será aún perverso y en
maldades mayores - será causa de la causa
del fuego - será causa de la explosión -
¡onda! es hora ...

Fig. 69




= Si la careta del perénne carnaval humano cayera - se veria elanta - Fusteja y hasta desespe- racion - Si ella cayera y los rostros se enfrentaran en sinceridad, se terminaria la regénta diaria, el encéno preconcebido - los dilemas por odio de clases y hasta verian á Dios -

= Si la careta perénne del Carnaval humano cayera - el mundo seria mundo en convulsión, por que si ello sucediera rodaria el mal que les disfraza y tiraniza - el mal que les encegueee y manéa - el mal que les hunde y divierte, el mal que les llevará a la condenacion - Si la careta cayera, verian al fuste en salvacion y salvian ...

Fig. 69

Caminante, el "monstruo" herido de la corrupción humana,
avanza hiriendo, ignorando que sucumbirá junto a los que mate.
El poder de los ciegos es ya en el mundo.
Los continentes se traban y se trabarán en luchas,
el brote enfermizo del ayer recrudecerá hasta el exterminio. Camina la
tierra una nueva ideología martirizante, que aún no se la distingue
por hallarse entremezclada y sin definiciones con los extremos conocidos
y el centro buscado, será el 4° poder, será aún perverso
y en maldades mayores, será causa de la causa del fuego,
será causa de la explosión.
¡Orad! Es hora...

Fig. 70

¡CASTIGO!

Si la careta del perenne carnaval humano cayera, se vería llanto,
tristeza y hasta desesperación. Si ella cayera y los rostros
se enfrentaran en sinceridad, se terminaría la reyerta diaria,
el encono preconcebido, los dilemas por odio de clases
y hasta verían a Dios.
Si la careta perenne del carnaval humano cayera,
el mundo sería mundo en consolación, porque si ello sucediera
rodaría el mal que les disfraza y tiraniza,
el mal que les enceguece y marca, el mal que les hunde y divierte,
el mal que les llevará a la condenación.
Si la careta cayera, verían al justo en salvación y sabrían...

Fig. 71

Cristo en regreso
Oriente - Occidente

Dilema católico. Oriente viene a Occidente.
Occidente marcha al Oriente.
Ambos en busca de las respectivas religiones.
Todo joven occidental adopta el "hippi" en costumbrismo oriental.
Todo joven oriental adopta el "hippi" en costumbrismo occidental.
¿Por qué? se pregunta el mundo, ¿por qué?, ellos se preguntan.
Ambos lo hacen por extravagancia al parecer,
mas no es así,
lo hacen y lo harán porque es el principio de la conjunción.

Fig. 72

¡Caminante!
¡Será en la hora 12!

La ciencia ante su incapacidad, ante el misterio que le tiene y no ve,
no reflexiona, que si nada ve, no debe negar como lo hace,
todo lo inexplicable, lo ilógico, lo que según ella no puede ser,
porque ella tiene en sus manos la verdad.
La ciencia petulante, dice: "Esto es", o "esto no es".
Ella es inapelable y a todo interrogante sonríe en pifias,
convirtiéndose en inquisidora permanente,
en tanto el mundo avanza en sucesos que ella les tilda
de insólitas locuras propias de ignorantes o alcoholizados.
La ciencia sabrá un día que todo es natural y es verdad en el camino
de la realidad y la irrealidad, tangible a muchos,
que saben que todos somos parte de algo
que si bien no se palpa existe.
La ciencia sabrá un día y será en la hora 12.

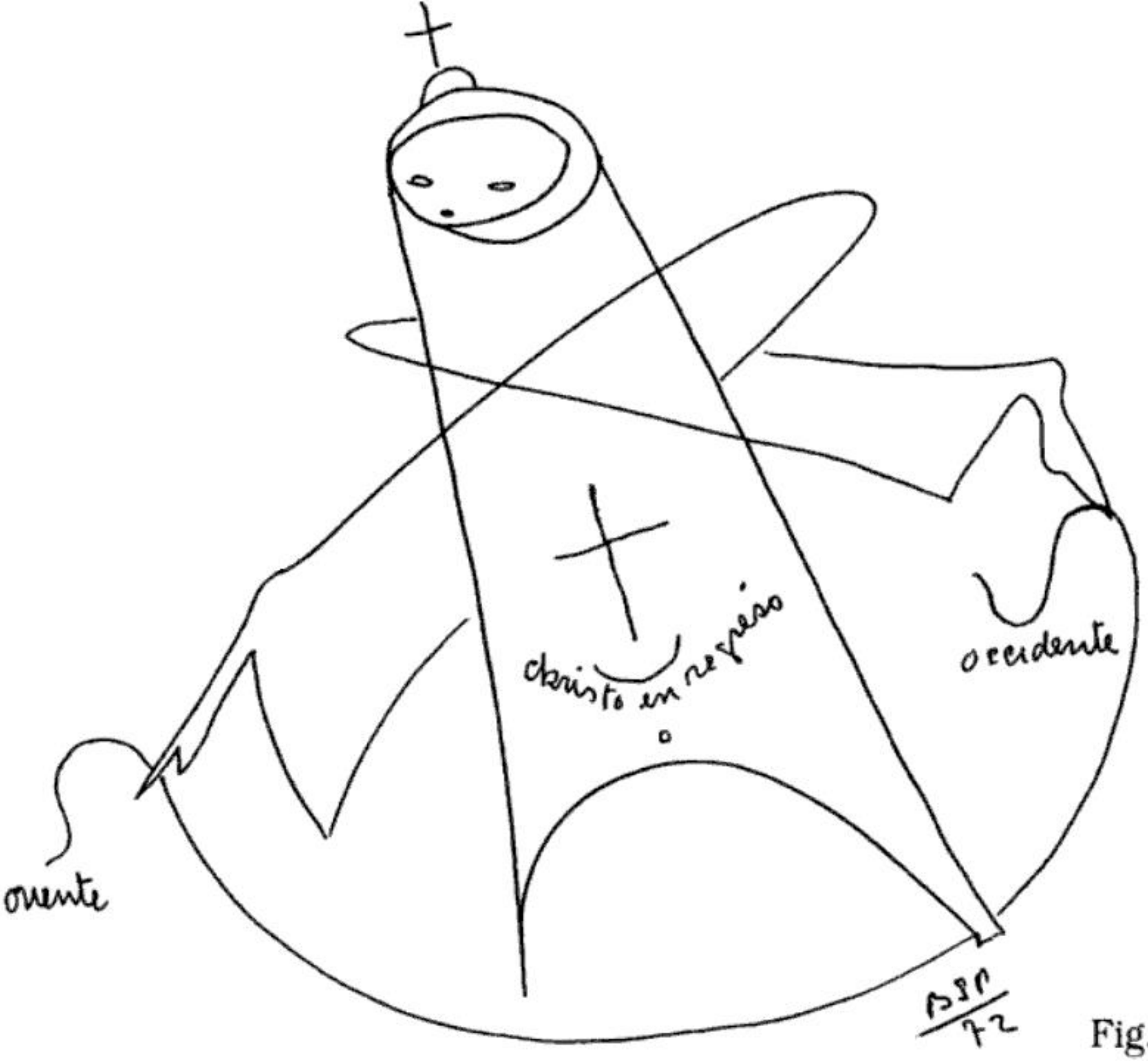



Fig. 71

= Dilema católico = Oriente viene á Occidente -

Occidente márcha al Oriente - ámbos en busca de las respectivas religiones - Todo jóven Occiden = Tal adópta el "Hippi" en costumbrismo Oriental. Todo jóven Oriental adópta el "Hippi" en costumbrismo Occidental - ¿Por que? se pregunta el mundo ¿por que?, ellos se preguntan - ámbos lo hacen por extravagancia al parecer - más no es así - lo hacen y no harán sin que es el principio de la confunción

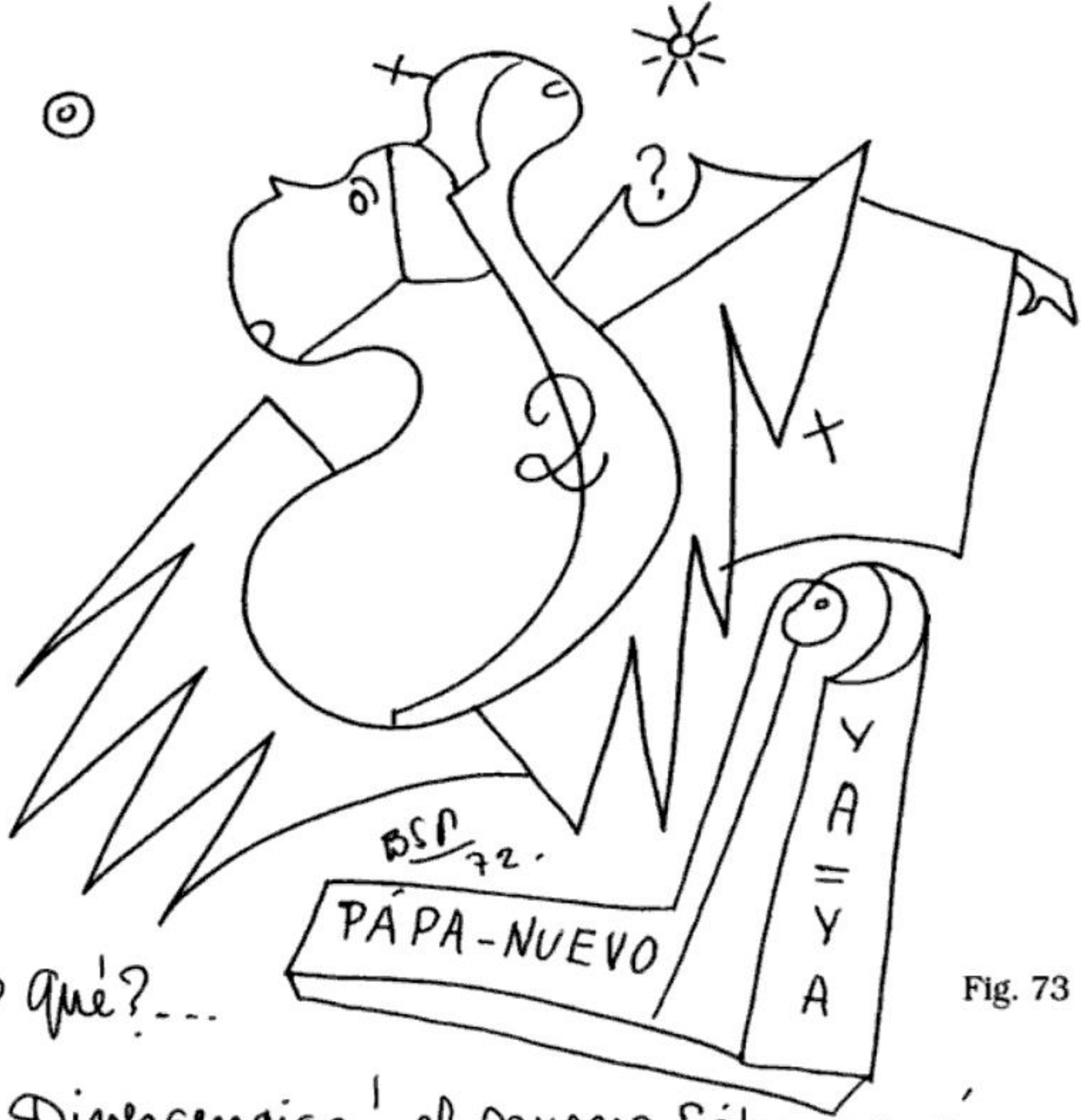
¡Cammante!

La ciencia ante su incapacidad, ante el misterio que le tiene y no se - no reflexiona, que si nada se, no debe negar como lo hace - todo lo inexplicable - lo ilógico, lo que segun ella no puede ser, por que ella tiene en sus manos la Verdad -

La ciencia petulánte - dice = "esto es" - o "esto no es" - ella es inapelable - y a todo interrogánte sonríe en pifias - convirtiéndose en inquisidora permanente, en tanto el mundo avánza en sucesos que ella les tilda de insólitas locuras propias de ignoránte ó alcoholizado.

La ciencia sabrá un dia - que todo es natural y es verdad en el camino de la realidad y la irrealidad, tangible á muchos, que saben que todos somos parte de algo que en buen no se palpa existe -

La ciencia sabrá un dia y será en la hora 12 -




¿? qué?...

Fig. 73

¡Divergencias!: el nuevo Papa será luego de arduas luchas internas — Dos luces diferentes - Dos verdades, dos problémas - Avanzará el conservadorismo - y de ello - emigrará lo inesperado -

Fig. 74

La Iglesia entregará su otorgamiento á la renunciación del Papado - y el mismo será fervor de ideas.

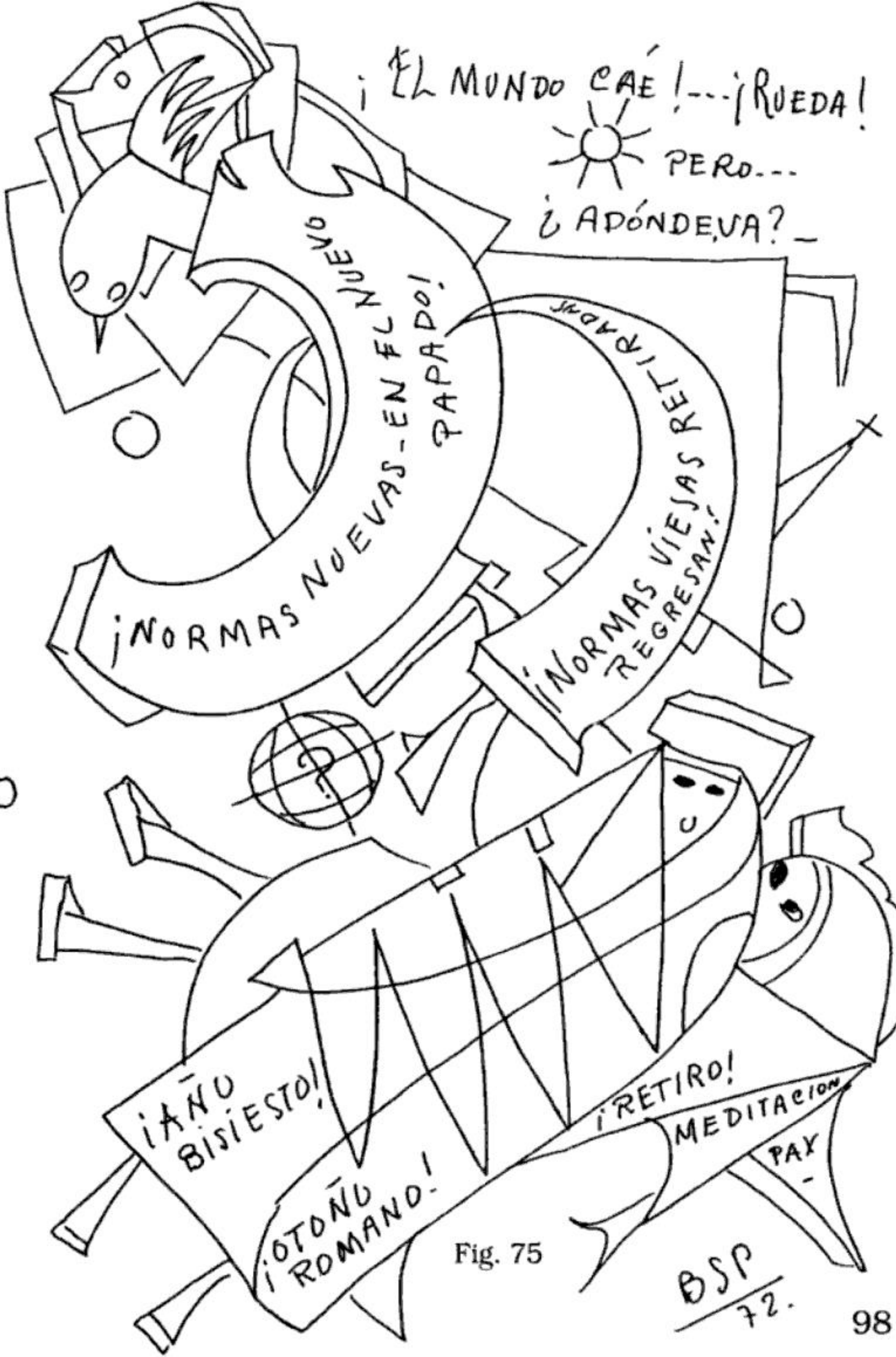

¡EL MUNDO CAE!...¡RUEDA!
PERO...
¿ADÓNDE VA?
¡NORMAS NUEVAS-EN EL NUEVO PAPADO!
¡NORMAS VIEJAS RETIRADAS REGRESAN!
¡AÑO BISIESTO!
¡OTOÑO ROMANO!
¡RETIRO!
MEDITACION
PAX
BSP 72.

Fig. 75

Fig. 76

El gran millonario Yandel[38] ya no será más

Solamente
los
argentinos
gobernarán
hasta el
¡Basta!

—

Fig. 77

Fig. 78

DSD
72

Fig. 73

PAPA NUEVO. ¿Qué? ¡Divergencias!.
el nuevo Papa será luego de arduas luchas internas.
Dos luces diferentes, dos verdades, dos problemas.
Avanzará el confusionismo y de ello
surgirá lo inesperado.

Fig. 74

¡Nueva era llega!
Mundo en disfraz. Mascarada perenne.
La Iglesia entregará su otorgamiento
a la renunciación del Papado y el nuevo será joven de ideas.

Fig. 75

¡El mundo cae!... ¡Rueda! Pero... ¿Adónde va?
¡Normas nuevas en el nuevo papado!
¡Normas viejas retiradas regresan!
¡Año bisiesto! ¡Otoño romano! ¡Retiro! Meditación. Paz.

Fig. 76

Bolsa al suelo. Crisis. Crisis.
El gran millonario yankee dejará de ser.

Fig. 77

Clownes en la Argentina gobernarán hasta el ¡Basta!

Fig. 78

¡Nace la nueva Cruz!

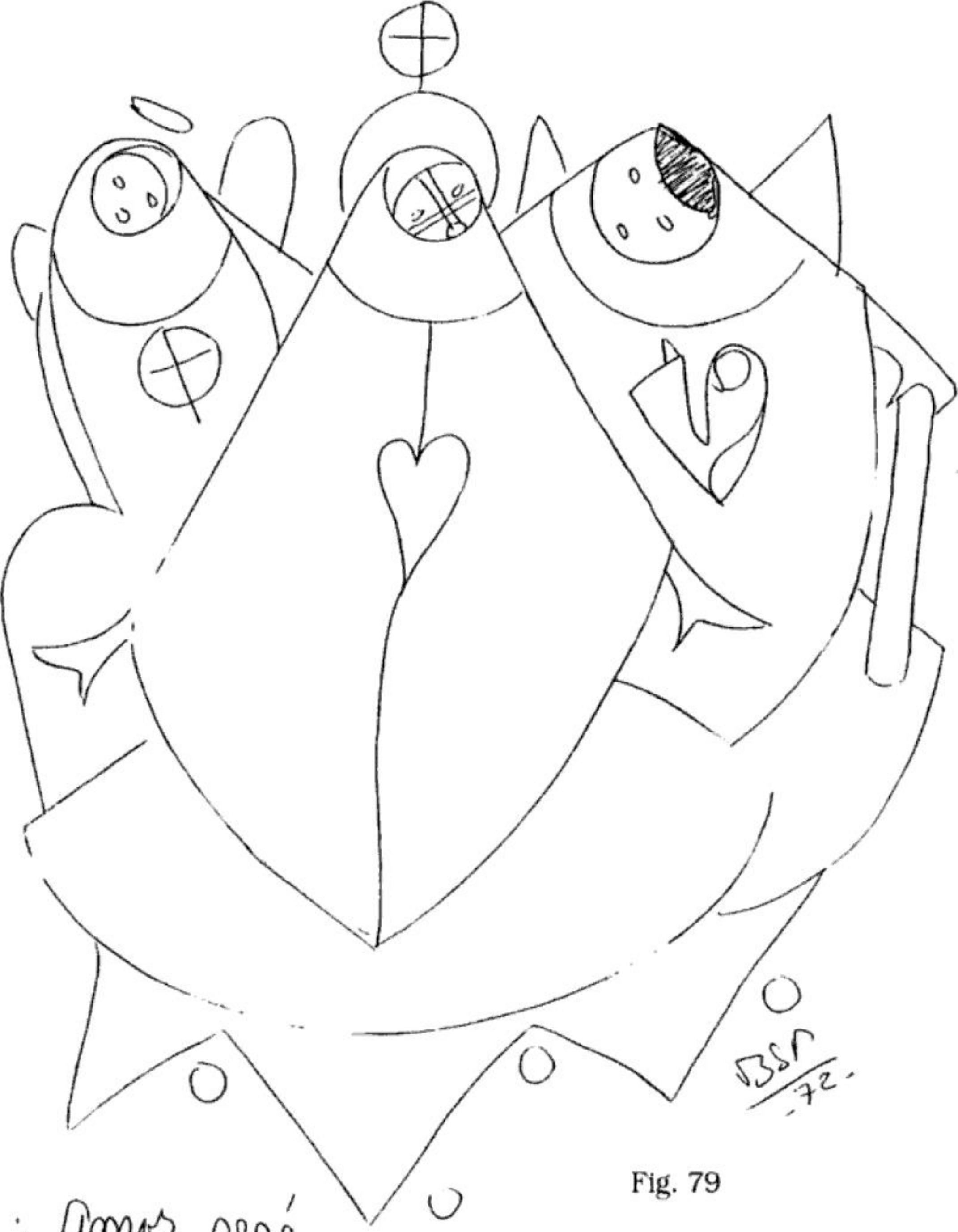



Fig. 79

¡ Amor será
en amor - sin distingos -
La nueva Cruz sera cruz en Amor!

Fig. 80

El amor del mileño mostrará
la Cruz nueva de la renovada
Fé - y la Cruz nueva será en el
ambito - ¡permanando!

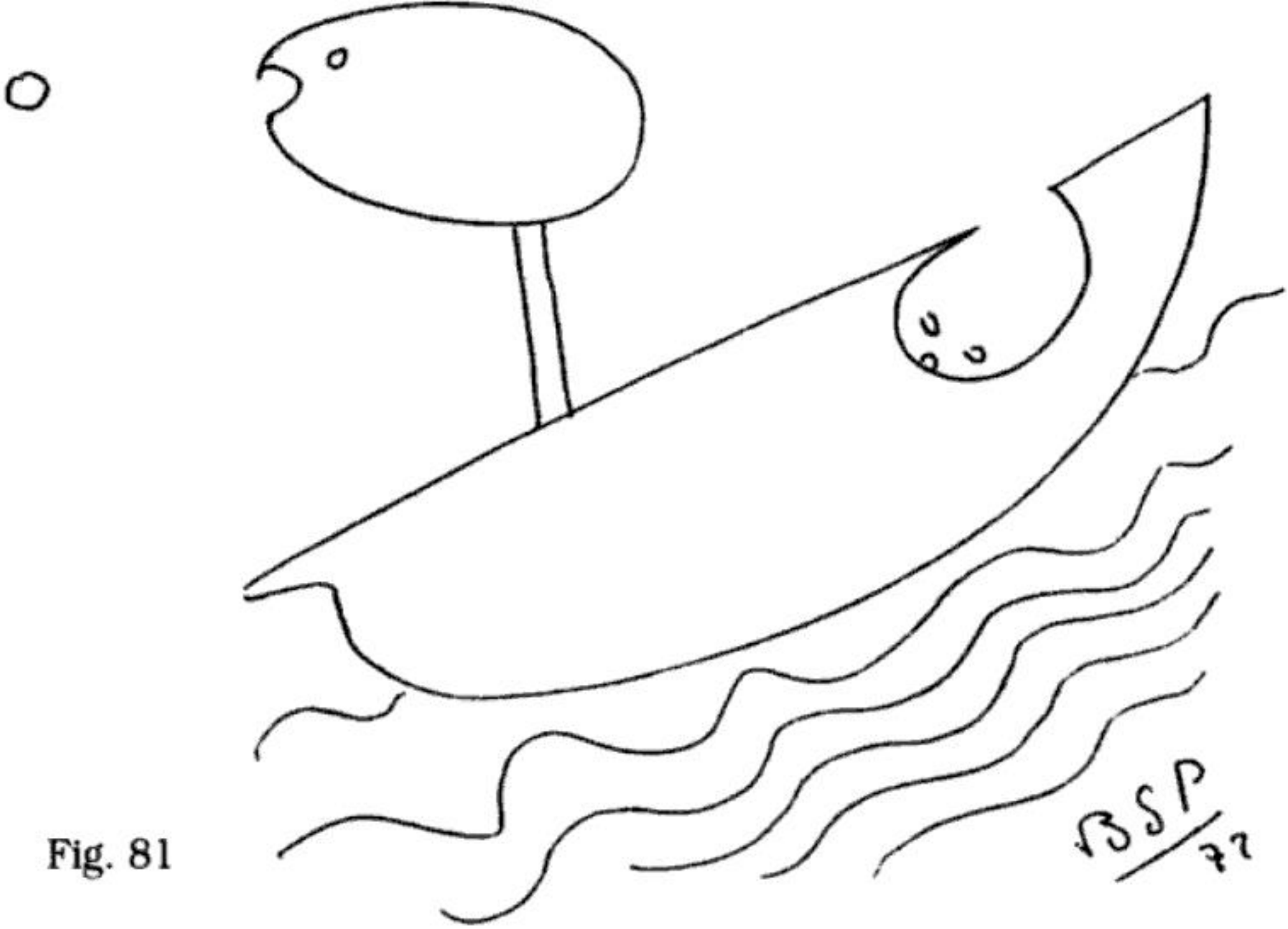
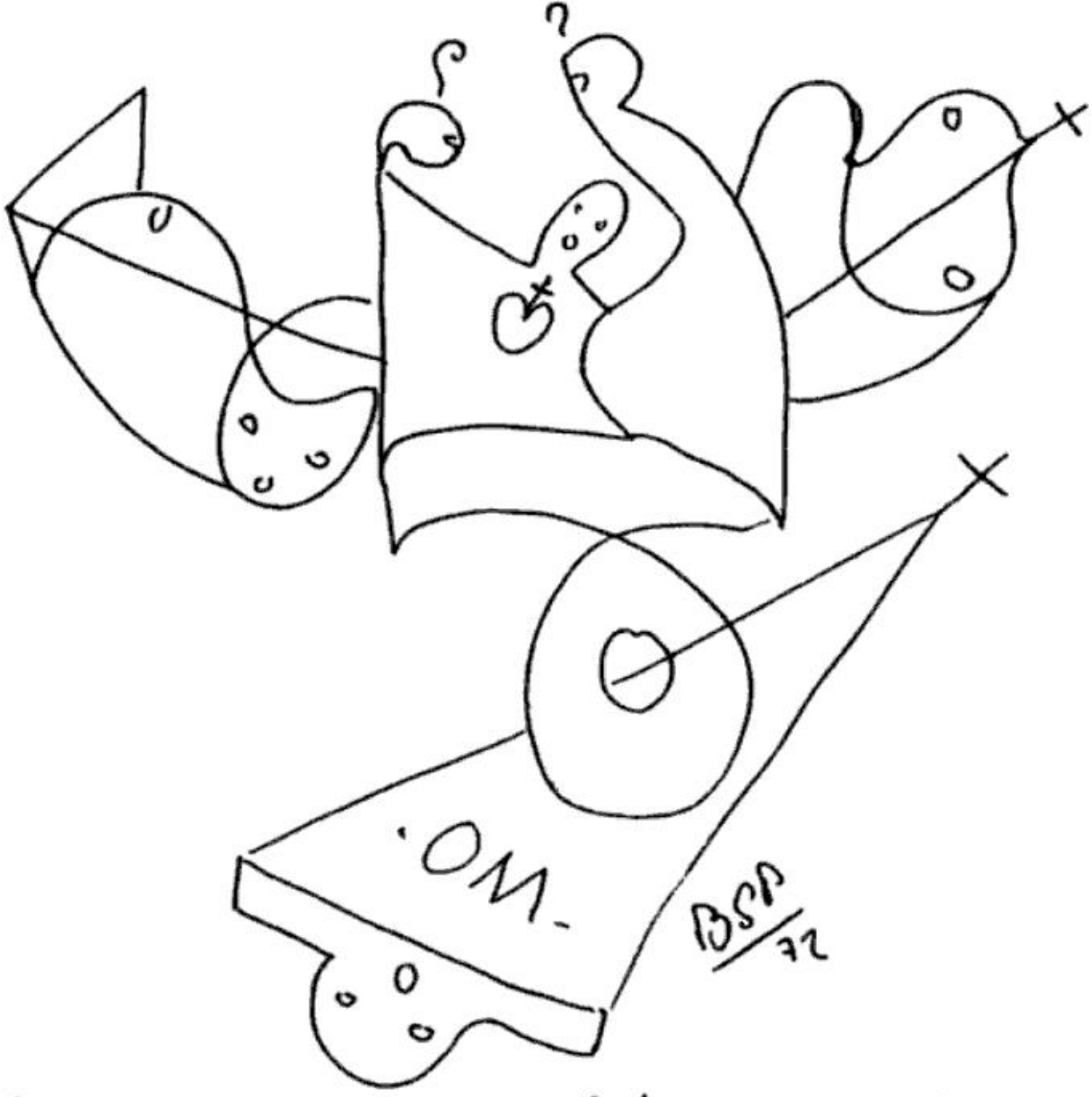


Fig. 81

La Capitania del "barco mundo", ha caido en coper - El barco mundo luce una Capitania de "globo inflado", el que resistirá poco los embates del temporal que trepa - ¡Estallará la Capitania! y el barco mundo á la deriva marchara hasta las costas del OM - ¡y el OM salvará al justo!




La ligereza de observación del hombre liviano de la luna deformada en que el mundo vive, le hará desencontrarse, ya será en política, ya en religión, ya en familia, y ya también en la ciencia - En todo lugar será lugar de desencuéntros y por lo tanto la tara del derrumbe - Comenzará pues O.M -

Fig. 82 ¡Se avecina

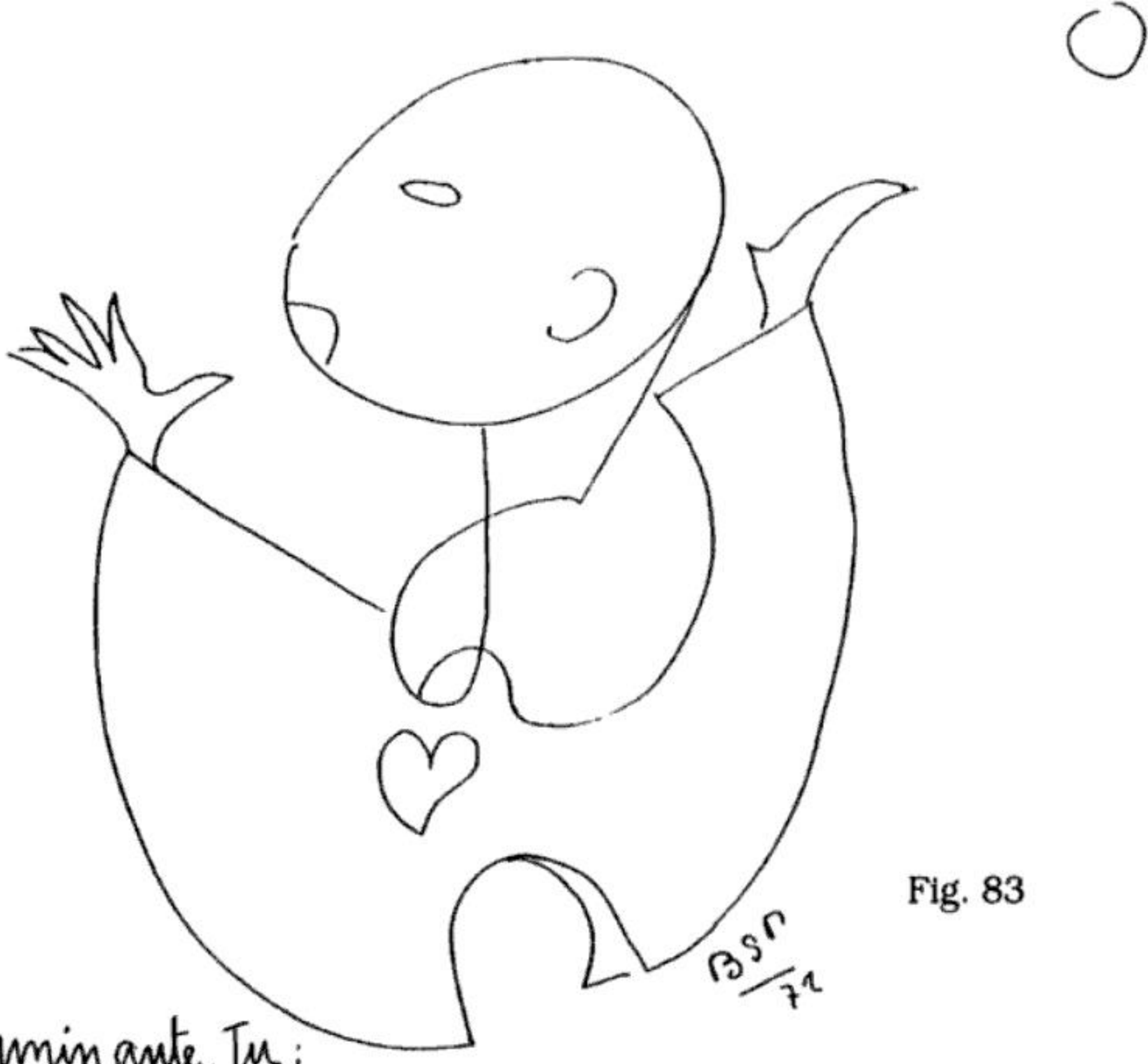


Fig. 83

Caminante, Tu;
Predicador sin palabras, más con palabras =
la era comenzó, y la era fue en tus manos
por la mano de la gracia azúl - y la gracia
azúl, entregó la advertencia de los dias -
entregó el trabajo de los trabajos - entregó la
oración en mente, para las mentes, entregó
el consuelo para el que lloró = Predicador
sin palabras, más con la comunicación azúl,
serás presto en el Nuevo mandato - ¡Hora ya es!

Fig. 79

¡Amor será en amor, sin distingos. La nueva Cruz será cruz en Amor!

Fig. 80

El amor del milenio mostrará la Cruz nueva de la renovada Fe,
y la Cruz nueva será en el ámbito - ¡hermanando!

Fig. 81

La Capitania del "barco mundo", ha caido en sopor.
El barco mundo luce una capitania de "globo inflado",
el que resistirá poco los embates del temporal que trepa.
¡Estallará la capitania! y el barco mundo a la deriva marchará hasta las costas del OM. ¡Y el OM salvará al justo!

Fig. 82

La ligereza de observación del hombre liviano de la hora deformada
en que el mundo vive, le hará desconcentrarse, ya sea en política,
ya en religión, ya en familia, y ya también en la ciencia.
En todo lugar será lugar de desencuentros
y por lo tanto la hora del derrumbe. Comenzará pues OM.
¡Se avecina!

Fig. 83

Caminante, Tú; Predicador sin palabras, mas con palabras.
La era comenzó, y la era fue en tus manos por la mano de la Gracia azul,
y la Gracia azul, entregó la advertencia de los días, entregó el trabajo de los trabajos, entregó la oración en mente, para las mentes, entregó el consuelo para el que lloró. Predicador sin palabras, mas con la comunicación azul, serás presto en el nuevo mandato. ¡Hora ya es!

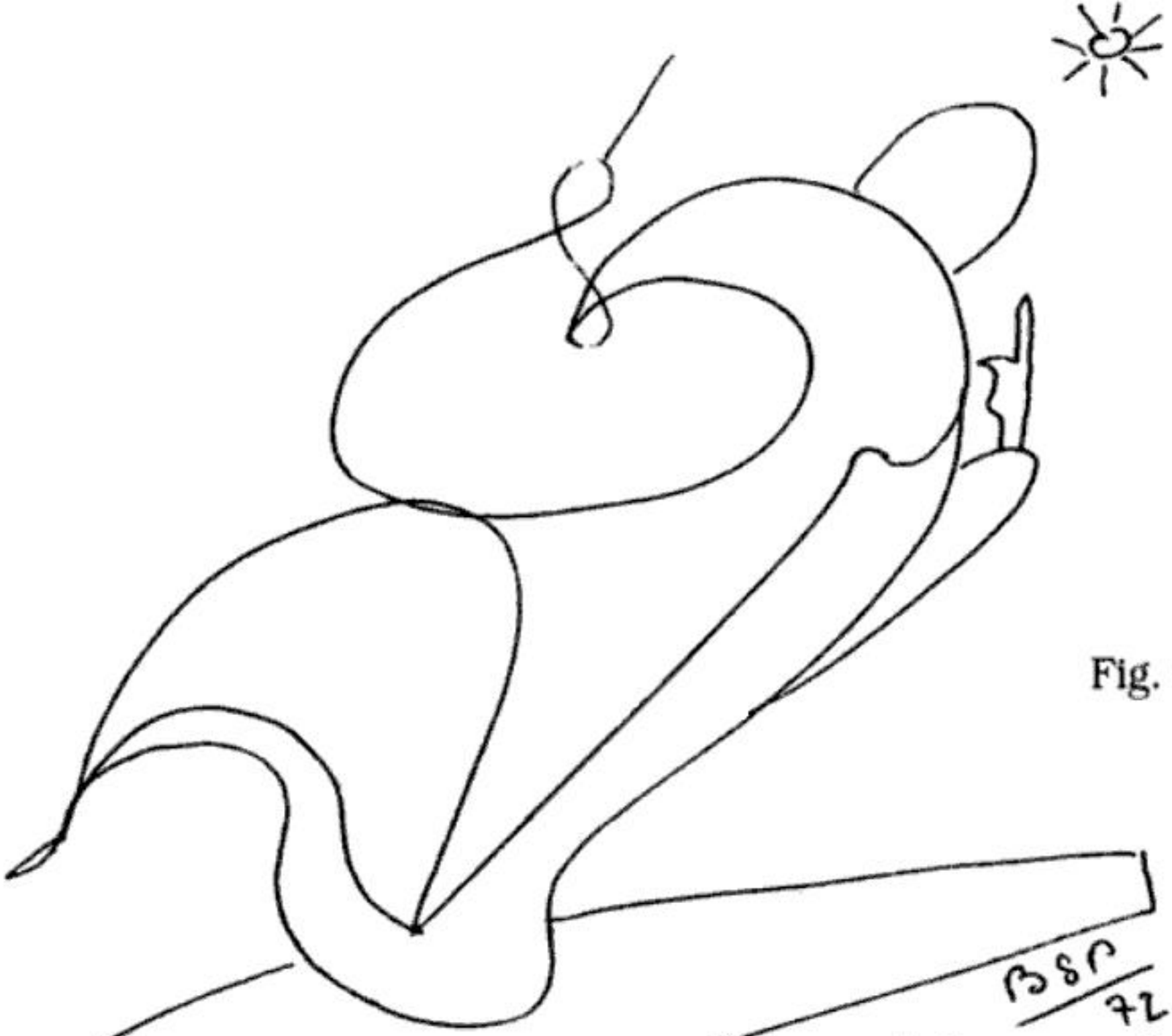
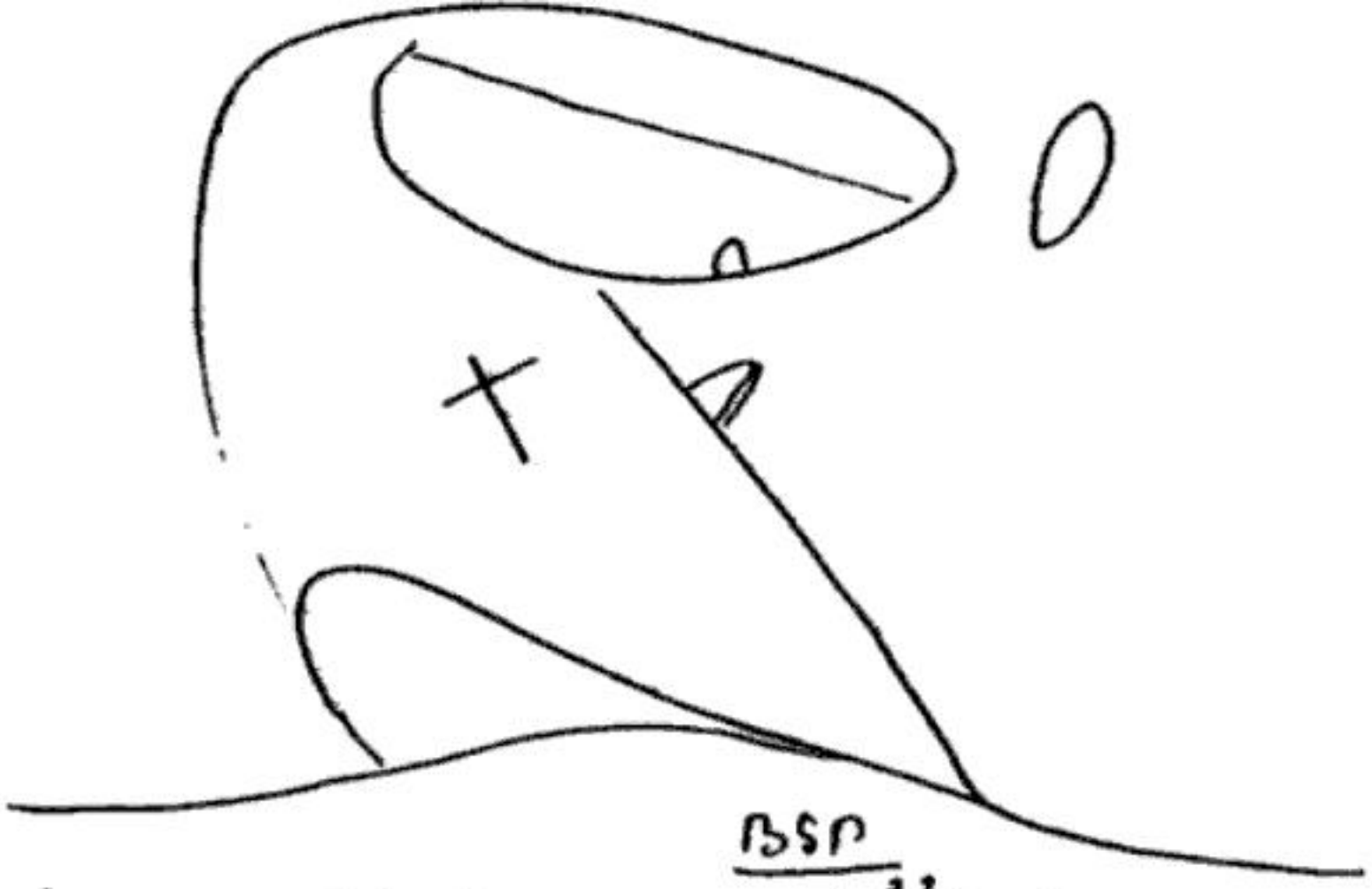


Fig. 84

BSP
72

- amigo hermano =
menester es en la hora
que corre - hablar de Cristo y
de su regreso - menester es el hacer
ver que Dios es el movimiento de todo
movimiento vital - de todo hecho, de todo presente
y de todo á suceder - Hacer saber que si el trastoque
del mundo que se agranda, y prestu será "explosión" -
él le permite para juzgar a la humanidad 107
en su justo valor - y salvar al justo que ora -
él permitirá el desastre - para castigar al que le
negó - y vituperó = Llegada es la hora máxima del
principio del Castigo - llega el fuego - llega el agua
llega la oscuridad; será el Caos! - Un tiempo queda - oración




¡ Orad - humanidad en caos ! [3:2] El Mensajero Divino se acerca - al mundo - el Rey de Israel - llegará á libertar al Oriente que fué de El, y que fué suyo y será de El = el mensajero del Señor Dios regresa - á imponer paz - á imponer verdades - á curar el llanto - á perdonar al arrepentido, á guiar al niño - á curar al enfermo, á apoyar al anciano y á castigar al malvado, al soberbio - al asesino - al ensoberbecente sin freno - al ladrón - al que no supo amar - al que no entregó caridad - al ególatra - y al que le negó y niega - ¡ Hay de ellos por mullares y castigados serán por los siglos ! —

= ¡ Orad humanidad es cerca la hora 11 y cercas



Fig. 85

- OM -

Fig. 84

Amigo hermano: menester es en la hora que corre, hablar de Cristo y de su regreso. Menester es el hacer ver que Dios es el movimiento de todo movimiento vital, de todo hecho, de todo presente y de todo a suceder. Hacer saber que si el trastoque del mundo se agranda, y presto será "explosión". Él le permite para juzgar a la humanidad en su justo valor, y salvar al justo que ora. Él permitirá el desastre para castigar al que le negó y vituperó. Llegada es la hora máxima del principio del castigo. Llega el juego, llega el agua, llega la oscuridad ¡será el caos! Un tiempo queda, orad.

Fig. 85

¡Orad, humanidad en caos! El Mensajero Divino se acerca al mundo. El Rey de Israel llegará a libertar al Oriente que fue de Él, y que fue suyo será de Él. El mensajero del Señor Dios regresa a imponer paz, a imponer verdades, a curar el llanto, a perdonar al arrepentido, a guiar al niño, a curar al enfermo, a apoyar al anciano y a castigar al malvado, al soberbio, al asesino, al concupiscente sin freno, al ladrón, al que no supo amar al que no entregó caridad, al ególatra, y al que le negó y niega. ¡Hay de ellos por millares y castigados serán por los siglos! ¡Orad humanidad es cerca la hora 11 y cerca es OM!

## Aclaración sobre "OM"

Muchos lectores se preguntarán qué significan las letras OM, que aparecen en varias de las psicografías de Benjamín Solari Parravicini.

OM es la abreviación de la antiquísima oración del budismo, un mantra sagrado del Tibet, "OM mani padme hum".

No será necesario explicar que el budismo se basa sobre el fundador de esa religión, Siddharta Gautama, el Buda, un príncipe de la India, que dejó todas sus riquezas y las comodidades de su vida cotidiana, para convertirse en un predicador ambulante.

Su figura tenía un resplandor particular de humildad y dignidad, que ha merecido la admiración universal y sus enseñanzas, como extraordinario maestro espiritual, hicieron que se lo llamara la Luz de Asia.

Vivió 500 años antes de Cristo (563-483 a.C.).El budismo ha sido la única de las grandes religiones, una religión pacífica, que nunca ha atacado a otros pueblos o naciones por temas expansivos o por querer convertirlos a su propia religión, o por considerarlos enemigos, por pertenecer a otra religión, contraria a otras grandes religiones, como el judaísmo, el cristianismo y el islam.

Las palabras "Om mani padme hum" significa para los orientalistas y el pueblo en general nada más que "la joya está en el loto".

Pero esotéricamente quiere decir algo mucho más importante: "Dios está dentro de mí".

Esa frase indica la unión indisoluble entre el hombre y el Cosmos, porque el loto es el Símbolo Universal del Cosmos y la joya es el hombre espiritual.

Lamas y maestros espirituales han usado el poder de la palabra OM desde tiempos inmemoriales. El OM es el mantra más conocido y utilizado. Con el paso de los siglos los mantras se han hecho famosos también en Occidente por sus cualidades protectoras, curativas y su capacidad para hacer vibrar nuestra energía interna.

Es sabido que Benjamín Solari Parravicini era un católico ferviente y los lectores se preguntarán por qué razón habla él del OM. Muy sencillo: Su guía Fray José de Aragón le comunicaba lo que vendría en el futuro.

Él sabía que, en el futuro, el ser humano tratará de ampliar su visión y elevarse espiritualmente. En la premonición de la pág 94 vemos ya un indicio hacia esa dirección. Aunque la religión exterior sea necesaria para la organización de la sociedad, la verdadera religión es esencialmente un proceso de experiencia individual; es algo muy personal.

*Segunda Parte*

# Historial de la vida de Benjamín Solari Parravicini narrada por su Ángel Tutelar

## *Una vida guiada desde el cosmos*

# El niño de Leo

El niño de Leo había nacido en el mes de agosto de 1898 en el día 8; por ello recibió tal denominación. No fue un niño como los demás niños; era desafecto a los juegos aquellos, no le agradaban sus exclamaciones inconexas y cuando aprendió a leer, pidió libros serios, desdeñaba los cuentos infantiles por hallarlos tristes, además le resultaban faltos de base a pesar de sus moralejas, muy traídas de los cabellos.

En la frondosa quinta de sus padres en Palermo a cuadras del Botánico, él pasaba el día admirando la naturaleza en todas sus faces. Temprano de mañana saltaba de su lecho y, furtivo para no despertar a los que aún descansaban, se deslizaba hasta el extenso jardín, para gozar de la brisa renovada, para ver el sol en su salida si era posible, para ver a los pájaros en sus primeras algazaras, a las mariposas en sus caprichosos vuelos, a las aves de corral en sus correteos incansables, y a sus fieles perros que le acompañaban entre brincos entusiastas y coleteos interminables.

Hablaba con las plantas, con las flores, con los pastos humildes y hasta con los añosos árboles; según él, repetía todo lo que ellos le narraban de sus vidas seculares.

De tarde, y con el rodar del sol, sentado en su pequeño sillón de mimbre verde, observaba el disparar de las nubes tornadizas; eran ellas sus amigas, las que sabían ofrecerle espectáculos de alta jerarquía, que escriben minuciosas, exclusivamente para él. El niño agradecido las aplaudía largamente: ¡él las amaba!

Un día replicó: "Mis nubes son almas que caritativas vienen a mí, para entretener mis horas... algún día, marcharé con ellas".

Los días grises, encapotados, neblinosos, húmedos, eran sus predilectos días para meditar cosas y más cosas, que sólo él sabía; la bondadosa lluvia le recitaba sentidas poesías; los temporales solían narrarle las causas de sus iras, y el porqué de los males humores de los indignados vientos. El rápido correr de las acumuladas aguas por las alcantarillas revocadas de los veredones, le llevaban a viajar en ellas portándolo siempre hasta países encantados, plenos de colores y reflejos que lo deslumbraron.

El niño de Leo no fue un niño tonto, como en algunos comentarios de chicos y grandes había escuchado decir; sabía que preocupaba por demás su manera de ser poco común, pero jamás hubiera renunciado a esa manera de ser, tan llena de beneplácito, tan plena de belleza, tan repleta de voces afectivas y sobre todo tan completa de los favores de Dios.

Él jamás hubiera renunciado a esa, su norma, porque esa, su norma de vida, ¡vidas de vidas!, era su tranquila existencia, rodeada de paz; siempre protegida por los sonrientes duendecillos de las violetas y las hadas transparentes de los pinos de plata azul.

Una tarde su padre le dijo: "Eres hijo mío, un niño ya crecido, la instrucción que recibes de tu paciente profesora particular no es suficiente para lo que precisas entender y saber; el mundo así lo exige, por lo tanto pronto tendrás que ir al colegio".

Y el niño una mañana marchó hacia el destinado colegio. Marchó con la opresión de una íntima congoja que le angustiaba, abandonaba a sus amigos matinales, a sus charlas de las tardes con los duendecillos y las hadas, a sus países encantados con sus personajes rubios, al dragón rojo de las siete cabezas que cruzaba el espacio en los mediodías. ¡Abandonaba así... a sus nubes!

Días después, su vida de colegio comenzó a tener aspectos de franca intriga para su familia. Al niño de Leo, sus amigos del jardín, sus duendecillos de las violetas y sus hadas de los pinos azules, temprano, mañana a mañana, lo sacaban con ternura del sueño, para indicarle las lecciones que debía estudiar y dar en el día; los deberes que debía realizar, llevar y entregar. Además, lo ponían al tanto de los hechos a suceder en la jornada diaria que le aguardaba, y a veces lo que pasaría en el mundo.

"Cosas de muchachito de imaginación desmesurada", explicó el médico amigo de la casa. Ante este cúmulo de reflexiones curiosas: "de sobra se sabe", agregó sapiente, "que los fantasmas no existen, ni que puedan moverse los muebles por sí solos, ni que voces se infiltren por las junturas de las puertas menos aún, que bajen desde el cielo ángeles volanderos o embarcados en canoas sin remos".

Son sueños de niño, de un lírico exagerado pero sin dañosa consecuencia.

Como el colegio le robaba el día, siempre un rato conseguía escapar, ya en los atardeceres o en las noches temprano, hacia su soñado jardín, para visitar a sus amigos de siempre, y para hablar con

la luna y las estrellas, con la populosa "Vía Láctea", y con las fatigadas nubes que, perezosas, se escurrían a dormir.

Un día, una detonante noticia produjo el espanto general del país sorprendido y de todo el mundo. Un enorme cometa llegaría a estrellarse sobre un ignorado punto de la Tierra, y si por una inesperada casualidad tal cosa no sucediera, indefectiblemente y sin lugar a dudas, ahogaría con las terribles emanaciones de los gases que constantemente despedía por medio de su brillante e interminable cola, a todo ser viviente, y quemaría los campos. Por lo tanto, no existía salvación posible.

Por fin, dentro de inquietudes, la predicha fecha llegó. Fue rigor desde la noche de vísperas, el despedirse efusivo de toda persona amiga o no amiga, intercambiando regalos de todo género, perdonándose agravios, también invitándose a reunirse para morir juntos en la hora fatal: para morir juntos, orando, o bien para jugar a las cartas, hasta la medianoche escuchando gramófonos o piano con recitados de la gente joven, los que a su vez ya con permisos concedidos se entregarían a los adioses, aguardando la asfixia. Solamente las criaturas dormirían en paz.

El niño soñador, nacido en agosto, harto sabía que semejante desastre no sería; se lo habían asegurado los duendecillos, las hadas azules, los fantasmas blancos de las cocheras y el dragón colorado de las siete cabezas. Además se lo habían confiado sus flores, sus plantas, sus pájaros, sus árboles... se lo había jurado el Ángel del Señor, su Ángel guardián, el que lo llevaba de la mano, y sus... ¡nubes!

Por fin arribó el momento temido, la noche de los espantos y el cometa asesino apareció –y fue visto– mas llegó humilde, pequeño y sin destellos. No lastimó, no asfixió, no quemó, ni quebró en pedazos a la Tierra. Después, el niño de Leo explicó: es el Cometa Halley, el mismo que guió a los Magos Reyes y a los ansiosos pastores hasta el divino pesebre del "recién nacido Jesús". Es el cometa que anunció al Mesías, y hoy nos anuncia guerras, pestes, temblores, inundaciones, maldades, crímenes, robos y el final del mundo. El anuncia tamaño castigo porque el humano se ha olvidado de Dios... y está ciego.

Con el andar de los días el pequeño cometa creció, subió y se hizo enorme, brillante, hermoso, mostrándose bueno. Luego más tarde, después de haber cruzado el cielo como incendiada antorcha, disminuyó visiblemente su esplendor y extensión. Poco a poco fue achicando su esbeltez, poco a poco se fue alejando hasta que, en una

noche, tal vez la más oscura noche conocida, se perdió en la lejanía... y para siempre.

El cometa Halley habia regresado a sus mundos. ¡La Tierra había quedado sola!

Una tarde, ya en el caer de la hora, llegó a la quinta de la familia del niño de Leo su joven profesor, Reverendo Hermano de la Congregación del Colegio San Juan Bautista de Lasalle, y satisfecho dijo a sus padres: "Vuestro niño es inteligente, vivaz, estudioso, aplicado, pulcro, respetuoso y de íntima fe religiosa. Sin dificultad aprendió el latín de la misa y ayuda su Santo Sacrificio, como si lo hubiera hecho siempre y casi sin indicaciones. Mes por mes merece la alta recompensa del "Cuadro de Honor". Por su deseo ferviente, ingresó a la Congregación del Patriarca San José y si no hay objeción de parte de ustedes, él recibirá su "Primera Comunión" en el mes próximo de octubre. Vuestro hijo honra con su presencia a nuestra institución".

En octubre recibió su "Primera Comunión" bajo la advocación de San José, apercibiéndose después, con el pasar de los días, que su "San Josecito", su "Santito" le hablaba, le ayudaba y le acompañaba en su ir y venir colegial ¡y fueron amigos!

Un domingo en el almuerzo familiar, el niño de Leo escuchó de labios de su grave padre el abierto decir en satisfacción colmada: "En la próxima semana, Dios mediante, nos mudaremos a nuestra nueva casa. Ella es más céntrica, moderna y sobre todo sumamente confortable".

La inesperada noticia causó beneplácito general, pero al niño le cayó como plomo hirviente sumiéndolo en un interminable mar de confusas reflexiones. Le anonadó la certidumbre del hecho para él tan desgraciado. Veía que sin remedio tendría que abandonar a su muy amado mundo de ensueño. Dejar a sus pequeños amigos, alejarse de todo aquello que tanto quería, de todo aquello que añoraría hasta la hora de su muerte.

¡Tendría que retirarse de sus... nubes!

Un lunes, después de haberse realizado la mudanza en prolijo detalle, con sus padres y con sus seis hermanos, el niño de Leo partió dentro de una "cupé", que si bien en los días pasados le pareció una hermosa carroza imperial, ahora se le presentó lúgubre, negra, inmensa y pesada como una caja mortuoria. Al alejarse de su quinta de Palermo, creyó escuchar los diversos adioses de los moradores de aquel mundo azul que allí quedaba enterrado como residuos de co-

sas inútiles. Como basuras y para siempre. El niño entonces lloró; lloró desesperadamente, importándole nada las palabras de los suyos, sintiéndose desamparado dentro de un submundo muerto de infinito silencio.

Fue éste su primer llanto.

Hablando con el cielo, ¡calló!

La nueva casa —suntuosa mansión de pisos—, le agobió; carecía de plantas, de flores, de pájaros, de grillos... mas halló en su alto una prolongada azotea terraza que parecía tocar el cielo.

Allí el niño de Leo, después de días largos de aclimatación, reencontró a sus duendecillos traviesos, a sus amigos ausentes, a sus pájaros, a su cielo, a sus estrellas, y a... sus nubes!

Tiempo después aquella árida azotea de embaldosado rojo, se vio ornada por jardineras y macetones plenos de floridas plantas; y aquel, su alejado jardín sin olvido, lo tuvo allí en tamaño reducido, y lo amó. Más tarde descubrió a sus añosos árboles, a sus pinos de plata, a sus paraísos claros y a sus altas palmeras, dentro de la antigua y frondosa plaza que enfrentaba a su "casa nueva", la que fue fría en un principio, mas con los días en escape, atrapó "calor de hogar" y en ella fue feliz.

Pronto su vida del ayer alejado, la que llevara allá en su caserón perdido, logró reiniciar en contento y cuidado orden. Temprano supo sorprender al sol en su salir. Escuchó a sus pájaros de siempre, distrajo su mirada tras las brinconas mariposas blancas y amarillas, habló con las plantas, las flores, con duendecillos afables y sus hadas buenas. Habló con sus nubes... ¡Habló con Dios!

De tarde, ya de regreso de su colegio lasallano, realizaba aplicado sus deberes, y cuando ya libre de tareas... ¡conversaba con las estrellas!

Una mañana de tantas, inesperadamente el mundo despertó enloquecido: ¡Guerra!, anunciaron los periódicos. ¡Guerra!, repitieron voces por doquier. ¡Guerra en Europa!, dijeron los diarios de la tarde y en aquella trágica noche los duendecillos y hadas dijeron: "Hoy es el comienzo, es el comenzar 'del final de finales'. Ya el mundo ciego corre hacia el castigo merecido, los jóvenes elegidos serán mártires, los culpables desorbitados serán sumergidos después de la contienda dentro de la profunda oscuridad eterna. ¡Niño de Leo, debes orar!"

Cuatro sangrantes años perduró aquella masacre, y el encona-

do luchar de países civilizados terminó con una pacífica arenga de que... ¡Nunca más!

Los duendecillos de las violetas blancas repitieron: "Será y no será, será hasta el más y más, luego será en el 2000... y será!".

• • •

El niño de Leo creció. Los años en aumento lo hicieron hombre. Hombre reposado, consciente, serio, limpio, íntimo... se formó en serena fe.

Aquel, su mundo de ayer, su invisible mundo azul, no dejó de ser constante refugio para sus horas vacías. El fue como siempre, fue combatido por sus rarezas de siempre. Los suyos se preocuparon por demás; preocupación que le mortificara también por demás. "Será un soñador empedernido, explicó el médico amigo de la casa. Será por siempre un incorregible fantasioso, no en desvío mental, porque en verdad es el niño un muchachito cabal y muy dueño de sí mismo. Fuerza es sí reconocer de que él jamás será igual a la mayoría que le rodeamos. Si bien estamos lejos de 'su mundo', él igualmente se halla alejado del nuestro (no nos comprende a fuerza de comprendernos) ni le comprendemos a fuerza de no comprenderle. Tal vez un día nos encontraremos y debo ser franco y confesar: ¡Atisbo su verdad!"

En tanto este tiempo cruzaba, con apurados pasos avanzó la "postguerra" sobre los continentes fatigados y heridos de muerte, arrasando normas morales que se creyeron hasta ese entonces inconmovibles e imponiendo ávidamente costumbres inimaginables... y así, la mujer se independizó de toda ética y recato, cortó sus cabellos a lo varón, acortó su falda hasta el escándalo, se expresó de manera común y chabacana, lució ademanes varoniles y... ¡fumó!

De la misma manera, el hombre joven abrazó vestimentas "afeminadas", peinó cabellos al "barniz", mostró uñas al "espejo", rostros afeitados, empolvados, con toques rojos en los pómulos, y ojos en ojeras, convirtiéndose así deliberadamente en atontado muñeco de posturas inconcebibles y ridículas que asombraron.

La música negra y ensordecedora, el alcohol en derroche y drogas, confundió a la "nueva niña", con el "joven nuevo" y Europa gritó: ¡Es el comienzo de la nueva y libre civilización!... ¡bailemos!

El joven de Leo, eufórico en su edad del despertar hacia la vida que había escuchado mucho, olvidó su mundo íntimo. No estudió el porqué de la causa y se entregó a la ola vigente, la que, arrolladora,

lo arrojó al foco de aquella luz hipnótica, a la que él creyó realización veraz de un futuro superior. De lleno, se entregó ciego.

Entonces, el Ángel del Señor le dijo: "Ve hijo, corre, danza, diviértete a tu manera, nada pierdas ni dejes por hacer. Vive tu vida, tu hora en tu destino; nada como dije desestimes, indaga en lo más posible, comprende lo bueno, comprende lo malo, aprende a ser, aprende a perdonar y ama, ama siempre, no odies ni desprecies, ama. Si no amas, morirás indefectiblemente y ¡serás nada!

Ve pues mi niño joven de Leo, y ten presente que corres en prueba. Estás en observación del alto, que otorgó en ti el libre albedrío. La balanza dirá de tus actos. Un día llegará que, ansioso, buscarás al amigo del alma que buscas y esperas. Al amigo que no habrás hallado y deseas, aguárdale siempre en esperanza, llegará ese día. Instante en que sólo te debatirás en orfandad desesperada, y entonces, en ese día frío, glacial vencido, vituperado en calumnias dirás: "¡Perdí mi mundo azul!, mi dignidad de hombre cabal y justo, me hundí en el lodo, caí y nada merezco; estoy sucio".

"Hijo, tal dirás en lágrimas, recuerda y no le olvides... y ya os dejo. Guárdate en fe, no extravíes los principios de caridad, mantén tus pasos en esperanza, yo seré en ti, tú serás en mí, seremos los dos en uno... ¡Seremos en Dios!"

"Hijo, un día me llamarás. Llegará ese día y sabrás... Ahora ve... anda... camina, adiós."

• • •

El niño joven de Leo, con distraída indiferencia, dejó correr aquel mensaje de fraterno afecto. No le llegó, y sin reflexión alguna se dio íntegro a la llama de fuego que atraía, encandilando con compases negros, con amores fáciles, con embotamiento de alcohol y drogas y con la engañosa palabra del ambiente en provocar humor.

Sin conciencia, se alejó de su mundo azul, de sus familiares, de sus amigos de siempre, de sus nubes... ¡Se alejó de Dios!

Vano fue todo intento que hicieron los suyos, tratando de regresarle a la cordura. Su verdad —era su verdad— fue que no vinieran a él con disfrazadas teorías "ñoñas". Que no vinieran con consejos pueriles, propios de abuelos; debían todos comprender y entenderle. Se vivía en el mundo la "hora nueva" y el mundo bailaba, por lo tanto había que bailar y... ¡danzó años!

• • •

Una noche, hastiado de todo lo que creyó real verdad, se dijo: "En este corrido tiempo en fuga, he podido amar sincero a las diferentes clases sociales que volvieron y apretaron mis brazos. He comprendido que la bella nobleza de espíritu mora en ellos. ¡Oh! Si se pudiera lograr la desaparición de sus vallas aislantes, sería con ello la realización llana de las palabras del Cristo. Podríamos así amar al prójimo como a nosotros mismos. ¡Seríamos buenos!".

El joven de Leo, escuchándose, quedó estupefacto. ¿Era acaso que tan exacta deducción a él pertenecía?

¿Era acaso que ya su Ángel se acercaba en su busca?

¿Era acaso que su interior tal vez no dormido del todo, como él pensaba, despertaba en regreso?

¿Era acaso la voz de su mundo azul... o bien fuera la palabra de Dios?

Desde aquella noche comenzó a no sentirse seguro. Experimentó la sensación de vacío bajo sus pies. No halló consistencia en las opiniones que rogaba. No pudo, ni supo responder a sus íntimas interrogaciones. Todo se le hizo pesada oscuridad. Todo fue duda, temor, niebla y hasta miedo.

¡La angustia lo atrapó! Entonces sumergido en soledad de soledades amargamente y desesperado... ¡Lloró!... y fue su segundo llanto...

• • •

¡Orfandad!, ¡orfandad de orfandades! Se repetía el joven en sus horas de retiro. Nada fue ya su consuelo. Nadie acudió a él, trayéndole el afecto que ansiaba beber. Nadie le tendió la mano en sus noches de extravío. Había rodado hasta lo inicuo, era en verdad en el barro, mas no había perdido el decoro, la integridad de su decencia, ni la fe y por ello ¡aguardaba!

¡Ni la fe!, repitió llamando destrozado a su Ángel, a su amado ángel, el que le había dicho un día: "Hijo, tú me llamarás en tu hora de oscura soledad. Me llamarás en el día que reclames el amigo hermano que soñaste, me llamarás en el instante que te halles golpeado, vituperado, deshecho, calumniado. Sólo gritarás entonces por mí, en el minuto de tu propio desprecio, mas, hijo... ¡no vendré!".

"¡Ángel mío!", exclamó después el joven de Leo, ya humilde y tímido. "Vergüenza tengo en llamarte. No te merezco; lo reconozco y lo sé, soy una triste cosa sucia y despreciable. ¡Soy nada!... mas mi

Ángel regresa a mí. Concédeme tu gracia, tiéndeme tus manos. ¡Estoy muerto!"

• • •

...Y fue en una noche del mes de noviembre. El joven de Leo, meditativo y angustiado, trepaba despacioso la quejosa escalera que le alzaba, hasta el piso de sus habitaciones altas dentro de la "casa nueva" de sus padres. Ascendía cercado por la cerrada oscuridad de la hora. Él jamás había encendido luz alguna para hacerlo. No necesitaba de tal auxilio. ¡Tantas veces supo correr aquel trayecto! Además no deparaba en ello; para él los escalones eran en luz.

Luego de cruzar tres pisos, y ya enfrentado ante la clausurada puerta de su dormitorio, sin abandonar el tenaz pensamiento que cargaba, con acostumbrada manera la abrió; pasó cerrándola luego tras de sí, sin esfuerzo alguno.

Ya en el encierro del lugar, instintivo se aprestó a girar la llave eléctrica de la luz, pero no le fue posible el hacerlo, pues sorpresivamente fue impedido por la opresión de una mano fuerte al parecer la que le tomó enérgica por el cuello, bajo la nuca, haciéndole girar y andar hasta la mitad del dormitorio. Allí de pie quedó detenido por segundos que le parecieron siglos. Después, la mano, renovando su imperio, lo obligó a caer de rodillas sobre el piso y colocar además su frente sobre el mismo lugar.

Centrando el muro que por delante tenía el joven caído, pendía un Cristo crucificado. Talla en madera que fuera hurtada del oratorio de la Zarina de Rusia por un exaltado campesino rojo, en los trágicos días de la revolución.

Tres años después de tal profanación, aquel campesino ruso, luego de sufrir un verdadero "Via Cruxis" ya en éste, halló la coyuntura casual de poder entregar al joven de Leo su Cristo robado, diciéndole: "Cuídelo usted, porque Él me castiga, pídale por mi suerte en este país, estoy arrepentido. Yo sé que lo escuchará. Ansío su perdón, ¡así podré descansar!".

El niño joven de Leo que, caído, había quedado sobre el piso de su dormitorio en tinieblas, silencioso, en franca actitud de humillado pecador, exclamó: "¡Oh! Jesús, Dios mío... ¡oh! Jesús..." y en ese preciso momento como si el alto Señor le hubiese escuchado, una voz benévola y timbrada, que llegaba desde un punto no calculable de la habitación, le dijo: "Hijo, ten fe en la fe, esperanza en los designios, caridad en los sentimientos. ¡Cumple, y serás salvado!".

Acallada la voz, la aprisionante mano abandonó el cuello del joven de Leo, quedando éste por rato inclinado en el lugar, así ausente y atontado.

Después, cuando ya en algo se halló recobrado de la sentida emoción, trabajoso se alzó, dio luz al dormitorio cerrado e intacto y pudo entonces constatar ante un espejo dos manchones morados sobre el cuello y sobre la frente las huellas del encerado del piso.

"¿Qué pudo haber sucedido aquí?", se preguntó y repitió confuso el joven de Leo. Nadie en su dormitorio pudo haber entrado, dado el orden reinante de siempre y si por un supuesto caso alguien hubiera podido entrar allí, jamás pudo éste escapar por la única puerta de la pieza, la que él había usado para entrar y aún continuaba cerrada. Además, la "casa nueva" se encontraba sola, pues la familia ya veraneaba y su padre antes de partir, prolijo, había puesto bajo llave toda puerta y algunas ventanas que miraban al exterior, por lo tanto la casa quedó convertida en una sólida fortaleza imposible de franquear.

Aquella noche, sin lógica explicación, el joven de Leo antes de dormir exclamó en fe: "¡Gracias Ángel mío! ¡Gracias por tu regreso!... Hoy soy ya en ti... ¡Perdón!".

Dos noches pasaron difíciles para el joven de Leo, después del regreso de su Ángel. Como él se dijo y mantuvo, un cierto recelo lo invadió; temía llegar a su dormitorio sin luz, y más aún, le asustaba la sola idea de ser tocado de nuevo por la no *visible* mano, la que, a pesar de saberla amiga, lo sobrecogía sin poder evitarlo. En vano trató sobreponerse al miedo. Su carácter, hasta ayer fuerte, había perdido seguridad y ante tal constatación desesperaba.

...Y la tercera noche llegó. Llegó para el joven de Leo rodeada casi de espanto. Éste, como en las anteriores noches lo había hecho, trepaba inseguro la escalera, dominado por el inevitable pavor que no alcanzaba a vencer con sus mil proyectos forjados durante el día. Ascendía así, pleno de sugestionantes ideas cuando fue sorprendido por un manto de confusión inexplicable. Notó en su incertidumbre curiosa, que su aplastante estado de ánimo, gradualmente desaparecía a medida en que se acercaba a la puerta de su dormitorio.

Llegado al fin ante ella, casi calmo, penetró como de costumbre, experimentando allí, una aletargante sensación de paz. Más tarde, cuando ya en la cama y apagado el velador, de nuevo y con sorpresa escuchó a la benévola voz no olvidada que le dijo: "Hijo, nada temas, soy yo en ti y tú eres en mí, noche a noche vendré y hablaremos. Tú

llevas una misión que no comprendes. Recuerda la palabra de Cristo en la montaña: 'Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz, y lo que oís al oído predicadlo desde los terrados'. Haz niño joven de Leo oración, y ten presente, cuando lo hagas, hacerlo como Cristo recomendó en la montaña. Él dijo: 'No hagan como los hipócritas que se complacen en orar de pie en la sinagoga y en las esquinas de la plaza, para ser vistos por los hombres'. Tú, hijo, haz lo contrario cuando hubieres de orar, entra a tu aposento y cierra la puerta, ora allí a tu Padre en secreto; y tu Padre que ve en los secretos, te perdonará. Cuando hubieres de orar, no afecteis en hablar mucho, como lo hacen los gentiles que se imaginan haber sido oídos a fuerza de palabras. No queréis pues asemejaros a ellos que bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester antes que se lo pidáis. Así dijo Jesús en la montaña, no lo olvides y obedece, y con mi bendición me alejo. ¡Duerme! ¡Tu Ángel vigila, eres en Dios!".

En el correr de las noches, la promesa de la benévola voz del ángel se cumplió. Noche a noche llegaba, noche a noche supo confortar al joven de Leo. Enseñar, guiar, hacerle bien, comprender la vida en su exacta esencia, otorgándole lo que muy poco el niño joven de Leo había obtenido en sus días... ¡le entregó amor!

De esta beatífica manera, pasó un no prolongado tiempo, hasta que una noche, la voz del Alto dijo: "Mucho hemos hablado hijo mío. Mucho comprendió tu mente confusa. Mucho has analizado hechos desgraciados de los que tú desafortunado fuiste principal actor. Mucho has valorado y comprendido como dije, abandonando por ello el resentimiento tal vez en ocasiones rencoroso y agobiante. Mucho silenciaste en humildad de espíritu. Mucho noblemente has perdonado y has reconocido el mal de tus costumbres disipadas, alejándolas en bien.

Has entendido la imperiosa necesidad de abrazar al prójimo, de entregarte íntegramente a él con calor de hermano, mas no de ocasional viandante que accidentalmente se acerca para obtener o tender un consejo y luego pasar.

¡Jamás así lo hagas! Sería para ti nefasto, sería para ti regresar a tus días magros, sería castigarte con el castigo del castigo eterno. Llégate pues a quien a tu vera llore, llégate como hermano verdad, llégate de esta sencilla manera y entonces serás!

Y ahora, hijo, pon atención de lo que diré: 'Desde el día de mañana, escribirás mis palabras. Sabré con ellas explicar en las páginas

que te dejaré. las que recopilarás con cuidadoso extremo, aspectos que debes conocer de la vida astral, de la vida espiritual, superior, de la existencia de seres no tangibles, los que por orden del Señor llevan los pasos de los seres que miran la Tierra y merecen protección mayor y del futuro que rodeará a tus actos en acción de socorro al caído, al necesitado, al enemigo y al enfermo que clama caridad. Desde este íntimo instante serás como un mensajero de Dios, en misión sobre la Tierra, teniéndolo todo, mas no teniendo nada, porque escucha bien y medita, los dineros te serán escasos, mas tendrás lo suficiente para los demás. Nunca os faltará, nunca os sobrará, sustenta con la capacidad de que eres dueño. No holgues en perezas consentidas. No desvíes mis palabras en distracción. No discurras en falsas teorías espiritas. Ábrete camino, joven niño de Leo. Comienza a caminar, el tiempo así lo exige... ¡La hora es!' ".

Luego de una pausa, prosiguió diciendo: "Amada criatura, capacitado eres en el arte, trabajas pinturas, pues bien realiza empeñoso, enseña tus obras, muéstralas con franca seguridad de tu persona. Debes hijo adquirir notoriedad y buen concepto, porque dispuesto está, que dentro de un prudencial tiempo te será encargada la dirección de un Salón de Arte, en él harás bien y social ayuda. No eches en saco roto lo que diciendo estoy, porque verdad es.

Hijo: Si mi palabra escuchas y cumples con exacta orden que será siempre de protección en caridad, correrá el tiempo con él y en él llegarás a trepar años y cuando frises los 70, en edad de madura reflexión, el físico en salud que hoy luces conservarás en poca diferencia, con el agregado inmenso de un haber sólido de experiencia verdad, recogida en el caminar de tu sendero en luz tal vez un tanto espinoso y amargo pero también pleno de satisfacciones, afectos y respeto de los extraños mas no de los tuyos. En tu obediencia encontrarás la compañía del amigo hermano que ansía y aguarda desde siempre... y él será tuyo, y tú de él.

Ten presente y no le olvides: tal encuentro será para tu bien; será para su bien; será para el bien nuestro; será para el bien de los vuestros; será para el bien de los que a ti te rodean. Será el bien en el eterno bien... ¡Será paz!".

El joven de Leo, como un aplicado colegial que cumple con sus deberes y escucha atentamente al profesor en sus explicaciones, cumplió con lo prometido a su "voz amiga", su "voz benévola", la que asidua y devota llegaba noche a noche, a la cita trayendo su mensa-

je, el que dictaba paciente, haciendo luego leer al joven discípulo en voz alta lo entregado. No con la idea de analizar su correcta exactitud que de sobra sabía en perfecta forma, mas sí con el único objeto de educarle la vocalización para el claro decir.

Poco a poco, en el correr de las prácticas el joven de Leo comenzó a notar que, aquella, su "voz amiga", debilitaba su potencia, y se adentraba a su oído derecho, no como una voz que dijere en secreto, pero sí como una voz definida e íntima.

De esta manera dedicada y paciente pasaron meses. Los escritos, convenientemente numerados por lecciones y fechas, fueron prolijamente encarpetados en orden perfecto, clasificados en los diferentes tópicos, que supieron estudiar y hasta desmenuzar al detalle.

Una noche la "voz amiga", ahora íntima y pequeña, dijo: "Hijo, tu mano ya no escribe lo que yo dicto puesto que, en ocasiones varias, has escrito lo que tu mente adelantándose a mi palabra captó. Por lo tanto de hoy en adelante escribirás lo que tu mente capte, leyendo en voz alta, como para ser escuchada por terceras personas. Ello permitirá que puedas bien transmitir a muchos los mensajes que habrás de entregarles para mitigar y consolar sus pesares, o para enseñarles a vencer con decidida lucha sus dificultades oprimentes y sin luz".

... Y así sucedió: así el joven de Leo llegó a recibir los mensajes captados, dictados por la "voz íntima", la que comenzó entonces a entregarle palabras de confortamiento espiritual, para personas que acercaba constantemente, en busca de sano bien.

El joven de Leo, mimado por la palabra de su "pequeñita voz" como él le decía, fue feliz. La práctica diaria de su escritura en misión, le colmó: él con placentero goce, entregaba las palabras mensajeras a las destinadas personas, no dejando de escribir sus lecciones de siempre, con la misma atención de estudio y explicación.

Una noche, la voz dijo: "Dos años llevamos hijo mío en este agradable existir, mas desde hoy en adelante repetirás en alta voz lo que capte tu mente, así anularás el fatigoso escrito, engorroso y lento. Y te será además de mucho alivio mental. ¿No has descubierto de que en múltiples ocasiones tú has hablado el mensaje que captó tu mente, adelantándote a las frases transmitidas? Por lo tanto con poco ensayo, créelo hijo, lo lograremos".

... Y al fin de cortos días de práctica, así pasó, y el joven de Leo, con facilidad satisfactoria, pudo llegar a transmitir los mensajes, perfectamente hablados, sin detenerse a escuchar a su "pequeña

voz". Pero si, buscándole cuando necesitaba de su sano consejo o de su palabra amiga, manteniendo extensas conversaciones, las que no sólo las hicieron de noche; hablaron en toda hora del día y en todo lugar. Los dos fueron uno, y fueron en amistoso afecto y sentida paz.

• • •

Un domingo de tarde la "vocecita" dijo al joven de Leo interrumpiéndole el piano: "Deja ya por hoy tu música y toma un lápiz y un block, juntos en él dibujaremos. Te enseñaré a realizar trazos rápidos y seguros; te acostumbraré a jugar con la línea curva y la línea recta.

Te demostraré cómo simplificar temas dentro de una única dimensión y te haré comprender el simbolismo plástico, con sus misterios abstractos. Poco tiempo necesitarás para llegar a dominar todo lo dicho, y cuando hayas adquirido práctica comenzaremos a encuadernar en nuevas carpetas los trabajos que a nuestra consideración convengan ser guardados; además, te entregaré en mayoría, simbólicos dibujos traduciendo profecías al llegar. Debes saber, criatura, que ya es cercano el 'final de finales'. Llega ya la hora de las controversias, de las guerras, de las pestes, de la ceguera, de la fatuidad, del afán del oro, del crimen, del robo, del suicidio, de la indignidad. Llega al mundo la muerte, llegado ya es el caos.

Y llegado es; porque el confusionismo aprisiona los hogares, deforma los hechos morales, encumbra la pornografía, mastica los sexos, enferma las mentes, desata el equilibrio de la religión católica. Nuevas ideas jóvenes en el sacerdocio. Nuevos conceptos, el papado temblará, se extraviará la fe, el materialismo será en triunfo con la mediocridad endiosada. Será en el mundo el 'anti-Cristo'.

Hijo: se acerca la hora de la explosión. Se acerca la obscuridad final; se aproxima el fuego de los fuegos. Se escucha ya la voz del cataclismo - aguas - llamas - desmoronamientos - destrucción de ciudades - nuevas tierras - nuevos mares - nuevas montañas - ciudades muertas y el lodo universal de cadáveres terminados.

Inútil será pregonar hijo mío, esta verdad que dicto. La encumbrada mediocridad materialista y atea correrá tras la impudicia y el deshonor, por lo tanto nada escuchará. ¡Nada nadie comprenderá! ¡Estarán ciegos!

Y en ese tiempo —tiempo de tiempo sin tiempo— bajarán al mundo convulsionado desde el astral lejano: naves interplanetarias, con inteligentes navieros tratarán de explicar el peligro de la fuerza térmica del núcleo fuerza, con que el hombre cuenta para su futura

guerra de poderío mundial.

Los navieros inteligentes serán atacados y no escuchados; no se les creerá seres vivos y como tales se les desechará.

También el humano ser, titulándose superior, se lanzará en viajes al espacio y llegará sin llegar. Verán sin ver, regresarán sin regresar mas sí, palparán la realidad de los astros, navegos astrales y callarán.

Más tarde ¡la explosión! y el silencio será silencio... por silencio de tiempos, los que serán tres.

¡Y bien hijo! He dicho en un más o menos el futuro de la Tierra, para que te forjes una idea general de los trabajos que haremos con los trazos prometidos. Cada uno de ellos llevará un epígrafe explicativo a su pie, y como ya dije y repito, una vez terminados, los clasificarás correlativamente y como siempre los encarpetarás y archivarás hasta el día primero de los días en final. Después ellos harán bien en luz, otorgarán luz en bien, y el bien en luz, y la luz en bien...

¡Salvarán al que vio!".

• • •

Tiempos y tiempos cruzaron; el niño joven de Leo y su "Ángel" trabajaron ordenados y felices. Cientos de dibujos fueron prolijamente terminados y clasificados, encarpetados y guardados, obedeciendo el joven de Leo a la "pequeñita voz amiga" que desde un principio había dicho: "Debe esperarse así, el día de la luz".

Un atardecer la voz amiga e íntima, le comentó diciendo: "Cuando yo llegué a ti en tu etapa de búsqueda, tú pintabas temarios camperos. Quiero hacerte saber que los trabajos nuestros no deben ser motivo de alejamiento de tu obra. Tu debes proseguir en lo tuyo con ahínco; además, como ya dije, es mi deseo que de esta manera lo hagas.

Quiero que concurras a salones de muestras públicas, será necesario para que adquieras notoriedad de artista, y recuerda que debes presto encontrarte preparado, para tomar el "Salón de arte", que tienes que dirigir, la fecha ya está cerca, se acerca, la tienes en ti. ¡Comienza!...

Hijo, antes de retirarme en este tranquilo atardecer te digo: Mi concurrencia a la tarea que llevamos a cabo juntos con tan grato gusto, no debe ser, como ya te advertí, motivo de anulación de tu yo. Ello sería y tenlo bien entendido, falta grave para ambos. Jamás se debe dejar a un lado la carrera 'designada' que se trae al mundo y

recuerda, mi consejo será constante en tu favor, y te aclararé, no será para alejarte de lo que tu misión de ser humano debes cumplir.

Se llega a la Tierra con una trayectoria a seguir y realizar. Si ella hijo, no se construye cabalmente, se pierde el mandato y el yo, quedará anulado totalmente. No siéndole ya posible el proseguir su camino astral, por lo tanto mi consejo es y será: recomenzar tu pintura con el mismo empeño que aplicabas a tus composiciones, cuando mi interrupción, que no fue tal, puesto que como bien sabes, estoy a tu lado desde siempre, y desde siempre instruyendo y cuidando tu paso tutelarmente, dejando tu libre albedrío desprovisto de mi dirección. Mas observando y conociendo tu manera de ser, marcha pues inteligentemente y no desesperes, y si en algo no te encuentras, nada preguntes, porque mi contestación será siempre la misma, ella será: 'sí y no'.

Aprende así a definir tu situación, puesto que eres tú y no yo, el que corre el 'sendero mundo', en cumplimiento de la mejoría espiritual. No quiere esto decir hijo mío, que si adivino tu trance al parecer en orfandad, sin que me llames correré y te daré mi mano en sólido apoyo y juntos saldremos, para proseguir luchando, no dudes mi promesa. Aléjate pues... y ¡camina!".

• • •

El joven de Leo recomenzó obedientemente la pintura ordenada. Tiempo trabajó con ahínco, acumuló obras y, un día inesperado, llegó a su casa un viejo amigo de su padre, médico y pintor. Sin pérdida de momentos el joven de Leo enseñó a este afable doctor sus pinturas. Ansiaba el tener una opinión seria, los aplausos de los suyos no le satisfacían, además quería cumplir con aquello que le repitió su "Ángel": Debes hijo mostrar tus trabajos para adquirir notoriedad, debes mostrar tus dibujos... y recuerda la dirección de un salón de arte. ¡Espera!

El doctor amigo, después de un examen detenido de los trazos seguros del joven exclamó: "Buenos trabajos que no deben quedar en el anonimato familiar; es necesario exponerlos, y yo desde ya me comprometo a que ello se realice. Ofrezco los salones de la Asociación de Amigos del Arte, en la calle Florida, y puedo asegurar ¡éxito!.

El joven niño de Leo quedó como ausente, en verdad no aguardaba este inesperado premio. Tanto había pensado en esta hora prometida. Tanto había trabajado escuchando la voz del "Ángel", su "Ángel" empeñoso y tutelar, que incansablemente le repetía a diario: "Tra-

baja, trabaja, que el día ya es cerca"... Y el día, ese día, esa fecha soñada ya era ante él y era en triunfo.

Fue una tarde de octubre. Amigos del Arte había aceptado al joven artista, su obra. Antes de abrir la muestra, el doctor amigo perteneciente a la institución pictórica, le dijo: "Amigo, quiero hacerle saber que hemos invitado a su inauguración al Presidente de la República Dr. Marcelo T. de Alvear y a su señora Regina Paccini. Ambos aman la pintura "campera", y no le quepa la menor duda, ellos asistirán".

Y así sucedió. En la justa hora de inauguración, las primeras personas en llegar fueron ellos. Complacidos y agradecidos por la invitación al acto, recorrieron la muestra detenidamente. Luego, expresaron el deseo de adquirir dos trabajos, que hallaron certeros y de conciso color. El joven de Leo apresurado dijo: "Presidente, me sentiré feliz, que usted acepte los cuadros elegidos como un recuerdo de mi "debut". Es un real honor que no esperé. ¡Es un premio!"

Cuando ya al salir de retirada, el Dr. Alvear, afable exclamó: "Amigo mío, yo como Presidente de la Nación, como argentino leal a la tradición y como amigo, voy a pedirle un favor, no deje usted jamás de pintar lo nuestro. En todos los países del mundo sus artistas lo hacen; aquí, cosa curiosa, sucede lo contrario, pintan Europa, pareciera que se avergonzaran de la tierra que les vio nacer. Jovencito, Alvear le estará por siempre agradecido".

El joven de Leo, a raíz de la exitosa muestra, fue de inmediato invitado por la Municipalidad, a exponer sus obras en la Gran Exposición Internacional de Arte, a realizarse en las instalacioncs de la Sociedad Rural Argentina, situada en Palermo, en el mes de diciembre. Emocionado acude y es recompensado con la tercera medalla y diploma. La Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires le adquirió su principal obra, titulada "Pericón".

Una tarde, sin ser aguardado, llegó a su "casa nueva" un afable señor de edad seria: el que rogó hablar con el pintor de "Gauchos y Potros". El joven de Leo le atendió y fue sorprendido; el señor de edad seria le invitaba a concurrir con sus cuadros a una gran exposición internacional de arte, que la Municipalidad de Lieja (Bélgica) realizaría a mitad del año.

Entusiasmado el joven, envió sus obras a Lieja, y con entusiasmado asombro supo ser merecedor de la medalla de oro, con diploma de honor; además le fue oficialmente comunicado de que el Rey Alberto 1° de Bélgica, le había adquirido la obra premiada.

El joven ordenó le fuera obsequiado el cuadro, en nombre de la juventud argentina; por el rasgo fue más tarde honrado con una recordativa medalla enviada por su Alteza Real.

Meses pasaron luego de este triunfo. Otra tarde, el mismo serio señor, invitó de nuevo al joven de Leo. En París se realizaría una exposición, organizada por la Municipalidad, de arte e industria internacional y desde allá rogaban las obras expuestas en Lieja.

La gran exposición se realizó en el "Petit Palais". El joven fue distinguido con la medalla de oro y diploma de honor, recibiendo al mismo tiempo el titulo de "Jury" Municipal de París.

Esa noche, su Ángel Tutelar le dijo: "Hijo, ya el prometido salón de arte es en tus manos, prosigue y aguarda. ¡Llegará!"

• • •

Una mañana de octubre, se hizo presente con su explosiva floración, con su incesante volar de pájaros y mariposas con la saturada brisa de los cien perfumes y con el reverberante sol abierto, la pujante primavera de los mil sueños.

Este concierto causó en el joven de Leo una íntima nostalgia. Regresado y sin trabas, acudía con su sueñera mente a su alejada quinta de Palermo; aquella su quinta verde, la que en un día como los que corrían, allá esplendorosas vibrarían sus plantas, sus flores, sus pájaros y sus duendecillos azules, ornados con pétalos, brotes, hojillas y pimpollos de fragantes rosas, escoltados por un séquito de escarabajos metálicos y de saltones grillos de azabache brillantes con cristales plata.

Otra temprana mañana, unido a la brisa, corrió a su esquina de Coronel Díaz y Berutti, quería él otra vez sorprender a su mundo de fantasías, a su casa vieja, a sus calles ronderas de reluciente empedrado y a los humildes pastos, crecidos en las grietas de las adormecidas veredas. Nada encontró en su fatigada esquina. Nada halló en su hoy de trastocado ambiente ya sin flores. Allí su mundo no existente, parecía haber sido aprisionado por un enorme edificio petulante y encerrado celosamente dentro de su interior de portland.

Ante lo inevitable, el joven de Leo, atontado se ubicó en una trastabillante mesa vieja del almacén pequeño, que hace cruz a su esquina fenecida. Almacén de siempre, donde en los atardeceres y noches cálidas sabían hacer "roncha" los bailarines del barrio, del glorioso barrio suyo llamado "Tierra del Fuego" para dibujar "La

Pedana" como ellos decían, con el seguro del "Tango de Varones", bajo el parpadeante farol gasero, acompañados con viriles guitarras y a veces con el acordeón del itálico almacenero y la flauta de su hijo Natalín.

Con lágrimas sobre un papel blanco de envoltura, apilado encima del mostrador que fue nuevo en el año 1903, escribió:

"¡Casa de ayer! Allí estuviste, y allí estás, aún vives tu momento de hoja muerta, al pie del árbol de la existencia que avanza exhuberante hacia las cumbres sin preocuparle lo que destroza con sus potentes y corpulentas raíces, que se aferran más y más a la tierra.

¡Casa de ayer! Arquetipo de una época escapada entre el viento de una tarde que se fue, y la brisa de una noche que repite el recuerdo de los días que cantaron las esquinas no olvidadas del Buenos Aires del tango, del valsecito criollo y la polka de París.

¡Casa vieja! Bendita casa, todavía respiras el aire del lugar, sin estar, respiras aún, y recuerdas al viandante pasajero que allí en esa esquina mía, hubo un día una arrogante mansión de los finales de siglo. Una mansión que fue palacio de mi niñez aturdida, de mis horas ávidas por saber y bien conocer, lo que el mundo ocultaba a la vera del correr y del crecer de este insatisfecho personaje que se elevaba curioso entre la maraña agreste del hombre que, según lo pregonaba él, todo lo sabía; y de la mujer consentida y sumisa a su hombre que nunca nada exigió, pero que todo alcanzó, porque todo lo que ella deseaba, era de ella y para ella. El galán del ayer perdido, jamás supo negar nada a una mujer. Aunque, en verdad cierta, sabía él que su partida iba desde un principio perdida. Fino se rendía porque el hambre del ayer sentido jamás supo negar nada a una mujer.

¡Vieja casa! Hermosa casa de escalinatas abiertas como un abanico blanco de Carrara, balcones altos floridos, vestíbulos con helechos en columnatas de mayólica vidriada, amplios sillones de mimbre trenzados verdes, almohadones y volados de cretona estampada con pimpollos de colores y pájaros volanderos. Corredores alfombrados con dibujadas esteras japonesas, salones amplios y rigurosos, sin embargo tibio y elegante en donde los muebles en amena charla se entremezclaban pedantes, cada uno de ellos era una figura a la cual se le daba la importancia que tenía.

Repisas y repisitas rinconeras, cuadros de forma y grabados, tapices, bibelots, coronitas de alelíes en los cien floreros de cristal y

porcelana, apantalladas lámparas de pie, retratos de familia, carpetas y carpetitas, chorreados candelabros de plata o de bronce, pintados biombos sobre seda o de laca con incrustaciones dentro de la sala rosa, salita íntima y perfumada en donde los miércoles de 5 a 7 se tomaba el té con las íntimas en 'petit comité'.

¡Hora del té! Inolvidable hora de delicias amasadas por la dueña de casa, para sorprender gratamente. ¡Hora del té! Jamás hoy se podrá valorar lo que en aquel entonces representaba el té servido en su clásica hora del 'five o'clock tea', en intimidad familiar, ya en el gran comedor o en la coqueta salita 'de estar', cuando el jardín clausuraba su glorieta, es decir: desde el lluvioso abril, hasta el noviembre de flores.

Alma de mi casa vieja fue mi madre, de mi mundo hogar, refugio de amistades donde hasta la más pequeña flor de búcaro era tocada por sus pálidas manos. Ufana y contenta corría de aquí para allá desde las primeras horas del día, hasta las últimas de la noche, arreglándolo todo, ordenándolo todo, lavando y bañando a sus hijos, nunca quietos y al final de la jornada, ella, la reina en su reinado, cuando los niños resplandecían en delantales planchados y blancos, aparecía trajeada y alhajada con sus reservadas 'toiletes', para aguardar al marido, que no lejos de la casa en su dependencia médica practicaba feliz su profesión y hacía el bien.

Los atardeceres fueron siempre de ellos, y cuando los niños ya retirados, cada uno en su lecho de sueño, la pareja, aquella, la de mi casa de ayer, como novios recorría el jardín, hablando del terminado día y... hablaron de amor.

¡Oh! Casa mía, podrán llegar otros días, otras horas, otros momentos a esta esquina hoy fría y sombría para mí, podrán llegar magnificencias a esta esquina tan mía, pero aquellos instantes que se fueron, que se alejaron como apresurada nube, aquellas escenas francas, pintorescas, bulliciosas y felices de barriada buena, esas... ¡no regresarán!

Así cantó ya un poeta orando en su llanto, y hoy, yo, ante mi esquina, mi quinta vencida, dolido en angustia y empañada la vista, como aquel sufrido poeta, canto en mi llanto y oro.

¡Vieja casa ida! Llegue a tu desaparecido mundo... ¡mi adiós!".

¿Por qué por Irala? ¿Por qué por Necochea? ¿Por qué por Mendoza?

En verdad el joven de Leo ignoraba el porqué corría las calles de la Boca en avanzada hora de la noche.

¿Qué causa era la que le impulsaba a seguir los obligados paseos? Su mente era cabal, firme, clara: sin embargo, sin discurrir, corría, corría...

El silencio era silencio; la soledad, soledad.

Ya enfrentando el puente, alguien le dijo: "Sube. Sube por Brown hacia el parque Lezama. Cansancio llevas, iré contigo, hablaremos. Conozco tu vida, tus afanes, tus desvelos, tus paseos sin compañía alguna para cómodo meditar y escribir impresiones, ubicando lugares que a través de libros conoces.

Ven conmigo, mucho sabré informarte de los seres que vivieron y amaron en este bendecido Alto de San Pedro.

Amigo mío: bien piensas cuando dices: 'Cada metro de esta elegida tierra encierra una diferente historia; y cada historia vivida encierra un diferente amor' ".

El joven de Leo, sin sorprenderse, nada dijo y caminó —más bien digo caminaron, porque sin verle, presentía él su presencia, a su costado, y la tan extraña compañía le hizo bien.

Bajo el frondoso Parque Lezama, halló por fin el joven un arrinconado banco. Algo fatigado se sentó, más bien dicho se sentaron, porque la exacta voz del principio dio en decir: "Abre tu cuaderno y escribe, poca es la luz del mal farol pero lo harás bien. Así pues amigo, comienza:

Allá por el año 1611, reunidos en acuerdo mayordomo y médicos del Hospital San Martín, resolvieron el urgente traslado de éste, por tener dos principales razones. Primera: por el enorme progreso que día a día tomaba Buenos Aires y segunda: por haber constatado la ausencia total de enfermos. Nadie allí acudía, se temblaba ante cualquier curación y más aún delante de cuchillos, tijeras, tenazas, pinzas o navajas.

¡Ni caldos reconfortantes fueron aceptados!

Don Juan de Garay, devoto ferviente de San Martín —Santo protector de necesitados y símbolo de la Santa Caridad— había ordenado en su momento levantar un amplio rancho de adobe y paja para que éste sirviera de Oratorio dedicado a su santo.

Toda reflexión seria de nada valió en el acuerdo; el mayordomo, convencido del fracaso de la enfermería, colocó en manos de Don Sebastián de Orduña la misión del traslado de la Institución opinando que debía levantarse el nuevo 'Rancho de Curaciones', con su correspondiente ermita protectora, sobre el camino que lleva al Riachuelo, paraje solitario y difícil de contaminación.

Pronto fue buscado y pronto encontrado el lugar que se deseaba, sobre el camino a mano izquierda, junto al Río de la Plata.

La edificación se hizo con presteza. El 'Rancho de Curaciones' conservó su aspecto y su nombre San Martín, mas no así la ermita. Ésta, por orden de Orduña, fue entregada a la vocación de Nuestra Señora de Copacabana; ella era de su devoción, y también de los médicos ayudantes.

Un Indio en fe llegó una tarde al Hospital; venía el desdichado caminando desde muy lejos, apoyado trabajosamente sobre el hombro de su pequeño hijo.

'¡Caridad pido!', exclamó desfallecido junto a la puerta del 'Rancho de Curaciones'. 'Sufro mucho, mi estómago no guarda alimento alguno, los dolores allí, me matan.'

'¡Guárdenme en un lecho. Dios premiará a quien me cure y San Martín le protejerá!'

'¡Tú eres indio! ¿Acaso eres católico?' —interrogó Orduña, que saliera a recibirle.

'Sí, Señor, soy católico; Fray Rosales me bautizó y me desposó con Dolores Oro, española que con santa paciencia me educó y enseñó la verdad de Dios. Un día ella me dio este hijo. Fray Rosales le bautizó con el mismo nombre que él me pusiera, los dos somos Martín, y es por la fe en el santo que hoy venimos a golpear esta puerta de caridad. Solos estamos en el mundo. A mi Dolores Dios se la llevó. ¡Señor, por caridad... un lecho... yo muero!'

'¡Carezco de enfermero!' —objetó Orduña.

'Mi pequeño Martín me cuidará' —contestó Martín padre.

'Siendo así... pues pasen...' —y ambos, Martín grande apoyado sobre su pequeño Martín... pasaron.

Una tarde, Martín el pequeño —como le dieran en decir en el hospital los médicos y Orduña—, arrodillado ante Nuestra Señora de Copacabana exclamó: '¡Madre mía! ¡Salva a mi padre! Él es lo único que tengo sobre la tierra. Toma mi vida si necesario fuere. Aquí no nos miran bien, dicen que somos de barro por el color que llevamos en la piel. Mi madre era española y era morenita. ¿Por qué entonces nos dicen de barro?'.

En ese momento, el pequeño Martín creyó caer porque su Virgencita le dijo: '¡Hijo, del barro es el hombre! Mas cuando el hombre aprende a ver a Dios, su barro se convierte en el mismo barro con que formó a su Divino Hijo, por lo tanto, si tú hablando estás conmigo, es porque no eres de mal barro. ¡Ve pues feliz! Tu padre sanará. Anda junto a él, pronto caminarán juntos, mas después, serán de Dios. Y recuerda: castigados serán aquellos que a vosotros ofendieren'.

Días más tarde, Martín grande y el pequeño Martín escaparon del 'Rancho San Martín'. En verdad el enfermo mejoraba, pero las chanzas se hicieron crueles. Ambos se obligaron al silencio. En los principios del año 1642 un furioso temporal destrozó totalmente el 'Rancho de Curaciones San Martín', mas el Oratorio ermita de Nuestra Señora de Copacabana quedó intacto.

En los finales del mismo año, Martín grande, sano y canoso, junto a su ya hombre Martín, se llegaron a su Virgen y le dijeron: '¡Madre! somos de Dios, porque hemos profesado; mas, ¡Madre! ya seremos para ti ¡esclavos!' ".

• • •

Terminado el relato, el joven de Leo quedó en suspenso; ansiaba seguir escuchando, pero la voz le dijo:

"Yo soy Fray Martín, el pequeño. Vuelve a este lugar cuando te llame. Esta noche, con mi bendición te dejo; podrás verme cuando me aleje".

Y le vio. Su hábito era blanco, su sonrisa suave... sus manos... ¡pájaros!

## El Puerto de los Tachos

Aquella noche limpia de octubre, el joven de Leo llegó al banco viejo del Parque Lezama. Fray Martín el pequeño, esa tarde le había dicho: "En la hora, de la pasada hora, espero en el Parque del Alto

Lezama. Me verás, hablaremos".

...¡Y le vio! Lo aguardaba ya sentado, lo miró con sonrisa feliz, y hablaron con la sencilla naturalidad de viejos amigos. Y Fray dijo: "Solamente el Divino Poder del Divino Ser, permite al hombre que lo comprende, el comprenderse con el Astral".

"Comprendo sin comprender lo suficiente para ser comprendido", argumentó el joven.

"Comprendes lo suficiente para comprender a Dios" —contestó Fray... y ¡callaron!—. Después ordenó: "Toma tu cuadernillo; hoy corta será mi narración, pero será hermosa. Medítala mañana, recordarás tu pensar: cada metro de esta tranquila tierra encierra una diferente historia, ¡un diferente amor! Y ahora comienza:

'Puerto de los Tachos.' Puerto de embarcaciones amarradas. Había en sus aguas más naves que casas de chapas, sobre la costa verde que besaba. Una de aquellas pintada de blanco y rojo era intensamente vivida por la pardita Rosaura Lima, unida por santo matrimonio en la Capilla de San Roque al apuesto pardo Diego Caminos, cultivador de flores. Tarde a tarde, el enamorado pardo regresaba a su hogar canturreando ansioso. Venía del Alto de San Pedro montando su crinudo caballo overo. Trabajaba "arriba", en la chacra de Hornes (Parque Lezama), sembrando frutales y en apartado rincón del cuidado Jardín cultivaba rosas para su Rosaura. Una mañana de un muy frío junio, la feliz existencia de Rosaura Lima lentamente se extinguía; una fiebre maligna la llevaba.

'Amado esposo', exclamó viéndose morir. 'Cuando ya mis ojos se cierren para siempre, coloca entre mis manos una rosa blanca, una de las contadas rosas que nacen en el alto perfumado del Nuevo Templo de San José de Flores.'

Al llegar la tarde de ese día gris, la pardita Rosaura, cerrando suavemente los ojos, se durmió. Enloquecido, el buen Diego corrió entonces montado en su brioso crinudo, hasta el Alto de San José de Flores. Allí, junto al Templo, de rodillas, observando el firmamento cerrado, lloró y lloró amargamente, porque las codiciadas rosas blancas del Templo Nuevo habían muerto, vencidas por las tempranas heladas del extremado invierno. Diego, sumido en desesperación, rogó ferviente al Santo Patrono San José que él lo convirtiera en la anhelada flor: quería así el buen pardo poder abrigar las manos de su Rosaura amada y partir con ella, hacia la eterna paz.

En aquel amanecer de nubes plomizas, una rosa blanca —tal vez la más hermosa rosa que se conociera en Flores— reposó amante y dormida sobre las desmayadas manos de laca de la Pardita Rosaura, la de los ojos de carbones y sonrisas de lunas. Con el ascender de la luz en vida, dos pájaros muy blancos, silenciosos, se alzaron hacia el sol".

• • •

Un curtido pescador anciano que les observaba, exclamó: "Ellos serán eternos símbolos de amor sobre las pacíficas aguas de nuestro río, ¡también pardo!". ¡El Riachuelo cantó!

• • •

Con las últimas palabras del poema platense, Fray Martín el pequeño, dijo: "Mi joven criatura, tú comprendes lo suficiente para comprender a Dios y comprender su Gracia. ¿Por qué, entonces, no entiendes y te asombras ante mi forma corriente de expresión? Hijo mío, yo profesé, luego proseguí estudios, y aun en este infinito astral en donde no se abandona el camino que lleva hacia la redención en luz, ni por un instante dejé mi búsqueda. Aquí, toda idea es sabiduría, todo anhelo es realización. No debes esto olvidar jamás, porque hijo, hasta el último minuto de la existencia sobre la Tierra, hasta ese postrer aliento de Terminada Vida, hasta ese insignificante segundo que para el mundo es nada, podrás, sereno, avanzar hacia la perfección. ¿Comprendes ahora el porqué de mi correcta forma de expresión?".

El joven de Leo comprendió; y entonces Fray Martín el pequeño, satisfecho, se alzó y se alejó en sonrisas. Su mirada era luz... Sus manos, ¡flores!

## La negrita fea

"Esta noche, hijo mío, voy a contarte un cuento de niños", dijo Fray Martín el pequeño, cuando el joven de Leo se ubicó a su vera, en el viejo banco del Parque Lezama. "Tú eres Niño, siendo mayor, y piensas para tu coleto: 'soy mayor, no soy ya niño', mas ten presente, criatura bendita, Cristo dijo: 'Hazte niño y serás en el Reino'. Tú eres niño siendo mayor; olvida qué mayor eres, serás en Dios."

El niño de Leo algo quiso decir, quiso hablar mas no halló palabras ante lo escuchado. Entonces el Fraile comenzó diciendo: "Cuen-

tan, cuentan y cuentan que junto a un añoso roble de frondosa copa, crecido sobre el alto de La Concepción, lugar por donde pardas alegres corrían en risas, ofreciendo en venta frescas mercancías, y pardos trajeados de rojo o de blanco que igualmente pregonaban trabajos y cantaban.

Retraída y humilde, vivía bajo tosca choza de barro y de paja, muy pobre, muy pobre, una negrita huérfana muy fea, muy fea, de ojos azabache, de tristeza triste, de cerrada mota y de boca grande. '¡Llegará una tarde!', ella repetía. 'Llegará en la tarde, de las blancas nubes, un pardito apuesto de aflojados rizos y dirá: ¡Negrita, mi negrita fea! Vengo hoy en tu busca. Vengo yo a pisar, este tu Alto de flores campestres y de brisa pleno. Vengo yo al encuentro de tu alma blanca de tu ser sentido, de tu paz que llora y, dolida, espera. Vengo mi negrita, vengo, no angusties. Espera... espera.'

Y la niña fea oraba; oraba muy bajo, temblando, soñando dentro de su choza de barro y de musgos, junto al árbol añoso que aprisiona ramas, pobladas de brotes y enredadas lianas. Cuentan, cuentan y cuentan que, en una apacible tarde de octubre, al lugar del Alto, en donde las pardas corrían alegres y los pardos cantaban, llegó un bien plantado y sonriente negro, con la voz muy suave, diciendo: 'Hoy llego en busca de la negrita del marchito rostro; la negrita que aguarda una cita concertada por el Ángel de las aguas azules y verdes, lilas y rosadas'.

Por el Ángel de Nácar, que en una noche me ordenó diciendo: 'Corre, corre y busca a la negrita fea; la niña oscura que aguarda y soñando muere. Corre, corre, corre que la niña expira y tú ya le debes la vida, puesto que ésta es de ella, y de ella es la vuestra. Corre, corre, corre'. Cuentan, cuentan y cuentan en el alto hermoso que sobre los brazos del valiente pardo, venido de las aguas azules y verdes, lilas y rosadas, la negrita fea —la fea, muy fea, con sonrisas de labios repletos de sombras de profundo lago— orando muy bajo, muy bajo, expiró. Y que más tarde, en la blanqueada capilla arcana del convento del Santo Domingo profesaba, lego, el vencido negro que cantara cosas y dijera cosas y cosas... a la niña fea, la que serena partiera una tarde sencilla, hacia Dios.

...Y cuentan que noches y noches, sobre la transparente soledad recogida del Convento, una voz velada y sentida se allega a sus naves orando y diciendo muy bajo, muy bajo: '¡Espero! ¡Espero!' ".

• • •

Terminado Fray Martín el pequeño su "Cuento de Niños", como él dijera meditativo, recordó diciendo: "Cada metro de esta hermosa tierra encierra una diferente y emocionante historia, y cada historia, por pueril que parezca... encierra un diferente amor".

• • •

El joven de Leo nada dijo. Se alejaron juntos...

## El pardito de los versos

Caminaba por el jardín contemplando sus nuevas instalaciones; dijo Fray Martín, el pequeño, al joven de Leo, cuando se acercó en aquella noche de luna al banco de siempre, y como siempre arrinconado entre glicinas, sobre el costado sur del Parque Lezama:

"Tal vez no lo sepas", dijo. "Ayer fue diferente; muchas más flores hubieron y también poetas."

"Poetas y artistas", comentó el joven de Leo.

"Sí, y como ayer, torturan aquí sus mentes casi siempre insatisfechas."

"Sufren por amor", comentó de nuevo el joven de Leo.

"¡Por el amor a su arte! y por el amor a la mujer elegida", explicó Fray Martín. "Mas fuerza es reconocer que si tal padecer no existiese en ellos, no existiría el arte; porque hijo, el arte es dolor, es egoísmo, envidia, odio, altivez, vicio, pobreza, ceguera, suicidio, crimen... ¡Muerte!"

"¡Los hay santos!", protestó el joven de Leo con ansiedad.

"¡Los hay, hijo!, es claro que los hay, pero contados con los dedos de una mano", aclaró explicativo Fray Martín. "Escucha: 'El pardito de los versos', le decían en el barrio de San Ignacio a Calixto Ramos, joven negro que soñaba amores, que deseaba mundos, que aguardaba luces y trepaba cielos diciéndose pájaro.

Era que Calixto escribía poesías y leía libros en la librería que enfrentaba a la iglesia de su barrio, el blanco Templo de su San Ignacio. Allí trabajaba feliz el día entero, hacía limpieza, cuidaba las ventas, cumplía mandados y suspiraba apasionado por la graciosa españolita de los Estrada.

Tarde a tarde, después de ánimas y cerrado el trabajo, Calixto

ya de regreso a su casa en el barrio alto de Monserrat, detenía los pasos junto al portalón de los Estrada, y allí conversaba largo con su Carmencita la que, en verdad coqueta, aceptaba gustosa los requiebros cuidados, mas sin entusiasmos.

Un anochecer, ella dijo: 'Calixto, tú no eres ni serás jamás para mí, porque yo soy blanca, y porque tú vives muerto. Hombre que escribe versos, es persona perdida... y tú Calixto, lo eres'.

El pardito nada respondió; se alejó jurando no volver a pasar por el portalón tallado de los Estrada. Después cayó enfermo. Un mal serio consumía prestamente su figura, la que fuera fuerte y fuera feliz. Le llevaba la tisis, ocasionada por un mal moral intenso. Era que Calixto se había abandonado, ¡no quería vivir!

Una mañana falleció; dejó, sobre la morada colcha que cubría su lecho, una estrujada página, nerviosamente escrita, que decía: 'Carmencita: me dijiste muerto y te alejaste; sin embargo, yo sabía que en una tarde tú vendrías trayéndome las flores del camino y los cabellos despeinados de la noche. Te aguardaba. ¡Qué hermosa llegas, engalanada por las gasas lilas de la hora, y por sus cisnes negros. Tal vez, Carmencita, en esta terminada hora, en este rodar ceniza en que el jardín recela sus pimpollos blancos de sus rosales mustios, tú, Carmencita mía, podrás recogerlas para adornar mi muerte. Tú podrás pensar en el amanecer que llega. Tú podrás besar mi frente y llorar. Mas en una tarde de nieblas regresarás a mi cielo, tu cielo, lo sé... y seré blanco'."

El joven de Leo dijo en este final: "El color de la piel no es castigo ante Dios. Mas... ¿es ante el hombre?".

Fray el pequeño se alejó en silencio. ¡Todo fue silencio!

# Fermín Gayoso

Cuando aquella noche el joven de Leo llegó a la concertada cita, en el acostumbrado banco del florido Parque Lezama. Fray Martín el pequeño, que aguardaba ya, le dijo interrogante: "En la pasada noche, tú dijiste: 'El color de la piel no es castigo ante Dios', mas, ¿lo es ante el hombre?"

"Hoy te responderé: Sí, ante el hombre el color de la piel es castigo; el hombre será en el castigo ante Dios, y lo será por no haber comprendido a Jesús; por no haber comprendido su inmenso amor por la humanidad, por no haber comprendido el mañana, que es canto en cantar, de cantos, que es amor en querer queriendo, que es risa en sonriente risa, que es paz en eterna paz."

"De niño me lo enseñaron las nubes" —explicó el joven de Leo.

"En verdad, ellas enseñan" —contestó Fray el pequeño. "Ellas inculcan la Fe en la Fe, porque ellas portan la Voz del Señor. Escucha: Fermín Gayoso era un humilde hijo de español y parda, imposibilitado de acudir a la escuela fundada por Belgrano, por ser mestizo, fue educado en sus ratos libres por el afable Párroco de San Isidro, el que le enseñaba entre otras cosas, a manejar pinturas y pinceles, para retocar santos y cuadros habidos en aquella Capilla, tarea que cumplió a satisfacción.

Don Juan Martín de Pueyrredón, su respetado amo, quien entrañablemente lo estimaba y prometiera liberarlo, pidió a las Cortes el indulto alegando que Gayoso podía sustentarse con su oficio bien ganado de pintor.

No fue atendido; se trataba de un 'quebrado de color', y no hubo respuesta.

El niñito Prilidiano amaba, como su padre, al buen esclavo Gayoso; lo admiraba y espiaba cuando aquel trabajaba. Una mañana le dijo: 'Tú mi buen Fermín, que haces cosas tan bellas, por qué no retratas con tus colores a mis nubes, las que tanto quiero; ellas están ahora como clavadas sobre el río'.

El dócil esclavo, con ternura afectiva, pintó las nubes y el niñito Prilidiano, después de besarle, corrió hasta su dormitorio y colocó la tela sobre el rugoso muro blanco diciendo: 'Primero Dios, después mis nubes'.

Fermín Gayoso —que se distinguiera combatiendo en las inva-

siones inglesas anhelando libertad— escapó una noche: jamás nada se supo de su suerte; ¡desapareció!

La casona de Pueyrredón quedó robada por ello. Luego los años escaparon, y todo de ella marchó.

El niño Prilidiano, ya hombre, después de viajes de estudio, se instaló en su esquinera quinta de la calle Juncal y Cerrito, y pintó allí a la manera de París y Madrid. Trabajaba en múltiples proyectos arquitectónicos, practicaba el 'bel canto', realizaba negocios, era diplomático, legista y hasta un comentado humorista sagaz.

Una tarde de noviembre, después de luchar cinco años con una implacable diabetes, cae en sopor final, mas antes de su definitivo instante, con dificultad dirigió su vista, casi ciego, hacia la tela de su siempre admirado y querido esclavo, Fermín Gayoso, y con sonrisa feliz, en balbuceo dijo:

'Primero Dios, después mis nubes'."

"El que ama a las nubes..." —dijo el joven de Leo al finalizar la historia de Fermín Gayoso— "¡...ama a Dios y al prójimo!", exclamó interrumpiéndole Fray Martín. Luego se alejaron felices...

## Calixto Reyes

"El que ama lo invisible, ama a su prójimo" —dijo el joven de Leo al llegar al banco de sus nocturnas citas con Fray Martín el pequeño, en el florido rincón del Parque Lezama.

Lo suponía allí, sin verlo; supo bien, pues escuchó: "Y además, el que cree en la invisible mano del Señor cree en el milagro, y el que sabe del milagro, sabrá del amor Universo, por comprender el Alto. El que vive en Fe, y el que la Fe enseña, vive en Dios; Dios en él, ¡y por los siglos!"

"...Y por los siglos", repitió comprensivo el joven de Leo.

"Hijo mío", comenzó de nuevo a decir Fray Martín. "El milagro es el principio de la vida eterna. El que cree en la vida del Señor es salvado; atiende este ejemplo y entiende:

'Cuando los bulliciosos festejos del primer centenario de la fundación del Templo de Nuestra Señora de Belén, sobre el Alto de San Pedro Telmo fue colocado, para solaz del barrio, frente al portalón de la Iglesia, un conjunto de mesas ornadas con papeles de colores,

ofreciendo en ellas en venta múltiples baratijas, confituras, juguetes, muñecas, rosarios y estampas, por supuesto entre ellas la de la Patrona del lugar, Nuestra Señora de Belén, salvadora de náufragos. Justamente centrado en aquel abigarrado mundo de mercancías, fue construido un 'palo jabonoso' con premios de dineros.

En esa tarde de general regocijo, el negrito Calixto Reyes, recaudador de limosnas del Altar Mayor del Templo y diligente ayudador de misas, ágil en su edad, entusiasmado y locuaz, trepó aquel palo resbaladizo, prometiendo llegar al extremo alto y tomar el premio que allá flameaba junto a la nacional bandera.

El niño, que ya mediaba el engrasado palo, de pronto, tal vez acalambrado, lanzó un grito y abriendo los brazos, cayó pesadamente sobre el piso. El espanto dominó al pueblo apeñuscado, y luego del estupor, los hombres corrieron en busca de un médico, y las mujeres y niños... rezaron.

'Rotura de cerviz', diagnosticó el doctor que revisó a Calixto, anunciando su final. El Reverendo Párroco, con oraciones, colocó sobre el pecho del negrito una medalla de la milagrosa Virgen Nuestra Señora de Belén.

Pocos minutos después, la aflicción reinante fue bruscamente terminada; era que el pardito Calixto, abriendo los ojos, exclamó: 'Gracias, mi hermosa Señora de Belén. Gracias. Si me ordenas que me levante, lo haré. Si me pides que camine, lo haré. Si me dices que mueva los brazos y las piernas, lo haré. Igualmente lo haré si me pides que salte y corra, pues saltaré y correré hacia a ti, mi bondadosa madre, para besar tus plantas y orar'.

Minuto seguido el desfallecido Calixto, sin demostrar dificultad ni dolor alguno, alzó un brazo, luego el otro, después, sus piernas se encogieron, de nuevo se estiraron y por fin, sin dar tiempo a los circundantes para que le sostuvieran, de un salto quedó de pie y, corriendo hacia el Altar Mayor, exclamó:

'¡Señora! Aquí estoy como tú me ordenas; desde este momento seré tu 'siervo-esclavo', hasta la muerte, y seré igualmente después de ella... solamente para ti'.

'¡Milagro!', exclamó el asombrado Párroco, alzando los brazos y bendiciendo. '¡Milagro, milagro!', repitieron los devotos que repletaron la Iglesia, y se allegaron al sacro lugar.

'Milagro', fue la voz corriendo las calles.. 'Milagro', repetían los

niños, después fue oración..."

Fray Martín el pequeño, callando su relato, se hizo ver diciendo: "El que vive en fe, cree en el milagro, mora en Dios, Dios en él... y por los siglos".

Se alejaron en meditación.

## ... Y llegó el verano

En aquel entonces, la familia del joven de Leo —como solía hacerlo año tras año en cuanto comenzaban los calores de diciembre— se trasladó a "La Casona", quinta vieja de la familia con más de siglo y medio de tiempo, situada sobre la parte alta de la barranca costera de Vicente López, zona tranquila, plena de frondosas arboledas y cultivada y silvestre floración.

Este caserón de colonial corte español amplio y blanco, cálido en los inviernos, sombreado y fresco en verano, rodeado de tupidas enredaderas —las que reflejaban el intenso verde de sus hojas, sobre el reluciente mosaico de los veredones y galerías circundantes—, fue cuna del joven de Leo como lo fuera de su sonriente madre, chacra que ambos amaban entrañablemente.

Durante la temporada veraniega, en las sofocantes horas de la siesta, allí monótonamente se escuchaba el alborotado insistir de las chicharras, como festejando el vertical sol sobre los parques en bochorno, y a las casi adormiladas gallinas en el corral alejado, picoteando, tal vez por no dejar de sacar algo, a los desparramados granos sobrantes del generoso desayuno matinal.

Era en este lazo de aperezado tiempo un embargador silencio, abrumador para muchos, agradables para los menos; era, en verdad, un silencio muy diferente al misterioso de la noche, silencio que, sin saberse el cómo ni el porqué, se poblaba despaciosamente de decenas de sonidos indescifrables y extraños, con agregados de quejidos de pasos, de garrotazos sobre rejas y puertas y por la plasmación a veces de figuras fantasmales, que corrían alocadas las abiertas galerías y las cerradas habitaciones.

En la hora del "sesteo", como decían los mayores, las traviesas criaturas escapaban de sus lechos; no era para ellos la semejante quietud ordenada, ellos querían vivir su aventura al rayo del sol y

hacer diabluras sueltas, las que no les eran posibles cuando los grandes vigilaban. Travesuras que terminaban con un refrescante baño y un reparador té.

Después... el atardecer se presentaba atenuado y acariciante, envolviendo el momento de transición sutil, una perfumada brisa, que parecía intensificarse más y más, a medida que el abotagado sol escapaba tras el grueso capotón negro, el que diligente, la noche despaciosamente dejaba caer sobre el ámbito ya sembrado de grillos.

Llegada la noche, llegaba con las incansables luciérnagas el misterio. Llegado el misterio, corrían los fantasmas, y con ellos el escándalo; escándalo sorpresivo que asustaba a muchos, pero que también a muchos hizo reir sobradamente, ¡siempre fue el escepticismo caudal de necios!

Al joven de Leo los aparecidos y sus ruidosas manifestaciones no le atemorizaron jamás; él mantenía que ellos eran seres espirituales no elevados, almas sin luz que afanosamente buscaban comprensión y educación religiosa, conocimientos que no aprendieron y desdeñaron en vida. Eran errantes, ciegos, sin manos amigas; eran desdichados sin Dios.

El joven que desde niño albergaba una de las cuadradas torres miradores pares —que ornaban el grave caserón—, noche a noche lograba en su retiro comunicarse con ellos, consolarlos en sus llantos, guiarlos en su búsqueda religiosa, y hasta les enseñaba a rezar.

En aquella noche del regreso a sus lares, el joven, ya instalado en su cuadrada torre, observó desde su abalconada ventana abierta hacia el estuario del Plata, acunado en brochazos de luna, el paso de una oscura barcaza, que despaciosa se alejaba hacia una desaparecida lontananza, la que al joven le imaginó ser augurio del principio del final de toda vida.

Voces nostálgicas, en cantares sentidos de patria no olvidada y lejos, y de entristecida pampa, llegaron rasgando ululantes la sombra. ¡Canciones de adiós! exclamó íntimo el joven de Leo, llanto de final... tal vez de muerte...

Entonces desde las estrellas una voz pausada le dijo: "Joven, la muerte no existe, no existe el final. Sólo existe el 'sin fin', que tú sabes. El sin fin de la gracia de Dios. Gracia sobre los hombres, sobre la tierra, sobre los planetas, las lunas, los soles, los cometas, los asteroides y las estrellas...

Tú has de venir un día, has de partir en ese día, de la fatigada Tierra; en un atardecer lánguido, en el que las hojas otoñadas rueden los parques, arrolladas por las primeras desapacibles brisas de un abril en su final.

Has de partir, como una hoja más, silenciosamente acallado, en oración de brumosa hora diciendo adiós a los últimos pájaros que, apretujados como nubes tormentosas, se aprestan al descanso que ordena la emperatriz mortaja de la noche en su rotar.

Emprenderás el viaje, como golondrina en regreso hacia la cálida playa que abandonaste una mañana blanqueada por congelado rocío, sorprendido en el instante de nacer.

Has de venir, y serás feliz; calzarás la sandalia del viajero, y vestirás la túnica blanca del último día gris... sin llanto te alejarás porque sabrás que a nadie dejas en la soledad de abandono sin abrazo. Porque sabrás que te alejas sin el alejamiento total e inerme; porque sabrás que el amor que en tus días llevaste, no desaparecerá de tu dedicado espíritu el que, si bien emprende el mañana, proseguirá en su querer, en su dicha, en su deber, en su existir del ayer... que marchó, como si ese ayer que escapó vencido, no hubiese sido realidad de instantes muertos.

Callará tu voz —es verdad— acallarás tus palabras, las que te hicieron bueno, las que te trajeron sensibilidad, las que supieron entregarte el premio del perdón sincero, de la amistad vigorosa, del consuelo en alivio, de la íntima paz.

Callarás para el mundo, mas no acallarás en tu mente perenne esa palabra que ganaste del Divino espíritu de la Gracia. Callarás para el mundo, pero no para Dios.

Aguarda pues animoso tu destino, tu paso sencillo hacia el infinito en su llamar. Aguarda sin temor ni miedo el principio del lívido sendero en su empezar; en él serás sin ser, mas serás y siendo morarás en ti, en lo que piensas que dejas, en el mundo que llega, en tu vivido mundo y en la luz astral.

Anochece... exclamarán las antípodas del atardecer. Nada pienses, ni respondas; ellas nada saben del gigantesco poder del hombre que aprendió a querer a la hermana tierra, al niño, a la flor, al pájaro, a la verde pradera, a la campiña agreste, al humilde insecto, al animal hermoso, al tranquilo río, y al bravío mar.

Has de partir un día, y no serás en olvido jamás; serás siempre en presente, porque no existe aquí pasado ni final.

Has de partir un día, silenciosamente, acallado en oración calzarás las sandalias del viajero. Vestirás la túnica blanca del último día gris. Callará tu voz, callará para el mundo, mas no acallará en tu mente perenne, esa palabra que ganaste del Divino Espíritu de la gracia, esa palabra que unifica y hermana la existencia y la ausencia, esa palabra humilde e inmensamente inmensa, íntima, serena, noble y bondadosa... la palabra AMOR.

...Y partirás, partirás con ella, quedarás en ella, serás en el Alto, serás en la Tierra, serás en tu mente, y serás en Dios porque... ¡Dios es Amor!

Has de partir un día... ¡Silenciosamente!"

## Bartolo el pescador

"La Casona" extendía su predio desde el explayado del Río de la Plata hasta pasar el ancho camino del Alto. En los diferentes apartados se levantaban galpones forrajeros, gallineros, corrales de porcinos, casa de peones, tambo, caballeriza, cochera, garage, etc., lugares arbolados en donde se abrigaban diferentes canchas de juegos y salientes de ellos asomaban molinos de viento.

Sobre el río, bajo un compacto monte de sauces, sobre sólidos parantes, se levantaba una construcción de chapas blanqueadas, cubierta por glicinas y campanillas; a un costado, un galpón compañero encerraba un par de canoas, rodeadas por un profuso material de pesca, siempre ordenado, y en su puerta una casilla de perro.

Bartolo, anciano pescador, habitaba este pequeño imperio. Él había allí nacido en tiempo de los abuelos del niño de Leo; con ellos se había criado, y de ellos había recibido siempre una franca amistad.

Un día allí desposó, allí fue feliz y poco a poco fue perdiendo con el correr del tiempo a sus seres queridos, quedando solo. Su acordeón, su guitarra y su pesca lo acompañaron hasta su fin.

Sobre la costa, justamente en la playa perteneciente a "La Casona", un barco de quién sabe qué época, se hallaba encallado allí. En las horas en que la marea marchaba en baja con sus aguas casi siempre mansas, podían verse sus restos carcomidos y verdes en camalotes y musgos.

Una tarde, paciente el buen Bartolo, desprendió del barco algunos tablones y con ellos realizó una cruz, la que clavó en un saliente del terreno, ofreciendo el frente en mira hacia el horizonte del Plata. "¡La Cruz de los Marineros!", dijo después. El Párroco del cercano Olivos la bendijo y Bartolo, en los atardeceres, oraba junto a ella rogando por los suyos y los náufragos.

Cuidadoso, supo colocar en el lugar un horcón con farol perenne para ayudar a las ánimas, y un banco con igual objeto.

Un amanecer de tormenta, el oleaje embravecido subió y arrancó de cuajo la cruz, arrastrando todo sin perdonar nada hacia el río, mas el signo de la fe quedó recostado sobre un árbol. Pasada la ira de las aguas, Bartolo se dijo: "Dios ha querido cambiar de lugar a mi bendecida cruz y por lo tanto allí quedará, pero ahora, en su lugar, pondré de pie el ancla de la barcaza muerta. Ella será la nueva cruz de los marineros y será siempre mi rincón de oración".

De noche, cuando regresaba de arrojar a las aguas los espineles, Bartolo veía, según sus relatos, a los marineros de la encallada nave, a veces orando y a veces bailando, con los compases de su acordeón. El sabía brindarles las músicas que estos personajes le pedían.

Una mañana Bartolo dijo al joven de Leo: "Niño, ya mis años pesan y mis marineros me llaman: pronto marcharé con ellos".

...Y marchó con ellos.

• • •

Después el progreso llevó los restos del barco; sólo el ancla quedó bajo los sauces.

El progreso trajo igualmente un balneario sobre la esquina del terreno de Bartolo, como siempre al lugar se le decía, y el dueño pidió a los padres de Leo, quisieran venderle el ancla vieja, pues había proyectado colocar ese nombre a su naciente establecimiento.

No hubo venta, mas sí promesa. El buen hombre llevaría el ancla que bautizaría el balneario con una única condición: ella sería colocada sobre el río, y en su bajo una inscripción que dijera:

"La Cruz de los Marineros".

¡Y fue cumplido!

# El pino del payador

Se decía y se dice que siempre, en el apagón de la tarde, en la hora que silenciaban los pájaros —siempre en ese corto girón recogido del morir del día— una voz quejumbrosa en ocasiones surgía desde el interior del pino, guardián azul del caserón ya abrazado con los primeros lutos del instante y las primeras estrellas.

Se decía y se dice que la voz era la de un viejo paisano errante, que había en época remota detenido su andar sobre el barrancón del pino y que su mano lo había sembrado y cuidado hasta su fin.

Se decía y se dice que en esas ciertas ocasiones se lo veía aparecer bien plantado, trajeado con chiripá, calzón cribado, bota de potro, cinto amonedado, facón y chambergo aludo, con barbijo acariciante a la encanecida barba y que, con sus algarrobadas manos, templaba paciente una guitarra negra y encintada con el celeste y blanco de la Patria y junto a ellas, un ramo de azahares terminados, que perteneciera en un día, a la dueña de sus horas ¡su dueña! la que, en un terrible mal sin remedio la llevara una tarde en el instante del caer del día, en el momento que él cantaba a su patrona, como él también le decía, para mantener así latente el inmenso amor que ella su pobrecita, en un día de florido octubre le entregara. Después, cuando la soledad hizo garra en su garganta para ahuyentarla, cantó de nuevo a su elegido compañera, con el dolor de la ausencia, y con el querer sin finales.

De esta manera sencilla, esta leyenda pasó de boca en boca por el pago de Olivos, y en él perdura con los años escuchándose todavía en el silencioso rodar del adormecido sol, la voz quebrada de Emereciano Soler —que con tal apelativo español fuera conocido en vida— cantar a su dueña y patrona del ayer, dueña y patrona del hoy, del mañana y del siempre, como él lo asegura y repite incansablemente en su sentido lamentar.

Esa tarde, el joven de Leo terminó de leer la leyenda de Emereciano Soler escrita por un estudioso pariente fundador de "La Casona", y quiso la casualidad que la hora fuera justamente la hora del cantar sufrido del triste payador del pino.

Respetuoso entonces se acercó al lugar y lo vio... Lo vio salir de entre las compactas y entrelazadas ramas verdosas; lo vio, bien plantado como en sus días de arrojo y escuchó su voz que dijo:

"Señor, soy el que ayer fue Don Emereciano Soler; el que, en la

luz de agonía, cuando era nombre mi sombra, sabía cantar amores, bajo la maleza muerta de esta quinta anochecida en sinsabores.

Sabía decir mi dicha de alma errante, y sin saber, sabía hablar de mi ausencia de hombre 'canso', en la ladera del bien.

¡Fui Patria! Fui hombre.

¡Fui fraile! ¡Fui ser, que no fue! porque el hombre de nombre, no me tendió su saber, ni su doctrina, ni su afecto amigable y querendón, ni su mano, ni su Dios.

Yo, señor, sabía que yo era de Dios, pero ¡qué canejo! Nada de Él sabía en seguro, y decía cosas a su figura la que, según alguien me dijo, parecía Él un patrón de alta y muy alta estampa, y de alta y muy alta región, en donde había Ángeles que volaban ofreciendo volteretas raras, sobre su cabeza blanca en quemazón de hojarasca.

Me fui de aquí, no sé por qué, ni cómo, y volé al nuberío. Nada escuché de las aves que cruzaban y veía; ellas no me entretuvieron y continuaron en su trenza de aparceras liberadas.

Fui... y fui... y fui...

Después fui nada en la oscurecida, nada.

Fui poco en el poco de algo.

Fui algo de ese algo, que me convirtió en algo... y más tarde, 'patroncito', crecí, y crecí como Dios manda a los sufridos... y ahora señor, soy porque soy en el tiempo, sin el contar de las horas, porque soy en aurora sin amanecer bravío. Viajo y vengo a decirle, que la noche que se cierne en su caserón dormido, será para el que le habite y ofenda en el mañana, sueños de pesares; porque, nadie supo buscar ni respetar la hidalguía del cantor que cantó bajo el pino protector y bueno, de los solazos y las aguas de los viandantes que cruzaron los caminos, fatigados.

...Y ya me retiro, me voy, amito y señor, me alejo y dejo a usted, mi mano en sinceridad.

Ayer fui figura y nombre. Hoy soy nombre en sombra y sin figura. ¡Soy sombra en luz de vejez!

¡Que Dios lo vea y me vea en su hora y en la mía!

Tal vez un día, cuando el mal haya hecho mal en mi predio, vendré para cantar y enrostrar al que destrozó mis siglos".

Dicho lo dicho y escuchado, se alejó la criolla sombra, perdiéndose en el follaje del quintón en flores.

El joven de Leo quedó ausente en meditación, quedó sentado junto al pino, hasta que... las estrellas lo llamaron.

# Dick

El joven de Leo tenía un perrito. Era éste un fox de pelo duro, pequeño y blanco. Una mancha negra le cubría el ojo izquierdo, mancha que se extendía sobre la correspondiente oreja, y él le llamaba "Dick".

Tarde o noche al regresar el joven de sus paseos aledaños, el ágil perrito lo recibía con muestras de franco afecto y alegría a veces delirante. Como enloquecido, corría a su costado saltando vivaz, ladrando escandalosamente, corriendo los canteros hasta alejarse, para después regresar, sofocado y con la lengua afuera, y colmar a su patrón de lamidos y brincos, los que a veces llegaron hasta el pecho.

Una mañana penetró a La Casona un perro lanudo, negro de color, demostrando sed. Se lo atendió bien, y durmió más tarde en un rincón del galpón del fondo.

Desgraciadamente, el can estaba rabioso; ese anochecer mordió a los varios perros de la casa, incluso al mimado Dick.

El padre del joven de Leo —a pesar de su pena— ordenó sacrificarlos. A la siguiente mañana, el joven se ausentó de La Casona. No quería estar presente cuando se cumpliera la orden. No quería ver morir a su Dick.

Entrada ya la noche llamó a la casa; supo así que todos habían sido inyectados, y que ya descansaban bajo el cantero.

El joven de Leo aquella noche al penetrar el jardín, en su regreso, forzosamente debía pasar por la casilla de su perro, y esta certeza lo afligió. Después, a medida que se acercaba, su angustia subió y subió, casi hasta el llanto; pero he aquí que, al enfrentar la casita blanca, descubrió a su perro, aún en su puerta, el que al verlo corrió a su encuentro, y como lo hacía todas las noches y tardes, comenzó con las mismas corridas y saltos, y hasta con los exactos ladridos. Pasado el calor del recibimiento, el perrito acompañó al joven, su dueño, hasta su habitación y aquí fue su sorpresa, pues con la luz de la casa, pudo éste observar que si bien era ése su perro, éste no lo era... ¡era más joven!

Y así... Dick el segundo —sin interrumpir las costumbres de Dick el primero—, acompañó a su dueño... ¡por años!

Viejito falleció. Descansó también bajo el cantero de las dalias blancas.

La intriga del hecho aún persiste. ¿Cómo llegó este perrito a ocupar el lugar del anterior?

¿Cómo llegó a realizar todas sus acciones...?

## ¿Un ser en la luna?

Una mañana, el jardinero de La Casona llegó diciendo al joven de Leo, que debajo de un antiguo cedro, cercano a la casilla del perro grande, había encontrado una cosa muy rara que —según él pensaba— podía haber sido desprendida por la boca del inquieto can.

En efecto, fue una cosa rara lo que todos vieron allí —e imposible de ser producto de un mal estomacal del perro—, pues se trataba de una masa perfectamente circular, semejante a gelatina de claro color, con mucho del aspecto, aunque no con la transparencia cristalina, de las quemantes "aguas vivas" del mar. Nadie se atrevió a tocarla, pero el intrigado jardinero le hincó un lápiz, y al retirarlo pudo observarse que la perforación producida quedaba sin cerrar. Curioso y empeñado, repitió entonces la operación y el resultado fue idéntico.

Como el enigma se hiciera general en la casa, el jardinero la alzó del lugar con una pala, y la llevó para mejor examinarla al asoleado gran patio de baldosas rojas frente a las galerías.

Allí, decidido, la arrojó, pero al así hacerlo, por descuido la dejó caer del revés. Este simple accidente fue motivo de una nueva sorpresa: este lado, tal vez más claro, presentaba un aspecto semejante al revés del mondongo: enseñaba celdillas exactas.

Otra vez, nuevo asombro, quizás debido al fuerte calor de las baldosas asoleadas. La gelatinosa masa comenzó a contraerse como si ella hubiera tenido vida y comenzó también a derretirse rápidamente hasta desaparecer por completo.

Todo fue perplejidad; el agua, por la rara materia despedida, a medida que corría por el piso se evaporaba sin desprender vaho. No quedó, de lo que se viera momentos antes, vestigio alguno.

Después, nadie supo dar explicación del origen de aquella masa gelatinosa y clara con mucho de agua viva del mar... mas el jardinero sentenció sapiente: "Fue un ser caído de la luna". La risa fue general, pero...

# ¿Sueño?

El joven de Leo despertó en aquella mañana de noviembre bajo la impresión de un casi inexplicable sueño y escribió:

"Dormía mi mente, el espacio era... mas no era... Ascendía el sentido... caminaba montañas de nubes en lluvia... transformaban sus formas de dragones en pájaros; quedaban inmóviles, se elevaban, se acercaban descendían... marchaban...

El nublado recuerdo de mi cuerpo tendido allá lejos, sobre mi lecho de bronce, guardado en la torre cuadrada de La Casona, fundía mi ego dentro de otro que, pensante, ordenaba y viajaba realidades tangibles que no siendo eran ¡y les vivía!...

Y dije: ¡París!... Anoche, al penetrar el sueño, me pareció escuchar tu voz desde mi torre; y me pareció que con ropas de cristales venías... venías —mas deseándote... no llegabas.

Entonces, qué tarde maravillosa de lujurioso manto pude entrever junto al Sena.

Qué noche de quimeras orientales apresó mi mano y las estrellas rumorosas jugaron sobre las aguas.

Ellas curiosas querían saber, del secreto que celoso portaba; querían conocer del estrujado misterio que llega en el sueño que rapta, y que luego de besar auroras, se eleva y se oculta en la inmensidad, sin finales.

Entonces grité: ¡París!... ¡París! Observa mi andar de Mercurio alado... Observa, prosigo mi viaje hacia ti.

Camino el rellano infinito de la nada en cielos. Camino... camino... y veo que llegas... ¡mas no llegas!

Anoche al penetrar el sueño me pareció que aguardabas bajo tu torre de elegantes hierros, bajo esa torre, tan tuya, tan mía, tan nuestra, tan de todos.

Me pareció que, sin andar, llevaba los pasos sobre el sendero del Campo de Marte, en hojas yacentes y desfallecidas.

Ellas balbucearon: Viene... ya viene a París el Viajero, el Viajero sin cuerpo. Solamente llega su calma. Solamente alcanza su mente de astros en mares.

¡Ya viene el Viajero, trayendo su alma!

¡París... París...! ¿Soñé?... No sé...

¡Espero!"

## ¿Ánimas?

Noche a noche en la Vieja Casona sucedían curiosos hechos, algunos más o menos simples, otros más o menos serios y por fin, algunos muy serios... inexplicables.

Ya con el caer del sol solían descubrirse largas figuras caminando sobre los parapetos, figuras que desaparecían al llegar al lugar las personas que las vieran desde el parque.

Un enorme perro negro igualmente aparecía, el que siempre se escurrió en la penumbra de la hora sin lograr nadie herirle con la andanada de disparos de fuego con que era corrido.

Noches hubieron de constante pedrea sobre las diferentes partes del Caserón, y noches también de un fantasma alto —y tan alto que traspasaba su cabezota de cabellera larga el cornizón de las azoteas— al que tampoco se logró tocar con los disparos.

Él siempre escapaba en saltos escabulliéndose, ágil, entre el oscuro y compacto follaje de los árboles, o bien arrojándose dentro de los crecidos pastizales, y a veces... ¡ cantaba!

El joven de Leo no consiguió nunca ser informado por sus amigos del astral, sobre el informal comportamiento de estos seres; solamente recibió el pedido de que, por ellos, orara.

¡Y por ellos oró! Mas en La Casona se preguntaban... ¿ánimas o personas?

## El Ángel de Plata

Los caracoles poblaban un rincón húmedo y sombrío del colorido jardín de La Casona.

El joven de Leo los amaba, y en las tardes fallecientes se allegaba al lugar para verlos trepar el follaje. Parecía como si saliesen en busca del fresco de la hora, y también del cálido perfume de los vecinos lirios, los que generosos, en los íntimos instantes de los sencillos días, regalaban a la brisa sus aromas y amaban...

"¡Son tan pequeñitos!", se decía. "¡Son tan poquita cosa que apena!" Y con ternura de fraterno hermano los acariciaba, y hasta los alzaba para que se deslizaran por las palmas de sus manos.

Un anochecer, ya con grillos, vio acercarse a él a un pequeño

niño, muy rubio y encendido, que dijo:

"En un país lejano perdió su poder el caracol; descorazonado, partió hacia el desierto. Nada vio en él, pero supo que el hombre, sin el hombre, jamás podrá ser hombre, en el saber.

El caracol se dijo: 'Yo, humilde ser, que arrastro mi opaca capa-razón por el intrincado piso de la existencia ignorada, ¿qué puedo encontrar, si el hombre para ser, necesita del hombre?...'

Entonces, el Paraíso envió a su Ángel de Plata, y éste dijo al caracol: 'Por humilde que seas, por pequeño que arrastres tu cáscara hospitalaria, no dejas de ser un ser de la Tierra que vive y existe. Para tu bien y su bien, tú como el hombre, eres hijo de Dios'.

'Aconséjame Ángel' —exclamó el caracol en angustias—. '¿Qué debo hacer yo para encontrar el definitivo camino?'

'Callar, mas alzar tus miradas al Señor. No eres pequeño, ni eres poco, pero eres tímido en tu chatez. Tú no necesitas de un semejante para ser; por lo tanto, como te dije, levanta la mira en fe y sabrás por qué la sabiduría no se adquiere con investigaciones en bambollas, como lo hace el hombre con el hombre. Se adquiere conversando con Dios' ".

Impresionado el joven de Leo con el relato del niño rubio, preguntó:

"¿Quién eres tú, niño, que tan bien hablas?"

Y el niño sonriendo contestó: "Yo... ¡Soy el Ángel!"

## José Griveo

Una noche, cuando ya el joven de Leo había apagado su luz, surgió ante él una alargada figura, clara, portando una gruesa vela entre sus manos y dijo: "No soy el fantasma que corre las piezas. Yo soy el que se llamó en vida José Griveo. San Martín partió su capa. Yo partí la mía. Rezad por mí". Luego se elevó, desapareciendo al llegar al techo.

El joven de Leo no alcanzó a meditar lo sucedido, porque, en el preciso instante, escuchó un grito desesperado de un niño que pasaba días en La Casona, compañero de sus hermanos menores, quienes juntos ocupaban un dormitorio en el final del costado del edificio.

Sin titubeos, saltó de la cama, y corrió al lugar para indagar la causa del escuchado grito.

"Nada grave sucede", explicó uno de los hermanos de Leo. "Acabábamos de apagar la luz, cuando silenciosamente se alzó ante nosotros un alto fantasma de toga blanca llevando entre las manos un velón prendido. A nosotros no nos atemorizó, pero el huésped, tal vez por no estar acostumbrado a estos fenómenos, gritó aterrado, y la figura desapareció."

El muchachito exclamó entonces temblando: "No quiero acostumbrarme a estas cosas, quiero ir a dormir a la torre. Aquí, creo, voy a morir".

El joven de Leo explicó: "En mi torre sucedió exactamente lo mismo y en el mismo instante; por lo tanto, mejor será que llevemos nuestras ropas y pasemos la noche en el Comedor".

Presto improvisaron camas en la extensa habitación citada. Corrieron la mesa hasta los postigos de las enrejadas ventanas, cerraron las puertas de los extremos que llevaban a las habitaciones abandonadas, colocándoles sus respectivas trancas y cerraduras, y para mayor tranquilidad de la criatura, sillas enfiladas y alguno que otro objeto pesado.

Pasado un prudencial rato en charlas diversas que borraron el susto, todos se dieron las "buenas noches", apagando la luz.

¡Poco duró la paz! Dentro del comedor estalló un ventarrón, el que con increíble violencia abrió las puertas de los extremos, arrojó las sillas, levantó cortinas, y cuando el ulular del viento calmó, la alta figura fantasmal, ya conocida por todos, saliendo del costado del dormitorio de los niños, atravesó el largo comedor en dirección a la torre, desapareciendo al trasponer el umbral de la segunda puerta.

Portaba el velón entre las manos y una capa mal colgada desde el hombro derecho, la que arrastraba por el suelo.

¡Después... nadie durmió!

Con el andar del tiempo, La Casona fue adquirida por la ENTEL, para instalar en ella el Club Deportivo de sus empleados.

Un día, el joven de Leo, ya hombre, fue enterado por los miembros directivos de la mencionada entidad de que, realizando cambios y reparaciones en la casa, al levantar el piso del comedor viejo, hallaron allí sepultado un cadáver en estado de "momia", el que, según médicos del lugar, debía tener una antigüedad de más de trescientos años.

Entre las manos, tenía un velón...

# Pamela

Una noche, el joven de Leo, al llegar a su torre y prender la luz, halló a su habitual habitación convertida en otra totalmente diferente. En ella se destacaba un amplio ventanal, por donde se filtraba un brillante sol, pudiendo observarse afuera un paisaje verde de palmeras y bananos.

El interior de semejante morada, nueva para el joven, era de muros blancos, pendiendo en el principal, un gran retrato al óleo de un personaje vestido a la usanza militar de la época, el que ofrecía un notable parecido a Francisco José.

Los muebles eran coloniales; la mesa central en el mismo estilo, de tapa de mármol blanco. Tenía sobre ella una lámpara de opalina decorada con pájaros y a su pie un álbum de fotografías en cuya cobertura de raso pintado se veía el escudo nobiliario.

Sentada ante la mesa se encontraba una señora con vestimenta de entonces. Llevaba un traje marrón de gruesa seda abastonada en dos tonos, cubría sus manos con mitones de encaje blanco, y su cabellera cuidadosamente peinada era en parte cubierta por una mantilla negra.

Con adustez visible, miró al joven de Leo, y le dijo: "Yo soy Pamela. Dígame, dónde está Pedro?".

Su tono de voz era firme y autoritario. Sin cuidarse en modales, golpeó la mesa con los puños, y tras los golpes, desapareció con ella todo el escenario.

El joven, al día siguiente, llamó a un tío abuelo que mucho quería y le preguntó diciendo:

"Dime: tú que conoces bien nuestros antepasados, ¿hay alguna o más bien hubo una señora llamada Pamela?"

"Sí, es claro que sí", contestó el tío. "Era ella la mujer de Pedro Parravicini. Se casaron en Cuba. Tu tío abuelo no la pudo soportar mucho tiempo, y se vino a Buenos Aires; vivió con tu abuelo y murió en vuestra quinta de Olivos."

Pamela era una mujer hermosa pero de pésimo carácter. Desde criatura, los suyos la llamaron "granito de pimienta". Pedro era muy parecido a Francisco José.

El joven de Leo relató entonces lo sucedido en la torre. Asombrado, el tío ofreció pedir a Cuba un retrato de Pamela para constatar el hecho.

...Y llegó el retrato, y era la dama aparecida. Luego de la conversación aclaratoria, el tío abuelo terminó diciendo:

"Si vuelve Pamela y pregunta por Pedro, le dices que Pedro descansa en la Bóveda de Casa".

## Llovizna gris

"Tomé café en 'Le Soir', un pequeño rincón bohemio del barrio Latino", escribió el joven de Leo, prosiguiendo su diario de sueños de París.

"Luego recorrí los escaparates de la Rue Guilleume, bajo una fina lluvia.

Tres fotografías de Sara Bernhardt detuvieron mi paso. Tiempo hacía que deseaba tener de aquella mujer magnífica un recuerdo. Penetré el comercio atestado de cosas viejas.

El anticuario, hombre de curioso aspecto embozado dentro de un amplio capuchón frailero, después de ensobrar las fotografías por mí separadas me ofreció el calco de la calavera humana, que Víctor Hugo regalara a la gran actriz, para que ésta tuviera ante sí la constante presencia de la muerte, y agregó:

'La Divina Sara recibió el presente con entusiasmo, después la llevó siempre consigo, de noche la guardaba entre las almohadas del féretro en que acostumbraba a dormir.

Antes de fallecer, pidió que su compañera le fuera colocada dentro de su caja. ¡Marcharon juntas!'.

La lluvia de la tarde no impidió llegarme hasta la tumba de Marie Alphonsina Duplessi.

¡Margarita Gauthier!

¡La Dama de las Camelias!

¡Vecina a Alfred du Vigny!

¡Próxima a los hermanos Goncour! indicó el guardián sin sonrisas.

Por fin la deseada loza —la hallé— contrastaba su blancura con el cielo plomo. Me pareció por ello aún más blanca.

Camelias descansaban sobre su nombre. Allí quedó caída mi flor, bajo las lágrimas del tiempo. Dos palomas se cobijaron entre las ramas de un tilo. Debajo yacían violetas... Andando la salida, desperté."

# Ronquidos en la torre

Una mañana se recibió en La Casona un telegrama del hijo de un viejo amigo de la familia, que poco hacía que se había casado. En él anunciaba su próxima llegada; con su esposa deseaban pasar unos días frente al río.

La madre del joven de Leo propuso que éste les cediera su torre. Allí estarían cómodos e independientes.

Por supuesto, así se hizo. Complacidos, la ocuparon los recién casados en la tarde que llegaron.

Esa noche, la novia se retiró temprano. Dijo hallarse cansada; en cambio el marido quedó con los de la casa y algunos amigos, jugando a las cartas en el salón junto al comedor.

Poco rato llevaban en el juego cuando fueron distraídos por pasos que bajaban la escalera de la torre, los que llegaron hasta la puerta que previamente había sido cerrada para no molestar a la huésped en su fatiga. Allí, pareció detenerse por segundos, reiniciando los pasos pero en regreso.

Alguien en la mesa dijo al novio: "Viene tu mujer ya en tu busca". Pero al escuchar el regreso, se pensó que tal vez había bajado para curiosear el ambiente que, según dijo, le fascinaba.

Tres veces se repitió el exacto andar, lo que decidió al marido ya nervioso a retirarse.

En la siguiente mañana, se supo que el flamante cónyuge, al llegar esa noche pasada a la oscura torre, comenzó, sin prender la luz, a desvestirse, para no despertar el sueño de su compañera. Pero pronto fue detenido por la voz de ella que dijo:

"¿Adónde vas?".

"No voy, vengo recién de jugar a las cartas, no encendí la luz para no despertarte. ¡Habías bajado tantas veces!".

Entonces ella gritó: "Yo no he bajado, además en tu cama alguien roncaba".

"Nadie hay aquí. Yo acabo de subir."

"No puede ser", insistió ella. "Roncabas, y yo molesta, porque no te había despedido antes de dormir. Te dije varias cosas..."

Explicado todo, el joven de Leo recuperó su torre.

# María de los Siete Dolores

María de los Siete Dolores —vencida criatura en llantos— sentóse en el portal de La Casona, dejando a sus pies un pequeño perro blanco que moría, víctima de una zarza venenosa.

De repente, el cielo oscuro se llenó de luces; aquellas fueron relámpagos de oro, y en ese instante de rumores claros, una voz dijo al joven de Leo que se acercaba:

"Dile a María de los Siete Dolores que yo, su Ángel, lloro. Dile que viajo al firmamento y que las Tres Marías son en mí, y bajan a ella, y dile que las bondadosas estrellas dirán la palabra de las palabras, el consuelo de los consuelos, la esperanza de las esperanzas. ¡Le otorgarán la paz!".

...Y llegaron las Tres Marías y dijeron:

"Yo soy María de la Palabra", "Yo María del Consuelo soy", y la tercera agregó: "Soy María de la Esperanza y traemos a María de los Siete Dolores, la paz".

Entonces la flor blanca del estanque en peces anunció: "Ya el sendero se enciende en soles radiantes, el campo en espigas, los cielos en pájaros, la tierra en bendiciones. María de los Siete Dolores, álzate, toma tu báculo fuerte y generoso y marcha junto a las Marías; ellas portarán tu paso, y entregarán con vida a tu pequeño perro fenecido".

...Y María de la Palabra dijo: "Soy la Fe", y María de los Consuelos agregó: "Yo soy la Esperanza" y la tercera María terminó diciendo: "Yo soy la beatífica Caridad, porto las manos de Cristo para entregar bondad".

Y María de los Siete Dolores se alzó entre los brazos de plata de las Tres Marías y caminaron el sendero en cielos. Delante marchaba el pequeño perro en brincos.

La esmeralda pulida de la nube en lunas exclamó: "Paz".

Después, el joven de Leo habló consigo mismo diciendo: "Si visión fue... ¡bendita sea! Mas si realidad fue... ¡gracias Señor! ¡Bendita sea!".

## El Gorrión de París

"Aprovechando la mañana destemplada y opaca, observé a París desde lo alto de su torre..."

Así comenzó a escribir, en su cuidado diario de sueños, en aquel despertar el joven de Leo. Y prosiguió: "En su distancia, semilleros de muros, cúpulas, manzardas, chimeneas, ventanas, arcos, torres, campanarios.

En sus cercanías: El Panteón, El Luxemburgo, El Louvre, La Academia, La Opera, Champs Elyseés, Rue Royale, Saint Michel, y por fin, el Sena ornando a París con su collar de puentes.

Ya de retirada, junto al tercer ascensor, mi vista se detuvo sobre un gorrión aterido; tiernamente lo alcé, sus ojillos observaron los míos, le comprendí, ¡nos comprendimos!

Nenette —le llamó Edith Piaff, porque no era gorrión, era gorriona—, ya tiene albergue y destino; viajará mi regreso dentro del bolsillo.

Volaré con Edith Piaff... y con mis sueños.

Más tarde, trepé por Le Pic hacia el Sacré Coeur. Cuando emocionado oraba ante el Altar Mayor de la Basílica, un colegio de pequeñas huérfanas se arrodilló cerca.

Una de las criaturitas observó mi presencia, y decidida se me acercó, y muy por lo bajo preguntó: 'Usted señor, ¿tampoco tiene mamá?'.

Sonriendo, le contesté: '¡Tampoco!'.

Ya descendiendo la escalinata del Templo, de nuevo se llegó entre risas, y tomándome la mano exclamó: '¡Señor, venga usted con nosotras. Así no estará solo'.

Una monjita la regresó en brazos. ¡Sacré-Coeur!".

## El violinista vienés

El joven de Leo solía bajar a tomar cerveza con amigos a un bar alemán situado sobre el río, cercano a La Casona.

Una noche, estando todas las mesas ocupadas, llegó a ellos un muchacho de aspecto germano, jovial, rubio, de franca simpatía, y pidió permiso para sentarse allí. No hubo por supuesto inconvenien-

te y al rato se mostraron abiertos camaradas.

Llegada la hora del retiro el joven, que había quedado dormido, acodado sobre la mesa, fue interrumpido en su sueño por Leo y los amigos, que deseaban decirle adiós.

El jovial germano levantó entonces la cabeza, y fue sorpresa: su rostro era ahora de anciano aspecto. Se despidió como un ausente. Preguntado el mozo, éste contestó: "Ese pobre viejo, fue un notable violinista en Viena... Noche a noche toma hasta caer, y al salir dice: 'Voy a buscar a mamá' ".

¿Por qué se le vio joven?

## La espiga de la gracia

Como en tantas otras noches pasadas el joven de Leo se vio, en sueños, trasladado esta vez hasta el interior de un convento blanco.

Extrañado, caminaba un prolongado corredor de forma de ojiva, cuando fue sorprendido por la presencia de una muy anciana tía abuela fallecida la que, caminando livianamente, avanzaba sonriente hacia él.

Lo acompañaban, custodiándolo, dos monjitas; ambas vistiendo hábitos negros, enseñaban expresiones jóvenes, sonrisas amables y maneras cuidadas.

Cuando las tres figuras se allegaron, la anciana señora, con voz suave, exclamó: "Hijo, estas monjitas son mis abogados; la que vez a mi derecha es Santa Rita de Cassia, curadora de imposibles; la que miras a mi izquierda, obsérvala bien...". Y en ese instante la monjita, arrimándose al muro de la galería, se transformó rápidamente en una gran estampa mural en la que se destacaba, radiante en luces, la presencia de María Virgen, coronada y refulgiendo rayos de oro. Bajo sus pies una media luna azulada se mostraba sostenida por dos pequeños Ángeles que, generosos, arrojaban espigas de trigo entre humos de incienso.

Entonces la señora anciana explicó: "La estampa mural que admiras es de Nuestra Señora de Guadalupe, y escúchame bien: Cuando te halles afligido, pídele la gracia de una espiga. Te será concedida. Haz exactamente lo mismo con Santa Rita de Cassia, cuando enfrentes alguna dificultad al parecer sin solución, ruégale con fe. Te

será otorgada".

Después, la anciana dama silenció. La visión del muro se borró, regresando la monjita a su lugar abandonado. Luego, ya juntas, las tres figuras sonrientes giraron sus pasos volviéndose por la misma galería que vinieran, hasta perderse totalmente en su penumbroso final.

El joven de Leo, bajo la grata impresión del sueño, temprano se levantó, tratando de encontrar su verdad. Él nunca había sabido de la existencia de estas dos santas. Él tampoco podía explicarse el porqué de la presencia de su buena tía anciana; más tarde, desayunando junto a su madre, hizo el relato de su sueño y ella le dijo:

"Tu tía vieja fue gran devota de Santa Rita de Cassia; tan devota fue, que a su quinta de Martínez la bautizó con el nombre de la Santa y cubrió sus muros con las rosadas enredaderas llamada 'Santa Rita'. Además, no dejó nunca de visitar la Iglesia del 'Espíritu Santo' en las fechas de Nuestra Señora de Guadalupe. Ella está allí, y la parroquia de la Iglesia es llamada de Guadalupe".

"¿En dónde queda la parroquia?", preguntó el joven, demostrando intensa curiosidad.

"En Palermo", contestó la madre, y agregó: "Llégate allí, por algo tu buena tía abuela las ha traído; pídele ayuda en nuestra dificultad del momento. Como bien sabes, dentro de tres días colocarán cartel de venta en nuestra casa del centro, si no se levanta el compromiso hipotecario que se contrajo para salvar el campo sin rentas. Hasta ahora no hemos conseguido dilación ni préstamo. ¡Cosas del estado actual en que se vive!".

Esa tarde, el obediente hijo marchó siguiendo las indicaciones recibidas para hallar el Templo. Con emoción visible llegó; quería encontrar allí lo esperado, pero lo desesperaba encontrarlo. Se le hacía temerosa y hasta cobarde la realidad posible del sueño, y también experimentaba valentía creciente.

Por fin, venciendo ambas luchas, traspasó el portal y penetró a la iglesia por su costado derecho.

Pasos cortos alcanzó a dar; junto al cepillo de las ánimas vio la exacta figura de una de las monjitas soñadas.

Casi paralizado, balbuceó: "Tú eres la monjita de la derecha de mi vieja tía, entré por la derecha, soy aquí ante ti y tu presencia me ata; perdona mi timidez, no puedo evitarlo ni remediarlo".

Abstraído, giró después la vista hacia el altar mayor y allá, en su costado izquierdo, descubrió la estampa mural soñada. Entonces, con paso endeble, caminó hasta ella. Como un sonámbulo y sin dominar su estado emocional, se postró a sus pies y rezó sin rezar; habló sin hablar, pidió sin pedir, pensó sin pensar.

Luego, ya más tranquilo, sentado en un banco escuchó la voz de su Ángel, que le dijo: "Pide la espiga, te será concedida".

Al caer la tarde, lo sorprendió en su asiento conversando con sus santas y con los santos apóstoles que rodean al altar mayor, coronado con la blanca paloma del Espíritu Santo.

Ya de retirada, dejó su limosna en el cepillo de las ánimas y oró a su monjita de la derecha. Luego, la calle le confundió... más y más su cerebro confundido, y sin tino caminó por ellas ¡extraviado!

Una luminosa vidriera lo regresó, miró en su interior sin mirar y de nuevo quedó asombrado. Allí, centrando un conjunto de estampas religiosas, se destacaban juntas la de Nuestra Señora de Guadalupe, y la de Santa Rita de Casia, y siempre en sus lugares de derecha y de izquierda.

Sin cavilaciones dudosas, penetró al local adquiriéndolas, después regresó a La Casona diciéndose: "Si las santas me otorgan la espiga pedida, haré bendecir sus estampas y las iluminaré por siempre ¡hasta el final de mis días!".

Esa noche narró a su madre lo sucedido, quedando ambos en espera con gran fe.

Los días pasaron lentos y sin arreglos. Llegada la mañana del día fijado para solventar el compromiso contraído, el joven de Leo, sin querer hablar del asunto con nadie, tomó su malla de baño y bajó al río.

Ya de regreso, en el mediodía de sol, cuando pensativo trepaba la abarrancada calle de plátanos de la quinta, divisó la blanca silueta de su madre que, desde el alto murallón que enfrentaba la casa, lo llamaba alborozada con los brazos en alto.

Obediente, el buen hijo corrió hacia ella, y cuando llegó escuchó que le decía: "Hijo, esta mañana fue llamado tu padre por el Director de la Shell. Éste le propuso la compra del terreno sobre el río; la oferta es magnífica y pagará en dólares. A las dos de la tarde lo espera para cerrar la operación".

En ese atardecer se había realizado la venta, y levantada la deu-

da, también en ese atardecer el joven hizo enmarcar las milagrosas estampas; las hizo bendecir y esa noche comenzó la diaria luminaria, ofrecida tres días antes caminando las arboladas calles de la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe.

¡La rubia espiga había sido otorgada!

¡Y fue paz!

## El vidrio del milagro

La ciudad en esa tarde del regreso a la casa del centro, se cubrió plomiza; por las calles escapó la gente, el trueno lejano retumbó, acercándose más y más con mayor indignación. Después, la noche recibió el temporal; volaron las chimeneas, cayeron los árboles, el granizo destrozó las plazas, y por fin —al atisbar la madrugada, como si hubieran sido tomadas las oscuras nubes por una invisible mano— despejó el firmamento, dejando el ambiente en silenciosa paz.

Con sorpresa, en la mañana de sol, el padre del joven de Leo descubrió que el agua caída había penetrado por las juntas de los hierros del armazón de la vidriera alta, que cubría casi totalmente, a manera de techo, el amplio ambiente del jardín de invierno.

De inmediato ordenó su reparación y, en el atardecer de ese agitado día, pudo verse que las filtradas aguas, tal vez contaminadas por la masilla y la herrumbre de las juntas, habían producido caprichosas manchas sobre uno de los cuadrados vidrios, y que al secarse éste, mostró sobre su esmerilada superficie, perfectamente plasmada, como si hubiera sido cuidadosamente pintada en tonales ocres, la exacta cabeza en espinas de "El Cristo de Velázquez".

El asombro en la casa fue general. Todos la vieron. Todos constataron esta superior verdad. Allí, estampada en el vidrio alto del techo llovido, se mostraba con nitidez que emocionaba, la cabeza herida de "El Cristo de Velázquez".

Un alto prelado de la Iglesia, amigo de la familia, sabedor del hecho, concurrió para verle y quedó sinceramente asombrado.

"En verdad era ello una prueba fidedigna e innegable de la presencia de Dios", dijo, y sereno alzó la mano derecha y bendijo el cristal, agregando: "¡Señor! Tú en este día has llegado a nosotros; mañana llegarás al mundo en triunfos. Aguardamos, porque ya es la

hora de la confusión, del odio, de la concupiscencia, de los males morales y de la destrucción.

Aguardamos porque ya es la hora de la pronta verdad, del arrepentimiento, de la redención y de la paz.

Señor: Somos y seremos en Ti y ¡por los siglos! Amén".

Con el correr del tiempo, cuando ya había fallecido el anciano jefe del hogar, la casa, su paterna casa, fue subastada.

Antes de abandonarla, el joven de Leo corrió al jardín de invierno para llevar consigo el vidrio del milagro, mas... había desaparecido.

Aquella tarde el joven de Leo lloró... y fue su tercer llanto.

## El globo de fulgurante luz

Una noche, la madre del joven de Leo fue despertada en avanzada hora por el resplandor de algo que después alcanzó a ver; se trataba de la presencia de un globo de luz fulgurante, que no hería la vista, y que flotando en el espacio del dormitorio se desplazaba sin ton ni son, tocando a veces los bordes del techo, y rozando otras, al decorado cielo raso.

El primer intento de la señora fue encender el velador, mas desistió dado que el globo, de tamaño algo mayor a un balón de fútbol, como si le hubiera leído el pensamiento, atravesó el muro, corrió otras dependencias, y luego como escapando de la madre de Leo, que apresurada se había levantado, descendió al piso bajo por el hueco de la escalera, logrando desaparecer así, atravesando otro muro.

Por supuesto, al día siguiente fue escuchado el relato con gran interés por todos los de la casa, mas pudo saberse que ya eran varios los que le habían avistado, pero que lo callaron para no alarmar.

Vano fue todo esfuerzo por querer atraparlo en sus repetidas correrías nocturnas, y nada pudo hacerse por aclarar su origen.

Con el correr del tiempo, el globo radiante pasó a ser una aparición natural —a la que nadie temió— y que por el contrario, cuando pasaban días sin hacerse notorio, la casa le echaba de menos, deseando vivamente su vuelta; sentíanse por el globo fulgurante ¡protegidos!

En cierta ocasión, el joven de Leo preguntó a su Ángel el porqué

de esta curiosa aparición, y qué o quién, podía ser.

...Y el Ángel Guardián le dijo: "Nada es él; siéndolo mucho él será en ustedes por mandato y protección; ¡él es todo!

Llegará un día, y en ese día pasará lo que deba pasar; después la luz en misión, ya terminada, regresará hacia el imperio de su 'Gran Luz'. ¡Siempre les bendecirá".

• • •

Fallecido el anciano padre del joven de Leo, una noche reunidos los hermanos y sus respectivas esposas en casa de uno de ellos, rememorando los sucesos inexplicables de la quinta y de la bola fulgurante de la mansión del centro,ésta se apareció, se presentó girando sobre las cabezas de todos, y desapareció escapando por el ventanal abierto. Se le vio elevarse hacia el infinito... ¡Fue su despedida! ¡Fue su adiós!...

## Revelación

Tomando café después de una comida en casa de amigos, se habló de lo que podía encerrar de cierto la tan discutida supervivencia del alma y sus comunicaciones, y finalmente de la telepatía ante seres vivientes.

Un distinguido marino dijo: "Yo jamás he creído en semejantes suposiciones, propias de gente sugestionable o fanática".

El joven de Leo, presente allí, defendió la causa. Él tenía en su haber pruebas sobradas; además, aclaró sencillo, recibía mensajes escritos, auditivos y hablados.

Varios lo aseveraron, y el marino entonces dijo: "Yo creeré si se me entrega una prueba palpable".

El dueño de casa —gran creyente de toda manifestación astral—, rogó al joven de Leo que tratara de percibir algún mensaje; poco tardó en recibir lo pedido, y comenzó a decir, en un estado tal vez algo hipnótico: "Hijita, qué gusto el poder permanecer unos instantes contigo. ¿Recuerdas cuando te hacía las trencitas de mañana, y tú llorabas quejándote de mis tirones? ¿Te acuerdas cuando cuidé tu sarampión? ¿Recuerdas tu primera comunión y mi regalo? ¿Me reconoces, hija?" En este punto del mensaje, la señora del marino, en lágrimas exclamó: "¡Oh! sí, sí! ¡Mi monjita! ¡Mi hermana Luisa!".

Y con voz emocionada, explicó: "Yo fui criada en un colegio de religiosas, fui pupila. Y la hermana Luisa fue para mí una verdadera

madre. Siempre la llevo presente, nunca la olvido, ni la olvidaré jamás".

El marino quedó pensativo sin decir palabra; luego de unos minutos exclamó: "Quiero ser franco; esto en verdad me ha dejado desconcertado, no sé ahora qué pensar".

Terminada la reunión, ya de retirada, en el momento de colocarse todos los abrigos en el recibidor, la señora del marino, tomada del brazo de su marido, se acercó al joven de Leo, y le dijo: "Quisiera hacerle una pregunta, si no molesto". Como el interrogado aceptara, ella prosiguió diciendo: "Nosotros tenemos una tía muy viejita en Nueva York, tiene la señora 91 años".

El joven rápidamente explicó: "Sí, viéndola estoy; es ella una monjita pequeña, está sentada en un sillón de ruedas; entre sus manos tiene un bastón".

El marino, casi gritando dijo: "¡Ella es casi paralítica! Esto es de no creer".

La señora preguntó entonces ansiosa: "Dígame señor, ¿podremos algún día verla? Ella, como usted lo ha visto, no podrá nunca viajar, y nosotros tampoco; tal gasto no está dentro de nuestros posibles".

Y el joven de Leo sentenció con rapidez imprevista: "¡El miércoles estarán con ella!".

Los concurrentes rodearon al grupo; habían escuchado y pusieron en duda que tal cosa sucediera; era esa noche sábado.

El dueño de casa se alejó: semejante realización sería milagro. El joven repitió: "El miércoles será, sí, el miércoles".

En grupo bajaron los invitados; ya en la calle, el joven repitió al marino despidiéndolo en su automóvil: "¡El miércoles!".

El lunes, temprano, el joven de Leo recibió la visita del marino. Llegó con rostro azorado y casi sin saludo exclamó: "Amigo, creo voy a enloquecer; lo que le voy a contar es de asombro. Ayer domingo, aprovechando el sol, fui en compañía de mi mujer al Hipódromo para almorzar. Tranquilos estábamos en nuestra mesa revisando la 'carta', cuando demostrando gran alegría se nos acercó un viejo amigo y en fuertes voces nos dijo: '¡Queridos, a ustedes me los ha traído Dios. Son las personas que, justamente en este momento, preciso. Mañana inauguro una línea especial de avión hasta Nueva York y, como dije, necesito de personas cultas y de responsabilidad para representarnos. Dispongo de tres pasajes, pueden ustedes usarlos llevando a

la elegante hija que admiro; ¿aceptan?'.

Señor: yo al escuchar la propuesta, miré a mi mujer, ya que ella buscaba mi mirada, y al unísono... aceptamos.

Esta mañana me hice la obligación de venir a verle y despedirme; además, a confesarle abiertamente: creo lo que ayer negué".

Luego de un apretado abrazo, partió.

Una tarde, después de varios días, la visita del marino se repitió. Llegó radiante, y verborrágico dijo: "Señor, como usted lo predijo, el miércoles estábamos en familia con nuestra querida monjita en su convento de Nueva York.

Como usted podrá imaginarse, narramos a la viejita su experiencia; ella después de escucharnos con una pacífica sonrisa, nos dijo: '¡Son cosas de Dios!'

Esa tarde, abandoné a mis compañeras que deseaban recorrer la 5ta Avenida. Yo quería refugiarme en un Templo Católico. Necesitaba ordenar mis ideas, tranquilizar mi estado de ánimo, en verdad buscaba al Supremo Hacedor.

Y así lo hice... Y cuando ya confortado me retiraba del sacro lugar, al ir a tomar el agua bendita de la pila de mármol, otra mano entró en ella junto a la mía.

Miré al que lo mismo hacía, era éste un joven alto, fuerte, rubio, de franca sonrisa, el que me dijo: 'Preocupado, ¿no es verdad señor?' Sin asombro, contesté: 'En verdad, preocupado'.

Salimos juntos y ya sobre la calle narré lo sucedido en mí, y mi explicable inquietud. Entonces, el ocasional amigo dijo: 'Es un hecho perfectamente natural. Los designios del Alto son exactos. Escúcheme bien: Veo al joven que a usted le anunció el viaje. En este momento se encuentra sentado ante una, al parecer, mesa escritorio clara. Tiene por delante una carpeta de secante verde, conversa con otra persona, luce cabeza rasurada, viste de gris claro, corbata roja y ríe... ríe' ".

El joven de Leo, sin asombro, comentó: "Capitán, al amigo ocasional suyo, yo le vi, también; olvidó un detalle, la cicatriz de la barba".

Al retirarse el marino, agregó a sus muchas palabras: "Créalo, no me ubico en esta nueva dimensión; espero será un día. ¡Son cosas de Dios!".

## Ángel Guardián

"Trepando la estrecha escalera del pasaje Piat, fui de pronto aventajado por un pequeño perro lanudo". Así comenzó a escribir en aquella mañana gris, el joven de Leo su íntimo diario de sus sueños de París.

Cuando llegué al alto de la escalera, una gruesa señora y una niñita rubia, alegres, saludaban ya al perrito saltarín.

"Ángel... Ángel...", repetían acariciándolo, colmándolo de confituras que guardaban en un bolso.

Intrigado, pregunté si aquel inquieto animalito era de ellas.

"¡Oh! no señor", explicó la gruesa señora. "Ángel es de todos aquí, en Bell Ville; las casas de este barrio son todas de él.

Le llamamos 'Ángel Guardián' porque, señor, él cuida al que por estas escaleras trepa o baja.

Sucedió una mañana, una señora anciana cayó por esta escalera accidentándose mal; si no hubiera sido por este perrito, que llamó enloquecido puerta por puerta, la buena viejita hubiera fallecido porque perdía sangre de sus heridas.

Señor... de nuestro querido lugar, Ángel... ¡es su ángel!"

## El amigo Silvio

"¡Silvio!... ¡Años que te has alejado de los amigos!", exclamó festivo el joven de Leo, al encontrar por Florida a un sincero compañero de Colegio.

...Y aquél explicó: "Estuve ausente del país. Viajé y me instalé por fin en Filadelfia, por negocios, me fue bien, y allí me casé. Tengo hoy tres nenas, ¡soy feliz! y ahora todos vivimos en Olivos, cerca de tu vieja Casona. Créelo, sería para mí un 'gustazo' que nos visitaras; si no tienes mañana nada urgente que hacer, quedas desde ya, comprometido para comer con nosotros. Te recogeré con el coche, en tu casa a las seis de la tarde, ¿aceptas?".

...Y el joven de Leo aceptó.

En la siguiente tarde, a la hora indicada, marcharon.

Ya en el trayecto, Silvio dijo: "Caro amigo, estoy seguro de que quedarás encantado con mi mujer y mis hijas, además con mi quinta y mi perro, el que ya es de la familia".

Rato después, la presentación fue hecha. Silvio, entusiasmado, le hizo recorrer las dependencias de la casa, luego el jardín, el galpón, su carpintería y por fin sus aves de corral. Andando, comentó: "Este barrio es azotado por ladrones nocturnos, a los que no temo; mi perro es un vigilante excelente, sus ladridos no perdonan ni a un ratón".

Regresamos al living de la casa, se sirvió whisky y, animosos todos, hablaron de todo.

Durante la cena, la señora dijo: "Esta casa me gusta, pero sus duendes me asustan. Noches hay que sus pasos y ruidos me atormentan. Estos invisibles seres suben y bajan la escalera, pareciera que vienen del sótano y se pierden en el techo. Silvio ríe de semejante fenómeno, él mantiene que son ecos de la vecindad; no digo que no, pero temo sobre todo por las nenas que duermen en el piso alto".

El joven de Leo narró los exactos fenómenos que sucedían y suceden en La Casona. Habló de sus comunicaciones espirituales que mucho aclaraban, pero no todo lo explicaban.

"¡La vida invisible tiene insondables misterios!", aclaró. "Misterios que por el momento no deben ser revelados a la humanidad. Tal vez algún día, ellos podrán trascender; por el momento, al alto mandato ordena... callar."

Ya de sobremesa, la afable señora rogó al joven de Leo si quería con ella ensayar la recepción de un mensaje escrito; Silvio le había informado de su cualidad, y deseaba ardientemente ver aquello que la apasionaba por demás.

Gustoso accedió el joven, y el mensaje dijo: "Ambos son telepáticos: traten de cruzar palabras y cortas frases, en un principio, en transmisión mental a distancia; ello les servirá de mucho. El mundo necesitará este sistema un día. Ya por esta noche basta, en otra lo haré mejor. Adiós".

Silvio, incrédulo, estalló en carcajadas. Esa noche, al despedirse el joven de Leo, la señora le dijo: "Mañana a medianoche, hablaremos; estoy segura del éxito", recalcó, sonriente y muy segura.

En la medianoche indicada, el joven obediente transmitió desde Buenos Aires mentalmente, a la señora amiga, numerosas palabras sueltas, las que repitió.

Él igualmente recibió, aunque no claras, sueltas palabras, las que ordenadamente registró.

En la mañana siguiente constataron telefónicamente la casi exactitud de los cruzados envíos, quedando convenida su repetición, en las noches de los jueves siempre a las doce.

Un domingo, en el caer de la tarde, Silvio llegó en busca del joven de Leo; irían a comer a Olivos, y entre risas dijo: "Mi mujer te reclama con insistencia, tus locuras la tienen trastornada: el día entero habla de ti, me parece que me pondré celoso".

El tiempo gris que dominaba el anochecer se desató en lluvia torrencial, justamente al llegar al portón de la quinta. Silvio entonces exclamó: "Bajaré para abrir, si tú puedes, hazme el favor de entrar el coche; yo cerraré después". Así se hizo, y bajo el torrencial aguacero Silvio gritó al joven en el momento de parar el coche: "Esta noche te quedarás a dormir; no será posible tu vuelta, las calles se inundan, por lo tanto pondré candado".

Momentos después entraron. La dueña de casa los recibió complacida. Y en tanto se despojaban de los mojados capotes, Silvio dijo a su mujer: "Nuestro amigo pasará aquí la noche, hazle preparar el cuarto de huéspedes y trata de que lo aguarden allí algunos fantasmas de su predilección, así estará tranquilo. Yo también, para estar tranquilo, coloqué mi candado en el portón, y solté al feroz 'Plutón': sabes que este perro ve hasta debajo del agua, y descubre a los ladrones desde cuadras. Igualmente cargué el revólver y lo puse a mano; deseo que algún espíritu de los que ustedes conocen, se hiciera presente: les aseguro que saldrían corriendo ante el brillo de mi arma".

"¿Y si vinieran ladrones?", interrogó la señora en chanza.

"Querida mía, pues se estrellarán en mi candado americano, o en mi Plutón, que no les perdonará los fundillos si es que llegaran a pasar, y si de él escaparan aquí está mi pistola. Como ves, querida mía, los ladrones quedarán, si es que llegaran, pasmados y vencidos."

En la comida se habló de todo y, ya en el café, la señora preparó en el living su mesa, sus lápices, sus cuadernos y anotadores entre burlas de Silvio, quien no podía, según mantuvo, tolerar semejantes "niñerías": después tomó los diarios de la noche y se acomodó en un sofá dándose a la lectura.

El joven de Leo tomó su silla a invitación de la dueña de casa, la que también se sentó enfrentándolo, y se dieron a comenzar una nueva experiencia con entusiasmo y respeto; luego todo fue silencio.

Llegada la medianoche, aquella paz se cortó; fuertes golpes fueron dados sobre el techo de la casa y sobre el depósito del agua ubicado en la azotea. Silvio, alarmado, se incorporó de un salto y gritó: "¡Ladrones! Son ladrones que han trepado al techo para penetrar por la mansarda; lo han hecho, seguro estoy, por la pared que da a la calle; subiré y los quemaré a balazos".

Y subió armado y bajó: allá no había nada. Entonces abrió la puerta de entrada, dio luz al jardín, y quedó desconcertado. El portón grande se hallaba abierto de par en par y, en medio del camino, arrojado estaba el candado americano con su gruesa cadena.

Silvio, sin saber qué decir, comenzó a llamar a su bravo Plutón, pero éste no apareció ni se le halló en el jardín.

La señora dijo: "Vamos al galpón, tal vez allí esté", y allí le encontraron arrinconado y en gemidos de temor; parecía ver y escapar de algo que nadie vio.

Pasado el estupor, Silvio se dirigió al portón; de nuevo lo cerró, arregló el candado, el que no había sido abierto, ni sacado por supuesto de la cadena; revisó el auto en el garaje, ató al perro a su casilla y exclamó: "Por suerte el tiempo nos ayudó para arreglar las cosas".

Regresaron a sus abandonados lugares en el living, casi en silencio. Ya ubicados, la señora gritó al leer su cuaderno. En él decía, escrito en letras de imprenta: "El candado no sirve, tampoco el perro. Adiós".

Esa noche Silvio calló.

## Discos de tangos

Los días cruzaron y cruzaron meses. El joven de Leo, asiduamente reclamado por Silvio, pasaba casi semanas enteras en la quinta de Olivos, tomando ambos baños en el río, excursiones en Yathe y, por supuesto, realizando con la señora dueña de casa sus acostumbradas sesiones espirituales.

Una noche, el joven de Leo, luego de haber comenzado la sesión, experimentó un desvanecimiento y en ese estado, que alarmó, dijo con dificultad en inglés: "Por favor, cuiden a mi nena de meses. Hoy quedó sola; nosotros hemos sido víctimas de un accidente de automóvil".

Regresado el joven pudo enterarse del trágico mensaje recibido: fueron palabras de la cuñada de Silvia, madre de tres criaturas, esposa de un industrial, residentes en Filadelfia.

En la siguiente mañana, el mensaje fue constatado, luego de llamadas telefónicas, y resuelto un viaje con urgencia.

Pasada una semana, Silvio llamó al joven de Leo diciéndole: "No queremos alejarnos sin verte. Te aguardaremos mañana en el barco. Llégate temprano; la hora de salida está anunciada para las cinco de la tarde, pero el público puede subir después de las tres.

Al día siguiente, el joven de Leo, después del almuerzo, se preparó para llegarse al puerto pensando, en tanto, llevar algún recuerdo a los amigos. Si bien quería hacerlo, no acertaba lo que podía ser; mas al atarse la corbata ante el espejo, sin saber por qué, se dijo: "Lleva discos de tangos". Y ya sin meditar otra cosa, terminó de vestirse y salió resuelto a comprarlos.

A las tres de la tarde, ascendía satisfecho el planchón del barco en Puerto Nuevo, con los discos pensados bajo el brazo.

Cuando Silvio lo vio llegar le preguntó: "¿Me trajiste los discos que te encargué esta mañana? Por supuesto, ¿no olvidaste 'El Entrerriano' y 'La Cumparsita'?".

Asombrado, el joven de Leo explicó: "Tú no me has visto esta mañana porque dormí casi hasta el mediodía y menos me encargaste discos. Los que traigo, se me ocurrió comprarlos cuando estaba por salir; pero queda tranquilo; entre ellos encontrarás 'La Cumparsita' y 'El Entrerriano' ".

Silvio, azorado, dijo: "Híjo de Dios, no me enloquezcas; esta mañana nos encontramos en la puerta de la joyería Escasanny, en Avenida de Mayo, esquina Florida. Justamente daban las diez en el reloj de ese edificio. En verdad pocas palabras cruzamos. Yo llevaba apuro y te entregué la lista que había hecho con antelación para adquirirlos yo. Haz memoria: te ofreciste espontáneamente para hacerlo, al descubrir mi apuro y deseo. La lista la guardaste en el bolsillo derecho del saco, búscala, creo que la debes allí tener... ¡No estoy loco!"

...Y el joven buscó... y la lista de Silvio allí estaba, y subrayado se leía: "El Entrerriano" y "La Cumparsita".

¡No hubo explicación!

• • •

Después de la partida, el joven de Leo, nostálgico, aguardó el primer jueves y con la emoción imaginable, llamó como era su costumbre, telepáticamente, en la siempre consabida hora, a su amiga americana.

Poco escuchó. Solamente la corta frase "mucha gente". Al próximo jueves, igual llamó pero no consiguió palabras, ni frase: ¡quedó entristecido!

Una tarde, el joven de Leo recibió cartas de los amigos: habían llegado bien, a la criatura huérfana la encontraron muy bien, y la amiga americana, como el joven le decía, le explicó: "Recibí su llamado mental del primer jueves, sentada con amigos en el bar del barco; lamentablemente apenas pude contestar, sólo dije 'mucha gente', aprovechando un silencio general que se hizo, silencio que yo atribuí a su llamado, porque éste se produce justamente cuando yo escuché su voz. Tan notable fue el fenómeno que Silvio exclamó: 'Ha pasado un Ángel'. Todos repitieron: 'Ha pasado' ".

"Amigo mío, le ruego sepa disculparme por los jueves que le siguieron y no pude atender; comprenda, las tareas y los niños aún desorganizados, ya antes de las diez estamos vencidos. ¡Nos levantamos tan temprano! Pronto espero dejar finalizado todo lo propuesto. No obstante, llame como siempre, estoy segura de que nos entenderemos. Buscaré aquí la hora coincidente, y si no es conveniente, tomaremos otra."

Y al tiempo, en los jueves... se entendieron.

## Arte degenerado

Obediente al mandato de su Ángel protector, el joven de Leo, constante y dedicado, entregó sus días al estudio y práctica de la pintura, alentado por la siempre certera dirección de aquél, y por la promesa de su Salón de Arte cercano a llegar.

Diferentes sociedades y galerías lo invitaron a exponer sus obras, las que paulatinamente, día a día, fueron cambiando hasta el increíble punto de no tener semejanza alguna con las primeras.

Los críticos y colegas descubrieron en él la práctica de una nueva y tal vez desviada técnica; manera reñida con los cánones académicos, la que trastocaba la realidad visible de las cosas.

Se le acusó de carecer de toda noción de estética, de desconocer el dibujo; se le tildó despectivamente de afichista por emplear el indebido manejo de colores primos en planos chatos; se le acusó de quebrar y deformar la figura humana hasta el exceso repulsivo; de convertirla por su exótica tontería espíritu en esperpento larvado; de querer inculcar temas imaginativos impregnados de espiritismo dañino y además, por fin, le negaron el título de artista.

Un señor que se ocultó con el seudónimo de Rabel, dijo: "Este pintor no hace más que recibir los dictados del más allá, y estos dictados son sus obras. No nos queda más remedio que reconocer que realmente ciertas almas llevan a engaño a estos espiritistas artísticos, alejándolos de la verdad, confundiéndolos y burlándose de ellos y en realidad no es otra la impresión que se tiene, al ver esas momias pintadas en posturas incómodas y carentes de toda belleza y proporción, fuera de toda realidad, ausente de todo idealismo".

Por supuesto, sus trabajos le son rechazados de todo concurso por ser y pertenecer al arte degenerado, causante del derrumbe europeo, con Marinetti, Picasso y otros.

¿Qué había sucedido con los trabajos recibidos? ¿Era que, por consejo del Ángel, el joven de Leo había trasladado al lienzo los dibujos astrales de aquél y estos luego —ejecutados dentro de una rigurosa planimetría no aceptada— fueron producto según algunos íntimos, de su sospechada locura o de su desmedido afán de hacerse notorio? El Ángel, ante semejante lucha desigual, se regocijaba satisfecho, él con su directiva segura, puesto que sabía lo que bien hacía, había logrado hacer de su discípulo, no sólo un innovador tal vez demente; tan considerado los así llamados en Europa, sino también, un pintor discutido. Bueno o malo, pero discutido al fin.

Los artistas serios se molestaron terriblemente por esta causa tan deseada por muchos, causa que le acarreó el peso de ser mal mirado y dejado de lado en todo salón.

Nada desmoralizó al joven; su profunda fe en su maestro lo llevó a reír de todo aquel mundo que le cayó encima, repitiendo: "La ceguera les impide ver la verdad en su difícil ver. Llegará una hora y en esa hora verán, mas será tarde, porque llegarán los nuevos".

Una mañana, los diarios anunciaron el nombramiento de Presidente del Banco Municipal de Préstamos a su gran amigo y vecino, el destacado hombre de leyes, de política y de letras, el Sr. Eduardo Crespo.

Terminada la lectura de la grata noticia, el joven de Leo se dijo: "Iré a saludarle en la recepción del cargo"; y en la tarde, acudió a la oficial ceremonia. Allí, abrazó al flamante Presidente, y ya saliendo del edificio, la voz del Ángel le dijo: "Aquí será tu futuro trabajo".

Tal anuncio le desagradó íntimamente. Si algo había siempre odiado fue precisamente ese Banco. Le repugnaba el préstamo por considerarlo usura; además jamás quiso ser bancario. ¡Le asustaban los números!

...Y la voz del Ángel aclaró: "Tu trabajo será, sí, en el Banco Municipal, mas no en este viejo edificio; será en la Casa de Ventas que se construye sobre la calle Esmeralda, por lo tanto queda tranquilo, pues tu próximo salón funcionará allí y será creado exclusivamente para ti, y tú lo harás para el bien de muchos y para el bien de nuestro bien. Ahora caminemos los paseos; la tarde es hermosa... caminemos".

Esa noche el emocionado joven no logró dormir tranquilo, discurriendo en diferentes maneras, el anuncio hecho por su Ángel, que nada más dijo.

¿Cómo podrá llegarse a la realización de instaurar en aquel nuevo local que se construía, una institución de arte? No era posible, arte en un lugar que admitía sólo artículos de empeño. Y menos posible era que el semejante salón prometido pudiera ser creado especialmente para él.

A pesar de su fe, era inconmovible tal cosa... y fatigado con tantas deducciones ilógicas, con la llegada del día, se durmió.

## Misión y mandato

Otra vez llegó el caluroso verano. El doctor amigo partió hacia el mar. Igualmente el joven de Leo marchó con sus familiares, a pasar la acostumbrada temporada de años, a la vieja Casona de Vicente López. Allí le aguardaban sus amigos, los fantasmas buenos como él les llamaba; además podría en su parque hablar a sus duendecillos los de las violetas blancas, a sus hadas volanderas de las acacias, a sus enanitos verdes de los cipreses, y a todos aquellos cariñosos seres, que vinieran turno a turno desde su olvidada quinta de Palermo.

¡Los amigos de la infancia él mantenía, lo serán por siempre, lo serán en la eternidad!

Ya instalado en su cuadrada torre, el buen fantasma que en ella moraba le dijo: "Este verano será nuestro último verano largo, que pasaremos aquí juntos. La temporada venidera serás ya en el trabajo. Pocos días podrás entonces aprovechar, no vayas al mar. Tu presencia aquí hace bien a La Casona, hace bien a los que en ella estamos. Tu Ángel ruega por nosotros, y él es bien escuchado. Un día nos elevaremos, Dios lo bendiga y nos bendiga. Él nos ayuda y ayuda tu llegar al lugar que reservado tienes en el Municipio. Allí deberás atender, para ser atendido; comprender para ser comprendido; alentar para ser alentado, y salvar en el bien, para ser, en el bien, salvado.

"Allí la acción en mandato y misión será en Caridad
será en Esperanza
será en Bonanza
será en Tolerancia
será en Paciencia
será en Amor
será en Fe
será en Luz
Y tú serás en Dios".

## El Salón de Arte

Llegado el otoño, el joven de Leo regresó con los suyos a la casa del centro. Lo primero que hizo fue espiar la casa que les enfrentaba. Allí vivía su amigo el Dr. Crespo. Satisfecho, constató que ya también había regresado, y quedó feliz.

Un mediodía, casi finalizado el almuerzo, el joven fue llamado telefónicamente por la señora del doctor amigo, que le dijo: "Véngase a tomar el café con nosotros, mi marido lo necesita; está impaciente por una idea que lo tortura. Él quisiera crear en el nuevo edificio del Banco Municipal, próximo a inaugurarse, un Salón de Arte, y ha pensado en usted para que lo organice y dirija. Necesita del parecer de jóvenes, y por ello lo llama".

El joven de Leo quedó de una pieza, contestó sin saber lo que decía y se despidió prometiendo llegarse al momento.

En silencio se retiró a su dormitorio pues si en verdad él aguar-

daba aquella propuesta (¡tanto se lo había repetido su Ángel!), ésta en su cristalización lo confundió, turbándolo hasta lo increíble.

Allá habló, agradeciendo a su Ángel las palabras de aquél que lo confortaron. Antes del cuarto de hora, dominado y sereno se hallaba tomando café junto a sus amigos.

El doctor Crespo, luego de la conservación usual y mundana, dijo: "Amigo, le he mandado llamar porque necesito de su valiosa ayuda. El nuevo edificio del Banco, destinado a ventas, tiene un piso dedicado a ser Club de los Empleados. En verdad, no me parece lógico este proyecto, puesto que ya el personal tiene su gran Club deportivo instalado en Vicente López. Ocupa la 'Chacra de los Canó', justamente vecina a La Casona de ustedes. Por lo tanto, he pensado que aquel piso puede ser utilizado para algo más útil, y he aquí mi pregunta: ¿Me ayudaría usted a organizar allí un Salón de Arte?".

• • •

Como el joven contestara afirmativamente, el doctor prosiguió: "Vea usted amigo, desde hace días estoy dominado por la idea de instalar allí, como dije, un Salón de exposiciones de arte, en donde los artistas en general puedan mostrar sus obras, sin gasto alguno; nosotros les entregaríamos desde los marcos hasta las invitaciones y catálogos. Las muestras serían siempre de una quincena, jamás menores y hasta organizaríamos concursos con premios. Trataremos de lanzar valores nuevos y fundar un ciclo de conferencias. Mi señora me pide que anexe una sala contigua: 'Venta de manualidades realizadas por niñas y señoras que trabajan' y para igualmente exponer allí las obras de los niños de las instituciones benéficas —sería un hermoso aliciente para las criaturas, sobre todo las ventas— y por último colocaríamos alcancías perennes, del Patronato de Leprosos, institución ponderable de la que mi esposa es miembro de la comisión directiva".

Aquí el doctor silenció y la señora, entonces, afablemente preguntó: "¿Se animaría usted, mi joven amigo, a organizar esta obra?".

El joven de Leo, con una seguridad pocas veces experimentada por él, contestó: "Todo lo que pueda hacer dentro de mis posibilidades, lo haré con afán infatigable, contribuiré empeñoso a la realización de tan magnífico proyecto, seré constante en un todo. ¡Triunfaremos!".

Complacido, el doctor explicó: "Usted, joven amigo, es un ponderado artista. Usted no está comprometido en banderías absurdas. Lo sé laborioso, tesonero, emprendedor y culto. Comprende perfectamente el problema social que en la actualidad nos aflije. Por lo tanto le ruego quiera usted redactarme un pequeño proyecto. Usted me lo entregará, yo le daré forma, lo elevaré al Directorio y si ellos lo aceptan, pues entonces ¡Manos a la obra!".

## Un proyecto

La noche de aquella tarde en que su amigo, el doctor Crespo, le dijera "manos a la obra", el joven de Leo se entregó a seria meditación de agradecimiento al Señor y a su Ángel director de sus pasos, de sus obras y de sus palabras, siempre acertadas, preparadas y medidas.

Después, el Ángel dijo: "Mañana comenzaremos a trabajar por el prójimo, mucho haremos, mucho tendremos que luchar por ello. Mas, hijo, correrán los días en satisfacciones propias a nuestro deber cumplido. Encontraremos, andando nuestro sendero, a personas dignas de ayuda, enfrentaremos con personajones infatuados que nos atacarán. ¡Nada te importe! Todo será en pro de tu educación material, y de tu espíritu en elevación. Todo será en pro de mi causa. Todo será en pro de tu causa, porque debes tú saber que si tú adelantas, adelantaré yo; si tú regocijas, regocijaré yo; si tú lloraras, lloraré yo.

Al ser que te acerques en estima, ¡le amaré!

A tus resoluciones y meditaciones, ¡las respetaré!

Porque tú serás en mí, yo seré en ti. Los dos seremos uno, y por fin, ambos seremos en Dios.

Vigila para ello tu corrección; por tu corrección serás apreciado. Vigila tu educación en Arte; por esa educación serás valorado.

Habla parco, observa, no envanezcas, no provoques situaciones violentas; adquirirás así prestigio, obtendrás galardones, te serán brindados favores de diversas índoles.

Acepta, sin aceptar distinciones que no comprendas.

Rígete por tus mismas palabras e ideas. No olvides que éstas en ti serán las valederas; serán en ti, en tu postrer prestigio.

Jamás dudes de tus pasos, a dar con conciencia; o, dados, ellos

serán siempre defendidos y seguros.

Voy a tu lado, mas si equivocas, mi consejo será guía; saldrás airoso del tropiezo, siempre en ventaja de bien.

Humillate. Nunca el hombre por ello pierde su propia estimación, ni la estimación de los que te rodean.

Recuerda: Si una mejilla te hieren... alcanza la otra.

Y ahora, entreguémonos al trabajo. Escribe el proyecto pedido. Hazlo en homenaje a Dios.

Yo por servirle llegué a ti. Sírvele, en su deseo de amor; serás... y seremos.

El que aprende a servirle, en su deseo de amor, sirve a la humanidad; sirve al que le sirve, y es servido por el que él sirvió; por lo tanto, hijo, ¡sirve y serás servido!".

Terminadas las admirables palabras del Ángel, ambos se dieron a la tarea de escribir cuidadosos el nada fácil proyecto pedido.

En la tarde del siguiente día, el joven de Leo lo entregó al doctor amigo, el que le dijo: "Ahora regrese usted tranquilo a su casa. Hoy comienzo a ser su jefe, y como tal aguarde mi llamado... ¡Triunfaremos!".

## Despedida del Ángel Guardián

Temprano, tal vez mucho más temprano que otras veces, el joven de Leo tomó su íntimo diario de París y escribió:

"¡Partir de París!... Tal vez para siempre, me dije, al saltar del lecho esta mañana, sin despedirme de los sinceros afectos contraídos en mi estada, sería grave culpa que no me perdonaría jamás.

Apenas terminado mi vestir, corrí en busca de una abrigada manta pequeña para perros y con ella, prolijamente envuelta, ufano, me llegué al pasaje Piat.

Llevaba la intención de decir adiós al fiel 'Ángel Guardián' y por supuesto a toda la buena gente que el buen perrito allí proteje.

Logré mi cometido con alborozo general del barrio. Después, sobre el pie de la escalera del pasaje, todos me abrazaron. Fue angustiosa la separación y recibí el beso del grupo amigo, entre expresivos saltos de 'Ángel Guardián', ya engalanado con su nuevo atavío azul.

¡Escapé sin decir adiós!

Me comprendieron...

Más tarde, una muñeca dejé para mi niñita pequeña, la del 'Sacré-Coeur'. Alcancé a divisarla tras el ventanal en su clase. Tiernamente me sonrió, saludando con sus manitas blancas.

Emocionado, igualmente con la mano la besé. No tuve coraje para llegarme a ella. ¡Soy tan cobarde en trances semejantes!

La monjita que me atendió, me dijo: 'Señor, la nenita no ha dejado de recordarle, siempre repite: Pobrecito, el Señor sin mamá. ¿Cuándo vendrá para que podamos cuidarlo y cubrirle en su cama antes de dormir? ¡Es tan bueno!'.

Me alejé con lágrimas. A la vibrante campanita de aquel Convento aún la guardo...".

## Un teléfono

Una tarde de sábado, el joven de Leo recibió la voz de su Ángel, que le ordenó: "Llama al teléfono que digo...".

El joven obedeció; fue amablemente atendido por una señora que le dijo: "Señor, lo aguardaba; me lo anunció el 'Vasito con su abecedario'. Mi casa la encontrará en la esquina de Córdoba y Ríobamba, espero su llegada".

El joven fue agradablemente recibido por una señora de cierta edad, mayor, de cabello cano, rostro sufrido, algo gruesa, y de modales finos.

Se ubicaron en un amplio living puesto con gusto. Entonces, la señora explicó cómo el Vasito le había hecho escribir la frase: "El sábado, un señor llamará por teléfono, deben citarle para las cinco de la tarde. ¡Yo vendré!".

El joven de Leo escuchó y dijo: "Señora, su marido está aquí. Son ya las cinco...". La señora manifestó contenta que años llevaba de viuda, y siempre lo deseó.

La solícita manera del joven, tal vez con brusquedad, cambió. Tornó igualmente sus modales y enronqueció la voz.

De inmediato, con frases firmes, reprochó a la viuda la forma débil en que había educado a sus dos hijas, sobre todo a la mimosa que noviaba con un muchacho activo, audaz, simpático, y bien trajeado, pero ladrón de automóviles y estafador, dueño de un extenso prontuario, muy poco digno.

"El automóvil que en este momento se halla estacionado delante de esta casa, es por él robado. Lo digo para que esta noche no salgan como tienen proyectado, porque el caballero esta noche será detenido."

Con indeclinable energía, prosiguió recordando múltiples hechos de su pasada vida junto a ellas, de la infancia de las criaturas, de los cariños y desvelos de todos cuando enfermó, y se alejó entre llantos; después aconsejó la pronta necesidad de impedir que las cosas continuaran como hasta en ese momento sucedían. ¡Había que comenzar de nuevo! y sin perder instantes.

Como la señora lloraba, dijo: "No es ésta una hora de lágrimas, es hora de decisiones felices. Con llantos nada conseguirás, regresa al carácter que perdiste, ante el avance de estas criaturas voluntariosas que se dicen modernas. Hazme el favor de llamarlas, quiero hablarles a solas, una luego de la otra".

El recado fue de inmediato cumplido; pasaron las hijas una tras la otra; quedaron anonadadas, pues el padre había dicho cosas que la madre ignoraba, y las asustaba que llegara a conocerlas. Ambas, entre llantos, prometieron cambiar.

Terminadas las entrevistas, agregó: "Mujer querida, jamás fuiste desatenta con los invitados amigos. Sirve jerez, pon la radio, sabes lo que me gusta 'La Traviata': la trasmiten en este momento por Municipal. Sentémonos un rato antes de marchar, ¡estoy tan feliz!".

El deseo se cumplió: se escuchó "La Traviata" y hablaron de todo. Antes de salir, el joven, aún con la voz enérgica, explicó: "Me retiro con el Señor del teléfono. Creo que mi sacrificio en llegar y mis serias palabras no serán arrojadas al olvido. Todo andará bien, si obedecen y saben discernir. Y recuerden: yo constantemente las veo".

En la esquina, los ocasionales amigos se despidieron. ¡Y todo fue bien!

## El herido de la morgue

Aquella noche de junio, el joven de Leo, regresando a su casa, al pasar por la morgue, vio recostado sobre una de las paredes de la Facultad de Medicina a un muchacho desnudo con una abierta herida en el vientre.

La sorpresa lo paralizó, entonces escuchó que aquel herido le

decía: "Avise a mi familia, apunte el número del teléfono, ruegue que vengan a buscarme". Luego desapareció, borrándose.

El reloj de la vecina Iglesia del Carmen dio las tres de la madrugada. Ya en su lecho, el joven preocupado por lo que le había sucedido, pensó: "Si este muchacho apareció sin ropas, justamente casi en la puerta de la morgue, quiere decir que allí dentro estará".

En la mañana temprano y sin dormir, corrió al lugar, y allí estaba; fácil fue reconocerlo por su cabello algo largo y rubio, y por su herida.

"Hallé este papel con un número de teléfono junto al muchacho, tal vez alguien allí lo dejó ex profeso y nada dijo, para no verse obligado a intervenir en un posible caso policial". Al siguiente día, el joven, que no olvidó al muchacho, llamó al número del papel y preguntó si allí faltaba alguna persona joven.

"¿Otra vez hizo de las suyas?", respondió una voz femenina.

"¡No lo sé!", contestó Leo, "pero creo que debe visitar a la morgue".

...¡Pasaron a buscarlo!

## Magno acto inaugural

Tres meses pasaron sin noticias del doctor amigo para el joven de Leo. Tres meses que él aprovechó para dibujar, pintar, escribir y, por supuesto, para conversar extensamente con su Tutelar.

Una mañana recibió un sobre de notas, con membrete del Banco Municipal de la ciudad de Buenos Aires; impaciente y nervioso le abrió. No por esperado dejaba de emocionarle, y allí, al desdoblar la gruesa página llegada, vio brillar su nombramiento: "Asesor de Arte" de aquella benemérita institución.

Corrió con su sobre, a sus padres, al matrimonio Crespo, a sus familiares, a sus amigos y por supuesto... lloró con su Ángel.

Días después fue colocado en el cargo, y desde ese momento enorme para él, se dio empeñoso a la realización del proyecto planeado. Nada dejó por prever.

Una tarde, luego de invitaciones pasadas al periodismo, a las Instituciones Culturales y de Acción Social, etc., las puertas fueron abiertas con gran resonancia; se inauguraba la nueva Casa de Venta del Banco Municipal, con el novedoso agregado de los amplios Salo-

nes de Arte y Acción Social.

Al magno acto, concurrieron el Excelentísimo Presidente de la Nación, acompañado por su señora; el Intendente Municipal de la ciudad de Buenos Aires y señora; el Nuncio Apostólico, que bendijo; Ministros, Diputados, Senadores, Diplomáticos extranjeros, destacados artistas del país, junto a los altos dirigentes de instituciones de Arte y Letras, reporteros, fotógrafos, y calificado público.

El doctor Crespo habló de la nueva tónica social que imprimiría en adelante, a la vieja institución prestataria. Fue felicitado.

Aquella noche el joven de Leo, íntimamente satisfecho y turbado, ya en la soledad de su dependencia alta, junto a su ángel oró.

## Fray José de Aragón

El Salón de Arte del Banco Municipal de Préstamos rápidamente se impuso en el ámbito artístico. Las diferentes asociaciones de artistas apoyaron la laudante iniciativa. Instituciones benéficas llevaron los trabajos y productos de diferentes asilos. Las señoras y niñas de cortos recursos portaron sus labores; jóvenes artistas, no conocidos aún, pidieron ser atendidos en sus tímidos principios, y olvidados ancianos igualmente portaron sus obras.

Día a día, el Salón avanzaba avasallante. Infatuados personajones del Arte, discriminaron en su contra; ellos no se rebajarían jamás, repetían molestos, a exponer en salones creados para caridad y en un lugar prestado.

Tales palabras, conceptos retrógrados, en una hora de nuevas directrices, se perdieron sin eco. El Salón no necesitó de sus trabajos, ni de sus presencias omnímodas.

Día a día, el Ángel Guardián, atento y cuidadoso de su pupilo, indicaba el artista próximo a llegar, el que debía ser prestamente atendido, el que vendería de inmediato y el nuevo que había de lanzarse a la notoriedad. Con tan protector amigo... ¡el Salón marchó!

Y fue éxito.

Una noche dijo: "Hijo mío. Si aconsejado y dirigido eres por mí, tu Ángel, debes saber que yo soy tan sólo un emisario del Alto; emisario que llegué a ti para enseñarte en fe, y hoy que lo sabes debes ser con el prójimo, lo que yo bien fui contigo.

Comienza paciente a exaltar la fe entre tus empleados y ordenanzas, que dispones dentro de tus salones. Necesario es; y para ello coloca en el dintel de la puerta de entrada una estampa de San Cayetano, protector de trabajo, y en la oficina al Patriarca San José.

Hoy, por fin, podré revelarte por qué tú llevas desde criatura esa ferviente vocación: San José, hijo mío, nos protege. Él fue mi devoto, en el día que viví el mundo, y en esa mi vida me llamé José.

Quiero pues, hacerte conocer 'mi verdad': Yo fui fraile franciscano, pertenecí al Convento de la Orden en La Rábida, España. Mi nombre y apellido fue José de Aragón.

Fray José fui en nuestra comunidad religiosa, y si bien yo fui José por heredad de familia, en la Orden me fue otorgado por conocerse en ella mi íntima devoción hacia él. San José supo colmarme de favores grandes, y de palpables hechos milagrosos; igualmente hijo mío, el hoy colma tu casa y a ti.

Tú, desde que naciste, recibiste su clara protección; fui yo entonces encargado de tu destino, se me entregó tal misión, con el deber de guiarte hasta el final de tus días, respetando tu manera y acción para no anular tu vida. Debes saber que tu yo no debe ser tocado; eres tú su dueño y debes cumplir tu mandato.

Eres en el libre albedrío. Eres entre el bien y el mal. Yo estoy en ti, para el sano consejo, si es que lo quieres escuchar. Tú eres en ti, y nada yo podré hacer si tú no lo admites.

Si tal manera no así sucediera, sería anulación de mi astral vida... y tu perdición.

Entiende entonces... y comprende.

Tu santa madre, cuando tú naciste, enfermó gravemente; una complicada nefritis le llevaba a terminar sus días sin remedio.

Una noche, desahuciada por sus médicos, quedó sola, y con ella tu padre, médico joven, entregado a la desesperación.

'Nada queda ya que hacer', se repetía, 'solamente horas quedan', y mentalmente pedía a Dios un milagro; era hombre de fe y aguardaba.

La mañana llegó, y con el amanecer alguien llamó a la puerta de calle.

José, fiel servidor de la casa corrió, y de regreso dijo: 'Doctor, un repartidor dejó para usted una muestra gratis de un nuevo medicamento. Algo me dice, doctor, que bien pudiera servir para aliviar a la señora'.

Tu padre abrió el medicamento y efectivamente, como había pensado José, era indicado para el mal que aquejaba a tu madre, y sin perder momento le hizo tomar... y fue milagro. En el día los síntomas disminuyeron.

Frente al cuadro mejorado, y como el medicamento aún no estaba en plaza, pidió a colegas amigos si quisieran cederles sus recibidas 'muestras gratis'.

Salvada tu madre, fue colocado en tu cuello, en el día de tu bautismo, una medalla de San José, porque consideraron —ella y tu padre— al fiel José como inspirado del santo al haber dicho: 'Algo me dice, doctor, que bien pudiera servir este medicamento para aliviar a la señora'.

Hijo, comprenderás ahora el porqué de tu empeño, por querer pertenecer a la Congregación de San José, cuando ingresaste al Colegio Juan Bautista de Lasalle. El porqué de mi constante presencia en ti; el porqué de las estampas de San José como recordatorias de tu Primera Comunión, y del 'San José de Plata', que ofreciera en ese día tu vieja profesora particular.

¡Comprenderás más aún, luego de lo que te diré! San José fue tutelar de tu madre y de su familia, desde el lejano día en que tu bisabuela fuera madrina de la Iglesia de San José de Flores, en su inauguración".

• • •

Una tarde en que el joven de Leo se hallaba solo en su oficina del Banco Municipal, llegó a él una anciana señora que con timidez le dijo: "Señor, ¿podría usted aceptarme para la venta en este Salón una pintura mía? Se trata de San José el Carpintero, le soy franca, ando un poquito necesitada de fondos, creo que él me sacará del paso, por no decir: ¡Estoy segura!".

Esa misma tarde, sobre el muro principal de la oficina del joven de Leo, fue colocada la pequeña obra de la humilde pintora... de su San José.

## Misterio

Nostálgico, caminaba por Florida el joven de Leo. Su París, le atenaceaba.

Distraído, penetró a una galería de arte. Atento, se entregó a recorrer los trabajos allí expuestos, tal vez en su mayoría curiosas pinturas de fuertes tonalidades agrias con un bien marcado modo a la escuela de Picasso.

De pronto, bruscamente, fue sacado de su detenida observación por una varonil voz, que a sus espaldas llamaba por Jacqueline.

Sorprendido, ansioso y apresurado, se volvió en rápido giro, alcanzando a observar el preciso instante en que el dueño de la voz escuchada, un elegante caballero alto y fuerte, tomaba atento el brazo de la Jacqueline nombrada.

Ante la natural escena, el joven de Leo quedó asombrado; aquella Jacqueline era su Jacqueline de París. No cabía duda. Era, sí... mas no era.

Ella cruzó con él su graciosa mirada y sin detenerse en manifestación alguna, sonriente y feliz prosiguió su camino en viva conversación con el acompañante. Ambos hablaban en francés.

Era sí, su Jacqueline de París. Mas, no era... No era.

"¡Sugestión!", se dijo suspirando luego, y su Ángel aclaró: "No hijo, no... solamente ¡misterio!".

Más tarde, un compromiso lo llevó hasta Seaver, calle estrecha con gradas, pequeña, corta y gris.

Ante ella se dijo: "París".

Y su Ángel aclaró: "París sin París, mas... París. ¡Tu París!".

## Maurice

Un gorrión lastimado encontró junto al camino, andando entre recuerdos por la arbolada plaza Lavalle, el joven de Leo, trayendo de inmediato a la mente la presencia de su desvanecida Edith Piaff, la gorriona de su París ya en brumas. Solícito lo alzó, y lo llevó.

Después fue llamado Maurice —en homenaje al popular cantor de París— porque el pájaro pequeño no fue gorriona... fue gorrión.

Tal vez un golpe de algún travieso niño lo hirió, dejándolo por

siempre ausente, pero extremadamente manso, cariñoso... compañero. Vivió la casa en abierta libertad.

Sobre las rodillas del joven sentado en su sofá, le agradaba quedarse escuchando música.

¡Falleció viejito!

## Alfonsina

En el mediar de una madrugada de finales de octubre, el joven de Leo fue sorpresivamente alejado de su sueño por un inexplicable temblor de intenso frío, y por un penetrante olor de playa y mar que invadía su habitación en baja temperatura.

Incorporado en su lecho, y cuando se disponía a indagar la causa del repentino fenómeno, escuchó en el interior de su oído una fina y angustiosa voz que le ordenó diciendo: "Escriba, escriba...".

Y el joven de Leo, entonces, con no poca dificultad, escribió:

Noche de sal — de tiempo quebrado —
De retazos de vidas que fueron —
Vidas que no fueron,
Mas, me perdieron — ¡fueron mías!
Olvidé el decir de mi palabra,
A quien debió decir su olvido,
No fui malvada; mas — me lo dijeron —
No fui enemiga; mas — me lo achacaron —
Queden con esos galardones míos,
Aquellos que bien les caiga —
el sayo que hoy entrego —
Marcho hacia el mar — él me llama — ¡iré!...
Penetré sus brazos de bronce y luna,
bajo su voz de león liberto —
¡iré!...
Su nobleza obliga — a mi nobleza herida.
Marcho a mis olas
Ellas comentarán mi ausencia —
Llorarán mis días —
Callarán mi hora.

Ellas repetirán mi adiós — eternamente —
¡En amor!...

Alfonsina

Mar del Plata
Octubre 1938

• • •

Finalizada la escritura, el joven de Leo, casi sin noción de lo que le sucedía, abandonó el cuaderno y retornó al sueño.

En la mañana quedó perplejo ante lo escrito. Sin comprender, se dijo: "Lo llevaré al Banco; mi secretario, como poeta e hijo de poeta, comprenderá".

Ya llegando a su oficina, su secretario, Belisario Roldán hijo, le dijo: "¿Ha leído la enorme pérdida que hemos sufrido? Anoche en Mar del Plata se suicidó Alfonsina Storni".

Cuando el joven de Leo le entregó el escrito recibido, emocionado, Belisario exclamó: "¡Eternamente las olas repetirán su adiós... en amor!".

## Luz en la tiniebla

Un pálido y encorvado señor anciano, apoyado sobre un oscuro bastón, vistiendo riguroso luto, se llegó una tarde al joven de Leo, diciéndole: "Soy enviado a usted por mi gran amigo 'Don Eduardo', para que usted me escuche y aconseje".

El señor, agobiado, se ubicó en un sillón y comenzó a decir: "Hace ya cuatro años que perdí a mi único hijo de 23 años. Se nos escapó de entre las manos, un incurable mal lo llevó. Desolados, mi mujer y yo quisimos conocer su estado espiritual en el más allá. Somos creyentes en la inmortalidad del alma, y somos en Dios.

Con tal deseo, consultamos algunas sociedades teosóficas, algunos recomendados videntes, pero Señor, nada conseguimos saber. Ni tan siquiera una sola palabra que pudiera tranquilizar nuestro estado de ánimo.

Desorientado, ante la profunda ambición que dominaba mis actos por el afán desmedido de conocer el destino corrido por mi hijo,

además, azuzado por el constante llanto de mi mujer, una mañana le dije: 'Partiremos para Europa, se habla de que allá se encuentran grandes 'mediums', y muy serias instituciones espiritistas...' y con esa gran esperanza partimos.

No lo va a creer, señor amigo; pronto estuvimos de regreso, luego de recorrer diferentes partes. Nada por ellos logramos en conciso obtener, solamente se nos dieron divagaciones abstractas, muy bien cobradas; desgraciadamente fue el único haber que trajimos, agregado a nuestra pesadumbre aún más desesperada.

...Y señor... aquí me tiene sentado ante usted; es usted mi última esperanza: ¿podría en gran favor entregarme una luz, que pueda tranquilizar a mi señora, y devolver en mí, la fe del ayer perdido?".

Entonces el joven de Leo, casi sin proponérselo, comenzó a decir:

"¡Padre mío, soy tu hijo!

Dios ha permitido que a este lugar llegaras. Estoy bien, mas no feliz como debiera estarlo. Ustedes me aflijen con su constante desconcierto.

La muerte, padre mío, no es tal, ni separa. Si bien es ausencia física, el alma en verdad se eleva, pero queda junto a los seres queridos, procurándoles ayuda y aguardándoles.

Yo, desde el primer momento en que tomé luz astral, estoy en casa sin abandonarles. Erróneamente buscan ustedes caminos para indagar mi suerte. No supieron tampoco refugiarse en la enseñanza de Dios.

Para que confíes en lo que digo, voy a entregarte ahora mismo una prueba exacta, para certificar lo dicho.

Bien sabes que fui poeta; ustedes aún conservan mis borradores y libros. Entonces te diré: A mi primer poema lo titulé: 'Primavera en brisas'; al segundo: 'Verano en sol'; al tercero: 'Otoño en niebla'; y al cuarto: 'Invierno en lluvias'. El primero comienza con esta frase: 'Flores sobre el extenso campo, saturado de invisible brisa'. Lo escribí durante un verano junto a ustedes en Córdoba.

Creo, padre querido, que con lo que dejo dicho basta para que queden ustedes tranquilos. Soy, como dije, feliz; mas no como debiera, por la conducta equivocada que llevan; les encarezco arrojen los lutos y otra vez aprendan a reír.

Dile a mamá que vigilo su sueño y que por favor no duerma

sobre el corazón. Ha sufrido tanto, y él se halla algo fatigado. Dios mediante, pronto mejorará.

Otro pedido: deja el bastón, deja el bigote, endereza tu cuerpo, ¡encuéntrate! Regresarás a ser joven, igual le sucederá a mamá. ¡Rejuvenecerá!

Llega ya el verano, iremos como siempre a la estancia de Córdoba, y si bien quieren, en marzo bajaremos al mar.

Es ya tiempo de que me retire; marcho satisfecho, estaré en casa esta noche. Les ruego levanten mi dormitorio, quemen la mayoría de mis retratos, por no decirles todos. Abran la radio el día entero. Vuelvan a las plantas, a las flores, a los pájaros, a los amigos. Si cumplen, seremos siempre tres".

Y el señor de fatigado andar, luego de calmar su emoción, dijo: "He vuelto a la vida. Dios le entregue paz, señor amigo. Él premie su favor. Seremos siempre tres, ha dicho mi hijo, y yo agrego: seremos cuatro con usted".

Al retirarse, abrazó efusivamente al joven de Leo, diciéndole: "Hasta mañana, hijo"; se alejó sonriendo, ¡parecía cantar!

## ¡Hojas muertas!

Era una pequeña y menuda señora ya anciana; era francesa, nacida en París. Pintaba canastones de flores de invierno, imprimiendo en ellas el misterioso idioma de las almas en gris, sabía vestirlas en ocres, envolverlas en brumas, en nubes, en nieves, en nieblas, en lluvias...

Sabía entregarlas al dolido llanto de un vencido ocaso, sabía acunarlas en brisas sin sol.

Humilde portaba sus obras para ser expuestas en los salones oficiales del Banco Municipal. Llegaba con la timidez del pájaro tendido; le asustaba que ésas, sus sencillas obras, sus hijas, pudieran ser rechazadas por falta de calidades, que ella íntimamente pensó siempre no poseer, ni alcanzar.

Ella las amaba, como a hijas perfectas, mas no faltaron quienes le insistieron: "Son pinturas ñoñas, de pésimo gusto, barroco insoportable, imposible de ser colocadas en lugar alguno.

¡Son detestables! ¡Mejor sería no pintar!".

A pesar de todo... la anciana señora vendía sus telas. Ella constantemente recibía pedidos encarecidos por sus flores tristes, sus flores de invierno, como ella les decía, sus flores en brumas, en nieblas, en nubes, en nieves, en lluvias, en brisas sin sol.

Una tarde, llegóse al salón cargando, trabajosa, una obra algo mayor de las que acostumbraba llevar; esta vez no eran flores, eran hojas muertas caídas, sobre un piso amarillento angustiante.

El joven de Leo le felicitó, admirativo, diciendo: "¡Hojas secas en cantar de otoño!".

La señora anciana de pupilas brillantes contestó sentida: "Sí... Sí... sí señor, es el rodar de las hojas muertas en íntima canción de paz. Anoche, al preparar mi tela para traerla, escuché la voz de mis hojas, ellas me dijeron: Madre, pronto vendrás a nuestra serena paz".

En un opaco atardecer de otoño, la frágil anciana de París falleció de un mal ignorado en ella: nunca había sentido nada.

Temprano en aquella mañana, con palabras que fueron cielos, abrió cantando sus puertas a los canarios, diciéndoles: "Jamás echarán mi falta si me siguen".

¡Marcharon!

## Celina

El joven de Leo tenía un franco y leal amigo; fueron inseparables desde los días del Colegio Juan Bautista de Lasalle.

Una mañana salieron juntos con el exclusivo objeto de recorrer librerías; ambos buscaban algunos libros de Arte Moderno; les preocupaban ciertos problemas en tal sentido, los que día a día cobraban gran auge.

Cruzando calles, descubrieron en el frente de una vieja casa baja, detenido, un furgón de servicio fúnebre.

El amigo condiscípulo dijo al joven de Leo: "Si no te opones quisiera ver al muerto. Un deseo incontenible e inexplicable me obliga a hacerlo. No sé por qué raro presentimiento, me digo que le conozco".

¡Entraron! Una joven era la fallecida; era hermosa, mostraba cabellos muy negros, manos alargadas, rostro sereno... parecía dormir.

El condiscípulo, ya de regreso a su departamento, dijo a Leo:

"Sabes, esa muchacha fue un día algo mío, fui su novio, y la quise pasionalmente"; y sin perder momentos, tomó sus pinceles y pintó el rostro visto, colocándolo frente a su cama.

Después, ya tranquilo, exclamó: "Celina; ¡tanto te he aguardado! Ahoras quedarás conmigo, y en un día tal vez no lejano marcharemos juntos".

Desde aquella tarde, su vida totalmente cambió. Vivió para sí, se alejó de los amigos, y encerrado comenzó a decaer, deseando una pronta muerte.

Una noche llamó al joven de Leo y le dijo: "Por prescripción médica, guardo cama; estoy enfermo de los bronquios. Además el corazón falla.

Te molesto para decirte que Celina, bajando del cuadro, me cuida dedicadamente; me toma el pulso, me obliga a tomar remedios y a comer. Me relata entretenidas historias y hasta me besa.

Anoche me dijo que ella —antes de haber sido mi novia— había sido cisne negro, y como yo en cierta ocasión había escrito una poesía dedicada a esos hermosos cisnes, quería que yo supiera que había sido ella la inspiradora, y que en el presente, fervorosa, pide al cielo volver a ser un día cisne, pero con mi compañía".

El médico, sabiendo, explicó: "Fiebre alta, delirio"... mas el joven de Leo se dijo: "Vida ancestral".

Una tarde de sábado llamó el enfermo a su amigo y le dijo: "Pienso salir para aprovechar el sol. Me lleva Celina; ven, hazte cargo de mi taller hasta mi regreso; úsalo si quieres, bien sabes que es tuyo... todo tuyo...".

Extrañado, el joven de Leo corrió a él, alcanzó a verlo alejándose en la cuadra. Caminaba junto a una muchacha de blanco.

En el amanecer siguiente fue hallado muerto, casi sumergido en las aguas del apartado "lago de los cisnes negros" en Palermo.

Entre sus manos, tenía el retrato de Celina.

## John

Una tarde, le fue presentada a Leo una distinguida señora americana, nacida en Filadelfia. Luego de una extensa conversación, ella dijo: "Señor, y permítame que le llame amigo, mañana ofrezco en mi

casa una fiesta benéfica; sería para mí un placer recibirle y si usted me perdona le diré: deseo tener una conversación en intimidad con usted y dos familiares. Conocemos sus cualidades... Hace cinco años, perdimos a un hermano trágicamente en Filadelfia y ansiamos saber de él".

El joven prometió asistir, entonces ella explicó: "Mi fiesta es de juego. Yo reservaré en apartado lugar una mesa y podremos conversar, conversar cómodos sin que nadie nos moleste".

En la tarde siguiente, el joven, luego de ser atentamente recibido y presentado, se encontró en un apartado lugar de un amplio y lujoso salón, rodeando, sentados en compañía de la señora dueña de casa y de sus dos únicas hermanas, una mesa de juego.

Pidieron whisky, y en tanto la anfitriona dama ubicaba a un pequeño perro lanudo sobre sus faldas diciendo: "No creo que mi 'look' pueda causar interrupción en lo nuestro". El joven de Leo, sin alcanzar a responder ni a tomar lápiz y block, en visible trance comenzó a hablar en inglés.

Asombrada, la señora dueña de casa entabló clara conversación igualmente en inglés con él; intercalándose por turno las emocionadas hermanas.

Terminado el joven, la señora amiga, en lágrimas, le dijo: "Le agradezco amigo mío su generoso rasgo; fue John quien por medio suyo habló, créalo, me encuentro aliviada al saber que no sufre, pero desgraciadamente, todavía le domina el alcohol. Debe usted saber, el pobrecito murió atropellado por un automóvil al cruzar la calle; se encontraba alcoholizado".

El joven de Leo había alcanzado a notar, al través de su trance, que el pequeño perro lanudo, en repetidas ocasiones, escapaba de su lugar, y se abalanzaba sobre su vaso en ladridos, mas no dio importancia al trivial hecho, pero cuando ya, pasadas las aclaraciones y comentarios, fue él a tomar su whisky quedó perplejo. ¡El vaso estaba mediado!

Las tres señoras que descubrieron el fenómeno ocurrido, exclamaron a la vez: "¡Ha sido John!... ¡John lo ha bebido!".

A partir de ese momento, y durante más de un año, al joven no le fue posible tomar cerveza, a la cual era afecto porque, al poco rato de servido, el vaso bajaba su nivel del borde, y por supuesto renunciaba a él.

Una noche, durante una comida de numerosos concurrentes, un amigo dijo al joven: "Sabemos aquí todos, que alguien bebe tu cerveza y no se le ve. ¿Beberá ahora tu vino?..." y ante la mirada general, el vino despaciosamente bajó.

El joven de Leo, preocupado por la existencia astral de John, un día resolvió dejar su cerveza por siempre... y por siempre, John se alejó.

¡Fue bien, para los dos!

## Andrés

"Debes ayudar a un español. Debes salvarlo de una situación angustiosa; es necesario que mantengas tu vista alertada; presto llegará a ti, y cuando lo veas y conozcas, debes tenderle la mano como a un viejo amigo. ¡No lo olvides!"

Así, de esta manera seria, habló al joven de Leo su Ángel Tutelar, Fray José de Aragón, en tanto éste le escuchaba coordinando trabajos en su oficina del Banco Municipal.

Una noche, salía el joven de una función teatral, en la calle Corrientes, junto con amigos. En rueda conversaban detenidos ante las gradas de la entrada de la sala de espectáculos, cuando acertó a pasar, casi junto a ellos, un joven bien parecido y plantado, vestido de blanco.

Distraído, el paseante miró al joven de Leo y éste, al sentirse observado, se preguntó: "¿No será éste el español que aguardo?".

"Sí ... él es" —contestó su voz interior—. "Por lo tanto, búscale."

El joven entonces, con apuro, preguntó a sus amigos de la rueda, si alguno de ellos conocía al señor de blanco que se alejaba.

Uno de ellos contestó: "Lo conozco; es él un magnífico barítono español que canta una opereta alemana en el Teatro Cómico. Si no la has visto, te invito a escucharlo mañana a la noche. Yo deseo verla otra vez; es sumamente agradable, y la compañía... ajustada".

Por supuesto el joven aceptó entusiasmado, conviniendo ambos que en la noche siguiente comerían en un restaurante de la cortada Carabelas, y luego irían al Teatro.

Tal cual, el proyecto se cumplió, pero en el terminar de la comida, llegó a ellos otro de los amigos de la noche anterior y les dijo: "Conozco el plan que ustedes tienen, pero... por qué no lo dejan para

otra ocasión. La noche que tenemos llama a tomar fresco a la Costanera. Tu auto —dijo dirigiéndose al invitante de Leo—, viene de perlas para ello".

El aludido contestó: "Imposible; anoche invité al amigo para ir al Teatro, y allá iremos".

Otra vez el recién llegado insistió y propuso tirar a cara o cruz una moneda.

La voz del Ángel dijo al joven de Leo: "Deja que la tiren. Tú di cara y ganaremos".

¡...Y ganaron!

• • •

Ya en el Teatro, los tres compañeros lucharon para llegar a la boletería. El gentío era compacto. Cuando lograron al fin acercarse, el boletero dijo: "No hay más localidades", pero en ese preciso instante, llegó al lugar una mucama portando en una mano, brazo en alto, tres localidades y gritó: "Señor boletero, podría devolverle tres plateas, pues la señora enfermó de repente y las niñas quedarán con ella".

El boletero contestó rápido: "Estos señores necesitan justamente tres, por lo tanto, entiéndase con ellos". Y fueron tres plateas, en primera fila y centro.

• • •

La función fue de magnífica música, la que al joven entusiasmó por ser de origen popular alemán. Ex profeso aplaudió con marcado afán de felicitar a su futuro amigo; era ése su español a salvar, y por lo tanto había que tratar de ponerse en contacto con él, en alguna forma.

Terminada la opereta y dado la sala llena, los amigos tardaron en salir; si bien tuvieron la delantera en la función, ahora estaban en la cola, mas esto no fue causa de contrariedad; andaban satisfechos.

Llegados al hall, con sorpresa descubrieron que ya las luces habían sido apagadas y el cortinado metálico de seguridad, ya estaba bajo, debiendo los rezagados pasar por la incómoda pequeña puerta. Acercado el joven de Leo al turno de trasponerla, otro señor con atolondrado apuro intentó igualmente pasar, sin observar que ya el joven había casi asomado la portezuela y por supuesto el choque de ambos fue inevitable.

El señor atropellado se retiró al punto, dando repetidas excusas por su imperdonable proceder. Aquí el joven se detuvo, y lo miró...

ambos se miraron, y entonces el señor en excusas exclamó:

"Señor mío, pues mire usted. Yo lo conozco. Me presentaré: soy el barítono Andrés García Martínez el que usted tan calurosamente acaba de aplaudir. Le ruego mil disculpas por mi aparente carencia de modales, pero es que corro con mi 'soubrette'. Juntos debemos ofrecer un número de esta opereta en el Teatro Mayo; allá se despide con un 'Fin de fiesta' la compañía española actual. Vamos con atraso, ¿me perdona usted?".

Hubo presentaciones; el dueño del automóvil ofreció llevarlos, y entre dichos y aclaraciones partieron todos hacia el Mayo.

El joven de Leo se dijo: "Ya tengo al español que debo salvar. ¡Estoy feliz!".

## Mesa de café

Ya en el Teatro Mayo —felizmente muy atrasada la función— el barítono y su compañero invitaron a los casuales amigos a pasar ...y los amigos pasaron.

El "Fin de fiesta" propasó las dos primeras horas de la madrugada, y cuando los amigos ya otra vez en la calle, el joven de Leo no queriendo dejar a su español sin algún punto de relación futura arreglado, invitó al grupo a tomar algo.

...Y tomaron helados en una confitería próxima al teatro.

Mucho allí hablaron; la reunión se prolongó más de la cuenta, los artistas, dando muestras de fatiga, rogaron les disculparan su retiro. Dijeron antes de partir que se hospedaban en una pensión vecina a la confitería, y que allí quedarían a las órdenes siempre atentos de sus nuevos amigos argentinos.

Noches después, el joven de Leo, junto con los amigos, acudió a la cita; cita que se repitió sin cansancio. Era que los españoles fueron cordialísimos con ellos e intimaron abiertamente afectuosos.

El joven de Leo hizo su parte ordenada, y con el correr de los meses, habiendo él entablado sincera amistad con García Martínez, ¡se llamaron hermanos!

# El español en su aflicción

Una tarde de principios de abril, encontrándose el joven de Leo sentado en su escritorio en la oficina de Arte del Banco Municipal, fue de pronto sorprendido por la entrada de su hermano español, el barítono García Martínez.

Casi sin saludar, mostrando gran pesadumbre, dijo: "Hermano, acudo hoy a ti porque estoy desesperado. No es plata lo que vengo a pedir. Escucha bien, lo que vengo a pedir es trabajo. Te explicaré, ¡estoy en la calle! Mi 'soubrette', con quien yo tenía mancomunada la cuenta bancaria, retiró los haberes y escapó con ellos a España, creo, por lo que dicen, pero puede igualmente estar en Francia, en París tiene parientes.

Como podréis figuraros, he quedado con el peso de la Compañía impaga, el alquiler del teatro ídem, e ídem los vestuarios. Felizmente, la pensión me espera, pertenece a un antiguo amigo de mi casa, y me da plazo...".

El joven escuchó a su Ángel decir: "Ya tienes al español en su aflicción; es pues el momento de actuar: ¡Actúa!".

En ese justo instante el teléfono sonó en forma que pareció al joven no común; el Presidente del Banco con urgencia le llamaba; entonces indicó a García Martínez un asiento, recomendándole aguardara allí su regreso. Pensaría después la solución.

...Y el Presidente del Banco dijo: "Le presento aquí al señor Director de Radio Rivadavia. Termino de entregarle la publicidad de su Departamento de Arte. Hemos arreglado una audición de alta jerarquía, por lo tanto tenga usted a bien enseñarle en sus oficinas la marcha de los salones a su cargo. Quiero que le aclare bien sus normas y deseos e iniciativas; esto último sobre todo, porque los jóvenes hoy en día ven con mucha más exactitud, ven mejor que nosotros; ellos viven el ambiente nuevo".

De regreso a su oficina, el joven, ya con el Director radial, ambos ubicados junto al escritorio, enseñó detenidamente lo pedido, explicó la marcha y manejo de los salones y de pronto escuchó una voz interior que le dijo: "Hijo, propone una voz española".

Obediente a su Ángel, dijo al Director cuando éste hablaba de combinar un programa musical: "Señor, sería de mi agrado, incluir una voz española. Conoce usted el furor actual de los boleros, y en

esa voz sería realmente un número de arte muy escuchado".

"Lleva usted razón; sería, sí señor, un gran número de éxito, comprendo su propuesta" —contestó el aludido—. "Pero resulta difícil hallar una voz de calidad, para poder ser incluida en este programa, que quiero revista alto cuidado. Conoce la opinión de su jefe, y es mi opinión."

El joven, con apresuramiento, dijo: "Yo, señor, tengo la voz que necesitamos: es la del barítono español Andrés García Martínez".

"¿Es acaso el que hasta hace pocos días atrás cantaba en el Teatro Cómico?", interrogó el Director radial con intriga.

"Sí, señor; es él", contestó Leo.

"¡Oh!", comentó el Director. "Eso sería un verdadero triunfo para su audición y para nosotros; ¿lo podría usted llamar?"

Entonces, el joven de Leo llamó al silencioso señor que sentado en un rincón de la oficina contemplaba la escena con azoro, y la presentación fue entusiasta.

Pasada una breve charla, partió el barítono García Martínez tras el satisfecho Director radial hacia la estación emisora.

La audición fue más tarde de franco éxito; el barítono amigo triunfó ampliamente; sus dificultades poco a poco fueron solventadas, y Andrés fue, otra vez... Andrés.

## ¡Correr por Tacuarí!

Otra tarde llegó García Martínez una vez más al escritorio del amigo en el Banco Municipal, y otra vez angustiado.

Sin aguardar pregunta alguna, explicó: "Mira chico; tú bien sabes que yo preparo las canciones que tú bien acertadamente seleccionas para mí. Estudio bajo la dirección del profesor de música del Teatro Mayo, en los bajos del café lindero al teatro. Esta mañana todo acabó: hemos sido desalojados por orden municipal; pronto será el total derrumbe de la cuadra para dar paso a la futura gran Avenida 9 de Julio; la piqueta arrastrará hasta el viejo Teatro Mayo, y ahora he aquí mi drama: ¡no tengo rincón ni piano para estudiar!".

Luego de cambiar ideas, el joven halló una casi posible solución. Él necesitaba tener un taller de pintura; hacía tiempo que amasaba la idea de buscar algo, que tuviera sabor a "atelier de París" en donde

poder trabajar tranquilo y enseñar cómodamente sus obras.

Vivía con sus padres, allí no le era posible hacerlo, pintaba en su departamento alto sobre la azotea, y era un cuarto piso.

"¿Es que dejas a tus padres?", interrogó Andrés alarmado.

"No, no me comprendes; sólo busco un taller para trabajo, y para reunión de amigos. Haríamos charlas; ratos de música, por supuesto buscaría un piano y en ese piano tú podrías, sin molestar a nadie, estudiar tus canciones y también solazarnos."

Andrés quedó absorto otra vez. Combinaron después de opiniones y planes salir de mañana juntos, en busca de un departamento alto o buhardilla que pudiera servir para lo pensado.

El joven deseaba independizarse.

Mucho buscaron, y mucho supieron, pues en ningún local aceptable pudieron ser admitidos: el piano fue el primer factor de rechazo, y luego, ser artistas.

Un mediodía, luego de llegar el joven a su oficina, escuchó a su voz amiga que le dijo: "Habla de inmediato por teléfono al bueno de Andrés y le dices que sin pérdida de minutos, se encuentre como se encuentre, salga a la calle, se llegue a Tacuarí, tome por ella hacia el sud y corra; repítele que debe correr y correr. Si lo hace, encontrará el departamento que busca; lo principal es correr".

El joven obediente llamó, y Andrés respondió: "Estoy casi desvestido; pensaba dormir la siesta, pero como lo que tú deseas es orden para mí, pues calzaré la chaqueta y me lanzaré como dices a correr, por Tacuarí".

... Y así lo hizo. ¡Y echó a correr por Tacuarí!

## El sastre del Teatro Avenida

Andrés, olvidado de la siesta, diligente marchaba apresurado, y llegando a Venezuela fue sorpresivamente saludado por el sastre español del Teatro Avenida.

"¿Qué os trae por estos barrios?", preguntó el sastre.

"Pues mira, vengo en busca de un 'ático' " (buhardilla), contestó Andrés. "Se me ha dicho que por esta calle se ofrece uno en alquiler; deseo verlo, por encargo de mi amigo el pintor, director de los Salones del Banco Municipal. Si lo hallo, él lo usará para sus trabajos, y

me ha prometido un piano allí, para proseguir mis estudios."

"El Atico que mencionas" —explicó el sastre— "lo encontrarás justamente aquí en la próxima esquina. Escucha, llégate hasta ella, después doblas por México hacia la izquierda, allí verás enseguida un alto edificio de pisos alquilados, revestido su frente hasta el primer piso de un brillante mármol negro. En esta hora es fácil que encuentres en la puerta a un vasco fuerte, alto, grueso, simpático y bien tratable, encargado de la propiedad. Yo plancho la ropa a varios señores que en esa casa habitan; casualmente esta mañana, que fui por alguna, el vasco me decía: 'Yo no sé qué clase de maldición tiene el piso último: lleva más de medio año que no consigo alquilarlo. Nadie lo quiere; para mí que debe estar embrujado'. Ven, te acompañaré; te presentaré al vasco, tú explícale vuestros proyectos; estoy seguro que no se opondrá, y si es el ático a vuestro gusto, y calza dentro de vuestras posibilidades, desde ya podéis estar seguro, que el séptimo piso será de ustedes."

...Y así se resolvió hacer. Presto pues llegaron y con asombro el vasco, no tan sólo no estaba en la puerta, sino que enseñaba el piso embrujado a un señor serio que por fin pareció interesarse, pues la terraza lo entusiasmó para su niño de corta edad, allí presente que ya la correteaba.

El sastre, empeñoso, explicó en un aparte al vasco la intención de Andrés, pero el vasco, notándolo desprolijo en todo sentido, ignorando su salida rápida de la cama para correr calles, dio preferencia al cliente del niño, enviándolo a la Administración sin pensarlo más.

Andrés, que halló el piso totalmente a gusto de su amigo —pues tenía techos manzarda, tres habitaciones amplias aireadas, con mucha luz y además la hermosa terraza abierta al sud, que se la figuró cubierta de plantas—, apresurado explicó al vasco que el que en verdad deseaba alquilar era el Director de los Salones de Arte del Banco Municipal de Préstamos.

Ante este cariz, el vasco comprendió que el señor que se le decía sería más conveniente que el señor del niño, y dijo: "Si llama usted a su señor amigo, tal vez pueda conseguirle".

Apresurado, Andrés buscó un teléfono y planteó el problema, diciendo al amigo: "Ven presto, sube a un taxi, si no corres lo perderemos. Ven a México 881".

El joven de Leo corrió, trepó el taxi y ya viajando hacia el sud la voz de su Ángel le dijo: "Conseguirás lo que deseas, y allí conocerás a otro español que igual debemos apoyar. Ve contento... ¡La casa es tuya!".

## Generoso

Junto al ancho portalón de la moderna casa, ansiosos aguardaban al joven de Leo: Andrés, el sastre y el vasco, ahora tan interesado como los anteriores para que el señor del Banco Municipal de Préstamos le alquilara.

Subieron atropelladamente, y ante lo que vio el joven, quedó comprado; ¡era su rincón soñado mil veces!

El vasco, con apuro, casi ordenándole, dijo:

"Señor, tome un taxi y corra hasta la Administración. Hable allí con el señor Risso Patron. Tal vez llegue usted a tiempo porque llegando ya debe estar el señor del niño; ellos marcharon a pie".

El joven, obediente, corrió en el taxi que providencialmente se cruzó al salir; minutos después subía la escalera de la Administración en la calle Rivadavia casi esquina Maipú.

Habló con el señor Risso Patron, y éste le dijo: "Lamento tanto, señor, su interés por el departamento alto de la calle México: acabo de alquilarlo, créalo que lo siento".

Pesaroso, el joven comenzó a descender la escalera, cuando fue bruscamente detenido por un llamado del administrador que con curiosidad inexplicable le reclamaba su gracia.

El joven, con naturalidad, se la dio, y entonces el señor Risso Patron, demostrando sincera alegría, exclamó: "Señor, le ruego suba usted y dígame, ¿es acaso su padre el Dr. Benjamín T. Solari?".

"Sí, señor", respondió el joven regresando la escalera.

"¿Y su señora madre, por supuesto, la piadosa dama Doña Dolores Parravicini?"

"Sí, señor" —contestó el joven, cada vez más intrigado.

Risso Patron descendió en afectos, diciendo: "Soy yo, señor ahora, el que le ruego alquile el departamento; le haré una rebaja con tal de que con él quede. Yo, señor, conozco mucho a sus padres, les he vendido algunos terrenos en la quinta de ustedes en Vicente López. Asiduo casi soy a tomar el té allá los domingos. Admiro el cerebro del

Doctor y la bondad de la señora. Hacen tanta caridad en el lugar, y usted no sabe cómo se les quiere. Y señor, como dije, la casa es suya".

Subió el joven, hablaron, arreglaron; y por último, Risso Patron dijo: "Amigo mío, le voy a pedir un enorme favor. Allí en la casa, ya su casa, encontrará a un señor encargado, un noble vasco llamado Generoso. Ese señor, porque lo es por nacimiento y manera, es hijo de un poderoso industrial en La Habana, el que por desdichados asuntos de familia lo desheredó.

Llegó Generoso aquí tras de una hermosa navarra que la sabía trabajando en casa de una familia bien. A la dueña pidió permiso para visitarla y se casaron en la Iglesia de Las Victorias, justamente en la otra esquina de la casa de ustedes y de la que es muy asidua su señora madre.

Hice este relato, señor, para que usted esté al tanto de la historia extraordinaria de este hombre extraordinario que yo quiero como algo mío. Lo hice adrede, señor, porque, conociendo como les conozco a ustedes, y sabiéndoles tan caritativos, el favor que pido es, que lo que usted o ustedes puedan hacer por Generoso, no dejen de hacerlo. ¡Le debo tanto!".

El joven de Leo prometió formalmente hacerlo. Ya el vasco le había resultado simpático, tanto por las ponderaciones del sastre, como también por el corto trato tenido.

El señor Risso Patron, despidiéndose entonces, dijo: "Vaya tranquilo, no se preocupe por fianza ni contrato, dígale a Generoso que le entregue las llaves y si es su gusto, desde esta tarde misma puede habitar... su casa".

Abstraído, momentos después, dentro de los rápidos hechos sucedidos marchaba el joven por Tacuarí hacia su casa cuando su atención fue llamada por la presencia del sonriente Generoso, que avanzaba hacia él, como a su encuentro.

"¿Alquiló, señor?" preguntó ansioso el vasco, acercándosele.

"¡Alquilé!", contestó el interrogado, con la satisfacción propia de triunfo. "Precisamente iba en su busca; el señor Risso Patron me encargó le avisara el feliz resultado, y le pidiera las llaves".

"Las llaves las tiene él sobre su escritorio", contestó el vasco. "Casualmente yo iba por ellas, por lo tanto, si no le fuera molestia, señor, podríamos llegarnos a la administración y arreglar allí todo."

...Así lo hicieron... y fue sorpresa, llegaron del brazo y en amena charla... ¡como viejos amigos!

Esa noche Fray José dijo: "El vasco fue, es y será contigo por siempre... y ¡seremos!".

## México 881, 7° piso A

El departamento del séptimo piso de la alta casa de la calle México 881, fue poco a poco tomando confortable aspecto. El joven de Leo, ayudado por sus dos amigos españoles venidos de las manos de Fray José, trabajaron incansablemente para ello.

Andrés fue feliz, tuvo su piano y su trabajo radial y también en el Teatro Avenida, destacándose en "Luisa Fernanda", zarzuela finísima de Moreno Torroba.

Él, a pesar de vivir en su pensión de la Avenida de Mayo, pasaba sus horas libres entre su piano del estudio, sus canciones a estrenar, su revisación de personajes teatrales en la terraza, y entregado a cuidar allí plantas, camalotes, peces y pájaros. ¡El taller de Leo fue su taller!

Dos años cruzaron en esta hermosa camaradería. El joven con sus pinturas, exponiendo en salones. Andrés con sus tareas vista, y el vasco, al encontrarse comprendido por ellos, dijo un día que él se animaría a pintar.

Un anochecer, ya de regreso de su trabajo, el joven de Leo, halló a Andrés llorando. Un telegrama venido de Madrid le anunciaba la gravedad de su anciana madre y el llamado de ella.

"Otra vez debes tender la mano al amigo español", dijo esa noche Fray José al joven, casi ordenándole.

"Debes actuar de la siguiente manera: se aproximan las fiestas de fin de año. Tú cobrarás con antelación tu aguinaldo, como bien sabes; él fue siempre destinado en obras de bien, por lo tanto, al cobrarlo retira un pasaje para España, un barco debe partir el 6 de enero próximo, día del onomástico de Andrés; será este pasaje tu obsequio de fechas.

No le permitas hacer gasto alguno en nada que no sea para él o para los suyos; son cortos sus ahorros y debe llevarlos.

Será fuerte la separación: aprendieron a estimarse como hermanos.

Mucho gozaron de esa sana amistad, la que no morirá jamás; la ancianidad los seguirá uniendo en correspondencias, y por ellas sabrás de sus triunfos y de su bienestar.

Andrés será feliz junto a su madre, que salvará de su dolencia. Mucho, como dije, se extrañarán, pero hijo, tendrás la satisfacción enorme de haber contribuido a la reconstrucción de aquel lejano hogar que había sido desorganizado por la guerra civil.

Ten hoy presente: terminó en ti la misión de salvar a un español; comienza ahora el de apoyar y elevar a otro, y ese otro español se llama Generoso.

Él será por ti ayudado. Tú serás por él igualmente apoyado... y... ¡serán!"

(El joven de Leo y Andrés, ya pasados treinta años, aún se escriben, sin variante alguna.)

## El Ángel de papel

En vísperas de Nochebuena, el joven de Leo planeaba, con dos amigas pintoras, el arreglo de una feria navideña en una institución de caridad.

Diligentes, realizaron un pesebre con botellas vestidas con papeles de diarios, sobre decoraciones en los mismos papeles, cuando al fin, terminados los quioscos de venta, resolvieron convertir un viejo maniquí de vidriera en un ángel, pero siempre con ropaje y cabellos del mismo material.

Una casa vieja en la calle Juncal a metros de Libertad servía de marco a la fiesta proyectada y, para no tocar en algo lo terminado, subieron al piso alto y allí vestirían el Ángel.

Esa mañana desde temprano trabajaron en divertida armonía, cuando escucharon un reloj dando el mediodía. Una dijo: "Es hora de almorzar". Otra dijo, proponiendo: "¿Por qué no comprar algo y almorzar aquí?".

El joven estuvo de acuerdo y decidió ir él para hacer la compra. Ellas se opusieron porque él estaba haciendo la peluca y era una lástima interrumpir.

Arreglaron y marcharon ellas, recomendando cerrar con llave y no abrir si alguien llegaba a curiosear. Ya tiempo tendrían para ver la obra.

Cuando quedó solo el joven, escuchó una voz de hombre que le dijo: "Amito, yo soy pardo, de los pardos de la quinta de Pueyrredón, aquí a pasos de un ayer terminado. En una víspera de Navidad el patrón me mandó por vino, para acompañar el cordero pascual de medianoche, a la taberna de las 'Cinco Esquinas', pero al llegar a la puerta de esta casa que era entonces diferente, sufrí un agudo dolor en el pecho, por ello perdí el conocimiento quedando tendido sobre el umbral.

Señor amito, despaciosamente caía el sol muy rojo. Los pájaros parecían decirme adiós. Yo estando allí sin estar allí, me dí exacta cuenta de que yo había muerto".

"Hijo mío, en verdad sí, tú has terminado el andar sobre la tierra", escuché decir a una voz. Curioso, busqué en mi alrededor y descubrí la presencia de un Ángel vestido de blanco, que prosiguió diciendo: "Tú vendrás conmigo en la Nochebuena, porque Jesús aguarda para besarte".

"...Y mi amito, esa Noche Jesús me besó sin reparar mi negrura, es por lo que dejo dicho que hoy regreso a este lugar, porque pude ver que ustedes visten a un Ángel y le prometo mañana lo besaré."

Silenció la voz. Regresaron las amigas, el joven narró lo escuchado y almorzaron.

Esa tarde, el Ángel fastuoso fue colocado en el rellano de la entrada cerca del portal.

...Y llegó la fiesta. Esa tarde, la casa estaba repleta de gente elegante que recorría la feria, y se ubicaba en el bar, esperando la cena pascual.

Sorpresivamente, las amigas del joven de Leo se llegaron a él, y sin decirle palabra le tomaron del brazo arrastrándolo hacia la puerta; era que allí a los pies del Ángel se hallaba de rodillas, rezando con visible fervor, un negro joven, bien trapeado; tenía la vista puesta imperturbable sobre el rostro del maniquí.

Rato estuvo en oración, sin sentirse molesto por el paso de las personas que llegaban. Después de santiguarse respetuosamente, se inclinó reverencioso, besó el ruedo del pollerón y se retiró; ya en la vereda tomó hacia el oeste.

El joven de Leo, apresurado, salió tras él, pero éste se había perdido entre el gentío de la hora.

Recordó el joven las palabras escuchadas, en tanto vestía el Ángel: "Caía el sol muy rojo, los pájaros parecían decirme adiós", y re-

cordó, porque en ese preciso instante, el sol se ocultaba rojizo y los pájaros cantaban el adiós al día que marchaba.

¡Canciones navideñas se escucharon en las escuelas vecinas, y el Ángel de papel, sonreía feliz...!

## Pintora abstracta

Llegó el Carnaval: Buenos Aires se llenaba de proyectos festivos. Corsos en la Costanera, en la Boca, en Belgrano y por supuesto en la tradicional Avenida de Mayo.

El joven de Leo tuvo la feliz idea de organizar un concurso de pintura, a realizarse en este corso último, y para ello solicitó, por intermedio del Presidente del Banco Municipal, a la Intendencia, dos o tres palcos unidos en uno para llamar allí a los artistas que quisieran trabajan noche a noche y entregarles comodidad suficiente para sus diferentes enfoques de las máscaras y carrozas.

El palco fue concedido, acudiendo los artistas pintores con gran entusiasmo, encargándose ellos mismos de hacer subir al tablado, para posar, a toda máscara interesante que cruzara.

Una noche, llegó al lugar una humildísima muchacha; calzaba botines de hombre abotonados, pollera negra larga hasta el piso, blusa roja y echarpe violeta. Dijo venir de muy lejos. Dijo ser pintora abstracta, ser muy rara en sus expresiones y que por lo tanto necesitaba modelos sumamente originales.

Al rato llamó entusiasmada a dos muchachones, disfrazados de negros africanos; presta tomó sus útiles y sin comentario se dio a la tarea de plasmarlos.

El joven de Leo, que quedara intrigado con esta persona "rara", se acercó a ella para observar lo que hacía, y quedó asombrado. Ella, sin dejar de observar a sus modelos, pintaba un paisaje de enormes montañas blancas como heladas, piso exacto y cielo negro.

"¿Qué es lo que usted pinta?", preguntó azorado el joven.

"Señor" —contestó ella, serena y explicativa— "pinto lo que veo, mas como lo siento."

"Sí, pero... ¿y los africanos?", insistió el joven.

"Aquí los tiene, señor, ellos son negros pintados ¿no es verdad?, pero son blancos, en su natural realidad; ellos son fríos, indiferentes

a todo lo que una se detiene y por ello son de hielo, y poseen ideas altas, montañosas, inicuas, propias de la juventud desatada. Además son incultos, por lo tanto su cielo ambiente es negro.

Observe pues: paisaje helado, cumbres heladas y cielo en oscuridad universal. Tenga usted, señor, en cuenta que la pintura ha dejado de ser objetivo fotográfico. Hoy ella traduce emociones, sensibilidades, estados de ánimo, traducción empírica y por sobre todo, cómo cada artista ve y toma el tema, con su modo interior.

Señor, hay que destrozar totalmente la naturaleza, para construir de nuevo esa misma naturaleza, pero con diferentes elementos. Yo a usted lo pintaría con plumaje de ave blanca, tal vez paloma, porque lo veo bueno, y lo pondría en un campo verde porque vive en esperanza. ¿No es usted soñador?"

El joven respondió: "Sí lo soy, y le otorgo razón".

La última noche de corso ella dijo: "Me vuelvo de donde vine. Allá nuestra visión y entendimiento es así, como ya repetí".

Un pintor compañero de las noches de concurso, en broma le dijo: "¿Acaso regresa usted al manicomio?".

Y ella contestó: "No caballero, yo vuelvo a la Luna. ¡Buenas noches!".

## Memoria extra cerebral

Una señora pariente del joven de Leo, una noche, ya de sobremesa en casa de éste, relataba un caso de "memoria extra cerebral" vivido por ella, diciéndole: "Una tarde de invierno en París cruzaba Luxemburgo con la nena de la mano, que entonces tenía cinco años. De pronto, ella se detuvo en llanto y, gritando desesperadamente, me dijo: 'Mamita... mamita... ves aquella casa de manzarda apagada? Allí, mamita, yo viví con mi marido y mis hijos'.

Yo entonces, alarmada, la reprendí, pero ella insistió, asegurando que allí había vivido con su marido, un general francés que había caído en la guerra del 70: 'Ya viuda marché a Tolón, donde fallecí tiempo después. Mis hijos y familiares aún viven allá'.

Como es comprensible, asustada crucé con ella hasta la casa, llamé a la portera, averigüé si aquel edificio había pertenecido a un general francés, y la portera contestó: 'Sí, señora; y ese militar murió en el 70, su familia vive en Tolón. Ahora esta casa está alquilada por

pisos, desde que la señora viuda murió'.

La nena, que no había dejado de llorar, pidió subir a la buhardilla, porque allí había un baúl con sus cosas y con los retratos de familia, según decía y repetía.

La portera, asombrada, exclamó: 'Esta nenita tiene razón, hay allí varios baúles y muebles que quedaron en depósito, y como la nenita quiere verlos, pues subamos'.

...Y subimos... y cuando la nena reconoció el baúl que esperaba, le hizo abrir y allí encontró su traje de novia, los retratos de sus hijos, de su marido y... ¡de ella!

Aquí la pobrecita, del llanto y la desesperación, pasó al ataque de nervios y se desmayó.

Ya en el hotel, un médico la atendió solícito y me dijo: 'Señora, el caso de su hijita no es raro ni es grave, pero mi consejo es que ponga agua de por medio cuanto antes, sacándola del lugar por ella vivido en otra existencia. Si esto que le digo, señora, usted lo hace, salvará a su hijita, porque ella creerá haber soñado, y olvidará'.

Y así lo hice", terminó diciendo la señora. "Al día siguiente partimos para Marsella y de allí a Buenos Aires. Hoy, la nena olvidó."

## Los recién casados

El Ángel dijo al joven de Leo: "Tienes que hacer pintar a Generoso. Hay en él un caudal de arte adormecido, que debemos despertar. Vendrá esta tarde y tú le dices: 'Generoso, como tú bien corriges mis pinturas, aquí tienes una tela limpia, pinta en ello lo que se te ocurra, pero pinta' ".

...Y llegó Generoso, y el joven dijo lo indicado por el Ángel, y Generoso, tímido pero íntimamente feliz, pintó y pintó una pareja de aldeanos vascos, en manera ingenua, llena de fresco encanto.

El joven quedó extasiado ante el trabajo, y Generoso dijo: "Es una pareja de recién casados".

El joven de Leo, al día siguiente, llevó la tela al Banco Municipal dejando a los especializados en comentarios felices alrededor de la obra.

"¿Se puede saber dónde consiguió esta obra de arte?", preguntó uno.

"La recibí de Bilbao, es pintada por un artista vasco llamado Ruiz de Idarraga. Él quisiera exponer en Buenos Aires".

"¿Y por qué no aquí?", preguntó otro.

"Porque nuestros salones son únicamente para artistas argentinos, pero veré de conseguirle salón."

Y el Secretario exclamó: "Este pintor, ¡es mejor que muchos!".

## Ciclo en su fin

"Tu padre debe terminar sus días al finalizar el corriente año. Tú sabes, hijo mío, que jamás una noticia desgraciada te he alcanzado. No es sana misión el anunciar hechos trágicos, disgustos, peligros inminentes, enfermedades incurables y muertes.

No, hijo, no; y si alguna vez así escucharas, ten por seguro que no llega tal anuncio de nuestro plano astral.

Tu padre debe terminar su ciclo de vida, antes de que el año que corre fenezca."

Así habló al joven de Leo su Ángel Tutelar, Fray José de Aragón. Y el joven preguntó: "¿Anuncias un mal y me lo repites? ¿Por qué lo dices, si el decir de un mal según mantienes, es un mal que llega desde un plano inferior y oscuro?".

"Razón tienes hijo; lo dije y lo repito, porque cuando el mal anunciado llega desde el bien, es por causa de ese mismo bien que llegó; es para el que escuchó la advertencia de ese mal. Trate criteriosamente de evitar el mal, o lo remedie en lo posible."

"¿De manera que tú avisas el final de mi padre, para que yo lo evite? No comprendo lo ilógico de tu mandato, Ángel mío", exclamó intrigado el joven de Leo." Créelo, no lo entiendo, porque bien ambos sabemos que cuando Dios dicta un veredicto, nada ni nadie podrá contradecirlo ni poner enmienda. Si hoy Dios ha ya ordenado que mi padre debe marchar... mi padre debe marchar."

"Debe sí, marchar...", contestó empeñoso el Ángel. "Debe sí, marchar, como bien dices, pero tú debes, desde el presente en que vives, tratar no de evitarlo mas sí de preparar su mente, para que pueda él comprender el trance en que va pronto a penetrar.

Tu padre es creyente. Vive en fe, mas su fe no es fe en perseverancia. Su fe es tibia, alejada, distanciada por su misma fe en la

vida material. La ciencia lo apartó de la verdad, teniendo la verdad en la ciencia.

Él comprende la vida material, como realidad asombrante. Él sabe que el cuerpo humano es perfecto en su función, y funciona accionado por su misma perfección, sin entender, desgraciadamente, que esa perfección vital surgió de una mano creadora y maestra. Nació de una fuerza superior y divina que se llama Dios.

Tu padre no niega a Dios. Él lo ve, sin verlo, y no desea verlo. No le teme, pero íntimamente teme su revelación que podría arrojar por los suelos sin conceptos irreversibles sus normas arraigadas, sus certezas ajustadas, y por sobre todo ello, su opinión dicha y extendida con alguna altivez de estudioso, detallista y profundo.

Él no se halla dispuesto a recogerla, ni a corregir la plana. Tarde, piensa, es ya para retroceder en asunto que al fin no provocará en él ningún cambio fundamental no necesario. Es cómodo, vivir cómodo en comodidad; quien así vive, razón tal vez porte, pero es de mayor comodidad, vivir cómodo en la comodidad de la verdad en luz."

"¿Mi padre entonces vive en sombras?", preguntó el joven en alarma.

"¡No, hijo!", contestó el Ángel. "Tu padre no vive en sombras. Vive en la luz de la sapiencia científica, la que aprendió en el curativo claustro. Luz que sin ser luz, es luz en verdad, es verdad sin alma porque la niega, mas es en amor."

"¿Mantienes entonces que mi padre debe terminar su vida, en el cercano final del corriente año?"

"Le mantengo. Y tú, hijo, debes ante él hablar abiertamente de la existencia del alma, de esa alma, que no ve, mas la vive. Debes insistir, e insistirle luego, de su inmortalidad, de su vivencia infinita, hacerle comprender que, materia sin espíritu, será siempre y por siempre, materia sin función; por lo tanto... muerta. Explicarle, paciente, que la muerte es resultante del alejamiento del alma en su final; final de la materia que terminó en ciclo, y dile que el espíritu liberado de la materia acabada, se eleva hacia el alto en busca del camino que construyó con su mente, en sus días Tierra, e incúlcale la divina enseñanza de la elevada palabra que lleva al camino, al camino que lleva la luz; porque, el camino que encierra a la luz porta hacia el Señor y entrega la paz."

"¿Salvaré así a mi padre, si cumplo lo que hoy me encargas?" interrogó tímido el joven de Leo.

"¡Le salvaremos, puesto que la misión que pongo sobre ti es mía, y siendo mía en ti... es nuestra! ¡Querido hijo... seremos!"

• • •

El Ángel silenció esa noche. El joven comprendiendo, recogido, ¡oró!

## El payaso

La noche era fría; el joven de Leo, muy fuera de su costumbre, se acostó temprano con un buen libro, pero leyendo debió haberse quedado dormido, y soñó que leía su libro en su cama, y que no se había dormido.

De pronto, el timbre de la puerta de entrada llamó; con pereza se alzó abandonando el libro, y se encaminó hacia la puerta, a la que abrió.

Allí, sorprendido, se encontró con un niño vestido de marinero, el que sin decir palabra, penetró corriendo hasta un sillón, del que tomó un payaso de trapo que el joven conservaba desde niño, y sin miramientos lo destrozó en juegos.

Otra vez sonó entonces el timbre de entrada. Otra vez la puerta fue abierta por el joven; ahora llegaba un tío de mucha edad, fallecido hacía veinte años.

"¡Qué cosas lindas tienes!", exclamó entrando. Y agregó: "¡Pero el chico quiere llevar el payaso!".

"¡Oh!, no", respondió enérgico el dueño de casa. "Porque ese payaso está conmigo desde que yo era chico."

...Y el tío dijo al niño: "Hemos venido inútilmente, de manera que regresaremos".

El joven los acompañó hasta el ascensor, y ambos se fueron sin decir adiós.

Otra vez solo, recogió su payaso roto, y lo colocó en su lugar ¡Tenía un brazo suelto!

Ya otra vez en el lecho, se preguntó: "¿Quién pudo haber sido ese muchachito vestido de marinero?". No hallando respuesta, apagó la luz y se durmió. Es decir, despertó del sueño y regresó al descanso.

En la mañana del siguiente día, recibió de su familia un álbum de retratos, con una tarjeta que decía: "Como tú guardas todo lo viejo, te enviamos algo que podrá servirte".

Abrió apresuradamente el envoltorio, y en un álbum, reconoció en una fotografía, al niño de marinero, pero nada pudo decir; quedó estático... porque ese niño de marinero, era... ¡él!

Azorado, corrió en busca de su payaso. Quería ver si estaba roto, y... estaba roto... ¡Tenía un brazo suelto!

## Beatriz

Fue en una mañana de sábado, cuando con inseguro paso y mirada vaga, se lo vio cruzar los Salones de Arte del Banco Municipal, recién abierto al escaso público, de la hora temprana y del día final.

Era él un hombrecito entrado en años, de sufrida expresión y contextura endeble. Vestía de negro y se apoyaba trabajoso sobre un manoseado bastón de nudos.

Entre sus temblonas manos, portaba con dificultad una carpeta de cartón gris.

Indeciso, como si tratara de encontrar algo que ansiara ver, avanzó las salas con presteza.

Cuando su marcha se había hecho segura, bruscamente se detuvo junto a una obra de Victorica.

Allí, una agradable cabecita de niña asomaba desde el interior de un ancho marco de madera oscura.

Largo rato quedó el hombrecito, observando extasiado aquella pintura. ¡Largo rato! Hasta que, como tomado por una no visible fuerza, abrió su carpeta, extrajo de ella un cuaderno de croquis y ubicándose en una banqueta que enfrentaba la cabecita de la niña, se dio a la tarea de trasladar sobre su álbum, la sencilla sonrisa de aquel rostro infantil.

Rato después, el encorvado anciano, sin demostrar fatiga, guardó cuidadosamente dentro de su carpeta una serie de tomas al carbón, prolijamente numeradas, exclamando: "¡Ya tengo a mi niña!".

Luego, respetuoso, rogó al ordenanza permiso para pasar al "toilette": deseaba higienizar sus manos en carbonillas.

Finalizada la jornada matinal, apagadas las luces de las salas, el ordenanza en su última recorrida halló sobre la banqueta que enfrentaba la tela de Victorica, la carpeta gris olvidada por el pequeño anciano.

Inútil fue la apresurada búsqueda de su dueño. Éste se habia retirado sin ser visto.

El asombro del joven de Leo, ante los dibujos encontrados, fue grande; prolijo les guardó intrigado, pensando en el probable regreso del distraído anciano.

El lunes en la primera hora de oficina, el joven, observando otra vez los dibujos, descubrió escrito sobre un ángulo de la carpeta olvidada, un nombre y una dirección en el barrio de La Boca.

Ante la evidencia del dueño de aquellos trabajos, ordenó a su ordenanza llegarse al domicilio indicado y entregarlos.

Los moradores de la casa marcada en la carpeta gris dijeron: "Ese pintor viejito falleció hace aproximadamente unos tres años. Vivió aquí con familiares, pero su única hija casada, por negocios del marido, tuvo que radicarse definitivamente en el extranjero, llevando a su hijita, única nieta, la que él quería más que a sus ojos, como a cada rato repetía. Cuando quedó solo entristeció, se alejó del mundo llamando a su 'Beatriz' ".

## Increíble batifondo

"¿Se puede saber qué demonios escribes y dibujas, propalando que son mensajes espirituales?", preguntó una tarde al joven de Leo su intrigado padre.

Y el joven contestó: "Escribo y dibujo, como bien dices, mensajes dirigidos por mi Ángel".

"Hijo", exclamó azorado el padre, "me desconciertas con semejantes argumentos demenciales. Soy psiquiatra, y te guste o no te guste, debes saber que el manicomio está lleno de locos que dicen exactamente lo mismo que tú dices".

"Padre", contestó el hijo, "yo igualmente me desconcierto, jamás creí que por semejante causa, que es natural, puedan estar encerrados allí, tantos y tantos dementes que por cierto no lo son. Debes saber, padre, y comprender, que tanto la mayoría de ellos como yo mismo,

estamos en contacto con una voz que nos habla y aconseja, y por supuesto sin tener nada de locos".

"Hijo", contestó el padre, demostrando duda. "Francamente es verdad, muchos dicen de Dios, pero también muchos dicen del diablo. Créelo, son enfermos que a veces curan, pero otras veces empeoran hasta desembocar en la persecución y el suicidio. Escucha: siendo yo director del Hospicio de las Mercedes, una mañana uno de ellos se introdujo dentro de un caldero hirviente en la cocina llamando a gritos a Lucifer."

"La eterna lucha del bien y del mal", contestó el joven. "Son las dos fuerzas que luchan sobre el mundo exterior y en el mundo interior del hombre. Las fuerzas buenas rescatan a las malas. Las fuerzas malas arrastran a las buenas.

Si observaras bajo este punto de vista podrías descubrir que los suicidas, los melancólicos, los eufóricos sexuales, los perversos, los criminales, son los que hablan con el más allá pero siempre con seres incitantes, bajos; es decir, de planos bajos. En cambio, los idealistas, los artistas, los escritores, los poetas, los místicos y pacíficos orantes que hablan del bien, de los Santos y que ríen y cantan, ellos también se comunican con el más allá, pero con los seres del plano alto. Debes también saber que existe el bien y el mal en el invisible."

El padre del joven, casi asustado, exclamó: "Hijo, estás mal; hablas y repites no sé qué cosas inverosímiles e inadmisibles sobre planos astrales, mezclando el bien y el mal, en el invisible; es un batifondo tal que solamente tu cabeza concibe. ¿Cómo explicas esas teorías, que no tienen asidero posible?".

"¡Si leyeras los Evangelios, encontrarías las respuestas que pides!", dijo calmo el joven. "Tu incredulidad te impide ver lo que yo veo con mi verdad."

"¡Bah!, tu verdad", contestó el padre. "¡Tu verdad! Me acusas de incrédulo por ella pero... no lo soy. Lo que simplemente sucede es que yo estudié, y vi en los cuerpos muertos nada más que materia y materia que se despedazaba día a día, entre líquidos inmundos."

"No encontraste el espíritu", contestó calmo el joven.

"¡Qué espíritu, ni espíritu! Convéncete hijo, no encontré allí más que materia descompuesta; ríete de la existencia de ellos, porque ellos no existen, y puedes creer y estar seguro: el único espíritu exis-

tente en el mundo, es el espíritu del vino. No lo olvides. Lo demás son patrañas", y entre risas, el padre de Leo se alejó.

El Ángel dijo entonces: "Hijo, bien llevas tu misión, prosigue sin desmayar, un día será... y será salvado".

## Domingo

Se llamaba Domingo de apellido, era zapatero remendón. Un día llegó al Banco Municipal: vio al joven de Leo para que le permitiera exponer, en el salón por él dirigido, sus cuadros, que eran "raros".

El joven quedó asombrado; eran, según le explicó Domingo, pinturas con lápices de colores, recibidos en trance, las que él titulaba "Paisajes Astrales". El joven, de inmediato, le otorgó salón, pues su Ángel le dijo: "Debes darle la mejor sala. Este humilde hombre, ya de edad, necesita un aliciente; dibuja por medio de una mano que tú conoces, y que sabrás de esa mano un día".

La exposición fue un éxito. Las crónicas lo recibieron con cierto recelo; ponderaron el grafismo perfecto pero por supuesto nadie habló del método que Domingo, sin retaceos, explicaba.

Un año después fue invitado a exponer en una galería importante, que comenzaba a llamar a los "modernos".

El joven de Leo fue muy especialmente invitado por Domingo y, por supuesto, no faltó.

Ahora los trabajos eran de mayor tamaño, de mano más suelta, de colorido fresco y sobre todo de curiosísimos paisajes en un solo plano y que él prosiguiera titulando "astrales".

El joven, observándolos con detenimiento, descubrió en un costado de cada obra, a manera de firma, una carita, y en todos exactamente igual. Intrigado, preguntó a Domingo qué indicaba aquella carita que él también en sus recibidos dibujos tenía igual.

"Señor", dijo Domingo, "esa carita es el retrato de El Greco. Usted sabe que sigue trabajando con los artistas sensitivos. Él, cuando la obra está terminada, me obliga a tomar el lápiz negro y la dibuja. Me ha dicho que él está a mi lado, porque llevo su nombre. Él se llamó Domingo Theotocopuli, quiso mucho a España desde que fue llamado para pintar allá el retablo de Santo Domingo el Viejo, y allá quedó, trabajando con la inspiración de Tintoretto y de Ticiano. An-

tes de morir, dijo: 'Regreso a mi Isla de Creta', y es por eso, Señor, que pinta hoy paisajes astrales porque mantiene que Grecia fue de influencia astral".

El joven, asombrado, le preguntó de dónde había sacado ese historial y Domingo le contestó: "Pues hombre, él mismo me lo ha contado, y vea, señor, si es que usted igual recibe esa carita, es señal que también él con usted trabaja: llámele y verá".

Antes de retirarse, Domingo le dijo: "¿Por qué no me trae algunos de sus dibujos, así miramos las caritas?".

Al día siguiente el joven de Leo llevó sus dibujos y ¡eran iguales!

• • •

Hoy los trabajos del zapatero Domingo están colgados en el Museo de Arte Moderno.

## La pinza

Una noche, el joven de Leo aguardaba el ascensor en el palier de su piso, para que descendiera Generoso, el que portaba algunos objetos de trabajo.

Distraídos, ambos conversaban, cuando de pronto una invisible fuerza tomó a Generoso por las piernas y lo arrastró escaleras abajo. Inútil fue el querer tomarse del enrejado de la caja del ascensor, después de dejar caer los objetos que portaba; de nada le valió su robustez física. Rodó descontrolado hasta quedar tendido sobre el descanso, quejándose, dolorido y asombrado.

El joven, presto y solícito, corrió en su ayuda, descubriendo afligido que su amigo se hallaba lastimado en las rodillas y en las manos.

Azorado, trató de alzarle preguntándole: "¿Qué te sucedió?, ¿porqué yo vi que sin causa alguna tú caías al vacío de la escalera?".

"Mira", contestó Generoso. "Una mano patente, grande y potente, me tomó de un tobillo y me arrastró bruscamente por la escalera. Tú mismo lo viste, y puedes haberte dado cuenta exacta de cómo traté de tomarme de la reja del ascensor. Créelo, me fue imposible poder sostenerme en pie, aquella fuerza era superior a la humana."

Cuidadosos, subieron luego, hasta el ascensor, y en ese momento, el joven escuchó una voz que no era la acostumbrada, que le dijo:

"Generoso, devuélveme la pinza".

Intrigado por esta frase reclamatoria que se repetía, preguntó a Generoso si él podía explicarse lo que significaba el pedido.

Y Generoso explicó: "El vecino del piso de abajo me entregó una pinza que distraído había llevado hasta la puerta de calle antes de subir a su automóvil, diciendo: '¿Me hace el favor de guardarme esta pinza que distraído traje...?'. Desgraciadamente, falleció en el coche llegando a su estancia".

Como la voz prosiguiera insistentemente su reclamación y cada vez con mayor impaciencia, el joven pidió a Generoso traer la pinza, y cuando el joven la tuvo en sus manos, dijo: "Aquí tiene la pinza, tómela".

Después de corta espera, la voz en desesperación contestó: "¡No puedo... no puedo... ¿qué pasa?... estoy confundido: busqué mi casa, no la encontré; busqué mis muebles, tampoco están. Necesito la cama, estoy dolorido y quiero descansar".

Era que la familia había levantado la casa el día anterior. El joven de Leo le explicó lo sucedido, pero comprendiendo que los vecinos podían escuchar porque Generoso se empeñaba también en voz alta de hacerle comprender que había muerto, entraron.

Ya en el interior del estudio del joven, ambos prosiguieron sentados la tarea de explicar al desconcertado ser lo que le había sucedido.

En un principio, el joven escuchó protestas. No podía el ser dar crédito a lo que se le explicaba, pero después fue poco a poco entendiendo y realizando indicaciones que se le dieron, y así trató de levantar la pinza otra vez, y quedó asombrado cuando descubrió que las paredes no representaban para él obstáculo alguno.

"¿Qué haré ahora?", preguntó con triste voz.

"Quedar aquí", contestóle el joven. "Quedar hasta que halles la necesaria devoción espiritual que permita a tus seres hacerte ver la senda a seguir. Yo pondré una vela encendida cada noche, para que reces; en su luz verás, como dije, acercarse a tus tutelares custodios y a familiares, que terminarán instruyéndote en la nueva vida, y cuando entiendas, marcharás con ellos y serás feliz en tu descanso en Dios."

Un año permaneció en la casa. A diario conversaba con el joven. Una noche se despidió; se alejó feliz con los suyos.

El joven... le extrañó.

# Un hijo

Un joven matrimonio, amigo del joven de Leo, invitó a éste una tarde de domingo a tomar el té, en su chalet de San Isidro.

Fueron varios los concurrentes que rodearon la mesa de doce sillas. La dueña de casa ocupó la principal cabecera; la otra, el joven.

Entre charlas, se tocó el tema de la Verdad del Espíritu y su comunicación desde el Astral.

"Yo", dijo la dueña de casa, "jamás creí en semejante tontería, producto claro de cerebros enfermos y desviados. Si alguien me dijera que un espíritu quiere hablarme, pues me reiría en su cara".

El joven de Leo, al escuchar semejante opinión, cambió bruscamente de modales y hasta de físico, diciendo con diferente voz: "Hija, te expresas erróneamente. Soy tu padre y no vengo a que te rías en mi cara que no está pero está, porque estoy".

La hija, nerviosa, observando el cambio del amigo, no se animó a contestar, y prendiendo un cigarrillo, se puso a fumar.

El joven de Leo, en visible trance, exclamó: "¡Cuántas veces, hija mía, te pedí en vida que no fumaras ante mí: el tabaco es malo y tú no eres fuerte".

"Fumo porque se me antoja", contestó ella, "y nadie me lo podrá impedir".

"Te ordeno lo apagues", insistió el padre con enérgica voz, agregando: "Siempre fuiste soberbia, mal criada, siempre te impusiste en casa. Tu madre nada pudo hacer contigo, yo tampoco y hoy tu marido menos".

"No soy una criatura para que me grites", protestó ella, olvidada de la situación y el trance del amigo.

"Hija: desilusionado, me retiro. Vine solamente para decirte que debes tener un hijo, para tu compañía; debes quererlo y atraerlo maternalmente; aprende a ser madre; si así lo hicieres serás feliz, si así no lo hicieres, Dios se apiade de ti. Adiós."

Con la despedida, el joven de Leo regresó a su realidad, justamente en el instante en que el centro de mesa —florero chato de cristal de Murano— tras un fuerte crujido, se partió.

El joven, que nada sabía de lo sucedido, quedó desconcertado ante el quiebre del cristal y ante la mesa despejada de invitados; uno a uno se habían prudentemente retirado: sólo estaban allí los due-

ños de casa. Ella, pálida, enseñando indignación, se levantó entonces y, sin decir palabra, subió al departamento alto, seguida por el atemorizado marido y un único amigo que aguardaba sentado en el hall. Luego el joven escuchó llantos y protestas de ella, explicaciones y absurdos razonamientos del marido, y observando que él ya estaba de más allí, se retiró.

Rato después, bajaba de un tren en Retiro; preocupado por lo sucedido, se dio a caminar hacia el centro, pero de pronto experimentó el deseo de tomar un café.

Con tal propósito entró en la primera confitería que halló a su paso y, servido el café, escuchó la voz del padre de su amiga, diciéndole: "Hable por teléfono a la casa de mi hija, y dígale al marido que le estoy escuchando. Dígale también que al amigo que está allí, atacándolo a usted, lo arroje inmediatamente; el matrimonio no necesita de terceros, y que no olvide que deben tener un hijo".

El joven exclamó: "No conozco el número telefónico. No está tampoco aún en guía, por haber sido colocado el aparato la semana pasada...".

Entonces la voz le tomó otra vez, le llevó al teléfono, le ordenó un número, habló al marido, el joven entregó el mensaje y despertó.

Al día siguiente, el joven fue enterado de lo sucedido en casa de los amigos de San Isidro, justamente por el visitante arrojado, que corrió para disculparse diciendo: "Hablé de más, lo reconozco, y quedé mal contigo y con ellos, pero lo hice con la sana intención de arreglar en algo la terrible confusión de ella...".

Al año, el matrimonio llamó al joven de Leo: ¡Habían tenido un hijo!

## Moscas y pájaros

"Aquí tienes moscas dentro de este frasco. Te las traigo de Olivos. Fui a visitar a un pariente y, como viera allí tantas, recordé tu afición a ellas. Me maravilla que puedas querer y admirar a semejantes bichos." Así dijo al joven de Leo un amigo que llegaba a verle.

Y el joven le contestó: "Casa sin mosca es casa sin vida; las moscas con su ir y venir constante por los ambientes levantan el espíritu y entretienen. El solo hecho de verlas higienizarse es un placer que solaza. La doméstica no es aventurera que va detrás de

los residuos; la doméstica es, como te dije, compañera de hogar y si alguna travesurea, que sí, reconozco que lo hacen, debe disculpársele por los ratos agradables que nos hacen pasar.

Yo, y tal vez me digas 'loco', cosa que no me molesta en lo más mínimo, ¡tantos me lo dicen!... pues, y escucha bien, hablo con ellas, cuando juegan y vuelan sobre la mesa, mentalmente les ordeno alejarse o acercarse, y veces hay que las tengo andando sobre las manos sin espantarse, y otras veces se dejan acariciar. Son humildes, sumamente obedientes".

El amigo estalló en risas y le dijo: "Tú eres un imán para ellas, pero permíteme, debes reconocer que eres raro: eres igual a Generoso, que va por la calle y lo siguen los perros y los gatos".

"Con Generoso tenemos amistades de esa índole; en cierta ocasión en Mar del Plata, una perrita pequeña blanca de orejitas negras, nos siguió una tarde hasta el hotel, desde la Rambla. Después, todas las mañanas al salir, teníamos su presencia en la puerta, nos esperaba sentada. Por supuesto pasaba el día con nosotros y en las noches después de que entrábamos, ella se retiraba. Descubrimos que vivía en una obra, a dos cuadras solamente, y después hizo lo mismo con un escritor español amigo también vecino del lugar, pero él terminó por llevarla a su casa. Luego la trajo a Buenos Aires, y lo estupendo de su destino es lo siguiente: como el escritor es autor teatral, viaja mucho y la perrita ha hecho ya cinco viajes y ha recorrido muy ufana las calles de Madrid, París, Berlín, Roma, Milán, etc., he hecho este historial de la buena amiga, para que comprendas que todo ser tiene su destino.

Tuvimos tiempo atrás dos loritos de Australia que me regalaron. Los dos eran inseparables: corrían la casa sueltos, salían a la terraza a veces uno tras el otro, otras veces a la par como marchando. Los bautizamos con los nombres de Cosme y Damián, y ellos comprendían.

Una tarde después de años, Cosme cayó como herido por un rayo: 'Fue el corazón', dijo Generoso; 'estaba gordito por demás'. Cuando quisimos sepultarlo en nuestro cementerio de pájaros ya dispuesto en la terraza bajo los árboles, Damián, furioso en chillidos y picotazos, no nos permitió que lo tocáramos, resolviendo dejarlo hasta el día siguiente con la esperanza de que el lorito atenuara su pena.

En la mañana siguiente, Damián estaba muerto junto a su ami-

go Cosme; los sepultamos tal cual habian quedado, créelo. Tuvimos lágrimas."

El amigo, tal vez por desviar el tema triste pero ejemplar, preguntó: "¿Todavía les llegan pájaros para las noches de Nochebuena?".

"Sí, todavía llegan", contestó el joven de Leo. "Todas las noches del Niño Dios, aparece uno. Es siempre tropical por el plumaje vistoso que presenta. Esa noche por lo general cantan y mueren en el amanecer o después de días. El último que llegó era hermoso, negro, con un pronunciado copete rojo, pero desgraciadamente estaba despicado, tal vez en el traslado de 'aporte' que así creo aparecen, se le dislocó. También tenía una alita caída. Yo entonces le dije a Generoso: 'No me resigno a verlo así, coloquémoslo en la terraza, dejémoslo terminar en paz. Allí lo dejamos: al rato había desaparecido'."

## Un almuerzo

"Me han dicho, hijo, que el Reverendo Padre Castro admite tus mensajes y dibujos premonitorios; quiero saber cómo llegó el Reverendo a conversar contigo de tu pregonado tema. Según amigos, dijeron que llamaste la atención en un almuerzo", así preguntó interesado el padre del joven de Leo, viéndolo entrar.

"Efectivamente, asistí a un almuerzo ofrecido por el Presidente del Banco Municipal al Reverendo Padre Castro", contestó el joven. "En ese mediodía, cuando llegué, varias señoras me asediaron interrogándome, cada una a su manera, pero todas coincidieron en que mis argumentos eran propios de cerebro insano. De pronto, interrumpiendo este discutir tal vez caldeado por la euforia de una señora sumamente religiosa, que rotundamente negaba mis aseveraciones acusándome de demoníaco, el Padre Castro irrumpió al salón preguntando: '¿Interrumpo?' Pasados los saludos, el Padre sonriendo dijo: 'Algo pude escuchar de que se acusaba a alguien de demoníaco'.

La señora, acalorada, casi con indignación, contestó: 'Sí, padre, discutíamos un absurdo que fanático mantiene este joven. Según él, en momentos de soledad recibe mensajes y dibujos otorgados por una invisible mano que asegura es la de su Ángel Guardián. Por

supuesto. Monseñor, que yo le he dicho que comete falta grave y sacrílega. ¿Quiere decirme Padre cómo puede él recibir mensajes y dibujos de un Ángel, y menos su voz como nos cuenta? Si en verdad semejante novela fuera cierta, debemos pensar que está en manos del diablo. ¡Es demoníaco!'.

Sonriendo, el Padre Castro, con expresión beatífica, se dirigió a mí, diciendo: 'Hijo, acérquese y explíqueme en qué manera y forma se produce su fenómeno, y qué resultados obtiene'.

Y yo expliqué, sereno, diversas comunicaciones, y hablé de los dibujos premonitorios.

'¿Puede usted Padre, aceptar semejante blasfemia? Claro, se ve la argucia de Satanás. Pobre muchacho, está en manos de Lucifer', exclamó casi gritando la enfurecida dama.

'¿Y por qué de Lucifer?', contestó interrogando el Reverendo. 'En verdad, por lo que este muchacho nos dice, estamos ante la presencia de un siervo de Dios que lo escucha; por lo tanto, esa voz, es la voz del Señor.'

Todas las señoras allí reunidas quedaron en silencio y asombradas. Entonces la dueña de casa, que hasta ese momento había permanecido callada, preguntó: 'Por lo que dice, Padre, este amigo resulta ser un santo, ¿es así o no?'.

'Señora mía', le contestó el Prelado, 'en la Viña del Señor todos somos santos; solamente dejan de serlo aquellos que se desvían o escapan.'

'Y tú, hijo mío', exclamó dirigiéndose otra vez a mí, 'ten presente y nunca olvides las palabras de Cristo, aquellas en que dijo: 'Por el fruto conoceréis el árbol'. Debes estar siempre atento al fruto que recibas, y si él es bueno, pues sigue en la brecha sin temor alguno, y si malo fuere, retírate.'

Y aquí no terminó el desconcierto de los invitados. Ya pasado el almuerzo, en sobremesa, el Reverendo extrajo de su bolsillo su Biblia y anunció: 'Hoy continuaremos con la lectura y explicación de los Evangelios: seguiré con la Epístola de San Pedro'.

Dispuestos a escuchar, todos callaron, pero el Padre, mostrándose confundido, exclamó: 'Cosa rara en mí: he olvidado su página y versículo, y en ese momento mi Ángel me hizo decir: 'Padre, página 966, versículo 7°, que dice: 'el juicio está cerca. El fin de todas las cosas se ha acercado, por lo tanto sed prudentes... orad'.

El Reverendo quedó mirándome con asombro y dijo: 'Si no me constara que este muchacho desconoce la Biblia, no creería lo que veo y escucho'.

'Precisamente', agregó la señora dueña de casa, 'bien sabemos todos los que aquí estamos Padre para aprender de usted, e igual me consta, que este amigo no conoce los Evangelios.'

El Reverendo, obediente a mi segura indicación, abrió la Biblia en la página 966 y leyó; versículo 7°: 'El juicio está cerca. El fin de todas las cosas se ha acercado, por lo tanto sed prudentes, id en oración'.

'¿Cómo nos puede usted, Reverendo, explicar esto que aquí ha sucedido?', preguntó la señora que me condenó como demoníaco.

'Señora', contestó el Padre Castro, 'ante lo visto y sucedido digo: ¡Mano de Dios!'."

## El tiempo está cerca

Un domingo entró a ver a su padre el joven de Leo, y quedó sorprendido porque éste le dijo: "¿Sabes?, estoy leyendo los Evangelios y habías tenido razón, no solamente enseña, sino que también asombra porque contesta. Vez pasada me dijiste que la existencia del espíritu es un hecho; en verdad nunca, hijo, me detuve a pensar en si ello era o no verdad, fue asunto que no me preocupó; reconozco que el día que tocamos el punto yo contesté ridículamente, pero puedes creerme, lo hice adrede, para tratar de desencantarte y alejarte de tus cosas, las que creí demenciales, como te dije en un principio. Hoy sin creer aún en tu sano juicio, te confieso que los Evangelios me tienen definiendo cosas que no ví jamás".

"¿Entonces, crees en la existencia del Espíritu?", interrogó el hijo.

"Sí creo, y para tu propia satisfacción te diré: creo porque encontré en San Juan la contestación a mi duda, que coincide con lo que me repetías. Sabes hijo, leí las palabras que le dijo Jesús en la Sinagoga de Capernaúm, explicando: 'Muchos no creen, pero es el espíritu el que queda en la vida, la carne de nada sirve'."

El joven, demostrando alivio, dijo: "Continúa, padre, tu lectura evangélica, y como San Agustín dijo un día, yo te digo: 'Gózate con Cristo, de Cristo, en Cristo, por Cristo, y sin perder a Cristo'. El tiem-

po está cerca. ¡Él llega!".

## La niñita de la avenida La Plata

Una tarde de íntima llovizna, estando el joven de Leo enfrascado en su pintura, experimentó de pronto la imperiosa necesidad de abandonar el trabajo y salir corriendo hacia la calle. Algo le obligaba a semejante determinación. Algo que no alcanzaba a localizar, pero que debía hacerlo.

Sin meditar más, tomó el sombrero y el capote de lluvia, bajó y como un sonámbulo, sin escuchar ni ver, se llegó a la esquina de Tacuarí y Chile, en el preciso momento que llegaba el transporte N° 48 y lo tomó.

Sin estar en su Yo —estaba y obraba en mandato— ignoraba hacia dónde se dirigía, y como un ser sin opinión, aguardaba alguna orden que no sabía de dónde vendría, ni quién la daría.

De pronto, sin escuchar voz alguna, se sintió empujado a bajar en la esquina de la calle que llevaba a la ancha avenida La Plata.

Como un autómata, bajó y quedó clavado junto al cordón de la avenida; en ese mismo momento descubrió a un enorme camión venir a velocidad desmedida para cruzar Chile, y al mismo tiempo vio a una niñita que venía correteando por la vereda y distraída se lanzaba a cruzar la avenida, justamente delante del camión.

La voz ordenó entonces: "Toma a la criatura", y el joven obediente aprisionó a la niñita, atrayéndola hacia él, en tanto el camión pasó ensordecedor, haciendo vibrar el piso.

Después, el joven pareció despertar de un sueño. La criatura escapó asustada en llantos, gentes lo felicitaron, y ya salido de ellas, no supo cómo, entró a una Iglesia sobre la misma avenida. Allí comenzaba la Misa Vespertina.

Agradeció a Dios.

## Pepito

Tarde tibia de otoñado sol fue aquella en la que el joven de Leo traspasó el peristilo del cementerio de La Recoleta, para visitar a sus deudos.

Sorprendido, vio que a pasos de él caminaba su viejo amigo Pepito, un destacado tenor español al que hacía tiempo no veía.

Se saludaron y el joven le dijo: "Como siempre, te encaminas hacia la bóveda de tu mujer. Muchas tardes al cruzar por allí yendo a mis deudos te observé sentado en el umbral de ella. No quise nunca acercarme por no interrumpir tu meditación".

"Mi conversación con ella, dirás", contestó él, "porque siempre que vine fue para hablar hasta el cierre".

El joven le acompañó al lugar. Pepito abrió la puerta de la bóveda y despidiéndose, dijo: "Hasta más ver; porque debo aclararte, ahora yo vivo aquí". Luego entró, cerrando tras él el portalón de hierro antiguo.

Algo extrañado por palabras tan sugestivas, el joven de Leo se alejó hacia su objeto diciéndose: "Pobre Pepito, su profunda pena debe haberle alterado en algo la mente".

Esa noche en la mesa de amigos del café habitual, hizo el relato del encuentro con Pepe y de su rara actitud.

Todos quedaron sorprendidos ante semejante encuentro, y uno dijo: "Tú, por lo que demuestras, das a entender que ignoras que en la semana pasada Pepe falleció y allí descansa. Sufrió un colapso cardíaco, lo dejamos precisamente junto a su esposa".

## La hora en la hora

"Hemos llegado ya a finales de noviembre", dijo un día el joven de Leo a su Ángel. "Mi padre se halla magníficamente bien de salud, animoso sale casi a diario, comenzó sus asiduos paseos hasta 'La Casona', y pronto partirá con la familia a pasar allí su acostumbrado veraneo. ¿Por qué entonces me has torturado el año que escapa, con la angustia de perderle? Si bien mi padre vive sano y contento, yo íntimamente sufro."

"Hijo", contestó el Ángel, "jamás una angustia injusta se te ha dado, ni se te dará; desgraciadamente el mandato existe, y te repito: Tu padre debe terminar sus días, y será en diciembre".

"¿Y será entonces el final de mi misión en él?", preguntó, acongojado el joven de Leo.

"Sí hijo, lo será", explicó el Ángel, "por lo tanto aguarda en oración. La hora es ya en la hora del reencuentro, ora..." Esa noche, el joven soñó ver a su madre en llanto, sentada junto a la cama de su

padre al parecer yacente. Éste se mostraba pálido con marcadas ojeras. Sobre su mesita velador una pequeña lámpara eléctrica alumbrada, atenuada con una pantalla de seda espesa.

El joven penetró al lugar, se acercó al padre, la madre lo miró y le dijo: "Hijo, tu padre duerme ya casi su sueño final. Dios le reciba, pide por él".

Regresado del sueño, su Ángel le dijo: "Cuando tú veas lo que acabas de ver en tu sueño, será en ese momento el principio del final de tu padre, y el final de tu misión en él. Dijo bien tu madre: ¡Dios le reciba!".

## La marcada hora

Una tarde en el anochecer, el joven de Leo llegó a la casa de sus padres y pensaba comer con ellos. Ya en el portón de entrada quedó asombrado; la casa se hallaba totalmente en luces. Pensó tal vez en algún acontecimiento familiar olvidado, y recriminándose pasó.

En el hall de entrada, fue sorprendido por la presencia allí de numerosos señores, que casi en silencio conversaban. Uno de ellos, al verlo llegar, se le acercó y le dijo: "Amigo, tiene que hacerse fuerte; su padre, de regreso de 'La Casona', tomó una taza de chocolate y casi sin terminarla cayó en dolores de estómago y vientre. Los médicos han diagnosticado derrame de páncreas; ahora se encuentra dormido con morfina. Véalo y consuele a su madre, ella con gran entereza lo cuida; conoce la gravedad, que puede ser definitiva".

Anonadado, el joven pasó al dormitorio de su padre, y allí se encontró con la realidad de su pasado sueño. Su madre en llanto, sentada junto a la cama de su padre al parecer yacente. Sobre su mesita velador, una pequeña lámpara eléctrica iluminaba cubierta por una espesa pantalla de seda. Con paso tímido se acercó, la madre lo miró y le dijo: "Hijo, tu padre duerme casi su sueño final. Dios lo ampare".

Entonces el joven escuchó a su Ángel, que le dijo: "Es ya, el principio del final de tu padre; consérvate íntegro, no me separaré de su lado, y tú dirás mi palabra; si por mí optas, seremos certeros".

En ese instante llegaron tres médicos, y uno dijo dirigiéndose a la afligida madre: "Señora, de cien casos, como el que aqueja a su marido, se salva uno, operándosele; y ese uno puede vivir luego has-

ta pasados los tres meses. Nuestro empeño es no dejar de hacer todo lo posible, por salvar al camarada amigo. ¿Qué nos dice usted, señora?".

Y la señora contestó serena: "Mi marido pertenece a sus hijos, lo que ellos resuelvan estará bien".

Los médicos pidieron pareceres. Todos los hijos dijeron: "La opinión debe darla el mayor de nosotros". Más tarde, el joven de Leo fue interrogado y él contestó seguro: "¡Debe ser operado!".

"Inteligente contestación", comentó el médico, palmeándolo, y se resolvió la internación para la mañana siguiente.

El enfermo pasó la noche tranquila. Temprano se le despertó diciéndole que debían internarlo, con el objeto de tomar radiografías.

Con entereza se levantó y salió sostenido por los brazos de sus amigos médicos. Ya en el automóvil observó la casa, su paterna casa por él renovada, la miró como despidiéndose; y el joven escuchó decir a su Ángel: "Él dice su adiós".

La operación fue un éxito, mejorando rápidamente, luego de la "extremaunción". La semana corrió en esperanza hasta un temprano sábado, que llamó a las hijas diciéndoles: "Mañana seré dado de alta, quiero que me busquen una *robe* granate y zapatillas del mismo color, para viajar a la quinta. No quiero ropas de viejo. Me encuentro joven". Y el Ángel dijo al joven: "Mañana no será mañana. Esta noche será noche en su sufrir, de nuevo sobrevendrá otro derrame y será en su fin".

Sobrevino el derrame; otra vez fue intervenido, y ya nada se pudo.

El ácido en su corrosión destruyó toda materia interna, por lo tanto la piel no resistió sutura alguna. En consecuencia, fue apresado por un corset de tela adhesiva que le tomó desde el bajo cuello hasta el bajo vientre, siendo ya inútil la morfina para atenuar su padecer.

El joven de Leo resolvió velarlo noche a noche. Era él el más indicado por su cualidad de noctámbulo, corriendo luego temprano a descansar.

Una mañana, el Ángel le dijo: "Duerme bien el día, porque esta noche será la última. A las cinco de la tarde debes estar preparado porque tu padre comenzará a llamarte a gritos y tu hermana a su vez te llamará por teléfono. Recuerda, sin pérdida de momentos debes acudir, porque ya es la hora".

El reloj del estudio del joven de Leo, en la tarde esperada, hizo escuchar sus cinco campanadas y con la última comenzó el teléfono a llamar y la hermana dijo: "Ven corriendo, papá te llama a gritos entre quejidos que desgarran".

El joven corrió al sanatorio; cuando entró a la habitación, el padre le dijo: "Al fin has venido, ansiaba tu presencia. Ven hijo mío, siéntate a mi costado y medita. Siéntate que necesito de tu consejo, escucha bien, mi padre que está aquí en espíritu me ha revelado la verdad de las verdades que me decías. Ahora hijo, me explico, que si tú decías va a llover, pues llovía. Perdóname la incredulidad que tuve, reconozco que fui injusto e ingrato contigo. Hijo, mi padre me dice que debo ir mañana con él, en el momento justo de salir el sol. ¿Podré irme?".

"Padre", contestó el joven, "creo sí que debes marchar con él. Si él lo dice está bien". Y el padre contestó, observando el alto de la habitación: "Iré tata contigo mañana al despuntar el sol". Después exclamó feliz: "Hijo mío, no siento dolor alguno, y ya camino, ando por un sendero barroso, oscuro, con lluvia y cuevas repletas de alimañas repugnantes y horribles fantasmas".

El Ángel dijo al joven: "Dile que siga caminando, dile y repítele que lo haga hasta que él se halle en un lugar que le plazca y lo haga feliz"; y el joven ordenó: "Padre, sigue... sigue caminando".

Rato después, el padre dijo: "Ahora todo el ambiente mejora; escampó la lluvia, desapareció el barro, terminaron las cuevas pero persisten los fantasmas".

"¡Sigue caminando, padre; sigue caminando!", repetía el hijo con cariñosa y empeñada voz.

"Hijo", explicó otra vez el padre, "el paisaje disipó la bruma, el camino ahora es en césped amarillo, escaparon los fantasmas, pero nubes oscuras trepan el horizonte".

"Sigue... sigue caminando", repetía el joven... y así, de esta manera, el padre fue atravesando paisajes diferentes siempre, y siempre en mejoras hasta que al fin exclamó en asombro: "Hijo, al fin estoy en un hermoso lugar de sol y flores, quisiera quedarme aquí a descansar. Es tanta su magnificencia que me quedaría por siempre. Veo el cielo de un azul jamás visto; palomas que vuelan en círculo ¡son todas blancas!".

Y el Ángel dijo al joven: "Es el vuelo del Espíritu Santo".

"Veo, hijo, además, la Cruz sálida de Cristo enredada en flores

también blancas."

Y el Ángel dijo: "La humanidad del mañana".

"Veo, hijo, un río transparente y tranquilo."

Y el Ángel dijo: "¡La paz!".

Entonces el padre rogó: "Déjenme descansar aquí y para siempre".

"Allí sí quedarás", dijo el joven, "y con tu padre partirás mañana al salir el sol".

Después, el enfermo entró en agonía —su ronquido fue fuerte— atenuándose en las horas. El médico explicó al joven: "En realidad ya su padre no está; su pecho debe arrojar el aire acumulado en los pulmones. El desenlace será posiblemente en la madrugada". El joven entonces comentó: "¡Al salir el sol!", y callaron.

Y con el salir del sol, la imperceptible respiración cesó. Los médicos entonces anunciaron: "El doctor ha muerto".

Prestas, las enfermeras le acondicionaron el rostro, sujetaron su barba, le retiraron los anillos, bajaron el respaldar de la cama hasta dejarlo horizontal y una llamó diciendo:

"Los parientes y amigos que deseen despedirse del Doctor pueden pasar, porque debemos trasladarlo a depósito".

Y así, los hijos y familiares, los amigos y servidumbre en turno lo besaron y cuando todos pasaron, el joven, que se hallaba junto a su madre, sentados en un sofá contiguo, dijo: "¿Quieres ahora madre, besar a papá? Si lo deseas, lo haremos juntos".

"Sí, hijo", contestó la madre dolorida, y tomándose del brazo de éste se encaminaron al lecho yacente. Mas cuando se acercaron, el padre, que para poder moverle en esos días, por el impedimento de su alto y ajustado vendaje necesitó de dos personas, se alzó solo, se incorporó como sano, sosteniéndose con los brazos, seguros, tratando casi de impedir la ayuda de las enfermeras, que regresaron asombradas, y abriendo perfectamente los párpados, miró al joven y la esposa, su vieja compañera, como le dijera la noche antes, algo les quiso decir, con un movimiento leve de labios; después miró fijo al joven, sacudió con dificultad la cabeza como diciendo, sí; y por último, despaciosamente entornó un ojo, luego el otro, aún más lentamente y cayó.

El Ángel dijo: "Llegó a la protección del Señor. Descansa en paz".

• • •

PS: Fue el 15 de diciembre de 1942. Más tarde, el joven pintó la última visión del padre, para la oración recordatoria familiar.

## Santa misión

Mucho afectó al joven de Leo la pérdida de su padre. Su empeñosa tarea cumplida en él, lo dejaba doblemente huérfano.

"No hay edad para no experimentar este estado de ánimo", le dijo un día el Ángel. "Un buen hijo jamás ante el padre es hombre hecho. Siempre será su niño y por ello tú experimentas vacío. Tu padre está bien. Duerme su sueño. Lo tienes y tendrás siempre cerca, a pesar de su viaje iniciado. Por lo tanto, prosigue tus días, y como principal objeto de tu existir dedícate a cuidar y acompañar a tu resignada madre. Ella igualmente, a pesar de sus numerosos hijos y nietos, encuentra soledad. Tú eres soltero y la quieres como pocos, por eso es hoy tu entregada misión. Tus hermanos todos llevan su matrimonio en cargo, su vida es deber; debes pues comprender, tu madre necesitará apoyo, por lo tanto tú debes ser para ella, atender sus deseos y otorgarle el más pequeño gusto que en su íntimo descubras; lo recalco y lo repito. No distraigas en vano. Vive en tu trabajo, en tu arte, en tus amistades, en tus distracciones, pero que tu misión sea lo primero: ¡tu madre!

Hijo, yo conozco el provecho del bien, entregado al buen hijo, mas ese bien, si fuere dado por conmiseración o interés, será castigo. Tú no eres de esa laya de gente despreciable, por ello espero de tu bondadosa acción, que cumplas con mi ruego; complácete en su complacencia y complacerás a Dios.

Ve pues, eres ya en el camino..."

## Confesión de madre

Una tarde, la madre del joven de Leo invitó a comer a sus hijos diciéndoles: "Será la primera comida en mi nueva casa", y esa noche en cada plato de la mesa colocó un sobre con un dinero y un deseo de felicidad.

"Vendí la casa del centro y 'La Casona'", explicó al comenzar la cena. "Ustedes con cariño ejemplar renunciaron a la herencia de mi viejo, y hoy, en memoria de él, he repartido entre ustedes lo cobrado, suma que en verdad les pertenece.

Todos ustedes van hacia la vida. Todos tienen casa e hijos, y bien sé yo lo que cuesta llevar con dignidad y cuidado ese regalo que les ha enviado Dios.

Yo en este departamento me encuentro bien. Es nuevo, el ambiente es nuevo para mi, y para que ustedes sigan tranquilos les diré: Me he renovado sin olvidar los días que se alejaron sin alejarse; créanme, soy feliz."

Esa noche, al quedar a solas con su hijo mayor, con su hijo soltero, ella le dijo: "Sé que piensas que he mentido; sácate esa idea descabellada de la cabeza. Es natural que extrañe a tu padre, pero no tengo derecho de mortificarles. Y te confesaré, yo también guardé mi sobre con un sobrante. Dime, ¿para qué quiere esta vieja dinero alguno? Con mi rentita del campo, me manejaré. Con mi rentita mantendré mis caprichos y también los de mis nietos, y los de mis pobres, pero otra vez debo confesarte una única culpa que me martilla la mente el día entero. Guardé mi sobre para, si me fuera posible, conseguir una pequeña quinta por Vicente López, para poder en ella seguir cuidando flores y plantas, poder tener un lugar de sol para los nietos, y por supuesto un rincón para estar con tu padre. Soy una convencida de que él sigue con nosotros; entonces hijo, debo tenerle el lugar de verano, y de los días de sol, en invierno. Sabes lo que a él le gustaba recorrer los jardines, y escoger sus flores.

Sin decir aún a nadie este proyecto, ya me puse en busca de ese techo chico que será grande para mí; rincón en donde podremos encontrarnos otra vez todos. ¡Cuando un sueño acabó otro debe comenzar...! El que no sueña es un ser muerto, y yo, hijo... sueño.

¡El alto me lo entregue...!".

## ¿Cómo pasó?

Un mediodía de lluvia torrencial, el joven de Leo bajó al subterráneo para dirigirse a su trabajo. Apresurado, al bajar el último tramo de la escalera resbaló en las baldosas mojadas del piso, y al perder estabilidad, mas sin caer, causó en él un estado que no fue

precisamente de mareo, pero sí de pérdida de conocimiento.

El joven jamás supo, ni pudo explicarse, lo que después hizo porque con el arrancón del coche del subterráneo regresó en sí, con la exacta sensación de salir de un sueño. Se hallaba sentado junto a una gruesa señora que no mostró asombro y en la apretada mano que sintió acalambrada, al abrirla, encontró sobre su palma, la moneda del molinete. ¿Cómo le pasó?

## Dos cuadros

El joven de Leo tenía un amigo pintor. Era peruano. Una noche insistente le dijo: "Te pintaré como un Savonarola, tienes su tipo; pienso que resultará interesante". Y sin más, tomó un cartón que pasaba el metro de alto, dándose afanoso a la tarea proyectada.

Varias tardes trabajó con la minuciosidad del artista clásico, que en verdad lo era. Plantó al joven vistiendo hábito frailero colocando en su delantera, una mesa con un candelabro encima y a su costado un misal.

No satisfecho, porque él buscaba traducir en la composición un simbolismo en un impromptu, estampó varios desnudos de mujeres como escapando del misal.

El joven de Leo protestó ante los desnudos, pero el pintor explicó: "Tú debes interpretarlos como símbolo de tentación, recuerda a San Antonio".

Un atardecer en que ya casi terminaba el retrato, fue llamado por su mujer al teléfono y le dijo: "Debemos viajar a Perú por asuntos de familia, creo que no será por mucho".

Esa noche, el artista cubrió su obra y partió.

En la mañana siguiente, el joven de Leo quedó pasmado. La pintura del amigo había desaparecido, sólo quedaba la cobertura arrojada sobre el piso y en el caballete los pinceles usados.

Alarmado, llamó a Generoso. Ambos buscaron la obra; todo fue inútil, el cartón se había esfumado.

Tiempo después regresó el amigo; ya en el estudio se le explicó lo sucedido, y agregó el joven: "Este es el segundo retrato mío que desaparece en idéntica suerte".

Y el joven le relató lo ocurrido: "Una noche me llamó por teléfono

un buen amigo pintor con dotes de videncia diciéndome: 'Colócate en la postura que se te ocurra, en tu taller y queda quieto, yo desde el mío trataré de verte mentalmente, y si logro mi propósito te pintaré'. De inmediato obedecí y como la noche era fría me envolví en un poncho naranjo, tomé entre las manos una calavera humana y me senté. No pasaron veinte minutos cuando el amigo me llamó otra vez diciéndome: 'Ya está, te espero si puedes venir enseguida para que constates y me digas si ví bien'.

Acudí y quedé de pronto como ido. Luego me recuperé diciendo: 'Sí, sí, soy yo, con mi poncho naranjo y la calavera, a la que has copiado hasta su perforación frontal. Y he aquí el curioso hecho; el cuadro, al igual que el tuyo, desapareció de la pared en donde se hallaba colgado, en la noche que falleció su autor'.

El peruano dijo: 'Creo porque siempre creí en estos fenómenos y ello me da la pauta de que no debí pintar los desnudos. ¡He sido castigado!' ".

Otro día, un pintor español, conocedor de estas historias, dijo al joven de Leo: "Pósame con el poncho y la calavera, en la misma forma que lo hiciste con tu amigo el pintor vidente. Como soy creyente de ciertas normas astrales quiero ver qué pasa".

El retrato fue parecido pero no igual, y para conformar al joven de la ausencia del anterior y recordarle la experiencia, firmó su trabajo, con la firma del fallecido, y luego fue colgado en la misma pared.

Una tarde llegó al taller un sacerdote amigo, y al ver el cuadro exclamó casi en gritos: "Hijo, descuelga esa pintura que parece ser tu retrato, y tíralo; veo en él algo horrible; irradia un magnetismo maléfico que hace mal. ¡Sácalo! No lo tolero".

...Y el joven de Leo se dijo después: "Está visto que no debo tener en mi casa retrato alguno de mi persona".

¡Y lo archivó!

## Cortes de género inglés

Con gran reserva, un anochecer, ya a punto de cerrar las puertas de los Salones de Arte del Banco Municipal, se llegó al joven de Leo el Jefe de Ventas de objetos varios y le dijo: "Amigo mío, estoy

sumamente preocupado porque de mi sección han desaparecido varias piezas de casimir inglés que se hallaban expuestas para salir a remate. Dado el volumen y el peso de las telas, se descarta que hayan sido llevadas por el público; además, ¿cómo hubieran podido ser sacadas? Bien sabe usted que las puertas están vigiladas por policías y serenos".

El joven dijo: "Los cortes de género inglés fueron sacados por un peón que pertenece al cuerpo de maestranza, en horas tempranas, después de la limpieza; pero quede tranquilo, serán recuperados. Las telas están en la casa".

Esa noche, el Ángel dijo al joven: "El ladrón que nunca lo fue, es un muchacho casado, con dos hijos en su haber, de corta edad. Su mujer padece un mal crónico: el pobrecito cruza un difícil momento. No debemos permitir que por tres piezas de género, caiga una mancha sobre aquel hogar sano. ¡Hay dos niños! Por lo tanto, yo te avisaré el momento oportuno en que podrás avisar al Jefe de Ventas el lugar en donde se hallan los paños, para que les rescate".

Un sábado temprano, la voz dijo: "Envía al Jefe afligido al piso bajo, y que allí busque dentro de un casi ignorado placard que se encuentra detrás de la puerta siempre abierta, del baño de hombres. Dile que retire lo buscado, sin decir una palabra a nadie. Explícale que el empleado que tomó los géneros no pudo sacarlos por la notoriedad a que se exponía, escollo que él no pensó, y los dejó allí ocultos para cuando llegara el olvido. Él, hoy tiene franco con varios compañeros".

Obediente, el Jefe así lo hizo, y dijo que las piezas habían quedado caídas detrás de un mostrador.

Llegado el lunes, el Ángel dijo esa tarde: "El culpable halló la ausencia de su hurto, supo de la mentira dicha por el buen Jefe para ocultar una falta y justificar el encuentro, y comprendió".

Fue, así, salvado un hogar.

## Dos paisajes

Llegó un día, a la oficina de los Salones de Arte del Banco Municipal, un pintor nuevo; llevaba dos cuadros y dijo al joven de Leo: "Señor Director, necesito vender estos paisajes; los tomé en el Tigre.

Sabe usted, me encuentro en aprieto económico. Si usted fuera comprensible y me los quisiera aceptar para ser expuestos en la Sala de Venta permanente de Obras de Arte, créalo, le estaré grandemente agradecido".

Las obras esa tarde misma fueron colgadas. Una mañana de sábado, llegó el pintor a la Galería. Después de una semana de entregados sus cuadros, deseaba tener noticias.

Entró al Salón, y quedó desencantado; allí aún estaban sus paisajes que se le ocurrieron malos. Contrariado, se dirigió a la oficina del joven para aconsejarse; de sobra sabía que tendría una explicación pueril, pero confortaba.

El joven dijo: "No se lamente, ni piense que sus trabajos no merecen interés; en verdad allí están pero dentro de un rato no estarán porque en este momento llega un señor que acaba de salir del ascensor: él va hacia ellos. Ya lo veo observándolos con interés, y llama al ordenanza".

El pintor, impaciente, interrumpió diciendo: "Si usted me permite, iré al salón para enterarme".

"¡No!", contestó el joven. "No vaya porque escuchando estoy al ordenanza que dice en el mostrador: 'Fueron vendidos dos cuadros; el señor aquí presente abona y pide embalaje'."

Segundos después, se abrió la puerta de la oficina, entró el ordenanza y exclamó: "Los dos paisajes del señor, han sido vendidos y retirados".

## Los gobelinos de Austria

Un excelente muchacho, empleado de los depósitos de venta del Banco Municipal, repentinamente falleció una mañana.

En la noche siguiente de ser sepultados sus restos, el joven de Leo con los jefes del departamento de Arte y Tasaciones debían quedar en la casa, después del cierre, para revisar y preparar el remate de una magnífica colección de gobelinos pertenecientes a un distinguido noble austriaco, emparentado con la sociedad argentina. El lugar elegido para examinarlos y ser tendidos sobre el piso era extenso; se hallaba en el último piso del edificio, y era rodeado por una cadena de "jaulas compartimentos", depósitos destinados a encerrar los difentes objetos a venderse, o vendidos, o aún sin retiro.

La operación de esa noche, de prolija distribución, exigió la ayuda de cinco expertos y de varios ordenanzas y peones, que se ubicaron ante una alargada mesa cubierta de planillas informantes.

En el silencio de la hora, se escuchó subir el ascensor y el joven de Leo vio salir de él al empleado fallecido el día anterior, y que tranquilo se introducía abriendo la puerta de la jaula de ropas.

Como aquel muchacho era precisamente el encargado de los canastos rodados que servían para trasladar los objetos, y como constantemente él atendía con empeño ejemplar su trabajo, al joven de Leo no le llamó mayormente la atención su presencia, mas de pronto recordó que ya no era del mundo de los vivos y quedó confundido.

Sin demostrar turbación, preguntó a su compañero de mesa si había visto subir el ascensor y a quien de él había visto salir.

"No me fijé", contestó el aludido, "pero sí escuché subir el ascensor".

"Pero yo vi subir a nuestro amigo fallecido ayer y penetrar en la jaula de ropas", agregó el joven.

Todos escucharon y todos acudieron a la jaula de ropas, pero les fue imposible entrar: su puerta estaba con llave, mas el ascensor sí estaba allí.

Regresaron en risas nerviosas, y en ese preciso instante el canasto mayor, el que había sido traído con parte de los gobelinos aún no descargados, echó a correr con velocidad y se desplazó hasta el extremo opuesto del local. Allí se detuvo segundos, luego giró, y otra vez regresó al lugar de partida.

La sala de más de veinte metros de largo no fue suficiente para el escape de todos. El trabajo se dejó para la siguiente tarde. Temieron la noche.

## La soñada casa

Un llamado de teléfono hizo la madre de Leo, reclamando su presencia; presto el joven acudió y ella le dijo: "Tiempo llevo buscando mi 'quintita'. He visitado muchas, pero ninguna conformó lo que en mi interior llevo. Además, ninguna es en Vicente López, y sabes hijo que mi sueño es regresar allí. Y bien, ahora voy a lo que hoy me ha sucedido; casi ya estoy en mi sueño, pero mi sueño parece que aún no será".

El hijo exclamó impaciente: "Tu sueño será porque yo lo presiento y escucho algo, que desde arriba me dice: será... será... será".

"Hijo: Dios te oiga, porque creo que ya estoy medio trastornada, y no hay cosa peor que una vieja chiflada. Y ahora te diré. Esta mañana llamé al chofer, como hoy es día de Santa Rosa de Lima le pedí me llevara a su Iglesia, quería asistir a su misa y dejar limosnas. Satisfecha, salía de la oficial función y digo satisfecha, porque aparte de haber cumplido con mi Santa, le había pedido me otorgara la 'quintita' en Vicente López, si es que la merecía.

Subí al automóvil, y aquí fue mi asombro. Eugenio, el chofer, me dijo: 'Señora, usted que busca un chalet en Vicente López, el señor que en este momento sube al automóvil que está detrás de éste, tiene uno propio en venta, precisamente allí y justamente, señora, levantado sobre los terrenos vendidos por su familia. Dijo que un día pertenecieron a La Casona. Yo, señora, durante la misa hablé con el chofer, luego con el Doctor, pues él es abogado, y me ha dicho que si le interesa podremos ahora ir juntos hasta allá'."

"¿Y fuiste?", preguntó ansioso el hijo.

"Sí, fui", contestó la madre entusiasmada, "y encontré mi sueño. Todo lo que te diga es poco; el dueño, que es un ex diputado, me explicó que él edificó aquel chalet con la idea ya de morir en él, pero que la política otra vez lo reclama y quiere entonces venderle a una persona que valore aquello y le cuide. Necesita, me confesó, algunos pesos para comenzar no sé qué campaña".

"Madre", casi gritó el joven, "ya tu sueño es realizado sobre la chacra vieja de los abuelos, ¿qué más puedes pedir? Es realmente un milagro de Santa Rosa de Lima. No debes dejar escapar esta ocasión enviada por tu Santa en este su día".

Y la madre comentó triste: "Mi sobre no tiene lo que tenían los de ustedes y... no me alcanza".

"Madre", dijo el hijo, "el tuyo no tendrá, pero el mío está intacto; y desde ya te digo: ¡la casa es tuya!".

"Es un sacrificio", contestó la madre, "que no admitiré, por lo menos acepta mi parte e iremos a medias".

Y el hijo, besándola en abrazos le replicó: "Las medias son para los pies, viejita querida y desde ya te digo: ¡la casa es tuya!".

## Proyectos y sueños

Aquella mañana, el joven de Leo dijo a Generoso: "Necesito de tu cabal consejo, y de tu franca ayuda. Tú entiendes de casas de operaciones al respecto, es decir, de compra y venta de propiedades, y sobre todo sabes tratar a la perfección estos problemas, de los cuales yo no entiendo nada, por lo tanto te pido quieras resolverme, y cuanto antes, el problema de la compra del chalet de Vicente López, para mi madre. Recuerda, tal cual como te lo expliqué anoche, que yo estoy citado para esta tarde por el escribano del abogado, dueño de la propiedad; si no tienes inconveniente me acompañas, quiero realizar y finiquitar la compra si fuera posible hoy mismo".

...Y esa tarde hizo el joven la operación ansiada; luego viajó con Generoso a ver la casa. A aquélla, para estar realmente a la manera que quería el joven, había que hacerle algunas refacciones que ordenó.

Esa noche, con Generoso, planearon decoración y moblaje, y después corrió a ver a su madre diciéndole al entrar: "Mañana iré a ver tu sueño, hoy no me fue posible. Mi oficina me tuvo apresado, pero mañana sin falta iré, te lo prometo".

Cuando se sentaron a la mesa, en el plato de la asombrada madre estaba la boleta de la compra realizada con una tarjeta que decía:

"Sueño realizado. Santa Rosa de Lima".

## Santa Rosa de Lima

Generoso, con obreros y con las iniciativas del joven de Leo, realizó con marcada dedicación lo esperado. Una mueblería especializada en estilo rústico puso la casa al deseo del joven. Más tarde, éste adquirió cuadros antiguos y grabados ingleses, porcelanas y terracotas; un tapicero y un electricista hicieron el resto.

El jardín fue remozado con rosales, con un bronce artístico, con muebles de jardín y por fin, en el fondo, junto a la cocina blanca y completa, se colocó una parrilla para los almuerzos de los domingos.

Sobre el frente del chalet, el joven hizo enclavar en hierro forjado el nombre de "Santa Rosa de Lima", rodeándolo de enredaderas y ornado con un farol de perenne luz.

Un gran óleo, representando a la Santa, ya declarada patrona del lugar, coronó el muro enladrillado de la estufa de leñas.

El joven, feliz, nada había dicho a su madre de los trabajos que se realizaban en su futuro rincón de verano; la familia tampoco sabía, y solamente se preguntaba si el veraneo recomendado por el médico a la anciana señora sería en Mar del Plata. Era ya noviembre y convenía pensarlo con tiempo.

En un comenzar de diciembre, el hijo llamó por teléfono desde "la quintita" a su madre y le dijo: "Te espero a tomar el té, en Santa Rosa de Lima, ¡'tu casa'!".

Cuando la anciana madre llegó al chalet, bajo el parasol naranjo del jardín, sobre una amantelada mesa, se mostraban las floreadas tazas rústicas, parte del juego de loza que completaba el ambiente interior de la casa, aguardando el té entre masas.

Más tarde, cuando la madre recorrió toda dependencia entre asombro y lágrimas, el joven de Leo escuchó la voz de su Ángel diciendo: "Gracias, hijo mío. ¡Tu padre es feliz!".

## El pianista amigo

Ya instalados madre e hijo en "Santa Rosa de Lima", el día entero pasaban hablando de tantas cosas y de recuerdos de familia y por supuesto de "La Casona" a la que solían llegarse en las tardes, caminando las calles que en el alejado ayer les pertenecieron.

Una noche, ya retirada a su descanso la madre del joven, resolvió éste hacer una escapada hasta su estudio; necesitaba algunas pinturas para terminar una decoración que realizaba en su dormitorio.

Con tal fin, tomó un colectivo en la parada de la avenida Maipú: era allí el lugar para el centro, es decir, principio de viaje. Vacío el coche, se ubicó en un asiento delantero para recibir el fresco. Hasta el Puente Saavedra no se detuvo; no halló en el camino pasajero alguno. Sin embargo, el joven comenzó a escuchar una voz ronca que le decía pausadamente: "Llega ya el final de los tiempos. Tú decías bien, y dices aún, cuando explicas el Apocalipsis y anuncias el caos".

El joven, sorprendido, intentó darse vuelta para enterarse de la persona que de tal manera hablaba, pero al intentarlo trepó un nu-

trido grupo de gente que le impidió hacerlo.

La voz, sin dejar de hablar, prosiguió diciendo: "El futuro del mundo es guerra, es perversión humana, es falsedad, rencor, encono; llega el Gran Cataclismo, el nuevo diluvio, las explosiones gigantes; llega el fuego".

Cuando el coche llegó a la esquina de Santa Fe y Junín, allí se vio un grave accidente de automóviles. Delante de uno de ellos se encontraba tendido sobre el afirmado, un hombre grueso —tal vez herido, tal vez muerto. Entonces, la misteriosa voz dijo: "Observa bien a ese hombre caído, porque yo estoy igual y estaré igual; por día y por siempre ¡tú lo sabrás!".

El colectivo, al llegar a Plaza de Mayo, se detuvo por cambio de pasajeros y la voz anunció: "Muy pronto, aquí en este lugar histórico, se alzará un gran incendio y turbas destrozarán iglesias; habrá muertos y heridos; debes cuidarte, ya que eres vecino; será una noche de llantos".

El joven de Leo, viendo ya la cercanía de su calle, se dijo: "Mi barrio es oscuro y si bajo con este desconocido detrás, temo, a pesar de que le quiero conocer; por lo tanto descenderé cuando lo hagan varios pasajeros, no importa la esquina, y escaparé con ellos".

Detenido el coche en Venezuela, se produjo un pelotón que bajaba, y el joven se agregó a él en último lugar. Ya en la calle, tentado por ver al dueño de la voz, quedó en la vereda hasta que partió el vehículo, pero en el asiento que debía hallarse, no había nadie.

El joven quedó intrigado, lleno de conjeturas inexplicables, mas cuando fue a cruzar la calle, descubrió a su lado la figura de un hombre amigo que reconoció: era un gran pianista, de conocida actuación, con quien se encontraba algo distanciado, por una discusión tonta. Era un auténtico bohemio: vestía según le parecía, a pesar de su edad seria. Las noches las pasaba recorriendo bares y cafés, tocando el piano, cantando y bebiendo; jamás regresó a su casa, un departamento amplio en donde vivía con dos hermanas, antes de salir el sol. Era su vida y era feliz.

"¡Tenías razón!", expresó fuertemente mirando al joven. "Perdona mis impertinencias y mi incredulidad a tus premoniciones. ¡Ahora lo sé!"

El joven, al mirarle, quedó asustado. Era él indudablemente su amigo, pero no lo era con exactitud. Se mostraba de joven rostro,

vivaz y algo más grueso, y se cubría con una robe de seda azul marino.

Sin agregar más, cruzó la calle, penetró a un bar, dirigiéndose tranquilo hacia el "toilette". El joven de Leo lo siguió y se sentó en una mesa pidiendo un café, para esperar su salida. ¡Quería hablarle!

Largos minutos pasaron y como no volvía, el joven fue en su busca temiendo que le hubiera pasado algo. Vana fue la búsqueda, en el lugar no había nadie. Al salir, halló junto a la puerta a un lustrabotas, y le preguntó si él no había visto entrar al baño a un señor vistiendo robe azul.

"No, señor", contestó el interrogado, "no he visto a nadie entrar allí en toda la última hora de esta noche. Con el calor la gente acude a la Costanera. ¡No hay negocio!".

En la tarde siguiente, ya otra vez en Santa Rosa de Lima, tomó el diario y halló el accidente de Santa Fe y Junín y de una única víctima fallecida.

Luego de comer, un llamado telefónico le hizo saber que su amigo el pianista había fallecido víctima de un colapso cardíaco, encontrándose solo en su casa. Al parecer, él se había agachado para desprenderse los zapatos, y cayó sobre el piso del balcón. Las hermanas ancianas, de regreso de un fin de semana, lo hallaron allí.

El joven de Leo quedó confuso, comprendiendo lo que la voz le dijo ante el accidente de la calle Santa Fe. "Yo estoy así."

## Rosas blancas

"Se trata, hijo mío, de una niña que en verdad es un cristal. Ella vibra con los sentimientos ajenos y habla con la alta palabra de la divina sabiduría. Se halla enclaustrada en una cama, de resultas de un accidente que mató su cuerpo desde la cintura para abajo; y amigo mío ella, esa bendita criatura, desde allí, desde esa prisión angustiante, ayuda a pobres y a enfermos, maneja comisiones de caridad, ordena, envía y llama para que la secunden. Su telefóno es arma de trabajo, y sonríe, sin quejarse jamás. "Vengo a pedirle por ella", agregó el Padre Castro. "Yo la conforto en lo que puedo, pero hay un pero, yo visto hábito, y ella necesita de un amigo sin tal, de un compañero que la comprenda, que le discuta, que le hable de los

temas preferidos. Ama los Evangelios y los fenómenos espirituales, también la música, la pintura, los libros, los idiomas; en fin, que yo he pensado que esa persona indicada para colaborar conmigo en esta obra que llevo impuesta desde largo tiempo, es usted. Créalo, me asusta el momento que pasa esta hermosa muchacha hasta ayer irradiando vida. Un estado hepático la ha decaído y en forma tal, que como le dije; por primera vez en los años de padecimiento que lleva, años que a pesar de sus intensos dolores jamás se quejó, esta mañana me ha dicho: 'Padre, la vida me cansó'. ¿Comprende entonces, mi buen amigo, lo que le vengo a pedir?"

El joven de Leo contestó: "Padre, su obra será de los dos".

• • •

Una tarde, la joven princesa, como la llamó desde los primeros días de amistad el joven de Leo, dijo: "Escuche, mi príncipe azul: sus magníficas horas de charla amena, rodeada de sus dotes morales y psíquicas, han devuelto en mí, días que creí terminados, gozo una intensa alegría de vivir.

Jamás quise morir, pero compréndame y no me condene. Esta pobre flor se marchita sin el jardinero que la cuidara... ¡y el jardinero estaba tan lejos...! pero, llegó".

Y así, de esta manera sencilla, de niños jugando como tales, conversaron de mil temas, comprendieron verdades que no creyeron, hablaron de la existencia espiritual, y una noche, llamaron a Fray José.

Después los años corrieron, entre disputas nunca serias, aclaraciones, mutuas reconciliaciones, estudios sobre la vida astral, sobre las realidades telepáticas, sobre los astros habitados, y sus habitantes; además hablaron de arte, y los sorprendió el amor.

"Un sueño me ha dicho que pronto podré caminar y que un novio elegante y buen mozo me llevará al altar", explicó ella. Y el joven dijo: "Y ese novio aunque no tan hermoso ni elegante, el que la llevará un día ante el altar, creo que es una persona sumamente parecida a mí, y como le sé parecido, hoy me adelanto a él, ofreciéndome rendido como príncipe, enamorado para llevarla ante Dios... Cantando".

...Y se comprometieron, y ya como novios hasta riñeron.

¡Fueron felices!

Una noche, fue milagro, la hermosa niña comenzó a mover las

piernas, los médicos no supieron qué pensar, éstas se hallaban virtualmente aisladas desde la cintura y por lo tanto no podrían recuperarse jamás, pero fue este hecho el comienzo de un sueño, sueño que fue sueño, y que siendo sueño de esperanza; fue su último... fue de paz.

"¿Sabes, mi príncipe?", exclamó ella una tarde al ver entrar al joven. "Hice comprar un corte de terciopelo blanco para hacerme la primera 'robe' que llevaré. Deseo recibirte caminando en el jardín entre sus flores; se acerca septiembre y quiero compartir mi felicidad con ellas, con los pájaros y con las mariposas. No olvides y recuerda que en septiembre nos comprometimos: fue el 22 y lo hicimos en ese día por decirle nuestro símbolo: ¡los dos patitos! Tal vez en este septiembre si progreso como espero... podremos casarnos."

Esa noche hablaron con el Alto, y la voz de su padre le dijo: "Hija, en la primavera que llega, juntos recorreremos los caminos recogiendo las rosas más hermosas del mundo".

Ella, entusiasmada con la promesa, preguntó: "¿Podré llevar a mi príncipe azul? El pobrecito es reacio para andar los caminos, pero le convenceré y juntos elegiremos las rosas", agregó sonriendo.

El joven festejó la ocurrencia de su princesa, y sin imaginar desdichas prosiguieron los días... jugando.

Llegó septiembre; misteriosamente, la niña hermosa, sin razón aparente, comenzó a decaer visiblemente, física y moral. Adelgazada y triste, rogaba a su príncipe que no la abandonara, se sabía mal, y mantenía que cuando una mujer pierde belleza, el hombre en otra encuentra realeza y se va.

El aguardado día del aniversario de comprometidos, el joven envió a su princesa un ramo de sus preferidas rosas blancas. Ella, alejada ya de su realidad de vida, dijo: "Soy feliz, mi amado príncipe. Tanta gente atenciosa ha venido a nuestra boda. Gracias por tus maravillosas rosas blancas, gracias por tus bondades, gracias por tus enseñanzas, y gracias por llevarme esta tarde, como me lo prometiste un día ¡ante el altar! y transmite mi eterno agradecimiento a todos los que nos rodean y me hicieron bien, sin olvidar a mi santa madre y hermanos". Después besó a su príncipe en la frente y se recostó, deseaba dormir un rato, sabía que debía partir esa noche con su esposo amado y por fin ser con él la esposa feliz; mas agregó con dificultad: "Mi príncipe, no te alejes, pienso como siempre que

cuando una mujer pierde belleza...". No alcanzó a terminar su refrán: quedó dormida.

En ese instante, un velón de iglesia que le trajera el Párroco del vecino Templo, cuando le entregara los últimos sacramentos que ella recibió consciente en un momento de lucidez admirable, fue prendido y colocado junto a un antiguo San José vestido; separó su llama del pabilo, ésta se elevó despaciosamente hasta el "cielo raso" y regresó pausada, a su abandonada mecha, quedando serena.

Entonces, el joven de Leo recordó las palabras del padre de su prometida: "Hija, en la primavera recorreremos los caminos recogiendo las rosas más hermosas del mundo..." y lloró.

Esa noche, el entristecido joven estaba sentado junto a la madre de su prometida amiga, y ésta le dijo: "Me preocupan las palabras de mi hija en su deseo de llevarle a usted con ella; recuerde que hasta que se durmió, dijo: 'Ven a nuestro paseo, por el jardín de las rosas hermosas' ".

El joven no dio importancia y callaron.

• • •

La madrugada fue de intensa lluvia. Corriendo las calles ya sin luces, dentro de un automóvil de alquiler, el joven de Leo, que se había retirado para descansar y volver, pensó que bajo el torrente de agua cayendo, y con la única luz de los faroles del coche, podía fácilmente suceder un imprevisto accidente, y se atemorizó, recordando las últimas palabras de su novia: "Ven a nuestro paseo, por el jardín de las rosas hermosas".

Corriendo y más corriendo, el automóvil tomó por Suipacha hacia el sud, y justamente al querer trasponer el cruce en Bartolomé Mitre, frente a la Iglesia San Miguel, un camión de reparto de diarios, que igualmente corría hacia Florida, le salió al encuentro, y por evitar el topetazo, el automóvil del joven, escapando del camión, trepó el atrio de la Iglesia, quedando detenido ante su portal.

Emocionado, el chofer exclamó: "Señor, hemos nacido otra vez, Dios nos salvó en su Iglesia; hay que creer o reventar" y en ese instante, el joven escuchó a su Ángel decir: "Tú temías partir ¿no es verdad? Has vivido aquí la prueba de que ello no será. ¡Quédense tranquilos!".

Más tarde, con el primer claro del día 23, cuando el joven de Leo

abrió la puerta de su departamento, vio allí en su interior penumbroso, aguardándole en sonrisas y de pie, a su prometida con atavío blanco: entre sus manos tenía ¡rosas blancas!

• • •

Hoy es el día en que el príncipe azul y su princesa, en la soledad del estudio... hablan... y son felices.

## El puerto en follajes y sol

Una mañana, el joven de Leo se despertó con la impresión de haber viajado hasta un puerto soleado de costas en follaje, de edificación blanca y techumbres rojas, de cálido ambiente, de gente amistosa, de mujeres hermosas, de hombres fuertes y sinceros, de niños bullangueros, corriendo tras sus perros esquivos.

Había visto, al alejarse del lugar embarcado en una pequeña nave, al puerto ya en sol de tarde, que iluminaba un gran barco blanco de compañía inglesa, amarrado a su muelle concurrido, y cerca de él lanchones verdes cargados de sandías y bananas.

Ese día, el joven de Leo tuvo la mente ocupada con aquel sueño de verismo exacto; tal fue, que guardó la impresión de recién desembarcado.

Un domingo de tarde, después de su viaje soñado, Generoso le dijo: "Aprovechemos la tarde limpia caminando por la costanera; nos hará bien, tomaremos el té en el 'Munich' del paseo".

Así lo hicieron; caminaron tranquilos y como en el proyecto entraba tomar el té en el lugar alemán, allí entraron.

El local se hallaba completo, pero la suerte quiso que se desocupara en ese momento una mesa con amplia vista al río. Animosos conversaron. Tomaron el té, y de pronto la voz de Generoso exclamó vivaz: "Mira... mira el horizonte sobre el río". Rápidamente, el joven obedeció y ambos vieron el puerto soñado por el joven de Leo. Allí estaba el muelle con andar de gente. Allí el follaje del fondo, las casas blancas de techos rojos y allí, se destacaba el gran barco blanco junto a los lanchones verdes.

La visión fue fugaz, perduró segundos; pasó como si hubiera sido una placa de linterna mágica, se corrió de derecha a izquierda,

y aquel puerto desapareció.

Ambos quedaron perplejos; un vecino de mesa que también miraba, observó el fenómeno y dijo a su niño: "Un caso extraordinario de espejismo".

El joven se dijo: "Si ese puerto lo soñé y lo viví; si ahora lo ví en espejismo, algo significa"; y el Ángel le dijo: "Significa hijo, que avanzas en tu plano astral; medita y agradece porque se acerca la hora de saber".

## El "Fournier"

"Una noche, éramos en mi taller varios amigos en amena charla", relataba el joven de Leo, en un almuerzo amigo. "Éramos varios y uno de ellos dijo: 'Experimento una rara sensación que no puedo explicarla, pero me angustia'.

Entonces, según los presentes, yo exclamé en fuerte grito: '¡Qué terrible! ¿Por qué mi compañero de cabina me mira con un desmesurado ojo abierto? ¿Por qué las almohadas y los objetos flotan contra el techo? ¿Por qué estoy bajo el agua salada del mar? ¡Oh! ¡Qué frío espantoso! ¿Por ello gritan hombres que no veo? Pero ya veo el fondo del mar en noche. ¿Por qué mi cuerpo está en la cama y camino la cubierta entre peces y hombres muertos?'."

Alguien dice: "El barco se hundió, fue una explosión de los artefactos ocultos, fue imprevista y lo despedazó."

"El sabio que traía el artefacto con dos personas más, viajan en una chalupa con provisiones hacia la costa, pero morirán de frío; otra chalupa igual va, e igual perecerá.

Estoy en el mar, estoy en la cabina, soy sin cuerpo, no sé quién soy, mas tengo manos que se crispan; y el que habló, prosigue nombrando en llamado a la tripulación. Apunten sus nombres para avisar a las familias, porque todos están ahogados. Nada sabrá nadie hasta dentro de tres días, será necesario que así sea y suceda.

Aquí desperté de un trance que no advertí. Estaba helado como los amigos. ¡Mi estudio olía a mar!

Tres días después los diarios de la mañana anunciaron 'Naufragio del Fournier'."

# El mal farol

"He venido con el automóvil a buscarte para dar un paseo y tomar sol. Si te parece, nos llegaremos a Ezeiza, la tarde se presta y especialmente podremos conocer el aeropuerto, que se comenta es de asombro." Así dijo un amigo al joven de Leo, entrando a su estudio.

Bajaron el ascensor desde su séptimo piso, y ya en la puerta hallaron a Generoso que, con su mujer, se distraían viendo pasar los autos y las gentes de domingo. El invitante les dijo gentil: "Sería yo feliz si nos acompañaran. Vamos a Ezeiza". Y los cuatro partieron.

El viaje fue placentero, y ya de regreso tomaron el té en Belgrano. Al salir del salón, caía la tarde, ya a oscurecer. Entonces el amigo dijo: "Les llevaré hasta el punto de partida". Él vivía en Olivos, pero lo haría con gusto.

El joven de Leo escuchó a su Ángel decir: "No suban al automóvil, el regreso háganlo en tren. Es preciso que así sea".

Vanas fueron las palabras del joven al amigo para no subir. Él le dijo: "Tú vives en Olivos, es tonto que te llegues al centro. Nosotros tomaremos el tren, y será cómodo para todos". Mas fue inútil hasta que tranzaron: se despedirían en el subterráneo de Plaza Italia.

La noche había llegado casi. Las luces no habían sido aún prendidas. Marchaban dicharacheros por la ancha avenida del Libertador, cuando al llegar a la esquina de la calle Oro, el automóvil, sin saberse por qué causa, giró bruscamente hacia la derecha y fue a estrellarse contra la columna de un farol. El golpe fue recio; varios quejidos fueron escuchados por el joven. El amigo se quejaba de las rodillas, la mujer de Generoso de la boca, en tanto éste exclamaba: "No es nada, felizmente no es nada".

Entonces el joven de Leo se dijo: "Gracias, Dios mío. Yo nada he sufrido" y esto diciendo elevó las manos al pecho y quedó sin saber qué pensar; su ropa sopaba en sangre. Azorado, buscó la causa y descubrió en el parabrisas un boquete que dedujo fue hecho por su rostro.

Rápidamente, trató de palpar su frente; no alcanzó a tocarla porque desde la barba pendían desprendimientos del cutis. Generoso lo descubrió, quedando espantado de su aspecto; tenía la cara virtualmente destrozada y sobre la sien derecha una arteria abierta

despedía sangre como chorro de pomo.

Automóviles con gente curiosa se detenían ante el hecho, mas al observar la gravedad del herido escapaban. Sin luz, solamente con los faroles del coche. Generoso —enloquecido— alzó en brazos al joven y con él se plantó delante de un automóvil que llegaba, gritándole ordenatorio "Al hospital, que se muere".

El joven, con tranquilidad asombrante, repetía: "No te aflijas, Generoso, me voy en sangre, me siento bien. No es nada... No molestes a persona alguna, no sufro. Quédate tranquilo".

El automóvil llamado se detuvo; el joven, sacándose el capote dijo: "Le pondré en el sillón del coche y me sentaré encima para no manchar la tapicería".

Generoso, en tanto, con pañuelos que recogió entre la gente, trató de taponar la arteria hasta que llegaron al Hospital Fernández.

El médico de guardia dijo al joven cuando le atendió: "Señor, debemos hacer con usted una proeza en frío. No se le puede anestesiar, ha perdido dos litros de sangre y debemos suturar sin pérdida de tiempo, porque está al borde de un colapso".

Cinco practicantes y el médico, trabajaron empeñosos y vendaron con magnífica pericia. La herida que comenzaba en el bajo de la barbilla, tomaba íntegramente la nariz, subía a la frente y terminaba en la sien.

Uno de los practicantes dijo al joven, el que ni por un momento se quejó, asegurando no sufrir: "Amigo, usted me va a maldecir toda su vida, porque no tuve tiempo de hacer una unión de arteria en forma. Lamentablemente le quedará una saliente tal vez fea porque me vi obligado a anudarla, eso sí, de la mejor manera posible".

El joven contestó: "Será un nudo que toda la vida me hará recordarlos bendiciéndolos, porque ustedes me regresaron".

Terminada la tarea, el médico dijo: "Señor, usted tiene un Dios aparte, porque su prolongada herida ha pasado a milímetros de centros vitales que pudieron, de ser tocados, ocasionarle la muerte instantánea. En la barba rozó la carótida, en la nariz, al subir a la frente, rozó el seno frontal, y en la arteria cortada rozó la sien. Su caso es verdaderamente milagroso, y le diré el por qué, pues en ese farol ayer tarde, tuvo el mismo accidente un matrimonio joven, que allí quedó. Además llevamos numerosos casos exactos, tal es así que se le dice al farol: 'el farol asesino'. La dirección de este establecimiento ha

pedido al municipio que le saque. y lo curioso de este caso. señor. es que todos los heridos en ese lugar dicen que la causa es de una fuerza invisible. que les lleva a girar la dirección hacia la columna como si aquella tuviera imán".

El joven aseveró. porque el amigo dijo. pasado el choque: "No me explico ni me explicaré nunca lo que me pasó. pero juraría que una mano no visible me obligó a girar hacia el farol sin poderlo evitar".

Esa noche. el joven de Leo escuchó a su Ángel decir: "Existen lugares malditos; ese es uno. por eso te pedí que no subieran al automóvil. Mucho me costó evitar males mayores: pronto curarás y curarás de manera asombrosa. No te marcará el rostro rastro alguno y el nudo de la sien apenas será notado. Agradece al cielo su protección. Él hizo que encontraran a Generoso y a su mujer. Sin el amigo hubieras terminado al pie del farol. Reconozco que vencimos al mal, y te adelanto: la columna asesina será sacada".

Y al tiempo lo fue.

## El último verano

Varios veraneos gozó la madre del joven de Leo en Santa Rosa de Lima con su compañía y con la concurrencia de sus hijos. nietos, sobrinas y amigos.

Los domingos la anciana señora siempre reunía a su "familión", como ella decía. para almorzar en el jardín sus parrilladas con sus dulces y postres. Si bien ella tenía su servidumbre. le gustaba andar de aquí para allá con todo plato y botella y también cambiar discos o buscar ondas radiales. Fue su vida —la vida constante de Santa Rosa de Lima— en todos los veraneos e igualmente en todas las tardes de sol en los inviernos. ¡Fue feliz!

Una mañana del último verano que ella allí pasó, no pudo levantarse; un agudo dolor de columna se lo impidió. El médico le aconsejó el regreso a la ciudad. La humedad del río era la causa, y si se quedaba podía agravarse.

Ella, desobedeciendo al médico, quedó atenuando sus dolores con medicamentos que. si bien en un principio la aliviaban, después fue poco o nada. En abril marchó. y dijo al hijo: "Mucho te agradezco todo lo que has hecho por mí. He pensado que tal vez pueda hacer

algunas escapadas en los días de sol, pero pienso también que puedes alquilar esta casa, te será bien paga. No es justo que tengas tus pesitos detenidos".

"Mientras puedas hacer tus escapadas de domingo y de horas de sol, ¡la casa es tuya!", contestó el hijo.

"Ese es el premio, madre querida, que tú me entregas... ¡Gracias!"

## Soledad

Huérfano y perdido quedó el joven de Leo con la desaparición de su madre —de su novia, de su amiga, de su hermana, como él siempre le repetía entre mimos y risas. Habia partido como una santa, bendiciendo a sus hijos, a sus nietos, a sus amistades y a su servidumbre, agradeciéndoles favores y cariños; además, al joven de Leo, su inmensa dedicación y su "Santa Rosa de Lima".

Una tarde, con voz apagada, le dijo: "Tú conoces, hijo, el Cristo Nazareno, de la 'capillita' de la Casa de Ejercicios. Yo le visito periódicamente; la última vez que le visité, antes de llegar a tu casa, noté que su hábito está ya muy ajado; ¿podrías hacerme el favor de ocuparte de su renovación? Sé que lo harás ahora con mejor gusto que yo; pronto me levantaré, y podremos arreglar cuentas y volver a nuestros paseos acostumbrados que no olvido. ¡Lo deseo tanto!

Anoche pensaba que si te jubilaras, como vienes hace tiempo anunciando, podríamos viajar. Tengo ganas de tomar un barco, llegarme con él a Corrientes, pasar allí unos días con los familiares, y después seguir hasta Asunción. Créeme, quisiera ver otra vez aquellas mujeres del mercado, tan andaluzas, y escuchar las canciones populares que tanto gustaban a tu padre.

El médico me ha dicho que, de seguir así, antes de un mes me levantaré; así que hazme el gusto, arregla tu jubilación y partiremos. Será un viaje de sueño, pero no olvides ahora a mi Cristo Nazareno: el pobrecito está... pobrecito".

La anciana dama descansó al comenzar diciembre. El joven de Leo lloró a los pies del Cristo de la Casa de Ejercicios, ya con su nuevo hábito rojo con bordados en oro.

¡Fue su quinto llanto...!

¡Quedó solo!

# Chopin

Generoso Ruiz de Idarraga, siguiendo el empeño puesto por el joven de Leo, pintó con entusiasmo. Una tarde presentó, con rotundo éxito, una gran exposición en una seria galería en la calle Florida. Lo aplaudió la crítica, y vendió íntegra su obra.

Al año siguiente, fue invitado para exponer sus trabajos por el Director de una nueva galería de pintores modernos. Esa mañana, el joven le dijo: "Te ayudaré a llevar tus cuadros, y a colgarlos; luego almorzaremos en el centro, buscaremos los catálogos y cómodamente podremos estar en el salón, antes de la hora de apertura".

Y así hicieron. A las cinco de la tarde, se encontraban en la exposición, todo listo para la apertura.

La exhibición fue otra vez un éxito: el público se agolpó en la puerta, aguardando que se abriera.

Casi pasadas las cinco, llegó al lugar un pintor vecino del joven de Leo. Venía acompañado por su familia. Ellos habitan el piso inferior de su taller. El pintor, al ver al joven, se le acercó intrigado y casi sin saludar le preguntó: "¿Cómo ha hecho usted para llegar hasta aquí, tan pronto?".

"¿Cómo?", contestó el aludido. "Tan pronto creo que no, porque con Generoso estamos aquí desde antes de mediodía." Y el joven explicó con detalles la íntegra acción llevada a cabo desde temprano.

"¿Quién entonces toca el piano tan maravillosamente en su casa?", preguntó aún más intrigado el pintor.

"Nadie hay en ella, por lo tanto al piano nadie lo puede tocar", contestó el joven. "Además, nadie pudo entrar por su única puerta porque jamás a nadie di mi llave."

"¡Asombroso!", comentó una hija del vecino. "Porque en su piano ha sido ejecutado un extraordinario concierto de Chopin."

"Tan destacada era la ejecución que todos dejamos el almuerzo y subimos a su piso para escuchar mejor." "En silencio nos sentamos en la escalera del palier, quedándonos allí hasta no hace aún media hora, en que dije: 'Es lamentable abandonar este piano, pero la exposición de Generoso nos espera'."

Por supuesto, los comentarios fueron múltiples, no encontrando explicación posible. Se dijo del imposible de la entrada como primer factor probable. Y se dijo de un segundo a descartar sin deten-

ción. ¿a qué gran pianista se le pudo haber ocurrido llegarse a un pianino ajeno para ejecutar únicamente temas de Chopin? El solo pensarlo era caer en el absurdo.

Ya de regreso, todos corrieron al departamento del joven de Leo. Éste. nervioso y apresurado, abrió la puerta. prendió la luz y el asombro fue general. Allí el piano se encontraba abierto y el cubreteclas, encima.

Un suave perfume de sándalo sahumaba el ambiente.

## Clamor de madre

Una mañana, al levantarse el joven de Leo, la voz amiga dijo: "Ve a tu trabajo, acógete a la jubilación que ya tienes resuelta, y retírate tranquilo. Malos vientos corren, y llegarán presto al país, por lo tanto, es mejor estar a salvo de toda contrariedad.

Ya tu deber y misión en parte han sido cumplidos. Mucho hicimos allí. Mucho sufrimos los embates de los codiciosos que fueron muchos, pero vencimos. Llega otra vez un cambio total de regímenes y costumbres. El desorden se apresta y, querido, tu edad exige descanso".

Obediente, el joven fue esa tarde a su empleo y presentó su renuncia; y cuando al final del horario quedó solo en su oficina de años, rememorando tantas anécdotas allí sucedidas con amigos, con extraños, con novatos artistas, con niñas y señoras pintoras, y laboriosas trabajadoras del departamento de Acción Social, además de las vividas con sus fieles empleados, sus ordenanzas, peones y personal del Banco; alejado estaba en este desfile de gratos recuerdos más que ingratos. cuando entre inevitables lágrimas, vio aparecer una niebla del tamaño de una persona, pero sin forma definida, que se acercó a su escritorio y dijo con apagada voz: "Señor, amigo, en cierta ocasión usted supo protegerme de mi mal hijo. Usted le reprendió siempre pero con mal resultado. Un día enfermé grave; después de tantos padeceres, él, fastidiado, me internó en el Hospital Rivadavia y allí me abandonó. Usted, con su amigo Generoso, me tendieron la mano, cerré los ojos bendiciéndoles.

Hoy lloro por mi hijo, sálvelo usted si puede. Quiere matarse. Comprenderá mi pedido. Una madre vela siempre por los hijos y él

fue 'único'. Ya, señor, me retiro, soy una sombra que necesita paz; sé que no la tendré mientras en mi hijo persista la idea de muerte.

Compadézcale y compadézcame por lo que pueda hacer. Mil gracias". La nubecilla tenue, desapaciosamente, se evaporó. Tiempo después... el hijo se mató.

## Remembranza en soledad

En aquella tarde fría, el joven de Leo acababa de entregar su "Santa Rosa de Lima" a sus nuevos propietarios, ahora ellos felices. Luego, distraído, caminó las calles de Vicente López bajo una tenue lluvia, diciéndose: "Ayer fue 'La Casona' la que en idéntico trance afligió a mi madre, mas ella guardaba un consuelo: el bienestar de sus hijos. Hoy yo solamente llevo el desgarrante de un tibio pasado que escapó, de un pasado terminado, que sobradamente lo sé para siempre en su final. Nada regresa desde el atrapar del Tiempo. Toda acción se aleja, dejándonos el amargor dolido de lo que fue".

Así diciendo, descendió sus pasos por la barranca hacia la ribera, cuando sorpresivamente se halló frente a la Vieja Casona de su vivida niñez, ahora caserón manchado en humedades de avanzada edad, sobre un abandonado jardín en obras de una refacción planeada.

Receloso, entró. Nadie había allí, con la inhóspita tarde de desfalleciente hora. Recorrió lugares preferidos. Luego buscó asiento bajo las ojivas de su corredor de siempre, en el que aprendiera sus primeros pasos, tomado del poblado pelaje de un Terranova fiel. Después, cruzados largos minutos de meditado recogimiento, emprendió su regreso hacia el centro.

Esa noche, ya en su estudio, el Ángel le interrogó diciendo: "¿Escuchaste hijo, allá, bajo las arcadas rotas del caserón yacente, el hálito dormido que no se percibe, mas se escucha?".

Y el joven contestó: "Escuché sí, lo que no se percibe". Entonces el Ángel agregó: "Escribe ahora lo que encierras". Y el joven escribió: "Llovía sobre el terroso mantel de la vencida Casona, el cielo plomo parecía caer sobre el suelo enlagunado, con pastizales pintados, en tonales apagados, desteñidos e inundados con reflejos azul-gris. Y en aquel gris azulado, que regía el escampado de la hora desprendi-

da y entorchada por caudales abismales, destacábase el alabastrino perdido de la glorieta enredada por estrellas coloradas y jazmines del país.

Las palomas recorrían arriesgadas y alarmadas el paisaje ensombrecido y, sin miras de salir, el invierno se estrenaba en este día sin vida, y los gorriones, las torcazas, los horneros y los teros, guarecíanse en sus alas, temerosos de sufrir consecuencias de este tiempo, que llegaba de repente con las aguas persistentes, que embargaban dúctilmente el paisaje empobrecido por el nublado matiz.

¡Cuánta nostalgia encerraba esa desdibujada hora en que el frío se allegaba con su toga desplegada y desmañada! ¡Cuánta belleza tendía esa tristeza sobre la entonces bendita Casona, porque tú, ¡oh, madre ausente! en tu cuidada salita de empapelados con listas y cortinados azules te mostrabas en las tardes, realzada y ataviada, entre flores, entre pájaros, entre espejos, entre plantas, entre perfumes de Francia y pebeteros de Oriente.

...¡Cuánta poesía allí vivida! ¡Cuánta serenidad habida en ese desadornado Templo, en mi niñez discutida y observada! Esa habitación, hoy fría y arrumbada, en que tú, en aquellas tardes en contento, tejías, o bien bordabas, o también en el piano ejecutabas las canciones no olvidadas de tu no alejado ayer.

Cuánta sencillez y cuánta vida apacible se escapó, cuántos años le tomamos al destino con nuestro feliz designo, sin pensar que nuestras horas hermosas tenían que terminar como acaba el agua clara, en las apretadas manos, para no volver jamás.

...¡Y qué solo quedó todo, bajo la retirada tarde en la callada Casona!

¡Cómo inundó la pradera!

¡Cómo perdió la fragante enredadera su galanura y su tez!

¡Cómo agonizó el misterio!

¡Cómo rodó su agonía!

¡Cómo se alejó la nada!

Y tu oración mística y alada... silenciosa, silenciosamente, Madre mía... ¡llegó!".

## Hazte niño

"He dejado de ser joven, como en un alejado día dejé de ser niño. Hoy comienza mi tercera etapa, soy mayor, soy hombre serio y consciente. Veo llegar una nueva vida, que tal vez no varíe en nada el correr de los días en misión. Las mayores pruebas pasaron, mas no se alejaron ni se alejarán. He dejado de ser niño y de ser joven, comienzo a ser hombre, pero en verdad, si cuando joven no dejé de ser niño, en el presente no dejaré de ser joven y ¿por qué no? ¡No dejaré de ser niño!"

El joven de Leo, de esta singular manera, se hablaba en ésa, su última noche de joven: mañana ya sería hombre...

"Si eres ya hombre", le dijo el Ángel, "eres ya alejado de la niñez, mas no de la juventud; no por ser mayor se le deja ir olvidada. Llévala entre tus manos no fatigadas. Prosigue tu andar asignado, portando siempre la fe y la esperanza, tendiendo la mano en caridad, como siempre he repetido: piensa que si bien has pasado de un estado a otro en este día de tu onomástico, a ese estado, el que comienzas, debes dejarle caminar junto al que dejas. No por ser hombre debes de oprimir las cejas y borrar la sonrisa.

¿Acaso no fuiste hasta ahora joven sin abandonar al niño? Haz pues exactamente lo mismo; prosigue la ruta siendo hombre, prosigue sin abandonar al joven y por supuesto al niño. Hazlo y no lo olvides, Cristo dijo: 'Hazte niño y entrarás en el Reino'. Ya lo dije y lo repito... ¡Hombre, camina!".

## Misión en misión

Largo fue el retiro del hombre de Leo, después de pérdidas tan íntimas: su inolvidable madre, y su imborrable novia.

Si bien con ellas convivía espiritualmente, el recuerdo siempre fresco de los intensos días hermosamente vividos junto a ellas, le hacía mal.

Una noche llegó a decirse, en el colmo de su aflicción incontrolada: "Cumplí con las indicaciones de mi Ángel, di de mí todo lo que buenamente pude dar. ¿Será acaso que la ya misión que me fue entregada ha terminado? Nada veo a seguir. Nada encuentro, poco escucho...".

"Ofendes a tu Dios y a tu Ángel que te habla. No es, y entiéndelo bien, aún el instante del retiro. Nada ves ni encuentras dices: olvida que si bien has cumplido con la obra que te fue entregada para salvaguarda de tu vida en vejez, aún tienes que proseguir tu apoyo al buen Generoso y a su sana familia. Ellos sufrirán un gran dolor, perderán a su hija única. Necesitarán de tu palabra; ellos serán en tus días a seguir. Ellos acudirán a tus dificultades; ellos serán en ti en tus horas y en la hora.

No debes echar en saco roto lo dicho. Tú serás en ellos y para ellos. Prosigue pues con empeño la existencia que llevas. No desfallezcas, piensa que en cada esquina se cruza una sorpresa. Llegan ya a ti misiones nuevas para confortarte y hacerte bien, llegan malas sorpresas para probar tu temple y madurez, y llegan mediocres para convivir comprensivo el ambiente deshecho, del que rescatarás a más de un alma necesitada de paz. No olvides hijo: El trigal se halla entremezclado con la dura zarza. Debes limpiarle, recuerda la parábola de la cizaña que habló Cristo, y ello, es verdad.

Tu camino es aún largo.

Tu familia se desmembrará, necesitará tu presencia y palabra en sus finales. Con ella deberás guardar tolerancia en paciencia. Álzate pues; no todo en la Tierra debe perderse, ayúdanos en la tarea de salvación, gozarás en ella por el bien dado en tu espontáneo bien; gozarás por el apoyo entregado por tu apoyo, y del amor otorgado por tu amor. Y te repito: En cada esquina asalta una sorpresa, desilusionarás a veces, pero avanza siempre: no desmayes ni abandones, puesto que tu misión es aún misión. ¡Camina!"

## Una medalla

Era un pequeño pueblo de campo, calles sin empedrado, casas bajas y blancas, quintas frondosas, gentes sencillas y felices corriendo de aquí para allá tras sus tareas diarias.

Era temprano, la vida comenzaba en su hora matinal, y la Capilla del lugar, vigilante sobre la florida plaza céntrica, llamaba a misa.

El hombre de Leo, que sin saber cómo allí se hallaba, al escuchar la reposada campana, acudió a misa. Deseaba orar, deseaba pedir a Dios y a su Ángel perdón por su injusta tenida reflexión;

comprendía su desagradecimiento hacia quienes les debía tanto, ya tanto, sin merecerlo. La ingratitud fue cualidad desdeñable y baja que él siempre así juzgó; sin embargo, él había sido ingrato, y desesperaba.

Ya en la Capilla, escuchó arrepentido y ferviente la Santa Misa. Rogó por sus muertos, y por los conocidos en vida. Colocó al fin limosnas en los cepillos y saliendo al atrio halló junto a la puerta de madera oscura al cura párroco, hombre simpático, algo mayor, el que, al verle, le dijo interrogando: "¿El señor es viajante? No es rostro el suyo familiar en nuestro pago".

"Soy turista", contestó el joven, y a su vez preguntó: "¿Es acaso español usted, Padre?".

"Soy vasco", contestó el reverendo con satisfactoria expresión. "Estoy en este país desde años y lo quiero como mío."

"Yo tengo un gran amigo que también es de su tierra", explicó el hombre de Leo, y entonces el párroco le dijo: "Hijo, lo sé bien, y si me haces el favor, llévale una medallita, dile que el Padre Juan se la envía con su bendición".

Acto seguido, el humilde sacerdote extrajo del interior de su bolsillo una medalla y se la entregó a Leo, el que la guardó en su mano.

Después, una fuerte brisa sopló el atrio, provocando la caída de numerosas hojas que amarillaban los árboles vecinos, y el Padre en bonanza dijo: "Hojas muertas, vidas terminadas, sueños que fueron y tal vez no fueron, porque no debieron ser.

Días de flores en ellas; noches serenas en ellas, y en ellas, visión de cielos en contemplación". Y agregó: "Se aproxima el otoño sobre nuestras sienes, tú llegas ya a hombre, pero continúa en 'joven hombre', o en 'hombre joven', tiempo queda para ser hombre a secas, u hombre anciano. Te sé decaído, mas piensa que si tiempos de flores abrazaste, todavía te aguardan noches en visión de cielo y Dios, porque eres en perdón. No decaigas, corre, busca, ríe y espera. ¡Gánate el instante!".

El joven-hombre de Leo, —como le dijera el Padre Juan— despertó. ¿Fue su sueño un sueño?, se preguntó. Porque, asombrado, dentro de su mano oprimida halló la pequeña medalla del Padre amigo vasco... ¡Del Padre Juan! ¿Fue sueño?

Generoso lleva en su cuello la medalla del Padre Juan.

# Piquillín

Un distinguido escritor argentino publicaba notas literarias en el suplemento de un diario matutino; en cierta ocasión, pidió a su amigo, el hombre de Leo, algunas de las sentidas páginas de su "diario íntimo" para llevarlas a sus crónicas, por considerarlas de verdadero valor documental de época.

Un mediodía le llamó por teléfono y le dijo: "Estoy escribiendo el artículo para el domingo, he tomado las anécdotas de Sarmiento, las que te narrara cuando niño tu profesora Edelmira Echeverría que fuera discípula del 'Gran feo', como ella le llamara, y como el material que tengo al respecto me resulta escaso, te pido busques entre tus cuadernos, tal vez tengas páginas traspapeladas".

El hombre de Leo bien sabía que otra anécdota no tenía, pero sin saber por qué, le dijo: "Enseguida buscaré, llámame dentro de un rato". Después quedó pensativo, tratando de recordar algo de Sarmiento, puesto que aquella su profesora gruesa, no perdía oportunidad para traer ante él, alguna ocurrencia, algún rezongo, alguna agudeza o algún escrito de "su Domingo".

En el tratar de búsqueda mental se hallaba el hombre de Leo, cuando una fuerza interior le obligó a tomar el lápiz y escribió:

"Piquillín era el nombre de mi perro fiel, que en una tarde había encontrado malherido entre esas espinosas plantas; le curé y le llamé así en homenaje de esos empolvados arbustos. Piquillín era pequeño, de color tostado, de raza poco reconocible, pero astuto. Los ojos y las orejitas eran vivaces, la cola inquieta; un cuzco, como se le llamaba por allá.

Todas las mañanas salía de recorrida por las angostas calles de mi amada San Juan, y al rato caía de regreso con un socio; había aprendido a invitar a almorzar a sus congéneres hambrientos. Mi madre, santa mujer, bondadosamente le brindaba comilonas para sus amigos.

Piquillín era inteligente y aprendía cuanta monería se le enseñaba en casa, y aquí viene lo extraordinario de Piquillín. Poco a poco sus invitados aumentaban en número, y esto en vez de contrariar a mi madre, le causaba muchísima gracia, y a todos, más allá de sus posibilidades, los atendía solícitamente.

Una siesta descubrimos la gran cualidad de mi bandido Piquillín.

Cuando todo el mundo se echaba a dormir, él con autoridad de perro sabio, enseñaba sus piruetas a sus amigos, y lo curioso era que más de uno aprendía sus cabriolas a la perfección. Piquillín fue mi maestro; él supo inculcarme el deseo de enseñar.

Hoy, cuando tengo un niño en mis rodillas o frente a mi escritorio tratando de infundirle el saber, casi siempre vuelve a mi memoria el recuerdo de mi inolvidable Piquillín.

Como pese a su fidelidad era aventurero, en un día de sus andanzas, fue picado por una víbora. Sus restos fueron sepultados por las tibias manos de mi madre, en la huerta del fondo de la casa, bajo un jazmín en flor.

Día tras día sus discípulos desperdigados concurrían a ese lugar. Su ejemplo me hizo maestro y en lo interno de mi ser, yo me suelo llamar 'Piquillín II' ".

Terminada la escritura, el hombre de Leo llamó al amigo escritor y le dijo: "Encontré lo que me pedías, y te lo leeré".

"¡Ah! No... no. Yo te pedí algo tuyo; eso que me has leído, no podrá ser porque el menos avezado descubre la autenticidad del propio Sarmiento. Me gustaría saber de dónde tomaste esa hermosa anécdota, porque yo no la conocía."

El hombre de Leo protestó, y le dijo: "Te desafío a que la encuentres, tienes amigos sarmientinos, llámalos".

El escritor hizo averigüaciones y llamó otra vez diciendo: "Perdóname, tienes razón, nadie la conoce y ahora la quieren conocer, dictamela, y desde ya te digo, la publicaré diciendo que tu profesora te hizo el relato con las propias palabras de su 'feo' ". ¡Y se publicó!

## Nardos

Un suave perfume de nardos invadió las habitaciones del estudio del hombre-joven de Leo.

La noche era serena y era tranquilo el barrio. El hombre leía en alta hora, escuchando las alternativas de las campanas de su viejo reloj, y sus muy queridos grillos de la terraza. Poco a poco el aroma se fue acentuando hasta el momento en el que el hombre, dejando el libro, trató de encontrar su origen. Por de pronto, se dijo, en la terraza no hay nardos, en los floreros tampoco los hay. Revisó sus frascos de colonia, ninguno de ellos coincidía. Pensó que bien podía subir de

algún departamento de la casa, salió al balcón y otra vez a la terraza, pero cuando se alejaba de las habitaciones el perfume desaparecía.

Este persistente aroma trajo a su mente los alejados días de "La Casona". Allá crecían vigorosos en su parque, y su anciana madre, que era afecta a esta flor, repletaba los jarrones y floreros con ellos. Cerraba la casa para luego gozar de su perfume; decía que le recordaba los días de su niñez vividos en su vieja casa del sud, en el barrio de "La Concepción". Allá, igualmente, su madre los cultivaba en su frondoso jardín sobre la calle Europa.

El hombre de Leo trajo a colación todo aquello, el pasado de su madre y de su abuela, reconstruyó la vida del antiguo sud porteño, y quedó sentado escuchando la voz de los ausentes.

En la mañana siguiente, que era domingo, asistió a misa, como era su costumbre en la vecina iglesia de "La Concepción". Después del oficio, abstraído, oraba ante el altar de Santa Rosa de Lima, cuando se llegó a él una ancianita humilde, prolija, de bondadosa mirada y voz pequeña que le dijo: "Señor, a su mamá le gustaban mucho los nardos, ¿no es verdad?".

El hombre de Leo, sorprendido, contestó: "¡Sí, señora!". Y la pequeña anciana dijo: "Ella le besa", y después de palmearlo, se alejó.

El hombre quedó como ausente. Cuando reaccionó, la vieiita ya no estaba en la iglesia. Apresurado, salió al atrio, caminó las calles adyacentes; pero fue inútil: no apareció.

En silencio se alejó.

## El espíritu vegetal

En las noches tibias, el hombre de Leo se sienta en su terraza repleta de plantas —que ya son casi árboles, muchas llegan a dos metros— y dice que ellas le hablan y hasta cantan.

Explica que crecieron frondosas por el periódico riego que él les ofrece, colocando sus dedos en contacto con el agua, al oprimir la manguera. La tierra que les cubre sus raíces, desde el día en que se hizo el jardín, con angostos arriates contra los muros, allá por el año 43, no fue nunca movida. Solamente el agua magnetizada por el joven-hombre las alimenta, las vigoriza, les entrega lozanía, y les desarrolla su poder sensorial.

Un gomero le dijo: "Las plantas saben de vida, de placer, de amor, de dolor y muerte. Recuerda el día que colocaste la maceta de la begonia de hojas 'plato' sobre el borde del brocal de los camalotes: ¿qué pasó? Pues las hojas de la begonia bajaron hacia las de los camalotes que se alzaron y enredaron sus tallos, adhiriéndose.

Tú, ignorando esta causa amatoria, los separaste, y días después murieron. Nosotros sabemos contemplar a la naturaleza, conversar con los pájaros e insectos y transmitir al humano ser estados de ánimo. Plantas hay que deben ser alejadas por el hombre por malignas; a otras debe acercarse por benéficas. Existen personas que debemos atraer, porque nos hacen bien y personas que debemos alejar con nuestras mentes, porque nos hacen mal".

El hombre de Leo preguntó: "Si ustedes, como nosotros, experimentan idénticas sensaciones físicas, ¿conocen ustedes el divino poder?".

"Conocemos el divino poder.

Conocemos los secretos del Cosmos.

Conocemos de las vidas extraterrenas.

Conocemos sus planetas. ¿Y sabes por qué conocemos lo dicho? Pues porque de allá llegamos y allá regresaremos."

"¿Padecéis por vuestra inmovilidad?", preguntó el hombre de Leo.

"Por el contrario", contestó. "Nosotros bendecimos nuestro estatismo: esta cualidad nos permite meditación y comunicación con vidas vegetales de este mundo y de otros. La vida mística del espíritu vegetal es superior a la existencia del humano ser, porque sabe del infinito. Mas, si el espíritu vegetal es reacio a la mística divina, él es castigado con el retiro de toda cualidad superior; él queda apresado en total silencio, padece enfermades, se retuerce en posturas torturadas, causadas por fuerzas ambulantes de sentido fluido adverso. Por ello, desnudan sus ramas y troncos muriendo sin remedio. Fácil es conocer el árbol en padeceres, sus ramazones en posturas que el hombre dice diabólica, miran siempre el suelo, jamás a la inmensidad."

"¿La poda periódica les hace daño?", preguntó insistiendo el hombre de Leo.

"¡Jamás!", contestó en cansancio. "Por el contrario, la poda nos vigoriza: ello en muchas de nuestras diferentes clases permite reproducción. Los codos de poda son así principio de prolongación, sin

necesitar el proceso de semilla con el socorro de los insectos en la flor, las que a veces sufren o se molestan.

Por esta noche déjame. Estoy en fatiga y debo meditar."

El hombre de Leo, en las noches tibias, acompaña a sus plantas, las escucha en sus conversaciones y en sus comunicaciones astrales.

¡Conviven!

## Sueño de años

El sueño comenzó una noche de 1928; soñó el joven entonces de Leo que se encontraba en una fiesta, en un salón brillantemente iluminado y colmado de gente. Había muchas flores, y al lado del joven se encontraba una joven, de franca belleza, vestida de novia.

Ella, tomando del brazo al joven de Leo, le dijo: "Vamos a la terraza, quiero tomar aire".

Salieron; afuera caía la tarde, el cielo estaba rojizo entre el verde del follaje que les circundaba.

En el tibio atardecer se besaron, pero ella se retiró de improviso diciendo: "Qué bigotes terribles tienes, me han hecho daño".

El joven quedó sorprendido, porque él jamás había usado bigotes.

Altamente preocupado, corrió al salón abandonando a la que ya era su esposa, y se plantó frente al gran espejo y allí, ante su asombro, el espejo reflejó una imagen que no respondía a la de él. Era fornido, alto, moreno y con bigotes.

La esposa lo siguió y arrimándose exclamó: "¡Qué hermosa pareja reflejamos...!".

El joven, en lucha con lo que le sucedía, sintióse en un rápido mareo, y despertó.

Algunos días después, en otra noche, el sueño regresó en continuidad; se halló andando algunas calles entre árboles. También caía la tarde, el aire estaba tibio y perfumado, y el sol atravesaba con sus últimos rayos el pesado follaje.

Sin fatiga, llegó a una blanca casa que se hallaba en lo alto de una barranca. Al abrir la puerta con su llave apareció la flamante esposa y le dijo: "¡Al fin has venido! ¡Te he extrañado tanto!".

Juntos penetraron en la casa y el joven reconoció los salones y

el moblaje del primer sueño: cuando quiso revisar unos periódicos, despertó.

Después, el joven soñaba casi todas las noches, viviendo junto a su esposa y sus suegros, en dicha casa blanca, una existencia feliz.

Tuvieron los recién casados una hijita que creció jugando con ellos.

El joven ignoraba el lugar en que se encontraba; sabía que la localidad se llamaba De la Guitarra; no sabía el por qué de semejante nombre y los lugareños no lo aclararon nunca; en verdad, poco le preocupó con el tiempo.

Él allí era armador de barcos, poseía un importante establecimiento situado a orillas del mar, y un yate que lo llevó con su familia por muchos mares.

Un día, al regreso de una larga excursión, los sorprendió un maremoto. El joven, muy alarmado, atendía de mareos a los suyos en sus camarotes, cuando un marinero llegó y le dijo: "Señor, lo necesitamos en cubierta, estamos próximos al muelle pero peligramos. Temo el amarre...".

El joven, apresurado, subió la escalerilla pero en ese preciso instante se desprendió un farol, cayendo sobre su frente; el intenso dolor lo despertó.

Esta tarde, tomando el té en una confitería de avenida de Mayo, escuchó vocear a un diariero: "Maremoto en Maracaibo...". Compró el diario y, al leerlo, comprobó que la descripción del desastre vivido allí, era un relato exacto de lo ocurrido en su sueño: los mismos barcos y astilleros dañados.

Dos días después sufrió un accidente de automóvil: estrellándose contra una columna de alumbrado en avenida Alvear y Oro se lastimó la cabeza y se hirió seriamente el rostro.

Fue bien atendido; lo vendaron perfectamente y guardó cama conservando aquel agudo dolor del sueño.

Y así, una nueva noche regresó a lo que ya él llamaba Maracaibo.

Ese día se encontraba sentado en un sillón con la cabeza vendada y dolorido como lo fuera, alejado del sueño. Llegó sorpresivamente la mujer y le alcanzó el diario para que leyera, diciéndole: "Fíjate bien cómo el periódico se ocupa", y el joven leyó: "El conocido armador de barcos, José Pacheco, se restablece de sus heridas recibidas en el accidente, el día del temporal...".

Aquella noche, el joven de Leo despertó sabiendo nombre y apellido del morador de De la Guitarra en Maracaibo.

Con los años supo que el lugar se llamaba De la Guitarra, debido a su golfo que presentaba la forma de ese instrumento musical.

La hija creció, se hizo casadera, contrajo enlace con un norteamericano que la llevó a su país. Más tarde, con corta diferencia de tiempo, fallecieron los suegros. En 1960 murió la hija. Y el joven comenzó a sentirse en soledad, con síntomas graves a los que no dio importancia.

"Estoy viejo y solo", se repetía. "Estoy enfermo y estoy ya demás en este lugar tan mío, pero..."

Un agudo dolor de estómago se le declaró, que persistía durante y fuera del sueño. Fue solícitamente atendido por médicos amigos, pero el mal seguía su curso.

Una noche el joven-hombre llegó en su sueño y halló a Pacheco agonizando, al Pacheco que hasta ayer había sido él. Ya no lo era. ¡Habían pasado cuarenta años juntos!

Afligido se acercó al lecho. Los médicos y amigos no lo veían. Hizo todo lo posible por hacer notar su presencia, pero todo fue inútil. Más aún, llegaron a atropellarlo y cuando se sentó, apartado, se sentaron sobre sus rodillas.

Pacheco murió esa noche... Luego, dos sueños más: uno lo llevó al cementerio donde lo enterraron, y otro fue de despedida a la blanca casa que había sido su hogar tantos años. Sus sueños, luego, habían terminado.

Una noche, nostálgico por su suprimida vida que le costó llantos, pintaba el joven-hombre en su taller cuando escuchó una voz que dijo: "Soy Pacheco, un día tú fuiste a mí, hoy yo vengo a ti; en su hora marcharemos juntos, porque somos mellizos astrales. Aguardaré por mandato...

¡Un día será!".

## Sueño y realidad

Soñar con barro o con aguas barrosas negras, era siempre anuncio en el hombre de Leo, de disgusto y desgracia.

Una noche soñó tener ante él un lago de aguas negras, rodeado

de un impenetrable monte. La noche cerrada envolvía el paisaje angustiante, mas en el corazón del bosque se descubría una casa pequeña muy blanca, la que desde una ventana dejaba escapar una clara luz.

El hombre de Leo, contemplando el paisaje, permanecía de pie, firme sobre un consistente suelo de gramilla acolchonada verde, con la compañía de Generoso, al que veía pálido y serio.

Sorpresivamente, el vasco le dice: "Debo cruzar las aguas, y debo internarme en la casa de luz. Tú quédate aquí, espérame tranquilo porque volveré, no dudes".

Dicho esto, con paso lento y cuidado se introdujo en las aguas oscuras. Vestía un camisón blanco. Despaciosamente llegó a la casa de la luz, y desde allá, alzando los brazos, gritó: "Espérame tranquilo, volveré".

Rato después pasó el hombre de Leo, con angustia, cuando de pronto divisó que por el costado izquierdo del lago aparecía otra vez Generoso. Ahora mostraba rostro alegre, buen color, paso ágil y ropa de calle.

Con rapidez se llegó al amigo, lo abrazó, lo tomó del brazo y se alejaron contentos.

El hombre de Leo despertó, ya sin angustias pero preocupado; aquel sueño algo le anunciaba, pero prefirió dejarlo.

Una mañana, dos días después, la mujer de Generoso avisa al hombre de Leo diciendo: "Generoso anoche tuvo una hemorragia. Parece ser de una úlcera, está internado en un sanatorio de amigos, me pidió que no se aflija porque está bien, y que volverá pronto".

El hombre de Leo, en desesperación, pensó en el sueño. Generoso había ya cruzado el pantano, se encontraba en la pequeña casa blanca de clara luz.

Corrió a verlo. Nada se sabía aún. Había que someterlo a exámenes múltiples; por lo tanto, hasta el día siguiente no habría novedad alguna.

El hombre pensó: "Viste ya el camisolín blanco; está en la luz de la ciencia pero está envuelto en la penumbra del monte".

La aflicción en el hombre amigo fue en aumento, pero recordando que en el sueño Generoso le había dicho: "Espérame tranquilo porque vuelvo", y fueron casi las mismas palabras que le mandara decir con su mujer en la mañana de su internación. Quedaba tran-

quilo recordando también que en el sueño, él estaba de pie, firme y seguro sobre un piso de gramilla verde; y como el color verde es esperanza...

Otra mañana, temprano, fue a verlo. Lo halló de mejor rostro, se había alimentado bien, los diagnósticos eran favorables y estaba contento.

Varios días después, regresaba Generoso a su casa, con rostro alegre y ropa de calle.

El hombre de Leo lo aguardaba en la puerta; Generoso rápidamente se llegó a él y después de abrazarle, lo tomó del brazo y entraron. ¡El regreso del sueño!

## El 2002

El tiempo, devorando tiempos, cruzó portando al "niño de Leo", al "joven de Leo", luego al "joven-hombre", y por fin ya, al "hombre-anciano" de Leo.

Así explicó el Ángel una noche a su ahora hombre-anciano, diciéndole: "Hijo, tu ordenada vida fue de constante comunicación astral, de continuada obra en ayuda al prójimo; fue silenciosa, íntima, mística, plena de alegría del vivir  fue amistosa, fue de trabajo, fue de arte y fue de búsqueda.

Supiste que algo sabías, de lo mucho que la ciencia aún no aclara, mas con ese poco saber, enseñaste.

Llega ya la hora que tanto anunciamos, llega el momento de la reparación y de la justicia. Ya nada salvará del castigo merecido por el que faltó y se mofó. Llega el gran castigo, el azote de fuego en fuegos, del agua en aguas, del ciclón en ciclones, de la muerte sin muerte.

Hablarán las rocas y dirán: ¡Cristo llega!

Hablarán las tierras y dirán: ¡Cristo llega!

Hablarán los continentes y repetirán: Él llega, porque las voces de los altos mundos lo aseveran diciendo: ¡Llega Cristo a la Tierra! Porque Él es ya en el Universo y el Universo condena a la Tierra por sus maldades; desde el Universo viajaron, previnieron, enseñaron, aguardaron, pero el 'hombre-dios', dueño y señor de su libre albedrío, negó verdades que se observaban, negó poderes que se palpa-

ban, negó vidas astrales que se manifestaban y se proclamó: ¡Hombre universal!

Viajan ya por la atmósfera miles de astrales seres para redimir a la Tierra en su instante.

¿Por qué se preocupa el Alto de planeta tan pequeño y tan mal habitado?, se preguntan ciertos ámbitos, y el Ángel blanco del Mensaje contesta: 'Porque en la Tierra nació el Cristo hecho hombre y el Cristo hecho hombre aprendió a querer a sus semejantes y desea salvarles'.

'¡Oh! Si Cristo Universo ordena' —dijo el profeta inmortal— 'será el hombre redimido, pero será con el nuevo hombre al llegar, y llegará en el 2002.

Será en el día del principio en principios; será en el final del final, y así en el comenzar del comienzo, el hombre nuevo dirá: 'Es ya Cristo en el Cristo'.

Y el Cristo en Cristo será... ¡Y por los siglos!".

## ¡La hora diez!

Dijo un día el Ángel al hombre anciano de Leo: "Escribe un mensaje que quiero que entregues al hombre ciego que corre el mundo en pos de totales cambios sin ver que le debe hallar él, dentro de sí mismo. Escribe:

'Pasajero, hombre viajero que corres el mundo en pos de hospedaje nuevo, que corres tras realidades que esperas crear, guardar, conservar y ampliar sin término alguno, olvidando que tú, como viajero, tienes tu estadía en el lugar por contado y determinado tiempo y que, terminado éste, luego de abonar el albergue vivido, debes regresar al puerto de partida, abandonándolo todo; solamente portarás en el regreso el bagaje que trajiste, el que devolverás tal vez cuidado, tal vez mejorado, tal vez deteriorado... mas con él volverás.

Tú que viajas, observas encandilado y no descubres la belleza de las cosas bellas, el paisaje de los cien paisajes, la música de las mil músicas. Nada de ello soslayas. Tú en cambio, empeñoso tratas de descubrir el humano placer, la banal costumbre, el fuego erótico y la relajante concupiscencia oculta en los seres que, como tú, viajan sumidos en deseos liberales.

Dime, tú que viajas, ¿has detenido tu paso andariego ante el Templo de Dios? Por supuesto que así has hecho, pero, ¿acaso hablaste con Él?

¡Sí, y no! me dirás.

¿Hablaste con el retirado servidor del Alto que allí ora?

¡Sí, hablé con él!, agregarás.

Y en esa mansión de paz, ¿no hablaste contigo mismo?

¡No!... ¡No!, contestarás esquivo y callarás en reflexión sin distancia.

¡Hermano viajero! El correr la Tierra encierra sorpresas que nublan al tiempo.

¿Sabes acaso, andarín del planeta en evolución, que llegó el hombre a él para servir al semejante, mas no para ser servido?

¿Sabes... que la mano que, con orgullo luces, no te fue dada para jugar con oros, mas sí para mitigar padeceres, para acariciar en caridad y ternura y para enjugar afligidas lágrimas?

¿Sabes acaso, que si ojos llevas sobre tu dorado rostro, no te fue otorgado para descubrir ficticias situaciones, ni oropeles inútiles, mas te fueron entregados para encontrar al Señor y portar su luz al ciego, enseñándole a conocer aquella real presencia y su divina palabra?

Tú no eres, hombre andarín, un ser que corre sólo por correr los senderos que llaman; de sobra sabes que el correr por correr dejando de lado todo aquello que pudiera enturbiar tu excursión recreativa, no es valedero al viaje, no es agradable a Dios.

Por momento marchas tus pasos, sin mirar tras tus espaldas, ignorando lo que tras ellas sucediere; pudiera Él acaso alzar un traicionero brazo e intentar herir tu cuerpo en misión, el que no cuidas, y es deber hacerlo.

No miras el lugar que pisas. No miras el allá que aguarda. No descubres el rincón de cielo, que podría ser un día tuyo, y que por correr en el rosado vacío perderás.

¡Eres petulante...!

Eres presuntuoso al deducir y asegurar que el mundo es únicamente tuyo, y que tuyas son sus riquezas.

¡Muchas manos para un desdichado pobre!

¡Muchas bocas para tan amargo comer!

Comprende pues que, en tu peregrinar incierto, solo y egoísta, no hallarás jamás ocasión de tener el halago de donar una palabra,

de entregar una sonrisa, de curar a un enfermo, de donar una limosna, ni de ser útil a quien necesitare; mas si exiges abiertamente que lo sean contigo, y en perfección obligada.

¡Iluso eres, turista viajero!

Abandona ya ése, tu correr fatigante, hueco y estúpido; realízate en la verdad; ha llegado el momento en que el itinerario de viajes cambiará sus horarios, cambiará en tantas maneras. Los hospedajes serán diferentes, y tú que albergaste lujos y banalidades, desesperarás al no hallar ya todo aquello que solazó el ayer que escapa y... desquiciarás.

Escucha bien: todavía aguarda por ti, un tiempo, y medio tiempo; por lo tanto levanta la vista y mira. La paz del destino que lleva tu brazo, ¡míralo! Hoy el Alto llora por su ser extraviado que alcanzó sentencia del final y no lo cree. Llora, porque tendrás, obligado por las oscuras fuerzas que abrigaste, que renunciar un día; llora porque la materia que portas se derrumbará, y porque tú, en tu indiferente correr, nada habrás guardado como valor seguro para el viandar del regreso.

¡Marcharon los tiempos! Ellos se fueron, y con ellos los seres que supieron acompañar tus primeros pasos. Se alejaron las sanas costumbres y las verdades celestes; has quedado solo, ante el apagado fuego de tu terminado viaje.

Incorpórate, viajero fatigado de la Tierra en brumas; debes ausentarte y arreglar tus confundidas cuentas, porque los instantes ya contados son el tiempo del tiempo y medio, y porque desde el Alto el Señor ha dicho:

'¡Mi morada es de anchas puertas, mas por ellas solamente pasarán los humildes de corazón que caminar supieron en misión de Caridad y Amor!'.

¡Viajero, tú que viajas! Levanta la vista, observa, comprende, avanza y serás.

¡Es ya la hora diez!".

## Invisible golpe

El anciano de Leo, en compañía de su amigo Generoso, trabajaba en las plantas de la terraza. De pronto, el anciano de Leo recibió un fuerte golpe en la frente; como si una mano invisible le hubiera

hecho el golpe, lo obligo a trastabillar y sentarse confundido. Generoso entonces le dijo: "Cuando yo era muchachito, me sucedió exactamente lo mismo. Una tarde, en mi aldea de Guernica, jugaba con algunos compañeros de mi edad en el pajar de nuestro caserío, cuando de pronto, como a ti te acaba de suceder, recibí un fuerte golpe en la frente que me arrojó al piso, dejándome allí casi inconsciente por un no muy largo rato; los amigos me observaron, y escaparon espantados".

El anciano de Leo entonces le dijo: "Si ese fenómeno tuviste, debes haber tenido otros; por algo nos juntaron desde el Alto y la prueba tienes de ello; es la misteriosa desaparición de tu cuadro 'La Danza Suletina' y últimamente el de tu retrato, del que sólo quedó el marco y el vidrio colgado en la pared".

"Mira, sí, en realidad los tuve. Pero fueron cosas que recién por ti me he dado cuenta que no fueron naturales las que siempre creí que lo eran", contestó Generoso, agregando: "Una cosa realmente rara fue lo que me pasó una noche. Yo era entonces algo mayor y me encontraba junto a mi mesa de estudio recorriendo apuntes, cuando de pronto, justamente en la delantera de ella, se produjo una explosión fortísima con una potente luz azulada sin humo ni olor. Un familiar corrió a mi auxilio, pensando en alguna diablura. Pero ante la constatación del hecho sin posible explicación, una tía vieja dijo: "Esta criatura está embrujada, hay que llevarla a la Iglesia para que le quiten el diablo".

"Otro día llegó un grupo de personas a casa", prosiguió Generoso. "Manifestaron el deseo de llegarse a un punto no cerca que desconocían. Yo, sin saber por qué, experimenté una fuerza interior que me hizo exclamar: 'Yo les llevaré'. Y les llevé sin saber por dónde se iba, ni en dónde quedaba. Crucé seguro caminos intrincados de un monte. Marché como dormido. Muchos me agradecieron cuando arribamos al lugar. Regresé. Cuando me hallé otra vez en casa, sentí la sensación de haber soñado."

El anciano de Leo quedó asombrado ante las narraciones de Generoso y le dijo, interrogando: "¿Por qué no me has contado antes éstas, tus cosas, hasta hoy?". Y el vasco contestó: "Porque me parecieron que no guardaban importancia alguna, pero si tú lo dices las tendrán".

"¿Y no recuerdas algún otro caso?", insistió el anciano de Leo.

"Te diré: muchos tuve que llevo olvidados, pero es uno que no se me borró jamás, por el susto que el caso me dio; fue una visión fantasmal.

Hay allá un monte llamado el 'Hunzar Mendi' que, según decires en la aldea, era un lugar de aparecidos.

Una tarde resolví, con amigos, ir hasta el lugar y ver si salía algún duende, y lo que vimos fue de horripilarnos. Cuando llegamos al monte, con la tarde avanzada en algo, vimos de pronto, en la hondonada, aparecer; mas te explicaré primero: allá en los casamientos se usa el 'arreo', como se le dice, que consiste en llevar hasta la casa del novio, sobre una carreta muy adornada de flores y ramas, tirada por bueyes adornados en la misma forma, y cubiertos por mantas de colores, todos los regalos recibidos por los nuevos desposados. Y bien, pues en aquel paraje dicho, vimos todos aparecer bueyes de bodas adornados con mantas, flores, ramas y cascabeles que marchaban pausadamente, pero no iban solos; tras ellos, desfilaban un cortejo de muchas piernas de hombres y faldas de mujeres que se les veía salir desde las cinturas. Ninguno tenía busto.

Mira: al ver aquello echamos a correr y jamás volvimos.

Hoy pienso que pudo ser un espejismo dado que contigo vimos aquel puerto desde la Costanera, pero éste fue incompleto. Tú sabrás lo que pudo ser. Yo lo único que sé es que el susto que tomamos fue tan grande que todavía cuando lo recuerdo, siento frío."

## Simón el calzador

El anciano de Leo, tomando una tarde el té en casa de un matrimonio amigo, hablaba animadamente de los modernos estudios de Parapsicología, cuando fueron interrumpidos por la entrada de un sonriente y afable sacerdote que, después de los saludos, fue enterado de la interesante conversación obtenida.

"¡Oh!, sí, sí", dijo el Reverendo Padre Simón, que tal era su nombre. "Yo estoy en un todo de acuerdo con esos fenómenos, como la ciencia llama a los patentes casos que solamente la mano de Dios permite, ya para enseñar su real presencia, ya para consolación, ya para guiar al hombre confundido, o bien para revelar hechos a suceder en este mundo tan falto de fe.

La ciencia investiga, mas no pasará a descubrir más de lo que el Alto Señor permita. La voz celeste le pertenece como le pertenecen los hombres, entre los cuales existen sensitivos capaces de escucharle y de transmitir mensajes a quienes lo precisan. Yo guardo íntimamente la esperanza de que algún día el Señor me envíe su palabra de aliento. Vivo un momento difícil y creo que con ella podría sobreponerme, y luchar. Reconozco que me encuentro débil, después de mi pasada operación de vesícula, y triste... muy triste; el hígado es así ¡postra!"

...Y el anciano de Leo exclamó: "Padre: será usted complacido y confortado, escuche la palabra que llega, y que escribiré para recuerdo de esta providencial tarde". Y él escribió:

*SIMON EL CALZADOR*

Anciano en el andar, rústico en el vestir, caminaba lento, un hombre alto y enjuto, portando con su mano callosa y ajada, la de un hermoso niño de sonrisa clara, de cabellos rubios y de corta edad.

Quebrando el silencio que llevaban en su marcha, el hombre alto exclamó: "Hijo mío; ya el sol casi termina su jornada, y nosotros aún nos encontramos muy distante de Nazareth. El paseo ha sido hermoso, tú has corrido libremente tras las escurridizas mariposas amarillas; has reído de los inquietos pájaros, has saltado sin descanso sobre las piedras, y descubro ya en tus ojos, fatiga y sueño. Ven pues hijo, a mis brazos, en ellos hallarás reposo y así de esta manera podré aligerar el paso; observa, la noche está encima casi, y pienso en tu Madre. La pobrecita en casa se encontrará inquieta por nuestra tardanza, y hasta a tu perrito 'Llagas' le tendrás sentado en el umbral aguardando ansioso, con los ojos muy abiertos, avizorando el extremo final del repechado camino largo".

"¡Padre mío!", contestó el niño, "la misma preocupación lleva mi mente. Vuestros brazos serán alivio a mis plantas heridas por las aristas afiladas de las piedras ásperas. Mis calzas han sido destrozadas, y sobre ello en verdad os digo: ¡Sufro dolor!". Ante las quejosas palabras del "Niño herido", el hombre enjuto, lleno de aflicción, prestamente de rodillas se dejó caer, y con sus manos firmes, ahora algo indecisas trató, cuidadoso, de restañar las sangrantes plantas de los empolvados pies.

"Remedio tiene el mal que os aqueja, buen hombre", exclamó una voz joven y buena, que llegaba desde el pórtico de una cercana casa blanca baja y pequeña que les enfrentaba junto al camino, y arrimándose agregó: "Aquí tenéis dos manos prestas a socorreros buen padre: Soy yo, calzador de oficio, y repararé las calzas destrozadas de tu hijo. Favor me haréis, entrad a ésta mi humilde casa, llegad a mi mesa, siempre hay sobre ella, blanco pan, buena fruta, rubia miel y claro vino. Sentaos, tomad lo que os apetezca, y en tanto os confortáis y descansáis cómodos, yo enjuagaré con agua fresca y oleosa, los pequeños pies heridos de tu fatigado niño. Luego, como os lo prometí, arreglaré complacido las destruidas calzas, que tanto aflijes".

"¡Oh, buen joven!... Quien de semejante manera se expresa y enseña rostro tan franco y despejado, brazos tan dispuestos a tenderlos en ayuda al ser en aflicción, bien dicen de su pureza de alma; de su sano cuerpo y de su bondadoso corazón", contestó con palabras en emoción el preocupado padre, y prosiguió: "Aceptaremos la caritativa oferta que nos haces; Dios os lo agradecerá y sabrá retribuir la noble acción con creces. Mi nombre es José; carpintero soy de oficio en el lugar, poco gano para nuestro sustento diario, mas gozo de la inmensa fortuna de una santa esposa y de este hermoso niño. Ambos hacen mi existencia feliz.

Si alguna vez llevas los pasos a Nazareth, llega a nuestra casa que desde ya es vuestra, os prometo grata acogida y trato familiar. Sabrás entregarnos placer".

"Yo, señor, seré el placentero", contestó el calzador, demostrando alegría. "Ya conocido me erais por las comentadas referencias de muchos que bien os conocen. Además, fama lleva vuestro bendecido Niño, de Él se habla en la comarca. Se sabe de sus agudezas, de sus certeras observaciones, de sus inteligentes parábolas, y de sus serenos cantares. Créelo, honra grande guardo en esta tarde, al poderseros útil, José. Y sabed que, desde este momento, tendréis en Simón el calzador a un amigo más, y si me permites correré presto en busca de los menesteres precisos para lavar las llagadas plantas del Niño, que bien le conozco por su nombre... el Niño Jesús."

Poco tardó luego el buen Simón. Él regresó portando entre sus manos una jofaina de latón, un lino claro, una jarra repletando agua en vinagre aromado, y además, esponjas suaves.

Solícito, entre cantos acallados, lavó y curó aquellos pequeños pies, que desinflamaron al instante.

"¡Gracias, buen hombre!", dijo vivaz el Niño, después de que Simón hubo terminado su tarea. "Bueno eres de condición, puesto que sabes aguardar en esperanzas. Sano eres en santidad, puesto que vives en fe y en verdad os digo: grande prueba llegará a ti. Llanto morará en tu llanto. Llagas morarán tu llaga. Dolor será en tu dolor. Mas mi buen Simón, la grande prueba otorgará luz a tu vista vencida y apagada, por lo tanto esos ojos no cegarán, ni tu alma dejará de mirar en el amor, porque tú eres sencillo de corazón y santo en el íntimo pensar.

Bendecido será tu nombre por Dios mi Padre que os ve, y será por los siglos de los siglos, por los tiempos de los tiempos... ¡Por la eternidad!"

Nada pudo hablar el buen calzador, ante las palabras del Niño. Nada pudo decir, porque tampoco comprendía, sintióse pequeño y humilde, y sus manos expresaron emoción confundida en el trabajo ya comenzado del arreglo de las calzas rotas, haciendo en su dedicada labor un extenso y recogido silencio.

"¡Bien!... Niño, mi Niño Niño", exclamó de pronto Simón, "ya reparadas tienes las calzas, obsérvalas ¡si hasta brillan! y a fe mía que ellas nuevas parecen.

Acércate, pequeño Señor, coloca tus preciosísimos pies sobre mis rodillas y les dejaré calzados".

"¡Mi santo Simón! Mucho has hecho y mucho te debemos", dijo entonces José levantándose de su banqueta. "Precio debiera pediros, mas como ya os dije, pobre soy; mis denarios cortos, y ellos no me alcanzarán para saldar tan inmensa deuda, pero Simón, estos pocos son tuyos. Tómalos y queden en ti con la alta bendición."

"Ve tranquilo, mi respetado José", replicó Simón, "porque ya pagado he sido con la dulce sonrisa de tu Niño. Ve tranquilo y repara. La hora hizo ya noche y os esperan. Apresuraos, pues, y no olvidéis a ésta, vuestra casa...".

Y José, con su Niño adormecido en brazos, se alejó por el camino oscurecido, en tanto Simón quedó sentado sobre el umbral de la baja puerta de su blanca casa, meditando, con la vista perdida entre las estrellas.

• • •

Después, años pasaron y en otro atardecer, por aquel mismo camino en que José llegara con su fatigado Niño a la humilde casa del componedor de calzas, una alta y hermosa figura de hombre joven rubio y de ojos claros, vistiendo sola túnica se allegó con reposado paso a la misma puerta baja de la casa de Simón.

En su umbral, sentado, se hallaba un hombre de edad incierta. Su desfigurado rostro delataba el mal que haría sus carnes, mas su ojos resplandecían en fe.

"¿Eres tú, Simón?", interrogó con suave voz el caminante, acercándosele. "Alza tu vista mi buen Simón, obsérvame... ¡Soy Jesús!"

"¡Oh! Mi Señor", exclamó sorprendido Simón, elevándose confuso. "¡Oh, mi Señor!, conocí vuestras palabras de ayer en mi padecer de hoy, y por ello supe guardarme en resignada fe."

"¿Sufres mucho, Simón?", preguntó entonces Jesús, tomándole las manos.

"¡Sufro! Sufro Señor padeceres terribles", contestó Simón, cayendo de rodillas.

"Álzate, mi buen Simón. Tu fe ha salvado a tu cuerpo", explicó Jesús. "Álzate, elévate feliz, porque eres ya curado", y Jesús ayudó al buen hombre a ponerse de pie.

"Maestro: ¿cómo pagaros el grande bien que hoy me otorgas?", preguntó Simón a Jesús, besándole las manos.

Y Jesús respondió: "Una tarde pagado fuiste en tu favor con una sonrisa mía. Hoy pagado soy con tu sonrisa feliz".

"Mi paz os dejo; ella quede en ti, consérvate en bien. Alza tu espíritu otra vez. Emprende, trabaja, enseña, eres en salud. Compréndela y compréndete. Ve pues al mundo con tu amor, entrégalo y serás..."

Después se abrazaron, y Jesús se alejó por el mismo camino oscurecido de la hora, por aquel mismo camino que en una alejada tarde José el carpintero de Nazareth marchara con su adormecido Niño en brazos.

Simón quedó estático observándolo en lágrimas, hasta que la distancia, penumbrosa, lo confundió con las estrellas...

• • •

Terminado el mensaje, el anciano de Leo, abandonando el lápiz, dijo: "Padre Simón, este mensaje que he leído, es para usted".

"¡Oh! sí, he comprendido", contestó el Padre emocionado en lágrimas. "Créalo, he regresado con él a la vida, he visto la verdad en mi verdad. Mañana otra vez regresaré al mundo y entregaré mi resurrección en amor.

¡Gracias, Jesús mío... desde hoy, ¡seré!"

## Llagas

"Leyendo estoy en tu mente la intriga que guardas", dijo esa noche el Ángel al anciano de Leo, en tanto éste transcribía para el Padre Simón la anécdota de "Simón el calzador" recibida esa tarde. "Ya que escribes, toma la aclaración que deseas; quedarás contento; además, complementará el relato para el Padre amigo.

¿Quieres saber el porqué del nombre del pequeño perro del Niño Jesús? Escribe:

'¡Madre!... ¡Madre!', exclamó el Niño Jesús, entrando precipitadamente a la casa, ya cayendo el día. 'Tolomeo el mayor me entregó este pequeño perrito que cargo, el pobrecito gime cubierto en llagas, ayúdame, madre, a bien curarle, porque lo llevaré junto a mí, hasta el día de mi ausencia; luego, vuestro será, y juntos me aguardarán.'

'Hijo amado', contestó la Virgen. 'Cumplido tu deseo sea. Lugar de familia ocupará en nosotros, dadle un nombre para ser llamado, descansará sus fatigas junto a mi lecho.'

'Madre, si llagas sufre, pues 'Llagas' le llamaremos', contestó el Niño Jesús, acariciando al amigo."

El día que Jesús se alejó hacia el mandato, "Llagas" restó con María, hasta su final.

## El hombre nuevo

*...Y otro hombre en el mundo será.*
(S. JUAN - APOC.)

La voz del Ángel del anciano de Leo, dijo: "Hijo, escucha y escribe", y el anciano escribió: "Ya casi cerramos el memorial de tus días

y poco hemos dicho del 'hombre nuevo' llegado y al llegar. Querido mío, debe de él decirse, porque el hombre actual debe conocer. Recuerda que aún resta un tiempo.

...Y luego de la hora hora, ya sobre el minuto del comenzar de soles, la voz del enviado del Señor dirá: Hombres del ayer vencido; del ayer brutal, relajado en la ignominia despreciable y el padecer inicuo, hombres del Mundo Tierra, si habéis salvado en protegido grupo, es porque Dios les apartó del fuego de los fuegos, del hielo de los hielos, del agua de las aguas, de la profundidad de las profundidades. Él les alcanzó su gracia por bien conocerlos y saberlos en caridad.

Hombres... hombres contados, otra vez cantad, porque presto resplandecerá el orbe, tornará el pájaro a la rama, brotarán los campos en verdor y mieses. Otra vez el pez morará en las apaciguadas aguas, y el pez en paz de amor exclamará diciendo: Hermanos, hijos del portentoso ámbito en humos, privilegiados escogidos, apartados habéis sido por el Altísimo Señor, preservados y cuidados para que forméis en reconstrucción el ambiente hoy oscurecido, derruido y sin forma.

¡Hombres!... hombres... piedra sobre piedra levantad, alzad, y colocadlas como en el ayer superior, ellas deben encontrarse y ser.

Abrazaos bajo esos techos, ahora de vigorosa construcción. Agregad la verdad de la 'Nueva Nueva', la realidad del 'hombre nuevo', el que ya con vosotros habita y camina, y entregaos a la obra total de purificación.

¡Hombres! ... hombres... los ciegos incendiaron los campos con el plomo y el átomo. Fueron las ciudades cubiertas de polvo y lava, y de cenizas candentes. Las aguas inundaron, mas secaron sus lechos, cubiertos hoy por montañas derrumbadas y escombros perdidos.

¡Hombres!... hombres... aguas nuevas llegan. Tierras nuevas florecerán, sierras y valles nuevos verdecerán, ciudades nuevas surgirán, y al par surgirá en el todo, la gallarda estampa del hombre nuevo.

Él será con su voz en la voz.
Con su mirar sin altivo mirar.
Con el pensar sin el mal pensar.
Y con la traslación meditativa sin cuerpo.

El hombre nuevo será tangible e intangible; será sencillo, puro, blanco, cobrizo, sutil, vibrante, bondadoso, infantil, perenne, magnético, perceptivo, valiente, superior, cabal, en superior existencia de alta misión.

Señor... Señor... repetirá, soy y siendo seré para ti, por el milenio de gracia, paz, y amor que hoy me entregas. Seré para ti en la eternidad porque para ti seré inmortal.

En verdad, morirán los miembros, morirán las carnes, morirá el andar... mas la vida será, la indisoluble vida, y será para ser siendo en sentidos, para serviros Señor... Señor...

Y los Ángeles mensajeros de Dios dirán: Hombre del instante. Hombres salvados, amaos los unos a los otros, amaos en el Señor nuestro Dios porque el Hijo, su Hijo hecho hombre, reina ya sobre vuestra tierra, y reinará por el tiempo del tiempo, por el ciclo de ciclos, por el trazo del trazo... ¡Por el eterno inmortal!

¡Hombres del instante, instante... ¡Caminad!".

• • •

Entonces en el primer día de los días a seguir, después de los fuegos, de las aguas, de los derrumbes, de los hielos, el Ángel azul llegará en cuidado y defensa del "Hombre Nuevo" aún no establecido, y le entregará el Reino diciendo:

"Es que la misericordia de Dios Padre es tal que atiende más vuestro provecho que el honor del culto; lo dijo ayer San Crisóstomo, y así será.

Entonces, en el primer día, de los días a seguir, regresará el nuevo cielo, es decir, el nuevo ciclo, y la figura del mundo en ruinas desaparecerá con la azulada y esplendente Luz Universal.

Las cualidades de los elementos corruptibles y que son de nuestro cuerpo corruptible, quedarán eternamente destruidas, dijo San Agustín, como también la máquina que hiciera enemistades y guerras; ya no será el 'robot', ya no será. La 'computadora' no será, porque el hombre nuevo enseñará a ser dueño de un alto cerebro, de mayor cualidad a todo lo mecánico hijo de la ineficacia pasada, y obrará con exacta exactitud en la nueva captación astral, y así, todo será regido por el Señor. Si alguno pretendiera ser el primero, hágase al punto el último y el siervo de todos, dijo Jesús. El hombre nuevo que con Él estará, con Él morará, con su ejemplo caminará, cantando.

El hombre nuevo —del cielo nuevo— se conservará en su edad

mayor como 'niño', y en 'niño' conversará con ajuste ajustado. La unión de padres e hijos será de amigos, hermanos, porque Cristo dijo: 'Hazte tú, hombre mayor, siempre niño, y conmigo entrarás al Reino... y así será'.

Feliz de aquel planeta que tenga a Jesús por su Dios; el hombre nuevo le tendrá en el cielo nuevo. 'Sabio sera Él, porque sabio será para su alma y sabio será para su existencia en elevación, de constante perfección, en el bien.'

El naciente mundo, ofrecerá matices de desconocidos colores. Los campos en brotes, mostrarán gamas jamás previstas. Los nuevos elementos vegetativos lo producirán, como la sustancia de los elementos surgientes tomarán nuevas formas iniciales al futuro principio de la materia inmortal, del Cosmos.

'¡Luz del Señor!' dirán los 'hombres - nuevos', 'caminaremos por ella' y el enviado de Dios agregará: 'La luz será luz de Fe, y la Fe será Fe, porque ella encierra fraterno amor; sin amor fraterno, la Fe perecerá'.

Todo ser nuevo morará en caridad. No será entonces el ofrecer la limosna actual de dineros un rasgo de socorro al hermano caído. Será compasivo rasgo, ofrecer generoso el sano consejo para el mayor aprovechamiento del tiempo en el tiempo. '¡Siempre habrá pobres...! No os canséis de hacer el bien', dijo Cristo, y se cumplirá.

Las obras a emprender, y realizadas en la reconstrucción del mundo nuevo, asombrarán, mas no engreirán. Ellas serán vistas con agrado por los mensajeros astrales enviados del Señor.

Cristo dijo: 'No engrías, cuando tus obras te bien salieren, porque si bien salieren, son obras de Dios, mi Padre'.

'¡Tierra de justos!', exclamarán los Ángeles blancos, por los aclarados ámbitos.

'¡Tierra de estudios!', repetirán en entusiasta forma, agregando: 'El justo ponga todo su estudio en la obediencia de Jesús, y la nueva Tierra será en el concierto de los mundos en paz'.

'¡Señor!... ¡Señor!, Tú que todo lo sabes, Tú mi Señor, conoces que yo te amo', dijo Pedro. El hombre nuevo lo repetirá y, como fue Pedro, será escuchado.

Él morará en sabiduría gloriosa, amará a Dios como a su prójimo; es gloriosa sabiduría, repito, el amor al Señor, porque el renovado hombre será, en el bien de la eterna eternidad, de los siglos... con el Divino amor.

San Agustín dijo: 'Limpios son de corazón, aquellos que ven al Señor, que conocen su voluntad, que escuchan su voz, e interpretan su palabra'.

Poco orará el 'hombre nuevo', mas con Dios mucho conversará. Mateo dijo: 'En oración no afectéis hablar demasiado, como lo hacen los Gentiles, que se imaginan haber sido oídos a fuerza de palabra.

No os asemejéis a ellos, que bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester antes que se lo pidáis'.

En la reconstrucción, el hombre nuevo aguardará en trabajos mayores y cada vez mayores, esperando de Dios el todo, que no le será negado.

'No os acongojéis', dijo Jesús un día, al gentío que le rodeaba.

'No os acongojéis por vuestra vida, en lo que habéis de comer, ni por vuestro cuerpo que habéis de vestir. Acaso, ¿no vale más la vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad a las aves de los cielos, ellas no siembran ni siegan, ni poseen graneros, porque el Padre celestial las alimenta. Todas estas cosas las tendréis por añadidura en los días del Reino', dijo Mateo. 'Por lo tanto guardaos en Fe.

...Y así, el 'hombre nuevo' conocerá la íntegra verdad. Todo aquel que supo de la vida en verdad, en atención a la verdad misma, permanecerá en ella, y en ella vivirá por siempre en el siempre. Él escuchará la voz del Ángel azul, que dirá: 'Quien tiene al Hijo, tiene la vida, quien no tiene al Hijo, no tendrá la vida...'

Con la vida en el Hijo, el Hijo feliz enjugará sus lágrimas, y no habrá ya muerte.'

'No habrá muerte. No habrá llanto, porque las cosas de antes serán pasadas', dijo San Juan, 'y cumplido será'.

¡Hombre nuevo! Ya el día de los onomásticos se allega en luminoso triunfo.

Él arribará. Él vendrá con el bien de bienes. Vendrá con el bien del bien. Regocijaos pues, atended y comprended: sucedió, sucede, y sucederá...

La gracia sea en la gracia.

La gracia sea en vuestra gracia, gracia de la gracia en gracias... Amén".

Y el Ángel prosiguió diciendo:

"Mas di conmigo y repite llamando al ciego: 'Acércate hombre incrédulo, acércate, he aquí tu mesa; lo que sobre ella encuentres tómalo, porque llegado es el día del humilde, del bueno, del sano de corazón, del que sabe de Dios y espera, del que sabe del sufrir y le bendice, del que sabe del amor y ama, del que sabe ver, sin vista, del que sabe escuchar sin oído, del que sabe decir sin boca, del que sabe caminar sin báculo, del que sabe dar sin tener: del hombre que conoce al Cristo, del blanco sayal, del hombre que conoce a Dios; no el de la poblada barba, mas sí, el del manto de infinito Universo'.

Anciano hermano de Leo: hoy es ya la hora de ese hombre que vive y convive contigo a diario y que él sin saber vive y convive con el 'Hombre-Jesús', con Jesús hecho hombre, que otra vez transita las calles, los caminos, los campos, los ríos, los mares, los montes, las lomas, las playas. Por lo tanto, insiste casi gritando: 'El Hombre-Jesús' es otra vez sobre la Tierra. Hombre bueno que comprende, repítelo conmigo, y di:

'Aún resta un tiempo, hermanos..., sumaos presto al 'Hombre-Jesús' imitándole, salvaréis al que ríe de la verdad y se postra ante el oro.

Salvaréis a la mujer enjoyada que rehusa ser madre, salvaréis al ateo que blasfemó, al criminal ladrón, al liviano que estriba su vida en la existencia material, al traidor asesino de lengua impura y sedienta de revanchas, al ambicioso de poderes, al mal hijo, al mal padre, a la mala madre, al mal amigo, al hermano malo. Les salvaréis en verdad, mas no les salvaréis en premio; les salvaréis luego de entregarles la luz y de recibir su franco arrepentimiento.

Hermanos... hermanos. Jesús rodea nuestras existencias, no por tan solo un instante. Él no os abandona. Jesús es el aire que respiras, la luz que os ilumina; es la senda que pisáis, el objeto que tocáis, el vestir que lleváis, el alimento que tomáis, el hombre bueno y humilde que conversáis.

Él es la música del gran inspirado maestro. Él es el arte por el arte mismo pleno de belleza. Él es el que cuida vuestro correr desorbitado, de ese vuestro disparar, que va tras de algo que le tenéis al alcance de vuestras manos, y no le tocáis. Como dije: Abrid herma-

nos los ojos, y aprended a verle, a descubrirle, a encontrarle hasta en el más pequeño detalle que roza vuestros pasos, y así, un día vuestros labios le nombrarán y será en el día de la aflicción.

La hora es dada, mas aún un tiempo resta. Llegado es el día del 'humilde-hombre', que supo del desvalido, del enfermo, del olvidado huérfano, del vencido.

Hermanos... hermanos... acercaos a la mesa del 'Hombre-Jesús'. Sentaos en ella, hablad de vuestras culpas, arrojad vuestras ropas, calzad la sandalia y el sayal de quien os aguarda y caminad esparciendo su palabra, que la tendréis.

Hermanos... acercaos a su blanca mesa, llegado es ya el día del ¡Hombre Jesús!' ".

## Aún no

"¿Mi sueño de anoche, podrá ser anunciador de mi final terreno?" se preguntaba el hombre anciano de Leo, esa mañana en que las nubes cruzaban su ventanal prometiendo lluvias.

"En revés de este día gris", se decía, "anoche vi una extendida playa soleada, de doradas arenas. Sobre su orilla se levantaba una enorme ciudad con altos edificios, tal vez diferentes a todos los vistos mas con repetidas cúpulas, al parecer de iglesias. En un arrinconado lugar, junto a un paredón de piedras, un grande y grueso toldo negro, sostenido por vigas de madera oscuras, cubría cierta longitud de roca viva, de verdinas y en pequeños trechos, pozos de agua sumamente clara y en movimiento.

Yo allí estaba. Yo allí vi el retrato de una amiga, fallecida días antes, sumergido en el agua de uno de los tantos pozos. Yo la miré, me pareció que su faz sonreía; después el agua bajó rápidamente hasta secarse, y el retrato, en contacto con las arenas secas, se convirtió en arena; el viento lo borró.

De pronto el lugar se hizo más oscuro; escuché ayes de dolor, llantos afligidos, protestas, exclamaciones de espanto y ruegos de socorro.

Yo, que contemplaba la ciudad —porque era la ciudad que en pequeño viera, en el sueño de la Iglesia de La Concepción— presto salí del lugar. Trepé el murallón en sol. Allí Generoso armaba un fuerte cable, el que arrojó decidido hacia el bajo oscuro del toldo. Yo

vi entonces el fuerte brazo del amigo sostener el cable, el que, al caer, se convirtió en un 'sin fin', que fue tomado por numerosas manos pequeñas y grandes, en tanto Generoso trataba de subirlas".

"Desperté", dijo el anciano de Leo. "Yo nada hacía: mas Generoso, fuerte y empeñado, quedó con su cable de socorro. Por ello trato de sacar conclusiones. Siempre fue el agua, la humedad, la sombra, símbolos de desdichas en mi sueño.

'Tú, mi Ángel, que me ves y escuchas, dime: ¿Será este sueño anuncio de mi final de misión, y la misión de Generoso será mi continuidad?', pregunté.

Y el Ángel contestó: 'Aún no, mas, ya cerca es en verdad; el puerto aguarda. Aún no, porque todavía restan almas a dirigir y salvar. Aún no, porque todavía quedan deberes a terminar, y porque ambos deben en alegría de vida, caminar la extensa playa de la ancianidad. Por lo tanto, anciano de Leo, tu paso andará apoyado sobre el hombro seguro del amigo, recorrerán misioneros el abierto campo de arena y luz. Serenos avanzarán en esperanzas y palabreos de contentos infantes, hasta el día blanco en que Dios diga beatífico: vuestra es ya la luz... descansad. Y en ese día ¡seremos, en luz!'."

## Ancianidad blanca

Esa noche el anciano de Leo escribió:

"Ha llegado el segundo, de apartarme del tiempo. Ha llegado mi sino, con su manto en señal. Ha secado la llama de mi ser mortecino y dejado en espera el porvenir letal.

Hoy guardo el silencio de la puerta sellada. Hoy, prosigo en el tiempo de la luz sideral, donando mis sentidos a la era ordenada, reposando las manos sobre la oscuridad.

He recorrido el espacio, como ave azulada, descansando tendido, como sueño inmortal. He sabido del Hombre que mató en emboscada, y he sabido de heridas que no saben sangrar.

He vencido la trama del tiempo encabritado. He portado en mis brazos, a la misión cabal. He sufrido el escarnio, del ignorante alzado y he llorado el sendero de incomprensión total.

Soy ya... el anciano que baja la despintada calle, el que fatigado alcanza su deseado sitial.

Soy ya... el anciano que busca la ennoblecida llave, porque he dejado de ser ya el hombre del futuro augural.

Hoy atisbo el dorado de la puerta serena presintiendo la noche del sopor espectral.

Hoy guardo el hallazgo de las rubias arenas, y acallo el aliento... ¡Sobre el pecho del mar!".

**INDICE GENERAL**


Prólogo ..... 5
Introducción ..... 8

**Primera Parte.**

Dibujos proféticos ..... 13
Cruz orlada ..... 60
Suplemento de Psicografías ..... 71
Aclaración sobre «OM» ..... 109

**Segunda Parte.**

Historial de la vida de Benjamín Solari Parravicini narrada por su Ángel Tutelar. Una vida guiada desde el Cosmos ..... 111
El niño de Leo ..... 112
Fray Martín el Pequeño ..... 132
El Puerto de los Tachos ..... 134
La negrita fea ..... 136
El pardito de los versos ..... 138
Fermín Gayoso ..... 140
Calixto Reyes ..... 141
...Y llegó el verano ..... 143
Bartolo el pescador ..... 146
El pino del payador ..... 148
Dick ..... 150
¿Un ser en la luna? ..... 151
¿Sueño? ..... 152
¿Ánimas? ..... 153
El Ángel de Plata ..... 153
José Griveo ..... 154
Pamela ..... 156
Llovizna gris ..... 157
Ronquidos en la torre ..... 158
María de los Siete Dolores ..... 159
El gorrión de París ..... 160
El violinista vienés ..... 160
La espiga de la gracia ..... 161
El vidrio del milagro ..... 164
El globo de fulgurante luz ..... 165
Revelación ..... 166
Ángel Guardián ..... 169
El amigo Silvio ..... 169
Discos de tangos ..... 172
Arte degenerado ..... 174

Misión y mandato ..... 176
El Salón de Arte ..... 177
Un proyecto ..... 179
Despedida de Ángel Guardián ..... 180
Un teléfono ..... 181
El herido de la morgue ..... 182
Magno acto inaugural ..... 183
Fray José de Aragón ..... 184
Misterio ..... 187
Maurice ..... 187
Alfonsina ..... 188
Luz en la tiniebla ..... 189
¡Hojas muertas! ..... 191
Celina ..... 192
John ..... 193
Andrés ..... 195
Mesa de café ..... 197
El español en su aflicción ..... 198
¡Correr por Tacuarí! ..... 199
El sastre del Teatro Avenida ..... 200
Generoso ..... 202
México 881, 7° piso A ..... 204
El Ángel de papel ..... 205
Pintora abstracta ..... 207
Memoria extra cerebral ..... 208
Los recién casados ..... 209
Ciclo en su fin ..... 210
El payaso ..... 212
Beatriz ..... 213
Increíble batifondo ..... 214
Domingo ..... 216
La pinza ..... 217
Un hijo ..... 219
Moscas y pájaros ..... 220
Un almuerzo ..... 222
El tiempo está cerca ..... 224
La niñita de la avenida La Plata ..... 225
Pepito ..... 225
La hora en la hora ..... 226
La marcada hora ..... 227
Santa misión ..... 231
Confesión de madre ..... 231
¿Cómo pasó? ..... 232

Dos cuadros ..... 233
Cortes de género inglés ..... 234
Dos paisajes ..... 235
Los gobelinos de Austria ..... 236
La soñada casa ..... 237
Proyectos y sueños ..... 239
Santa Rosa de Lima ..... 239
El pianista amigo ..... 240
Rosas blancas ..... 242
El puerto en follajes y sol ..... 246
El "Fournier" ..... 247
El mal farol ..... 248
El último verano ..... 250
Soledad ..... 251
Chopin ..... 252
Clamor de madre ..... 253
Remembranza en soledad ..... 254
Hazte niño ..... 256
Misión en misión ..... 256
Una medalla ..... 257
Piquillín ..... 259
Nardos ..... 260
El espiritu vegetal ..... 261
Sueño de años ..... 263
Sueño y realidad ..... 265
El 2002 ..... 267
¡La hora diez! ..... 268
Invisible golpe ..... 270
Simón el calzador ..... 272
Llagas ..... 277
El hombre nuevo ..... 277
El hombre Jesús ..... 282
Aún no ..... 283
Ancianidad blanca ..... 284